

*Selección RNR*

Mayte Pascual

Ocurre que  
a veces...



Romance Actual

Ocurre que a veces

Mayte Pascual



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerEbooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*Para mis Legendarias*

*No puedo escribir nada sobre vosotras porque una novela no haría justicia  
a tantas risas, confidencias y recuerdos que hemos compartido.*

*Soy muy afortunada de seguir teniéndoos en mi vida.*

*Amigas de siempre y para siempre.*

*Con vosotras no pasa el tiempo.*

*Os quiero.*

## CAPÍTULO I

### SOFÍA

NEL: ¡¿Se puede saber dónde estáis?!

CLOE: Llegando

ANAÏS: Ídem

NEL: ¿¿Sofía?? ¿Cuándo decís que estáis llegando...? ¿Habéis salido ya de casa?

SOFÍA: ¡¡Ya voy!!

Me río sola en medio de la calle como una tarada. Nel ha dado un giro a su vida, pero lo de la paciencia... Sigue igual que siempre. Cuando llego al restaurante tiene cara de haber recibido un plantón de dos horas.

—Hola, guapa.

—Anda, que... —Mira el reloj, adusta—. ¿Aquí nadie es capaz de llegar a la hora?

—Oye, bonita, que solo llego diez minutos tarde.

— ¡¿Y...?! —pregunta, impertérrita.

—Que viniendo de mí es un milagro, no te quejes.

Dejo todas las bolsas en el suelo y me froto los dedos para que vuelva a circular la sangre por ellos. Nel mira los pesados paquetes interrogantes.

—Los libros y el material escolar de los niños para el nuevo curso. —  
Aclaro.

— ¿Qué van a estudiar, primero de medicina?

—Ya te tocará, graciosa, ya te tocará... ¿Cómo está Noah?

Nel cambia automáticamente su expresión y su gesto se dulcifica.

—¡¡Es tan mono!!

Mientras me cuenta las lindezas de la preciosidad de su hijo, trato de localizar un camarero que se digne a mirarme. Después de la mañanita que llevo, necesito una cervecita fría... O dos.

—Por favor, cuando puedas... —Después de mis malogrados intentos para acaparar la atención, Nel levanta la mano y el camarero viene corriendo, como si le fuese la vida en ello.

—Dos... ¿cervezas?

Asiento en silencio. Total, para ese chico es invisible todo lo que no tenga que ver con la nueva y muy mejorada Nel.

—¿Qué te has hecho? Pareces una adolescente.

—¡¿Yooo?! — Sonríe de medio lado, dejando que el flequillo le tape media cara. —Estoy probando peinados nuevos. ¿Te gusta?

—Me encanta.

—Pues ya sabes, vente un día a ver a Jorge...

Si al hablar de Noah se le suaviza hasta la voz, con solo nombrar a Jorge su mirada se ilumina y se sonroja involuntariamente. Estoy a punto de decirle que probablemente lo que Jorge le hace para estar tan radiante no me lo hará a mí, pero reprimo una carcajada y decido callarme.

—Intuyo que os va muy bien.

—Ufff...—Sonríe soñadora y sopla para apartar su flequillo. —Más que bien.

Anaïs aparece corriendo y se deja caer en la silla que hay a mi lado, lanzándonos besos.

—Lo siento, chicas, el metro iba hasta los topes y ha parado un rato entre estaciones.

El camarero trae nuestras cervezas y Anaïs pide un refresco light.

—¿Y Cloe?

—Conociéndola, aún debe estar despidiéndose de Caleb.

—Mejor, así tenemos un ratito para hablar.

—¿Ya tenemos todo?

—Sí. Está todo controlado. —Nel revisa su móvil a una velocidad que ni un chico de quince años. —¡No os olvidéis de los bikinis, chicas!

—¿Qué bikinis? —Cloe aparece al lado de la mesa como por arte de magia. Miro al camarero que nos ha atendido y corroboro mis sospechas: tiene una nueva musa en quien fijarse. A Cloe ni siquiera le hace falta avisarle. Aparece a su lado como un cachorro en busca de atenciones.

—Una cerveza helada, por favor.

Cloe le sonrío y el chico está a punto de desmayarse. Miro a Anaïs y ella pone los ojos en blanco, leyéndome el pensamiento. Estamos apañadas con estas dos.

—Bueno, ¿de qué hablabais? ¿Qué bikinis son esos?

—Los que te tienes que llevar. Al viaje.

Cloe nos mira una a una, entornando los ojos.

—¿No me vais a decir nada más?

—Sí. Que no te pases con el equipaje, que nos conocemos. Maleta de cabina y bolso de mano. Punto.

—Pero ¿cómo voy a llevar solo eso? Si ni siquiera sé a dónde vamos.

—¿Tú no sabes lo que es una sorpresa?

—Miedo me dais... —Cloe pone cara de terror y no puedo evitar reírme—. Mientras no me obliguéis a ponerme un velo con adornos fálicos ni tenga que hacer un numerito ridículo con un boy...

—Nunca se sabe, amiga, nunca se sabe... —Nel nos mira a Anaïs y a mí con complicidad.

—¡Ni se os ocurra! ¡No os vuelvo a hablar en mi vida!

Nos pasamos toda la comida tomándole el pelo sobre las cosas que haremos en el viaje y ella nos mira horrorizada, porque en el fondo nos cree capaces de hacer eso y mucho más.

A la hora de los cafés, me levanto sin parar de reírme.

—Bueno, chicas, una que se va.

—¿Tan pronto? —protesta Anaïs.

—Toni tiene guardia esta noche y me toca pasar a recoger a los niños a casa de mis padres.

—¿Ya se ha preparado mentalmente para el fin de semana que le espera?

—No lo sé. Pero es su problema.

—¿Te ha puesto pegas?

—Aún no. Creo que todavía no se ha recuperado del shock de la noticia. Cuando sea perfectamente consciente de la situación... ¡Yo ya estaré lejos! — Me río pensando en el fin de semana que le espera con los dos monstruitos y con la poca maña que se da para estas situaciones. Miro el reloj y suspiro, desencantada. —Tengo que irme, de verdad, pero luego hablamos, ¿no?

Miro significativamente a Anaïs y a Nel.

—Vaya tres que os habéis juntado...—Comenta Cloe frunciendo el ceño.

\*\*\*

—¡¡No revuelvas la maleta!! —Cuando vuelvo del baño con mi bolsa de aseo, Samuel está husmeando en mis cosas, desordenando toda la ropa.

—¿Dónde te vas, mamá? —Me pregunta con ojos tiernos.

—Me voy de viaje con las chicas. A Mykonos.

—¿Y eso dónde está?

—En Grecia, hijo. —Le acaricio el pelo y le doy un beso en la cabeza. — ¿Por qué no vas a por la *tablet* y lo buscas en un mapa? A ver si consigues encontrarlo.

Samuel sale corriendo hacia el salón y sonrío enternecida. A pesar de estar contando las horas para largarme, me da cargo de conciencia dejar aquí a mis hijos mientras me voy al paraíso. Arreglo como puedo el estropicio que ha hecho y meto una bolsa con los bikinis nuevos.

—¡Hala, mamá! ¡Es una isla! Y está muy lejos... —Otra vez esa cara de cachorrito abandonado.

—Vamos en avión, cariño, se tarda muy poco... —Intento encontrar el sujetador negro, pero nada, que no aparece.

—¿Y por qué no podemos ir nosotros?

—Porque todavía sois muy pequeños...

—Guille sí es pequeño... ¡Yo ya soy mayor! —contesta, poniéndose muy serio y erguido.

Suelto una carcajada y cierro la maleta.

—...Y es solo para chicas.

—Pero yo puedo ir para protegeros... ¡Como Batman!

Vuelvo a reír ante las ocurrencias de Samuel.

—Si tenemos algún problema no dudaremos en llamarte, Bruce Wayne[1] . Aunque llevamos a la tía Nel para que nos defienda a todas...

—La tía Nel tiene tatuajes... —Susurra Samuel con admiración—. Yo quiero hacerme algunos grandes, como los de Jorge.

Suspiro desesperada. Desde que mi hijo conoció a Jorge se ha convertido en su fan número uno. En cuanto volvió a casa del cumpleaños de Noah, se dibujó los brazos de arriba abajo con rotulador indeleble y estuvimos dos semanas intentando borrarlo con toda clase de remedios caseros.

—Ya hablaremos de esto cuando seas mayor.

—Y dale... ¡Ya soy mayor!

—Mayor de edad. Y se acabó.

Me voy con él al salón, harta de discutir los tatuajes de calaveras que se pondrá en la espalda y en el pecho. Estoy intrigada por el silencio que reina en la casa porque, con un niño de tres años por ahí suelto, no es nada tranquilizador. Antonio, ajeno a todo lo que respira en diez kilómetros a la redonda, está tumbado en el sofá, con el mando en la mano y la vista fija en la pantalla del televisor.

—¡Que se está comiendo algo! —Salgo disparada hacia Guillermo, que está

muy entretenido en el suelo, mordiendo un objeto no identificado.

—¿¿Ehhhh...?? —Antonio sale de su ensimismamiento y mira hacia todos los lados.

—¿Es mucho pedir que el niño no se ahogue mientras preparo mis cosas? — No hago más que sacar trozos de una galleta babeada de la boca de Guillermo, mientras él ríe a carcajadas.

—Mujer... Es solo una galleta.

—¿Y de dónde la ha sacado? Porque el mes pasado se comió varias fichas de Lego...

No obtengo respuesta. El móvil ha vuelto a requerir toda su atención y, por supuesto, es mucho más importante que yo. Tengo ganas de decirle cuatro cosas de lo que significa tener tiempo de calidad para tus hijos, pero sé que es inútil. Ha vuelto a desconectarse de la vida real, y sonrío como un bobo de alguna tontería que le habrá mandado vete a saber quién. Como si me importara.

—Me voy a hacer la cena —digo para nadie en particular. Llevo a Guille hasta la trona de la cocina, aunque ya casi no cabe, y le abrocho concienzudamente el cinturón a pesar de sus protestas. Samuel, a mi lado, insiste en ayudarme a empanar los filetes. Diossss... Qué ganas de desaparecer en Mykonos... O en Cuenca, ahora mismo me daría igual el destino.

—¿Ya están dormidos?

Mi querido marido, que ha vuelto a adoptar la misma postura en el sofá después de la cena, me mira cuando aparezco de nuevo en el salón, agotada de tantos cuentos.

—Sí, ya está. —«Y gracias por la ayuda, majete, tú no te estreses», pienso para mí.

—¿Has terminado de hacer la maleta?

—Sí, aunque tendré que meter las últimas cosas mañana. —Miro alrededor, echando una ojeada rápida—. ¿Dónde has metido la lista?

—¿¿La lista?? —me pregunta, con cara de no saber de qué le hablo. Si cuando vuelva mis hijos están sanos y salvos, empezaré a creer en los milagros.

—La lista de las cosas que no se te pueden olvidar cuando estés solo con los niños.

—Tranquila, solo te estaba vacilando.

—Muy gracioso.

—Nos las apañaremos mientras estés en las Islas Griegas haciendo la loca con tus amiguitas.

—Creo que yo no te he dicho nada de las diez despedidas a las que tú has ido...

—Hombre, tú compara... De irse a una casa rural en un pueblucho de mala muerte a marcharse de viaje a un hotel en Grecia hay una pequeña diferencia, digo yo. ¡Anda, que no os podíais haber ido más cerca!

—No todos los días se nos casa Cloe...

—Eso espero, porque con la que está liando con su boda...

Cuento hasta diez mentalmente y paso de discutir. Sé que Cloe y Nel no son santo de su devoción, pero tampoco lo son para mí sus amigos del barrio y yo no digo nada.

—Acuérdate de darle las vitaminas a Guillermo. Y que no coma nada del suelo, por favor.

—Tranquila... —Sé que Antonio está perdiendo la paciencia, pero es mi deber como madre recordarle una vez más las cosas que él no está acostumbrado a hacer y por las que no muestra ningún interés—. He hablado con mi madre, vendrá a echarme una mano.

Me contengo y no le suelto lo que tengo ganas de decirle de mi santísima suegra. Cuando vuelva tendré que compensar a mis hijos por la que les espera.

Antonio bosteza sonoramente, ajeno a mis pensamientos. Se levanta del sofá y se rasca la barriga, feliz consigo mismo. En este momento encuentro tantos paralelismos entre mi marido y Homer Simpson que no sé si soltar una

carcajada o ponerme a llorar.

—Bueno... Yo ya me voy a la cama. —Me da un breve beso en los labios y sonrío—. ¿Te vas a acostar muy tarde?

—No creo... Haré unas cosillas todavía. —«Como plantar unos minutos el culo en el sofá e intentar acordarme de cuándo fue la última vez en el día que me senté un ratito tranquila». Miro la mesa del salón y estoy a punto de gritar. Además de un plato con un montón enorme de cáscaras de pipas a punto de rebosar, hay también dos latas de cerveza vacías que ya han dejado marca en el cristal de la mesa, de por sí pegajosa y llena de manchurrónes.

—¿Te puedes llevar todo eso a la cocina? —Intento ser amable, pero solo me sale un tono repipi de asqueada total.

—Ah, bueno... Ahora iba a hacerlo.

Suspiro por milésima vez en todo el día. Esa frase la he oído tantas veces que podría tenerla tatuada. Pero no contesto a Antonio. Si lo hago, iniciaremos una charla interminable sobre la verdadera naturaleza de «ahora mismo iba a hacerlo» y lo que de verdad pasa siempre. Y no estoy de humor. Espero pacientemente hasta que lo oigo roncar en el dormitorio y me siento pesadamente en el sofá.

SOFÍA: Ya lo tienes todo preparado?

ANAÏS: Más quisiera yo...

Lucía se acaba de dormir.

No quiere que me vaya.

SOFÍA: Jajajaja. Lo mismo les pasa a los míos.

ANAÏS: Pues no te creas que a mí el plan me apetece mucho...

Enarco las cejas ante el comentario de mi amiga. Me parece imposible que a alguien no le apetezca ir al paraíso, por muy unido que esté a sus hijos.

SOFÍA: Y eso??!!

ANAÏS: Me da pereza todo lo que tiene pensado Nel...

SOFÍA: Lo vamos a pasar bien.

Anímate, anda.

ANAÏS: Pufff... No sé...

SOFÍA: No quiere Sergio que te vayas?

ANAÏS: Qué va!!

Él está encantado de que pase un tiempo con vosotras. Dice que me merezco descansar.

SOFÍA: Ahí lo tienes.

Ojalá Antonio fuese tan comprensivo...

ANAÏS: No sé si es comprensión o se queda más a gusto si me voy...

Hablo un poco más con Anaïs, pero enseguida me corta con la excusa de terminar la maleta. Me quedo preocupada por sus comentarios. No es que mi amiga sea la alegría de la huerta; le habría encajado más un plan tranquilo en una casa rural, como ella misma propuso. Pero de eso, a no apetecerle... Aprovecharé estos días juntas para intentar sonsacarle algo más... Si es que lo hay.

Decido tomarme una infusión para relajarme, pero cuando llego a la cocina se me cae el alma a los pies. Parece que Antonio se ha tomado al pie de la letra la insinuación que le he hecho acerca de todo lo que había dejado en la mesa del salón. La encimera de la cocina está graciosamente adornada con sus latas de cerveza y las cáscaras de pipas, que, como era de esperar, ya se han salido del plato. Genial. Tendré que poner carteles informativos indicando la dirección del cubo de basura.

Consigo hacerme la infusión sin caer en la tentación de recoger todo eso. Como me dijo Nel una vez que me quejé de cosas como ésta, la culpa es mía porque los tengo mal acostumbrados. Decido hacer un experimento y ver cuánto tiempo es capaz de dejar eso ahí. Probablemente, si por Antonio fuera, ahí se quedaría hasta que las latas se fosilizaran, pero no creo que llegemos a tanto. Ya se encargará mi querida suegra de limpiar todo y aprovechar para colocarme la casa como a ella le dé la gana, soltando los comentarios típicos

de «no sé qué haríamos sin ella», «en esta casa no hay ningún orden» y «es una pena que algunas mujeres no sepan limpiar como Dios manda». En fin... Que le aproveche.

Reviso de nuevo mi maleta, ahora perfectamente colocada, y no puedo evitar deleitarme con mis bikinis nuevos. Ni siquiera me he molestado en enseñárselos a Antonio. Por una vez, me he permitido el lujo de comprármelos en una tienda de verdad, y no en un hipermercado como hago de costumbre. Pero es que la ocasión lo merece. No todos los días se va una a Mykonos con sus mejores amigas. Y menos con la imprevisible Nel, que si se confirman los peores temores de Anaïs, y ojalá que lo hagan, tiene pensado un fin de semana que difícilmente olvidaremos.

\*\*\*

NEL: Ya estoy.

ANAÏS: Llegando.

SOFÍA: Yo también.

CLOE: No te veo.

NEL: Soy la que tiene cara de perro porque sus amigas llegan tarde...

Como siempre.

CLOE: Eres una tía plasta con la hora.

NEL: Eso díselo al piloto

SOFÍA: Si está bueno se lo digo yo.

ANAÏS: ¡!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

NEL: Alguien ya está en modo despedida.

CLOE: Vaya tela...

Ahora sí que tengo miedo...

Veo a Nel de lejos, escribiendo como una posesa, con cara de haberse tragado un palo. Un poco más allá, Cloe la mira riéndose. Cuando se da cuenta

de mi presencia, me guiña un ojo y vamos las dos hacia el punto de encuentro.

—¿Se puede saber qué es eso? —interroga Nel a Cloe con cara de horror, como si llevase un cinturón de explosivos.

—¿Qué va a ser? Mi bolso.

—¿Tienes el valor de clasificar «eso» en la categoría de bolso? No, si al final vamos a tener movida con el equipaje...

—No seas aguafiestas, Nelita... —Cloe le sonrío tiernamente, dándole un abrazo a pesar de sus protestas—. En estas maletas no cabe nada.

Nel parece que tiene ganas de seguir discutiendo, pero, por fortuna, Anaïs y Annie, la mujer de Robert, se acercan a nosotras.

—¡¡Chicas!! —Cloe corre a abrazarlas. Miro a Anaïs disimuladamente, pero parece que se ha animado desde ayer y sonrío de oreja a oreja.

—Annie, ¿qué haces aquí?

—Ya ves, que me dijo Nel que ibais a... ¡Y esto no me lo pierdo!

—Bueno, creo que ya es hora de que me digáis el destino... —Cloe pone cara de súplica, pero no consigue ablandarnos.

—¡De eso nada, guapa! ¡Date la vuelta! —Nel la engancha sin mucho tacto y le pone un pañuelo en los ojos.

—¡Auchhh! ¡Mi pelo! —Protesta Cloe—. No me hagáis ir así, por Dios.

—Una sorpresa es una sorpresa...

Nos abrimos paso a golpe de maletas mientras arrastramos a una Cloe que no hace más que protestar y reírse. Cuando llegamos a la puerta de embarque, la mitad de la gente nos mira como si nos hubiésemos bebido algo. Y no, todavía no hemos empezado.

—No me puedo creer que me estéis haciendo esto...

—No seas plasta... Es por tu bien. — Nel nos guiña un ojo.—. ¿Te has acordado de tus botas de montaña?

—¡¡¿¿Qué dices??!! ¡¡No me dijiste nada de eso!!

Coreamos con risas las bromas de Nel hasta que llegamos a nuestros asientos. El personal ya está al tanto de nuestra sorpresa y nos sonrío cuando

ve llegar a Cloe de esta guisa.

—Y ahora... El toque final. —Una azafata nos trae unos auriculares para los oídos y luchamos con Cloe para ponérselos. Cuando por fin terminamos, Nel me mira encantada.

—Alice también viene con nosotras. Está a punto de llegar.

—¡¡¡¡¡Queeeeeé???! —Soltamos Anaïs, Annie y yo a coro.

—Que nooooo... Solo quería asegurarme de que Cloe no oye nada.

La pobre está sentada rígida como una tabla en su asiento, ajena a todo lo que le rodea.

—¿La vamos a dejar así todo el vuelo?

—No; la azafata nos avisará cuando vayan a hacer algún anuncio. En cuanto termine el saludo del comandante, se lo quitaremos.

Después de lo que nos parece una eternidad, por fin nos ponemos en camino. Llevamos algo de retraso, pero el piloto nos informa de que el tiempo es bueno y tendremos un vuelo tranquilo. En cuanto la azafata nos hace una señal y pide a los demás pasajeros que sean discretos y nos guarden el secreto, procedemos a liberar a Cloe, que pega un bote en su asiento cuando la tocamos.

—Sois lo peor... Perras. Ésta os la guardo.

—Cloe, Cloe... No te enfades... —Nel la abraza dulcemente—. ¿No te fías de nosotras?

—No me hagas hablar... —Cloe busca en su bolso el móvil, que hemos apagado junto a los demás terminales antes de despegar—. Ni siquiera me ha dado tiempo a mandarle un mensajito a Caleb... —Se lamenta entre pucheros.

—Ya se lo hemos mandado nosotras a tu churri. —Bromea Nel—. Además, te falta un mes para tenerlo todos los días de tu vida, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en la cama y en el sofá...

—¡¡Calla, tonta!! —protesta Cloe, sonrojándose—. Que ya estoy suficientemente nerviosa...

—¿Ya lo tienes todo preparado?

—Casi todo.

—Tienes que hacerte la prueba del peinado. A ver si vienes a vernos.

—¿Al final te peina Jorge? —Se interesa Anaïs.

—No hay otro mejor. —Esta vez es Nel la que, para mi sorpresa, se sonroja —.Además, la cara que puso mi suegra cuando lo vio todo tatuado fue impagable...

Todas nos reímos a coro. Algunos ocupantes de los asientos cercanos nos miran con curiosidad.

—La verdad es que tu suegra está dando mucho juego... — Recuerdo las mil y unas trifulcas que ha tenido con ella por los preparativos de la boda.—. ¿Qué tal lleva la elección del nuevo vestido?

—Ufff... —Cloe resopla cómicamente—. Ésta es capaz de vestirse de Sissí Emperatriz<sup>[2]</sup> solo para eclipsarme.

—Pues ya verás cuando le des nietos... —Recuerdo con terror que mi propia suegra debe de estar ahora mismo en mi casa como la dueña del cortijo.

—¡Ni me hables! Ya ha empezado con la campaña del embarazo...

Nel pide una botella de cava que se han llevado a enfriar.

—¡Qué solo son las once! —Protesta Anaïs, alarmada con los ánimos de Nel.

—Oficialmente, querida amiga, los horarios y los «aún es pronto para beber» se han quedado en tierra. ¡Brindemos!

Brindamos por la loca de Cloe hasta que nos falta aire en los pulmones. Todas queremos decir algo y, poco a poco, voy notando cómo el alcohol pasa directamente a mi sangre y me enciende el gusanillo de fin de semana de fiesta. Anaïs me mira un poco horrorizada cuando pido una segunda botella, pero yo estoy decidida a exprimir mis días de libertad al máximo, aunque acabe vomitando en el avión. Cosa bastante improbable dada la velocidad con la que se acaba el alcohol en este grupo.

## CAPÍTULO II

### ANAÏS

—**E**stimados pasajeros, les habla el Comandante Kirgyakos. Iniciamos el descenso hacia el aeropuerto de Mykonos. La temperatura en la isla es de 30 grados y el día está soleado. La tripulación les desea una feliz estancia.

Cloe nos mira atónita cuando descubre el destino.

—Tenemos un mensaje para la pasajera Cloe D’Valliere. Está terminantemente prohibido aburrirse un solo minuto en esta increíble isla en la que disfrutará de las sorpresas que le han preparado sus amigas. Buen viaje y feliz boda.

—Vaya tela... Sois terribles... —protesta Cloe avergonzada cuando todas aplaudimos el discurso del comandante—. ¡Grecia! ¡¿Estáis locas?! ¡¿Cómo se os ha ocurrido?

—Porque a Hawái ya te llevó el plasta de Caleb, que si no... —Se queja Nel entre carcajadas.

—¡Amigas, sois las mejores! —Nos da un abrazo en grupo, tremendamente emocionada—. ¡Pero os ha debido de costar un ojo de la cara!

—¡Poco para lo que te mereces!

Suspiro, sin dejar de sonreír. Cuando Nel nos contó los planes casi salgo corriendo. Entre el viajecito y la boda, a Sergio se le salieron los ojos de las órbitas. Y eso que Nel se ha encargado de algunos gastos extra.

Antes de bajar del avión, toda la tripulación nos despide como si fuésemos a

hacer una travesía por el desierto. El calor nos golpea en cuanto salimos al exterior. Recorremos unos metros hasta entrar al aeropuerto, cargando con nuestras maletas y bolsas de mano. Al fin conseguimos llegar al interior del edificio, pero yo ya estoy sudando.

—¿No había un sitio más fresquito? —Me quejo sin poder evitarlo.

—Tranquila, en cuanto lleguemos al hotel nos ponemos en bikini y arreglado —concluye Nel, mientras revuelve su bolso en busca de sus gafas de sol.

—¿Vienen a buscarnos?

—En teoría, sí. —Nel busca con la mirada la salida—. En el hotel me dijeron que se encargaban.

Veinte minutos después, un hombre vestido con uniforme entra tranquilamente en el aeropuerto y se dirige hacia nosotras.

—¿Penélope Guerrero?

—Sí, soy yo. —Nel se lanza a darle la mano.

—Por aquí, por favor.

No hace ningún amago de ayudarnos, así que de nuevo volvemos a cargar con las cosas hasta una furgoneta algo desvencijada. El conductor, que tiene un nombre ininteligible que todas hemos olvidado al segundo, nos abre el maletero y mete todas nuestras pertenencias sin ningún cuidado.

En cuanto arrancamos, se confirman mis peores temores: la cafetera andante no tiene aire acondicionado. Enciendo el móvil y reviso la cobertura, No hay demasiada, pero bastará para llamar a Lucía.

—¿Qué haces?! —Sofía me arranca el móvil de las manos antes de que me lo lleve a la oreja y lo apaga de nuevo.

—¡¡¡Ehhhh!!! ¡¿Por qué lo apagas?!

—¿Tú sabes la pasta que te van a cobrar? Espera a llegar al hotel y cuando tengas wifi desconectas todos los datos. Suspiro mientras Sofía me devuelve el móvil. Tengo tantas ganas de hablar con mi hija que no he caído en nada de eso, pero Sofía tiene razón. Si encima del presupuesto inicial nos llega una factura de móvil astronómica, Sergio me matará.

Intento disfrutar del paisaje, mientras el aire caliente me da de lleno en la cara. Debo reconocer que Nel tenía razón. No se me ocurre un escenario mejor para que Cloe recuerde siempre este fin de semana, pero me parece todo demasiado de película, como acostumbran a hacer ellas las cosas. Mientras Nel y Cloe parecen sacadas de una página de Vogue especial verano, Sofia y yo parece que acabamos de salir de un camping de caravanas abandonado.

—¡¡Mirad, chicas!!

Por la ventanilla, un paisaje de mar azul y pequeñas casitas blancas invitan a hacer fotografías hasta llenar la memoria del móvil. Intento captar esa maravilla en distintas fotos, aprovechando la poca velocidad que lleva la furgoneta.

—Ya casi hemos llegado— Anuncia el conductor.

Entramos a una callejuela llena de casitas pintorescas. El conductor pasa hábilmente por una puerta bastante estrecha y nos lleva directamente a la entrada del hotel. Bajamos a trompicones, adornando de «ohhs» y «ahhs» nuestra entrada al edificio. El personal se muestra encantador con Nel, que en un inglés súper fluido hace nuestro *check in*. Reconozco que a medida que vamos subiendo a las habitaciones se me va pegando el entusiasmo.

—Bueno, chicas, ¿quedamos en media hora? —Nel mira el reloj, calculando—. A las dos y media. La primera que termine que avise a las demás.

Me desplomo sobre la cama en cuanto entro en la habitación. Ahora mismo lo daría todo por ducharme y echarme una siestecita, pero mi estómago me recuerda que no he ingerido nada sólido desde el desayuno, y de eso parece que han pasado siglos. Alcanzo el bolso y vuelvo a encender el móvil. Junto a la tarjeta de la habitación están las instrucciones para conectarse al wifi del hotel. Mientras espero impaciente a tener señal, me levanto e inspecciono la habitación. No puedo menos que silbar cuando me doy cuenta de las maravillosas vistas al mar que hay desde el balcón de contraventanas azules. En cuanto el móvil me indica que estoy conectada, marco el número de Sergio.

—Hola, Ana.

—¡Hola! —Me siento secretamente aliviada al oír su voz—. Ya hemos llegado. Estoy en el hotel.

—Me alegro. ¿Qué tal el viaje?

—La verdad que muy bien, pero aquí hace un calor... Pero muy bonito todo, la verdad.

—Ya me imagino...

—¿Cómo está Lucía?

—Aquí la tengo. Espera, que te la paso.

—Hola, mami. —En cuanto oigo la vocecita de mi niña me dan ganas de llorar, emocionada—. ¿Estás ya en la playa?

—Todavía no, cariño. Cuando baje hago una foto y se la mando a papi para que la veas.

—Vale, mami. ¡Y no te olvides de las conchas!

—Claro que no, cariño. —Tras unas palabras que no entiendo y algo que le dice a su padre, vuelvo a oír su voz claramente—. Te quiero, mami. ¡Adiós, me voy!

—¡Yo también te quiero!

—Se ha ido corriendo, ya la conoces.

—Vale. —Suspiro, un poco decepcionada por la brevedad de la conversación—. ¿Ha comido ya?

—Sí, se me ha resistido un poco, pero le he puesto dibujos animados y la he convencido.

—Bueno, me alegro. Te tengo que dejar. Si sigo hablando voy a ser la última en prepararme. Os llamo luego, ¿vale?

—Vale, tú pásalo bien y no te preocupes por nosotros, que estamos genial.

—Adiós, cariño, te quiero.

—Yo también. Hasta luego, Ana.

Me despego a regañadientes del teléfono. Sé que no se lo puedo decir a éstas, pero se me hace muy dura la separación, a pesar de estar en un sitio tan estupendo como éste. En todos los planes que hay en mi vida están siempre

incluidos Sergio y Lucía y, al contrario de lo que les pueda pasar a las otras, esta libertad momentánea se me hace pesada e insoportablemente vacía. Y no la necesito, como alegan otras madres, agobiadas por sus responsabilidades.

Abro la maleta y me lamento mientras saco toda la ropa. Ha llegado el fatídico momento de ponerme el bikini y, por lo que he podido entender, nos vamos a pasar la mitad del día así. No he tenido tiempo de buscar algo más favorecedor, así que tendré que conformarme con los bañadores que he utilizado este verano en la playa... Y los dos veranos anteriores. Me pongo el de rayas multicolor y voy al baño a enfrentarme con la cruda realidad. Me miro en el espejo e intento tener una visión objetiva de la mujer que me observa con gesto amedrentado. Al menos no es del todo un desastre. A pesar de no estar precisamente en mi mejor momento, nunca he tenido problemas de peso y, aunque aún se me resiste la flacidez que resultó del embarazo de Lucía y de mi falta de pasión por el deporte, podría ser mucho peor. Me miro de perfil y reconozco que debería ir más erguida y sacar el poco pecho que tengo, pero bueno, es pasable. Pero cuando me doy la vuelta y hago un «posado a lo Pataky»<sup>[3]</sup>, entiendo por qué nuestro cuerpo no está preparado para vernos por detrás. Y gracias a Dios, porque si no algunas, como yo, estaríamos deprimidas todo el día. Además de una espalda baja de tono, por decir algo suave, donde se incrustan los tirantes del bañador sin ninguna aprensión, de cintura para abajo soy un muestrario de todos los problemas circulatorios y cutáneos que puede llegar a tener un individuo (sobre todo femenino, uno de nuestros privilegios): varices, estrías y celulitis decoran mis nalgas y muslos sin ninguna piedad, dejando ver lo que disimulaba de frente. Sin contar con que el poco sol que se me ha pegado este verano no me ha dado ni de lejos de cintura para abajo. Caprichos de la vida. O crueldades, más bien.

Me pongo por encima un vestido de playa azul de tirantes. No es que haga ningún milagro a mi silueta, pero por lo menos me dará menos vergüenza bajar con el culo tapado. En el baño, me miro algo más tranquila. Suerte de espejo, que no me refleja más debajo de la cadera. Me mojo un poco el pelo, que a

estas alturas ya está completamente fosco de la humedad, y decido hacerme una coleta alta. Sé que tengo pinta de caniche pijo cuando me recojo así mi corta melena, pero, sinceramente, nunca he sabido qué hacer con él. Aquellos tirabuzones que tanto me envidiaban cuando era niña y que me daban ese aspecto de muñequita de porcelana, se convirtieron con los años en unos rizos ariscos y poco favorecedores, que le dan volúmenes imposibles a mi cabeza. Si al menos tuviese paciencia para dejarme el pelo más largo... Pero nada, soy incapaz. En cuanto me llega más abajo del hombro, me empiezo a agobiar y desisto. Y lo de la plancha... Mejor ni lo intento.

Alguien llama a la puerta con los nudillos. Me miro una última vez, intentando poner mi mejor sonrisa y corro a abrir.

—¿Ya estás preparada? —Sofía entra en la habitación toda hecha sonrisas—. ¡Wowww! Creo que tu balcón es más grande que el mío.

No puedo evitar mirarla descaradamente. No sé de dónde habrá sacado ese bikini negro a juego con el pareo, pero nunca la había visto así de guapa.

—¿Es nuevo?

—Un caprichito. —Sonríe, sonrojándose mientras se mira hacia abajo—. Tenía todos los bikinis destrozados y la ocasión se lo merecía.

Suspiro en silencio mientras busco las chanclas. Pensaba que al menos Sofía iría un poco en mi línea, pero parece que la única que no he pensado en eso he sido yo. Solo espero no salir de esta guisa en ninguna foto para la posteridad.

—¡Qué suerte! Y yo con estas pintas...

—¡¿Qué dices?! — Sofía me mira de arriba abajo con aprobación—. Pero si estás genial...

—Venga ya, bonita, no me mientas.

—Que no, que te lo digo en serio. Estás estupenda, te quedan muy bien los colores intensos.

Me miro de refilón en el espejo del armario, sin dar mucho crédito a lo que dice Sofía.

—Sí, vamos, estoy divina...

—¡Deja ya de gruñir, rica! —dice, empujándome juguetona—. ¿Sabes lo que necesitas?

—¿Una liposucción y quemar toda mi ropa?

—Una copa. Es lo mejor para la autoestima, amiga, y mucho más barato. ¿Quién necesita un cirujano teniendo barra libre?

Suspiro. Aún estoy algo gruñona, pero Sofía me coloca un poco la coleta y sonrío, cariñosa.

—Vamos con las chicas. En cuanto te des cuenta lo estarás pasando en grande.

\*\*\*

No sé si fue la promesa de Sofía o las tres copas de ron con Coca Cola que me he tomado ya, pero media hora después estoy mucho más relajada. No hay demasiada gente en la piscina del hotel y eso, sin duda, ayuda bastante a mi autoestima. A pesar de ser la peor vestida con diferencia, parece que me ha empezado a dar igual. Quizá, solo quizá, Sergio tenía razón y me hacía falta desconectar un poco.

Las carcajadas de Nel hacen eco por toda la piscina. Ella y Cloe están apoyadas en la barra, pidiendo la cuarta ronda. Miro con envidia y sin ningún reparo lo morena y guapísima que está Cloe. Parece haber adelgazado un poco, o quizá demasiado desde la última vez que nos vimos, pero su bikini blanco es tan insinuante que entiendo que el camarero esté babeando con ella.

—Lo sé, dan asco.

—No estaba pensando en eso.

—No, claro que no... —Sofía me pega un empujón cariñoso. La sigo hasta el borde de la piscina y nos sentamos. El agua está cristalina y a la temperatura ideal, y juego con mis pies dentro de ella. Nota mental: «Necesito que alguien me preste un esmalte y hacerme la pedicura. Es urgente».

—¿Y entonces qué es?

—¿El qué?

—Lo que te pasa.

—No me pasa nada. —Miro a Sofía sin entender, pero ella me lanza una mirada del tipo «aquí pasa algo». —Solo... Echo de menos a Lucía.

—Y a Sergio, supongo.

—También. Pero... Ya sabes que Lucía es mi debilidad. —Me encojo de hombros, sonriente, y noto como segundo a segundo me va subiendo el alcohol—. Solo pensaba en si yo estaba así de buena antes de casarme.

—¡¡¡Jajajajaja!!! Todas lo estamos antes de casarnos. ¿Y sabes por qué? Porque tenemos tiempo. De ese del bueno, del que te permite meterte en el baño dos horas sin que nadie aporree la puerta. Además de cero partos, claro.

Suspiro sonriente y me acabo la copa.

—Relájate, Ana, el fin de semana pasará volando y te arrepentirás de no haberlo disfrutado...

—¿De qué habláis, chicas? —Annie se une a nosotras, se sumerge discretamente en el agua y nada hacia el borde, sonriente.

—Esta, que está melancólica. —Suelta Sofía, dándome un codazo.

—Bah, solo... Me siento un poco fuera de lugar.

—¿Y quién no? Yo echo horriblemente de menos a mi niña. —Annie finge un puchero que nos hace reír—. Pero dentro de dos copas seguramente solo querré que Robert aparezca en mi habitación como por arte de magia. Y si es desnudo en mi cama, mejor.

—¿A quién vamos a ver desnudo? —Pregunta Nel a mi espalda. Entre ella y Cloe nos reparten una copa de algo desconocido para cada una.

—A Robert.

—¡¡¡Puaj!!! —Cloe pone cara de asco—. No te ofendas, cariño, pero no me apetece nada...

—No sabes lo que te pierdes... —Murmura Annie, sonriendo juguetona.

Vaya tela. Todas se ponen a alabar las bondades de sus hombres... Todas,

menos Sofía y yo, claro. Somos los bichos raros del grupo, y lo sabemos. Sofía porque desde hace unos años pone verde a su marido por su falta de imaginación y porque, según dice, va a acabar siendo la versión española de Homer Simpson. Y yo... A ver. No es que Sergio no me... atraiga. Es que nosotros no somos así, supongo. Todo lo que cuentan las chicas cada vez que nos juntamos me suena a algo más parecido a una película porno que a mi vida sexual. Sé que quizá no esté demasiado evolucionada en esto del sexo, pero no lo veo necesario. Hace unos años comencé ilusionadísima y súper orgullosa a leer la primera novela de mi amiga Cloe... Y por poco me da un soponcio. Me costó mucho esfuerzo no juzgarla por todo lo que leí... Mucho esfuerzo. Yo adoraba a Cloe. La idolatraba. Para mí había sido siempre alguien en quien fijarme. Me gustaba todo lo que ella tenía, lo que hacía, cómo la trataban los demás... Pero, cuando terminé aquel libro, el único que he leído de los suyos, aunque los he comprado todos, pensé que se había vuelto loca. Jamás habría pensado que fuese capaz de escribir algo tan... ¿Sucio? Cuando la volví a ver, no puede evitarlo. Mentí. Como nunca en mi vida. Mentí como una mala amiga y no le di la oportunidad de exponerle mi opinión real, de hacerle ver que ella podía aspirar a mucho más, que podría haber sido más elegante, menos explícita y mucho más romántica. En lugar de eso, solo le aseguré que me había encantado y que no tenía duda de que sería un éxito rotundo. Y, para mi sorpresa, lo fue.

—¿Y tú, Anaïs?

—¡¿Yoo?! —Salgo de mi ensoñación en cuanto oigo mi nombre—. ¿Qué pasa conmigo?

—¿Ya estabas pensando en tu maridito?

Me decido a imitarlas y me río, misteriosa, bebiendo de mi copa, quizá demasiado.

—Supongo que como todas.

—Pues yo la verdad es que no. — Sofía está con la vista clavada en el otro lado de la piscina—. Estoy pensando en lo llenita que está esta isla de

monumentos...

Instintivamente, todas miramos en aquella dirección. Un tío de unos treinta años está en el borde de la piscina, ensimismado mirando al agua. Y debo reconocer que, si no es porque de vez en cuando se mueve, como si estuviera haciendo estiramientos, cualquiera pensaría que es un dios griego caído del cielo.

—No sé, no sé...—Nel se levanta las gafas de sol, coqueta—. ¿En serio? Está bien, pero... No es nada del otro mundo.

—Habló la que tiene un rey vikingo en su casa.

—Hija, no es eso, pero... Yo creo que éste es de esos que cuando se acerca se acaba la magia.

Mientras todas discuten sobre si es tan perfecto como parece o es solo la imaginación calenturienta de Sofía, la estatua andante en cuestión cobra vida de pronto y se tira a la piscina con un perfecto movimiento. Y es todo armonía. Sigo su recorrido mientras nada rápidamente, bastante cerca de donde nos encontramos nosotras. Cuando llega al borde, echa hacia atrás su pelo y nos mira sin disimulo.

—Hello.

Y yo me quedo... anonadada. Porque tiene el pelo más negro y los ojos más azules que he visto en mi vida. Porque podría tener una mezcla de un sinfín de razas para hacerlo tan exótico, o porque tiene la sonrisa o los labios más sensuales aún que su cuerpo.

—Wowww... —murmura Sofía.

Sin decir ni una palabra más, vuelve nadando al extremo desde el que se tiró y sale por el borde de un salto.

—Pues eso, perfecto —dice Sofía, mirándole el culo sin disimulo. Él, ajeno a las miradas, o sabedor de tenerlas, se tumba en una hamaca, se pone unas gafas de sol y estira su tremendo cuerpo.

—Pues no, no es de esos que pierde la magia, la verdad... —Nel se ríe y me mira.

—¿Veredicto, chicas?

—Monumento de la humanidad —contesta Sofía.

—Pedazo de maromo. —Annie se bebe la copa de un trago sin apartar la vista de él.

—No se puede ser tan perfecto, tiene que tener algún defecto muy gordo. — Esa es Cloe, cuyo amor por Caleb la está dejando bastante ciega.

—Sí. Lo tiene. Todo en su sitio. —Nel, que a pesar de tener un pedazo de hombre en casa, es mucho más sincera que Cloe, la mira esbozando una pícaro sonrisa.

—Zeus saliendo de las aguas —comento casi en un susurro, intentando ser fina y no decir lo que me ha pasado por la cabeza y por el resto del cuerpo cuando lo he visto. Las demás se ríen como locas—. Es guapísimo, eso no me lo vais a negar.

—Para nada. —Dice Sofía—. ¿De dónde será?

—De la isla de los tíos buenos perfectos que hacen dos largos en la piscina solo para decirnos «hello» y dejarnos con la boca abierta para el resto del día. —Concreta Cloe, levantándose—. No sé por qué, pero creo que necesito comer algo o dentro de poco estaré KO con estos brebajes. ¿Os apuntáis?

El buffet del restaurante del hotel es bastante justito, pero aún así disfrutamos de la comida, que está buenísima, y de un vino blanco helado de la zona que entra muy bien. Ya estoy empezando a sentir el efecto del alcohol en el cuerpo y me animo a probar de todo, mientras las demás hacen lo mismo.

—¿Qué plan tenemos para esta tarde? —pregunta Sofía, comiendo a dos carrillos.

—Yo creo que deberíamos echarnos una siestecita en la piscina y salir pronto a dar un paseo para cenar, ¿no? —Nel nos mira esperando una respuesta.

—¡Y beber! —suelta una Sofía desatada que desconozco.

La conversación deriva en una pequeña discusión sobre si deberíamos seguir bebiendo en la piscina o reservarnos un poco para esta noche y el resto del fin

de semana. Porque la verdad es que estamos molidas. Al menos yo, que tenía la esperanza de poder pasar un ratito de relax en la habitación. Para mi total disgusto, vamos de nuevo a la piscina, aunque logro convencerlas para tomar unos cafés en lugar de las bombas alcohólicas que estaban proponiendo. Mientras Sofia y yo vamos a pedirlos a la barra, las otras tres corren a las tumbonas intentando llevarse todo el sol. Estas locas van a acabar como cangrejos.

Bostezo ruidosamente sin poder evitarlo y Sofia me da un codazo cariñoso.

—Nena, que te duermes...

—No sabes lo que daría yo por una siestecita.

—Pues ya sabes, te tumbas ahora al sol y te relajas.

—Ufff... —Miro a las chicas, que están riéndose a carcajadas—. ¿Tú crees que vamos a tener algún minuto de paz? Además, como me ponga mucho al sol me voy a cocer como una gamba...

—¡No digas tonterías! Anímate, hombre, nos tenemos que llevar de aquí un bronceado de esos que dan envidia. —Como puede, Sofia le explica al camarero que necesitamos que nos sirvan en la zona de la piscina y este sonrío, asintiendo—. Venga, vamos para allá.

Me tumbo junto a ellas sin demasiadas esperanzas de descansar pero, para mi sorpresa, unos minutos después de tomarme el café, me adentro en un sueño profundo en el que todo es blanco.

\*\*\*

—¡Hombre, ya despertó la bella durmiente! —Unas carcajadas de fondo me hacen salir del sopor—. Como sigas así, vamos a tener que buscar un príncipe azul que te de un beso de amor... —Más carcajadas. Con razón en mi sueño todo estaba soleado. Es muy posible que los rayos ultravioleta me hayan achicharrado los párpados y hayan llegado hasta mi cerebro. Cuando consigo por fin enfocar, veo a las chicas metidas en el agua, apoyadas en el borde.

Cómo no, con sendas copas cada una.

—¿Qué hora es? —Trato de buscar mi móvil, pero no tengo la menor idea de dónde lo he dejado.

—Hora de vestirse, me temo. —Nel mira profesionalmente su reloj y sale de la piscina ágilmente—. Habrá que ponerse un poco guapas, ¿no?

Subo con ellas a las habitaciones, aún un poco zombi. No sé cuantas horas he dormido, pero dormiría siete horas más sin ningún esfuerzo. En cuanto veo la cama, estoy tentada de tumbarme un ratito, pero no puedo. Más bien, no debo. Son capaces de llamar a los geos o lo que quiera que haya en esta isla para sacarme de fiesta.

Me miro con terror en el espejo, pero me quedo asombrada con lo que devuelve mi reflejo. En lugar del tono de piel cangrejo-inyectado en sangre que me esperaba, mi piel parece haber sufrido un cambio de tonalidad, tirando a dorado, que no me sienta nada mal. No es que en unas horas me haya convertido en Bo Derek<sup>[4]</sup>, pero al menos parece que estoy algo más descansada. Y eso me anima. Hasta que intento decidir qué ropa ponerme, claro.

Mierda. Soy malísima con estas cosas. He intentado elegir unos modelitos dignos para las acompañantes que llevo, pero estoy segura de que ninguno se acerca ni de lejos a lo que ellas llevarán en la maleta, a la vista de los bikinis que lucen. Estoy tentada de llamar a Sofía, pero desisto en el último momento. Era mi última esperanza, pero si la ropa que se ha traído es parecida al modelito de esta mañana, estoy sola en esto.

Me doy una ducha para intentar relajarme. Debería hacerme algo en el pelo, maquillarme un poco y quizá ponerme algo de tacón, pero... Me da tanta pereza que me decanto por lo básico. Elijo mi vestido ibicenco, que tiene más años de los que recuerdo, unas sandalias planas de tipo romano y unas cuantas pulseras rígidas de colores. No es que sea un look de la muerte, pero el caso es que no me veo tan mal con mi nuevo bronceado...

Justo cuando estoy llamando a Sergio de nuevo, oigo voces al otro lado de la

puerta. Abro y hago una señal a las chicas con la mano, que entran y esperan en silencio, hasta que la llamada pasa al contestador. Cuelgo con cierta inquietud y sonrío, haciéndoles la ficha directamente a cada una de ellas. Y ciertamente...No es lo que me esperaba, la verdad. En lugar de lentejuelas y trajes insinuantes, las chicas van más discretas de lo que me había imaginado. Todas llevan vestidos livianos del tipo del que llevo yo, menos Nel, que fiel a su estilo ha optado por unos vaqueros rotos y ajustadísimos y una camiseta con un hombro caído que le da un toque muy sexy.

—¿Nos vamos? —Pregunta Nel, alzando su característica ceja.

—Mando un mensaje y estoy.

Escribo un mensaje escueto y bastante frío a Sergio, intentando llamar un poco su atención. No digo que no esté haciendo algo y no lo pueda coger, pero... Hombre, devolverme la llamada sería un detalle por su parte que no requeriría mucho esfuerzo.

El camino a la zona de bares me anima un poco. Cloe se empeña en ir a pie, pasando de las quejas de su querida Nel, que no va andando ni a la vuelta de la esquina.

—Es que hija, tú también, ponerte esas sandalias...

—Son de cuña. —Se defiende, mientras intenta no precipitarse por la cuesta empedrada por la que estamos bajando.

—Sí, muy propias. —Se ríe Cloe que, con un calzado similar al mío, va la mar de cómoda.

Oímos las quejas de Nel de hilo musical hasta que llegamos a la zona de restauración que nos han indicado en el hotel.

—Vaya, no pensaba que hubiese tanto para elegir.

A ambos lados de la calle por la que hemos bajado se amontonan las mesas de las terrazas. Aún no hay demasiada gente, por lo que un grupo de relaciones públicas viene a por nosotras como una jauría de hienas.

—¿Vosotras os estáis enterando de algo? —Comento en voz baja, mientras los chicos no dejan de sonreírnos y tratan de llevarnos a sus respectivos

locales.

—Pues la verdad es que no, pero me muero de hambre. —Susurra Annie, suspirando—. Cloe, elige tú, por favor, pero que sea pronto.

Cloe mira indecisa, sin saber muy bien qué hacer y, cómo no, se decanta por un hombre bajito y medio calvo que se parece sospechosamente a Alfredo Landa versión autóctona. El hombrecillo nos conduce, todo agradecimientos, a través de lo que parece la entrada de una vivienda, a un pequeño restaurante que se llama Paradeisos.

—¡¡Wowww!!

Pues sí, wowww. No puedo dejar de exclamar mientras nos conduce a través de un camino delimitado por velas a una amplia mesa de mantel blanco impoluto. Parece que Cloe ha elegido a la perfección. Ante nosotras se extiende un coqueto jardín con luces en los árboles y farolillos en las mesas.

—¿No es un poco íntimo para nosotras?

—Me encantaría traer aquí a Jorge... —Musita Nel con voz soñadora.

—Pues yo ni de coña traería aquí a Antonio. Me estropearía la noche.

No digo nada. Por supuesto, en un mundo perfecto y romántico me encantaría traer aquí a un Sergio diferente, atento y encantador, o más bien me gustaría que me trajese él... Pero ni una cosa ni la otra. Ahora mismo, a la vista de las cero llamadas y los inexistentes mensajes que he recibido, no me iría con él ni a la vuelta de la esquina.

Me invento una excusa para ir al baño y así poder llamarle de nuevo. Pero nada. Después de unos tonos me sale de nuevo el contestador.

— ¿Se puede saber dónde estás? Joder, Sergio... Haz el favor de llamarme, quiero hablar con Lucía antes de que se vaya a dormir.

Cuelgo con unas ganas locas de estampar el teléfono contra la pared. Cuando salgo del cubículo, Nel me está esperando, apoyada en los lavabos.

—Vale, ahora me vas a contar qué te pasa.

Suspiro, agotada de repente.

—Que Sergio es idiota.

—Eso no es nada nuevo.

Casi me entran ganas de reír.

—No sabía que te caía tan mal.

—Me cae fatal, pero a quien le tiene que hacer gracia es a ti, aunque ya te digo que no la tiene por ningún lado.

—Mucha gracia no me hace ahora, la verdad.

—¿Cuál es el problema?

—Que no me coge el teléfono. Y quiero darle las buenas noches a Lucía antes de que se quede dormida. —Nel levanta una ceja—. Sí, ya sé que te parecerá una tontería, pero para mí es importante.

Nel se cruza de brazos y frunce el ceño.

—No me parece ninguna tontería que quieras hablar con tu hija. — En ese momento caigo en que ella ya no es la mujer soltera y sin compromiso que solía ser, sino una madre orgullosa, enamorada y tatuada, que debe de molar mogollón—. Pero parece que Sergio es un gilipollas, si me permites decirlo. —Saca el móvil del bolsillo trasero del pantalón y me lo tiende—. ¿Quieres llamar desde el mío?

Estoy a punto de decirle que no, pero no puedo evitarlo. Sé que si me lo coge corroboraré que no ha querido contestar a mis llamadas, y que si no me lo coge me quedará igual, sin hablar con Lucía, que es lo que me interesa, pero... Vaya, qué curioso, pasa justo lo que no quería que pasase.

—¿Sí? —Oigo su voz tranquila y relajada, así que intuyo que la excusa de una emergencia no está contemplada.

—Ponme con mi hija.

—¡¿Ana?! —Noto perfectamente un tono de alarma en su voz.

—Sí, creo que no estás a cargo de otra niña que no sea mi hija, ¿no? Ponme con Lucía.

—Cariño, ¿desde dónde llamas?

De fondo, se oye por fin la voz emocionada de mi pequeña, que enseguida obliga a su padre a pasarle el teléfono.

—¡Hola, cariño! —Sonríó al ver que Nel me mira todavía preocupada—.  
¿Qué tal lo estás pasando?

—Bien, mamá, pero la abuela dice que me tengo que ir a dormir ya y ni siquiera he visto un ratito los dibujos...

Suspiro discretamente, intentando no soltar alguna fresca sobre mi suegra de la que me pueda arrepentir.

—Bueno, cariño, tú haz caso a la abuela y a papá, que me has prometido ser muy buena, ¿vale?

—Bueno, mami, vale... —Me imagino a Lucía con pucheros y tengo ganas de volver y abrazarla—. Te echo de menos...

—Y yo a ti, cariño, pero en cuanto te quieras dar cuenta estaré otra vez allí, ¿vale?

Consigo despedirme de mi hija sin derramar una lágrima, no sin antes prometerle que le llevaré un regalito muy especial por ser tan buena. Lucía vuelve a su tono alegre y me siento muy orgullosa.

—Anaïs... —La voz de Sergio se cuela antes de que pueda colgar.

—Dime.

—¿Desde dónde llamas?

—Desde el móvil de Nel.

—¿Le ha pasado algo a tu teléfono?

—Pues pensaba que sí. Te he hecho varias llamadas, pero como no respondías...

—Lo siento. No lo he mirado en toda la tarde.

—Ya.

Tengo ganas de colgarle el teléfono sin más, pero me contengo.

—¿Lo estáis pasando bien?

—Genial.

—Me alegro. Os vendrá muy bien el fin de semana.

—Te llamaré por la mañana. —Corto la conversación sin más. No estoy de humor para este intercambio de estupideces.

—Vale, pásalo bien.

—Eso no lo dudes.

Cuelgo el móvil y se lo devuelvo a Nel.

—¿Y bien?

—Ya está, gracias. —Intento no mirarla, mientras finjo que me retoco en el espejo.

—¿Me lo vas a contar o te lo voy a tener que sacar con sacacorchos?

—Da igual, vamos a la mesa. Llevamos un buen rato aquí.

—Anaïs...

—¿Sabes? Es que estoy harta. Me habría gustado que Sergio se picara un poco con el tema del viaje, que no le hiciese mucha gracia que me fuese tan lejos... Y en lugar de eso... No sé. Parece que le viene de perlas que me vaya.

—¿Qué quieres decir?

—No sé... Son tonterías mías, da igual.

—No, no da igual, Ana. Suéltalo.

Nel frunce el ceño, molesta. Y, aunque sé que quizá debería contárselo antes a Sofía, necesito contárselo a Nel, porque sé que nunca dirá nada que no piensa para suavizar la situación.

—Creo que Sergio me está engañando.

Nel me mira preocupada.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que no parece el mismo de siempre. Últimamente está como ido, todo el día pegado al puñetero móvil como si fuese su tesoro. ¿Sabes? Antes se lo dejaba cada dos por tres en el coche, en el baño o en cualquier abrigo. Y ahora le falta poco para atárselo al cuello.

—Bueno, no te creas, hay mucha gente así con el tema de los móviles. A lo mejor se ha abierto una cuenta de Instagram y está todo el día subiendo fotos, o le ha dado por las apuestas online...

—No había pensado en eso.

—No lo sé, igual no tengo mucha razón, pero hay mucha gente colgada del

móvil y la mayoría de las veces están viendo idioteces.

—Probablemente sea eso, pero es que está todo el día distraído, con cara de bobo...

—¿No será porno?

¿Sergio viendo porno? Pues tampoco había contemplado esa posibilidad pero... No me pega de él. Supongo que siempre he pensado que es como yo, algo simple, pero con la parte buena de no tener dobleces, ni extrañas intenciones. Ni mucho menos secretos.

—Bueno, bueno, hija, no pongas esa cara. —Nel se ríe a carcajadas contra el lavabo—. Tampoco es nada raro.

—Es solo que... De Sergio no me pega. No sé, igual son imaginaciones mías y no pasa nada. Tiene mucho trabajo y siempre está hablando con sus amigos por WhatsApp... Será que no me hace ni caso y estoy celosa.

—Es posible. —Dice Nel, aunque sé que no está demasiado convencida.

—Olvida lo que te he dicho, ¿quieres? La verdad es que no sé por qué pienso estas cosas. Estoy enfadada con él, pero quizá todo esto es un poco injusto.

—Claro, no hay problema. —Nel se acerca y, en un gesto que me parece inusual en ella, me coge de la mano y me la aprieta—. Pero si en algún momento estás agobiada, necesitas que te preste de nuevo el teléfono o que yo misma le llame y le diga que es imbécil, ya sabes dónde estoy.

—Gracias, Nel.

Aunque me mira con cara de preocupación, intenta disimularlo con una sonrisa.

—Vamos, las chicas estarán preguntando si nos hemos perdido.

\*\*\*

—Pufff... No puedo más. Creo que voy a explotar —se queja Sofía, masajeando su tripa como si estuviese embarazada.

—Es que te ha faltado comerte las servilletas, rica —protesta Nel, que apenas ha probado bocado, pero ha dado buena cuenta del vino y el postre.

—¡No es culpa mía! ¡Estaba todo buenísimo!

—Eso es verdad, pero como no nos movamos pronto me va a entrar la modorra y me voy a dormir. —Cloe, que está que se cae, protesta, casi tumbada en la silla—. Estoy agotada.

—¿Una copa en el hotel? —sugiere Annie—. Quizá deberíamos guardar fuerzas para mañana.

—Puede que sea lo mejor. —Apoyo a Annie sin que se note demasiado. Si estamos en el hotel, podré escaquearme más fácilmente y probar esa cama que parece que me está llamando desde hace horas.

—Vale, vale, vale. Sois unas rajadas —protesta Nel, que está igual de agotada que las demás, pero nunca lo reconocerá.

—¿Qué dices, Sofía?

—Yo voto por hotel, pero me das miedo, Nel.

—¿Qué yo te doy miedo? ¿Por qué?

—No pongas cara de buenecita, que nos conocemos. —Sofía pone cara de terror y todas nos reímos—. Cualquiera te lleva la contraria, con lo borde que eres...

—Ya no es borde, Jorge y Noah la han convertido en un amor de niña. —Suspira Cloe, achuchándola.

—Sois tontas de culo. Y tú la que más.

—Te lo dije —susurra Sofía, mientras las demás no podemos aguantar la risa.

De camino al hotel, Nel nos entretiene insultando a los que construyeron aquel pueblo en cuesta, a cada piedra del camino y al inventor de las cuñas como calzado cómodo. Yo no puedo evitar reírme como una tonta, a pesar de correr el riesgo de ser el blanco de su lengua viperina. Será el alcohol, supongo. O que la charla con ella me ha liberado del peso que llevaba encima. No es que no siga algo preocupada por el tema Sergio, pero ahora mismo me

da igual todo. Si estoy aquí voy a disfrutarlo, porque pasarán mil años antes de que me pueda permitir otras mini vacaciones con mis amigas. O con quien sea. Bendito vino blanco.

—¡Ohhh! ¡Gracias a Dios! Ya hemos llegado.

En un segundo, Nel se despoja de sus incómodas sandalias y suspira, aliviada.

—¿Y eso no se te podía haber ocurrido antes? —pregunta Cloe, atónita.

—Que te den, bonita. —gruñe Nel.

Suelto una carcajada y Nel me mira, levantando una ceja, pero en lugar de callarme, sigo riéndome sin parar. Ante mi asombro, Nel se encoje de hombros y ríe conmigo.

—Vamos a tomarnos algo bien fuerte, tía, tengo toda la sangre de mi cuerpo en los pies.

\*\*\*

—¿Estáis seguros de que es buena idea? —Sofía mira con inseguridad al barman, que parece estar mezclando toda la variedad de alcohol de la que dispone.

—Si un cóctel se llama Riesgo Bourbonx[5], hay que probarlo, sin duda. — Nel sonríe y nos enseña su brazo profusamente tatuado, en el que las palabras «arriesga, sueña, consigue» coronan un árbol de la vida.

—Mira que te has vuelto macarra, guapa. —Cloe coge a Nel de la muñeca y comienza a inspeccionar las ilustraciones—. ¿Cuántos llevas ya?

—Siete. —Sonríe Nel orgullosa—. Pero aún no he terminado.

Cloe la mira estupefacta.

—¿Tienes algún tope?

—Pienso tatuarme todas las cosas importantes de mi vida.

—Pues espero que tengas una vida bastante aburrida, porque como sigas así no te va a quedar espacio. Con lo bonitos que son vuestros trajes de damas de

honor, vas a parecer Amy Winehouse[6] en las fotos, hija...

Mientras Nel discute con Cloe sobre los malditos vestidos que tanta gracia nos han hecho desde un principio, menos a ella, claro, miro de reojo su otro brazo. Sobre una especie de intrincado laberinto, la palabra valor se enlaza con un corazón hecho con un cordón, que parece crear una pulsera alrededor de su muñeca.

—Es la leyenda del hilo rojo del destino.

—¿Qué?

—Esto... —Señala el cordón, y gira su muñeca para enseñarme la palma de su mano, donde el tatuaje termina en una minúscula estrella—. Es la línea del destino. Cuenta una leyenda japonesa que las personas predestinadas a conocerse están unidas por un hilo rojo invisible, que permanece atado a esas dos almas a pesar del tiempo, del lugar o de las circunstancias. El hilo puede enredarse o tensarse, pero jamás romperse.

—Es precioso...

—Lo es. —Nel mira con orgullo su tatuaje y forma un puño con su mano—. Jorge lleva en su brazo el otro extremo del cordón.

La miro sorprendida. Jamás pensé que Nel tuviera esa vena romántica y sentimental, pero, al parecer, estaba totalmente equivocada con ella. Sonríe, con lágrimas en los ojos.

—Shhhh... No le digas a nadie que soy una moñas o perderé mi prestigio.

—¡Chicas! —Me aprieta la mano casi imperceptiblemente, arrancándome una sonrisa, mientras se gira para mirar a las demás—. Me gustaría proponeros algo.

—Diosss...Qué miedo...—susurra Sofía, mientras alarga la mano para coger el cóctel que nos están sirviendo.

—Me gustaría que nos hiciésemos un tatuaje juntas.

—Ni de coña.

—Nonononono.

—¿Estás loca?!

—Yo me apunto. —Instantáneamente, todas me miran como si me hubiese crecido una segunda cabeza.

—¿En serio?

—Sí. Me gustan los tatuajes.

—Estás como una cabra.

—¿Y por qué no?

—Porque... Me da pánico—. susurra Annie.

—¿Queréis que Antonio me mate? —exclama Sofía, haciendo el payaso.

—No me fio ni un pelo de ti, Nel. —Cloe la mira de arriba abajo—. ¿Un tatuaje?

—No os estoy pidiendo que os metáis en una secta... Aunque os advierto que esto de los tatuajes da vicio, nenas. —Nel acaricia su hijo rojo y me mira de reojo, esbozando una sonrisa—. Como os he dicho, voy a tatuarme todas las cosas importantes de mi vida y es obvio que vosotras lo sois. —Todas nos miramos impresionadas ante su ternura, nada usual en ella—. Vale, vale, mañana le echaré la culpa al alcohol, al viaje y a todo lo que me dé la gana, pero escuchadme un momento. —Le da un sorbo a su cóctel y nos mira una a una. Juraría que tiene los ojos llenos de lágrimas y que está a punto de emocionarse, pero con Nel nunca se sabe—. Solo voy a deciros esto una vez, así que prestad mucha atención. Sé que no soy la persona más cariñosa y atenta del mundo, pero os quiero. Mucho. Y si he aprendido una cosa de todo lo que me ha pasado el último año es que no hay que esperar a que pase algo para decirle a la gente que quieres lo que la valoras. Y yo... Os quiero, chicas. Fuisteis un gran apoyo con todo el tema de Noah y Jero, y aunque ahora tengo a Jorge y soy muy feliz, quiero que sigáis estando muy presentes en mi vida. —Cloe, que ha estado escuchando a Nel sin pestañear, se emociona y la abraza. Nel la mira sonriente—. Tú eres la hermana que nunca tuve y a la que me habría encantado cotillearle el diario. Y vosotras... Como mis primas hermanas. —Todas las demás reímos ante su expresión—. No es que os haga de manos, pero ya sabéis que Cloe ha sido siempre mi gran debilidad... —Las

dos amigas vuelven a abrazarse, esta vez llorando—. Cada una tiene su vida, sus historias, sus problemas... Y ahora que mi hermana se casa y empieza una nueva vida llena de ilusiones, no quiero que nos separemos.

—Eso no va a pasar, cariño.

—Ya lo sé... A lo mejor os suena tonto, pero sería como aquellos pactos de sangre que hacíamos de pequeñas, en los que nos pinchábamos el dedo con un alfiler... Pero un poco más higiénico.

—¿Y en qué habías pensado?

—No lo sé. Algo pequeño y discreto, que no te rompa demasiado los esquemas...

—Cuenta conmigo. — La interrumpo, bebiéndome de un trago lo que me queda de cóctel.

—Me lo pensaré. —Sofía me mira algo extrañada, pero creo que piensa que, si yo me atrevo, no puede ser tan grave.

—Vaaalee...—Annie nos mira a todas y suspira—. Pero como luego sea una horrerada te mato.

—Solo si se puede esconder y es muy discreto.

—No te preocupes, lo será.

—¿Y tú, Cloe?

—¿Cómo me voy a negar? Pues claro, chicas, por ver así a Nel me tatúo a Elvis en toda la espalda.

—¿En serio?

—Sigue soñando, bonita.

Pedimos otra ronda de ese maravilloso cóctel para sellar el trato. Mientras Nel nos cuenta los pormenores de lo que conlleva hacerse un tatuaje y lo que ha pensado con el tatuador que trabaja con ella, me percató de que al otro extremo de la barra está el adonis que vimos esta mañana en la piscina, mirándonos divertido.

—Dios griego a las 15.15.

—Ohhh... Por Dios... —Sofía le mira descaradamente y se lo come con los

ojos. —¿En serio se puede estar así de bien?

—Por Dios, hija...

—¡¡¿Queeeeé?! —Sofía abre mucho los ojos y me río de su expresión—. Vamos a ver, ¿a qué hemos venido aquí? Estamos de despedida de soltera, por el amor de Dios, y hasta ahora hemos estado muy tranquilas. No es que quiera ir a un boys ni nada de eso, pero al menos... Déjame alegrarme la vista, por favor.

—Bueno, bueno, bueno...Y a las demás también. Si nos dejas, claro —apunta Nel.

—Intuyo que se acabó la Nel sentimental... —murmura Cloe para sí, poniendo los ojos en blanco.

—Intuyes bien. —Nel se levanta de su taburete y se alisa bien la ropa. —Vamos a ayudar a los ojos de Sofía para que estén alegres un ratito.

No doy crédito cuando veo cómo, sin dudarlo ni un momento, Nel camina hacia el fondo de la barra y se para frente al hombre perfecto. Tras unos segundos de conversación en los que aquella estatua viviente no deja de esbozar una sonrisa encantadora, comiéndose a Nel con los ojos, ambos miran hacia donde estamos las demás, que soltamos a coro unas risitas infantilonas.

—Hay que joderse con Nel. —exclama Sofía, que no puede parar de mirar a aquél hombre—. Tiene un peligro...

Antes de que le dé tiempo a decir algo más, observamos «ojipláticas» cómo Nel se toca el pelo, señala de nuevo hacia nosotras y se da media vuelta, con el chico siguiéndola como un perrito faldero en nuestra dirección.

—De dios griego nada —aclara Nel cuando llega ante nosotras—. Croata. Habla inglés fluido. Y parece bastante majó.

Y hasta ahí llegan las explicaciones. Una a una nos presenta y vamos, como si de una procesión se tratase, en fila a darle dos besos, que él acoge encantado con una sonrisa que derretiría el iceberg del Titanic.

—¿Cómo ha dicho que se llama? — me susurra Sofía cuando se sienta de nuevo en el taburete que tengo al lado.

—¿Darko[7] ? O algo así.

—Wowww... Darkoooo... —susurra, mirándole con una sonrisa maligna—.  
Suenan a peligro...

—Peligro el que tienes tú si sigues bebiendo, monina... —Intento quitarle su copa, pero antes de que la alcance se la bebe de un trago—. Sofía, haz el favor...

—Toma. —Me acerca mi copa traviesa—. Haz lo mismo. Se ve la vida de otro color.

—Ya me lo dirás cuando te despiertes mañana...

\*\*\*

En serio. Esa frase no era para ponerla en práctica literalmente. Pero parece ser que, o Sofía se lo tomó muy en serio, o se ha vuelto obediente de repente porque, desde hace un par de minutos, mi móvil no deja de sonar.

—Te odio... —susurro antes de descolgar.

—¡¿Anaïs?! —La voz de Sofía suena en la lejanía, como si tuviese el manos libres—. ¿Estás despierta?

—¡¿Tú qué crees, rica?!

—Me muero, Anita...

—No, no te mueres. —Suspiro, mirando al techo—. Es solo la sensación de treinta litros de cócteles corriendo por tus venas.

—Jajajajaja... Graciosa. —Después de un silencio, en el que empiezo a pensar seriamente que ha entrado en coma, susurra con voz grave—. Dime que no pasó nada ayer.

—¿Nada de qué?

—¡¡¿Cómo nada de qué??!! —Veo las estrellas cuando el grito de Sofía me llega directo al cerebro. Vale que yo no me bebí toda la destilería de Escocia, pero aún así di buena cuenta de varios cócteles que me hicieron caer redonda en la cama en cuanto llegué a la habitación.

—Shhhh... Haz el favor, Sofía...

—Perdón, perdón... Es que... Tengo la cabeza hecha un lío, lagunas...

—¿Qué es lo que te pasa?

—¿Cómo que qué es lo que me pasa?! Ya sabes...

—No, Sofía, no tengo ni idea... —Contesto, sin poder evitar un bostezo.

—Ya sabes... —Sigue Sofía, impacientándose—. Darko y yo, un baile sensual...

—Sofía, Sofía, para...¿De qué me estás hablando?

—Anoche, Anita, ¿no te acuerdas?

—Pues no, Sofí, pero creo que tú tampoco.

—¿Ah, no?

—No, no pasó nada. Ni Darko ni baile sensual ni nada de eso.

—¿Nada?!

—De nada. Lo has debido de soñar.

—¿En serio? Vaya chasco.

Y tal y como es Sofía en esencia pura, me cuelga sin más, dejándome con un dolor de cabeza insuperable, pero soltando carcajadas como una loca. No hay derecho. Menudas piradas que tengo como amigas.

En vista de que va a ser imposible volver a dormirme, hago de tripas corazón y abro las contraventanas, dejando que el sol entre a raudales hasta el último rincón de la habitación. Por increíble que parezca, a pesar del cuerpo de jota que tengo por haber bebido tanto cuando no estoy acostumbrada, me siento... Feliz. Optimista, diría yo. Aunque con un paisaje como el que se ve desde mi balcón, un baño para mí sola y la posibilidad de volverme a dormir si pudiera... ¿Qué mujer casada con hijos no lo estaría?

Olvido todo lo que pasó con Sergio ayer. Porque quiero. Porque lo necesito. Porque me apetece pasar el resto del tiempo con mis amigas sin comeduras de coco. Aún es muy pronto para intentar hablar con ellos, así que le envío un mensaje cariñoso deseándoles buenos días. En especial a Lucía, claro. Lo sé yo, lo sabe él y lo saben todos. Pero a él también, en el fondo. A pesar de

todo.

Después de una ducha que elimina parte de mi malestar corporal y me espabila, me permito el lujo de pedir el desayuno al servicio de habitaciones. Me lo tomo en completo silencio en el balcón, observando las maravillosas vistas del mar azul, que se vuelve brillante con cada rayo de sol.

NEL: Estáis despiertas? Hay buffet en el desayuno

Sonrío recordando a la Nel de anoche, que dudo que volvamos a ver en todo el fin de semana.

ANAÏS: Yo sí

Y Sofía hace un rato.

Pero creo que ha vuelto a caer

SOFÍA: Afirmativo

No estoy para nadie

NEL: Eres una petarda

CLOE: Yo sí voy

Me muero de hambre

ANNIE: Me apunto!!

Esperadme

Media hora después, las cinco nos deslizamos en las sillas del buffet, intentando no explotar.

—Madre mía, no creo haber comido tanto en toda mi vida. —Annie mira horrorizada su tripa.

—Pues yo me comería algo más —Sofía, que en el último momento hemos conseguido arrastrar fuera de la habitación, rebaña su segundo plato de tortitas con nata—. He visto unos pastelitos...

—Pastelito el que viene... —Susurra Nel, mirando hacia la entrada.

Un perfecto Darko, con el pelo húmedo y ropa de deporte, se dirige sonriente hacia nuestra mesa.

—Por el amor de Dios, y yo comiendo como una cerda... —Se horroriza Sofía, que en un segundo se quita de en medio su plato, me lo endosa a mí y se limpia las comisuras de los labios con la lengua, como un gato relamiéndose.

—Buenos días, chicas. —Consigue balbucir Darko en un español bastante decente.

—Buenos días, «maromazo» —susurra Sofía, no lo demasiado bajo.

—Por Dios, Sof...

—¿¿MA-RO-MA-ZO?? —Repite Darko, confuso.

—Eso es *good*, amigo, es *good*. —contesta Sofía. Y se queda tan campante, como si fuese el mismísimo Torrente[8].

—Ahhh...Good...¿MA-RO-MA-ZA? —Intenta Darko para agradecerla, sin dejar de sonreír, cosa que, por una vez en él, no resulta demasiado sexy, sino algo bochornoso.

—*Perfect, perfect*. —Aplauda Sofía.

—De verdad que... —susurra Nel, alucinada.

—¿¿Qué?! Me está llamando maromaza. ¿Qué queréis, que le corrija? Al final le vamos a hacer un lío...

—Lío el que tienes tú, pero mental. —Nel la mira un segundo como si fuese un bicho raro y, acto seguido, cambia su gesto y le pregunta a Darko si quiere sentarse a desayunar con nosotras. Él rehúsa, señalando hacia una ruidosa mesa en la que hay gente de todas las edades. Nel asiente, sonriente.

—¿Qué pasa, no se queda? —pregunta Sofía haciendo pucheros, mientras le ve alejarse.

—Va a desayunar con su familia.

—¿Son esos?

—Claro. Nos habló de ellos ayer y del viaje que han hecho para volverse a juntar por el cumpleaños de su padre. ¿No te acuerdas?

—De nada —admite confusa—. No sé qué bebí ayer, pero hija, qué efecto...

Mientras Nel le refresca la memoria a Sofía, me doy cuenta de que yo tampoco me acuerdo demasiado de todo eso. Pero no por la bebida. O no del

todo. Más bien porque de repente, el misterioso dios griego se convirtió en un hombre de carne y hueso, demasiado joven y demasiado insulso para mi gusto.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —No lo digo para cambiar de tema, porque éste me aburra, que también, pero me he levantado con demasiadas ganas de hacer cosas como para quedarme aquí plantada esperando a que me entre sueño.

—¿Vamos a la playa?

—¿En serio? —Sofía mira a Cloe como si fuese extraterrestre—. ¿No estamos mejor en la piscinita, que no tenemos que movernos mucho?

—De eso nada, monada. —Nel la mira frunciendo el ceño—. Hoy toca hacer un poco de turismo, comer en la playa y darnos un bañito.

—Dime que al menos habrá siesta...

—Eso aún no lo sé, pero ahora... —Nel mira su reloj—. Deberíamos prepararnos para salir como en media hora. ¿Qué os parece? Si tardamos mucho luego hará un calor espantoso.

—Me parece estupendo. —Me levanto primera y me voy hacia la puerta—. Os espero en recepción.

## CAPÍTULO III

### ANAÏS

—¡¡¡Mi amor!!! —Lucía corre hacia mis brazos abiertos, muerta de risa. La levanto y doy vueltas con ella, consiguiendo que nos mareemos las dos.

—¡¡¡Mamá!!! —Consigue decir cuando para de reír—. Te he echado mucho de menos.

—Y yo también, cielo... —Acaricio su adorable cabecita y me la como a besos.

—¿Me has traído algo?

—¿Tú qué crees?

—¡¡Que... siiiii!!! —Lucía atrapa al vuelo la enorme bolsa llena de regalos y se escapa al sofá para abrirlos, arrancando el papel como una loca.

—Hola, cariño. —Sergio se acerca y me besa suavemente en los labios, sonriente. —¿Cómo te lo has pasado?

—La verdad es que... genial. Es un sitio maravilloso—. Sonrío soñadora.

—¿Ves? Ya te lo decía yo, te ha venido muy bien. Estás hasta morena — comenta, asombrado.

Sonrío enigmática, sin contarle nada más de nuestra estancia en Grecia. Y no es que haya nada secreto y oscuro que no se pueda contar, sino todo lo contrario. Ha sido un fin de semana de risas, confianzas, mucha comida, muchísima bebida y mucho dolor de pies. Pero en algo tenía razón: todo este conjunto de pequeñas cosas han sido la terapia perfecta que necesitaba desde

hacía mucho tiempo.

Miro sonriente a Lucía, que grita de alegría al ver sus regalos.

—Cámbiate si quieres y ponte cómoda. Yo empezaré a hacer la cena.

—Claro. Gracias.

Punto para mí. Hace solo tres días me habría dejado el culo por cambiarme de ropa con la mayor rapidez posible y encargarme rápidamente de la cena, mientras Sergio volvía al sofá. Pero hoy no. Me tomo mi tiempo, busco un pijama limpio y cojo la ropa sucia de la maleta. Pienso en darme una ducha, pero estoy tan cansada que la idea no me seduce en absoluto. A la mierda. Mañana tengo el día libre, ya me ocuparé de todo tranquilamente.

Cuando vuelvo a la cocina, Lucía ya está sentada a la mesa, cenando.

—Mmmm... Huele bien...

—Albóndigas de mi madre.

—Muy buenas. —Nombrar a su madre no es precisamente algo que me haga especialmente feliz, pero intento distraer ese pensamiento de mi renovado y optimista cerebro.

—Nos ha dejado un montón de tapers para que no tengas que molestarte con las cenas. —Y dale. Que está empeñado en el temita.

—Genial. —digo mientras sonrío y me meto una albóndiga entera en la boca.

Sergio levanta una ceja y me mira sorprendido, pero no dice nada. Se sienta en su sitio en la mesa y comienza a cenar, sin poder evitar mirarme de vez en cuando. Y por una vez, sin que sirva de precedente, no abro la boca en toda la cena, salvo para decirle a Lucía que la quiero un montón.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal el fin de semana?

Mi marido, que habitualmente se tumba en el sofá a pasar las horas muertas sumergido en el mundo misterioso de su móvil, me está esperando, sentado y sonriente, frente a las dos copas de vino que no hemos acabado en la cena y él ha llenado de nuevo.

Me siento pesadamente junto a él y cojo el mando de la tele.

—Pues ya sabes cómo son estas cosas, con las chicas de risas...

—Ya me imagino yo las risas que habéis tenido...

—¿Ah, sí? —A pesar de su aparente alegría, y de no querer discutir, no me gusta nada su tono.

—Sí, sí, sí... Déjame adivinar... —Por la cara que está poniendo, creo que está bastante equivocado, pero le dejo continuar—. Mucho alcohol, mujeres desahoradas, una isla con muchos sitios para desfasearse, muchos tíos alrededor, las locas de tus amigas desahoradas y tú...

—¿Y yo qué?

—Pues... No lo sé, la verdad, cuéntamelo tú... Nunca te he visto en esos ambientes...

—La verdad es que no hubo nada de eso, y me gustaría que la próxima vez que te refieras a mis amigas te olvides de llamarlas locas.

—Pero si tú también lo dices.

—Sí. Pero son mis locas. Y lo digo con cariño. No utilizo el tono despectivo con el que tú te refieres a ellas.

—Vale, vale, vale, perdón. —Sergio me acerca la copa y la choca con la suya—. En todo caso, me alegro de que estés de vuelta.

—¿En serio?

Pone cara de ofendido y espera a que yo hable, pero no quiero.

—Claro que es en serio. ¿Qué te pasa? Estás muy a la defensiva.

Bebo un buen trago de vino y le miro tranquila.

—No me pareció que me echases tanto de menos cuando apenas he conseguido hablar contigo...

—Ay, Ana, qué pesadita te pones. — De todas las respuestas, explicaciones, disculpas y demás ocurrencias que pudiera decir, esta es, sin duda, la peor con diferencia—. Ya sabes que soy un desastre con el móvil, y estaba con Lucía...

—Y con tu madre. La niña me ha dicho que ha pasado mucho tiempo con ella mientras tú hacías cosas en la calle.

No sé si es una falsa percepción, pero parece que su rostro cambia de color.

Me vuelve a sonreír, pero esta vez es tan forzada que parece que le rechinan los dientes.

—Esta niña... Me fui al gimnasio un rato, eso es todo.

—Ya.

—En serio, Ana... Mi madre apenas la ve y quería que pasaran un rato ellas solas.

No le contesto. Me limito a hacer zapping y entretenerme varios minutos en cada canal para, de paso, desquiciarle. Oigo como suspira y pone a cargar su móvil. Y me sorprende, y mucho, cuando comienza a darme un masaje en la espalda y retira mi pelo del cuello dulcemente.

—Vamos, Ana, no quiero discutir. Te he echado mucho de menos...—Y sin decir ni una palabra más, se lanza a darme besos en la clavícula, mientras sus brazos me rodean por la cintura.

Hacemos el amor en el sofá, a pesar de mis protestas iniciales. Tengo miedo de que Lucía se despierte y nos pille en ese delicado momento, pero, ante la fogosidad inusual de Sergio, no he podido negarme. Terminamos rápido. O más bien, debería decir que él termina enseguida. Se derrumba sobre mi cuerpo, satisfecho, y me da un breve beso en los labios antes de levantarse y comenzar a vestirse. Recolecto mi ropa, tirada por todo el salón y le miro de reojo, sin que se percate. Ya ha vuelto al modo *out*, tiene la mirada perdida y sé que su mente está igual de perdida en algún lugar donde yo nunca he estado.

—¿Vienes a la cama? —Sergio vuelve de la ducha, con el pijama puesto y repeinado.

—En cuanto termine la película.

—Pero si ya la hemos visto... —Sergio se asoma a la pantalla, pero ante mi gesto hace un mohín y susurra—. Yo te espero allí.

Otro beso breve. Y una sonrisa de suficiencia, porque a su entender, ya ha cumplido con su deber de marido. Y por fin estoy sola. Como me he sentido desde hace media hora, cuando el hombre con el que estoy casada desde hace años se ha vuelto a convertir en el desconocido con el que convivo

últimamente.

\*\*\*

Cuando vuelvo a casa después de dejar a Lucía en el cole, me embarga un sentimiento de paz que no experimentaba desde hace tiempo. Hacer cosas tan simples como esperar a que mi hija entre en clase con una sonrisa, volver a casa dando un paseo y comprar pan recién hecho, son lujos que no puedo permitirme todos los días y que hay que valorar cuando se tiene oportunidad.

Decido tomarme un café y algo de ese pan que huele delicioso sentada tranquilamente en la cocina. Sé que la casa está bastante abandonada y debería darle un repaso, pero hoy no será el día. Además, probablemente, la buena de mi suegra se ha estado quejando todo el fin de semana de que tenemos todo como una leonera y, por una vez desde que la conocí, quiero darle el gusto y que vea que es así. Después de meditar sobre esa cuestión fríamente, he decidido que me va a dar igual a partir de ahora. No es muy propio de mí, que llevo años sufriendo sus críticas, pero debo empezar a hacer las cosas de otro modo. No puedo darle el placer de disgustarme siempre que venga a mi casa, así que voy a intentar aprovecharme de la situación. Si quiere limpiar, que limpie. Si quiere meterse conmigo, que lo haga mientras aprovecho para hacer cosas más importantes, como irme a dar un paseo mientras se marcha de casa. Estoy decidida.

Me doy una maravillosa ducha en absoluta soledad y aprovecho para hacerme un peeling y todas esas cosas que no hago desde hace... Bueno, desde no sé cuándo. Hace un tiempo, Lucía decidió que era mucho más divertido ducharse conmigo para así aprovechar la mascarilla y todos los potingues que le encantan. Y así fue como, mi único momento de paz y reflexión en el día se perdió entre gritos de «levanta la cabeza», «no toques eso» o «mamá, ¿cuándo podré depilarme como tú?». Adoro a mi hija. Eso es innegable. Y jamás me he quejado de la falta de tiempo para mí, porque estoy encantada de poder

compartir todo mi tiempo con ella, pero quizá hemos excedido los límites. Ahora me doy cuenta. Este fin de semana quizá no haya sido la despedida de soltera desmadrada y pasada de tuerca que me horrorizaba pensar, sino unos días en los que me ha venido muy bien estar sin Lucía y Sergio para abrir los ojos y reflexionar. O al menos plantearme algunas cosas.

Me permito el placer de cotillear HBO sentada en el sofá con otro café bien cargado. Descubro que no es tan fácil decidirme por ver algo entre tanta variedad. Cómo se nota que normalmente no soy yo quien decide qué vemos. Al final, agotada entre tanto argumento, apago la tele y me desperezo.

No sé qué hacer. Sí. Sí. Ya lo sé. Es mi maravilloso día libre, como no he tenido uno igual en años, y ya estoy absoluta y totalmente aburrída.

ANAÏS: Qué haces?

NEL: Estoy en el estudio

Y tú?

ANAÏS: Agotada de no hacer nada

Un café?

NEL: Puedes hacerme compañía mientras eliges un tatuaje...

ANAÏS: Jajajaja. Graciosilla

No puedo evitar sonreír. Es curioso cómo cambia la gente con los años, o cómo cambia la percepción que tenemos de ellos. Si hace quince años me hubieran dicho que hablaría con Nel de esta manera y acabaríamos quedando para tomar un café a solas sin las demás, me habría reído a carcajadas. La quiero un montón y la admiro muchísimo, pero siempre me ha dado bastante respeto. Esa forma de ser tan directa y algo fría nunca ha ido conmigo. O al menos hasta ahora, cuando por fin he descubierto que la mujer maravilla tiene su corazoncito y unos problemones que supo resolver a la perfección.

Intento vestirme de manera casual y juvenil, pero lo único que consigo encontrar son unos vaqueros que parecen del siglo pasado y una camisa que debería jubilar cuanto antes. Quizá debería pedir consejo a Nel. Tal vez me

cuenta el secreto para ser un soplo de aire fresco sin parecer ridícula. Decido ponerme las botas que me regaló Sergio en Navidad. No son precisamente la cosa más cómoda del mundo, pero al menos parece que están de moda. Sergio nunca me compraría nada que no fuese el último grito, a pesar de ser algo que yo no me habría comprado ni por asomo, como sucede en este caso.

—Hola, guapa. Pasa. —Nel me da dos besos y cierra la puerta tras de mí—. ¿Y esas botas?

—Regalo de Sergio.

—Pues le han debido de costar una pasta —comenta, silbando mientras las mira con detenimiento—. Será un imbécil, pero tiene buen gusto.

Lo que yo decía. Fría y directa. Pongo los ojos en blanco y ella se ríe.

—¿Salimos a tomar un café?

—¿Puedes irte?

—Sí, tranquila. —Teclea algo en el ordenador y va hacia el fondo del local—. Aviso a Javier y nos vamos, ¿vale?

Asiento en silencio, algo impresionada con el estudio. En cuanto Nel abre una puerta, un ruido parecido al torno de un dentista inunda todo el espacio sonoro, haciéndome chirriar los dientes. Rezo para que la promesa del tatuaje de amigas caiga en el olvido, o seguro que acabaré desmayada.

Caminamos por el centro comercial contándonos cosas sin importancia y paramos a tomar un café.

—¿Y tu marido?

—De viaje. Tenía que ir a Barcelona.

—No me refería a eso... —Nel carraspea y mira el fondo de su taza—. ¿Qué tal cuando has vuelto?

—Pues no sé qué decirte. —Doy vueltas lentamente al café con la cucharilla, esperando que se enfríe—. Ayer estaba encantado de la vida de verme.

Nel pone un gesto de asco que me hace sonreír.

—¿Y no te contó por qué no contestaba al teléfono?

Suspiro. Me encantaría olvidar cómo me sentí cuando no contestaba a mis

llamadas, pero de nuevo se me hace un nudo en el estómago.

—Saqué el tema, sí, pero me vino con lo de siempre. Que si estaba ocupado con Lucía, que si aprovechó para hacer cosas que tenía pendientes mientras su madre disfrutaba de su nieta...

Nel no dice nada, pero levanta una ceja, incrédula.

—¿Sabes lo que más me jode? Que me diga esas cosas como si se las dijera a un desconocido, haciéndose pasar por el padre del año. Ni que estuviese siempre con la niña y tuviese un agobio de cojones, ¡joder! Si hace lo que le sale de los huevos: juega al pádel, va al gimnasio, queda con sus amigos cada viernes... Cualquiera día me dice que se va a hacer la manicura y tendré que tragar con eso también...

Nel me mira sorprendida.

—Vale, vale, no sé si tengo que hablar así de Sergio, pero...

—No, no, no. —Me corta Nel, con cara de circunstancias—. Solo estoy sorprendida por la cantidad de tacos que has soltado en dos frases. Nunca te había oído hablar así.

Suspiro, sonriendo sin ganas.

—Es que me siento como un globo a punto de explotar...

Hundo mi cara en las manos, sin saber bien qué decir a continuación.

—¿Y eso es malo?

—¿A ti no te lo parece?

—Para nada. —Nel resopla, negando con la cabeza—. Lo que me extraña es que no te haya pasado antes...

—¿Por qué me dices eso?

—Por lo que vemos los demás desde fuera, y que estás empezando a ver tú por fin. Que tengas un ataque de lucidez no es malo para nada.

—¿Qué es lo que veis los demás desde fuera? Y me gustaría que me contestaras con la mayor sinceridad, Nel. —Su levantamiento de cejas hace que se me escape una carcajada involuntaria—. En serio, aunque estoy cagada de miedo por la respuesta.

Nel bebe un largo sorbo de café y me mira a través de su flequillo ladeado.

—Antes de empezar, te pido disculpas si te sientes ofendida por algo.

Asiento con la cabeza, en silencio. Me da miedo la sinceridad apabullante de Nel, pero si alguien puede abrirme los ojos, sin duda es ella.

—Tu marido es el tío más ególatra, plasta y soso que he conocido en mi vida. Eso lo convierte en un imbécil redomado y pagado de sí mismo que es incapaz de crear buen ambiente en ninguna ocasión en que coincidas con él, porque se le nota un trasfondo de falso que hace huir a cualquiera. Eso, unido a que, no sé por qué razón extraña y surrealista que desconozco, se piensa que es irresistible para todas las mujeres, hace que cada vez que le veo tenga ganas de salir corriendo... En sentido contrario.

Nel toma aire para respirar y se aparta el pelo de la cara.

—El caso es que tú te enamoraste de él y en eso no me voy a meter, porque cada uno tiene que hacer caso de su corazón, pero... —Me mira con ojos tiernos y casi me da más miedo que cuando es ella en estado puro—. Nena, te mereces mucho más. En las pocas ocasiones que os he visto juntos tú estás apagada, como en segundo plano...

—Tampoco es que yo sea la alegría de la huerta —protesto, intentando, no sé por qué, defender a Sergio, o la imagen de pareja que he tenido hasta hace poco.

—Quizá no tengas el morro que tenemos algunas, ni la chispa que tiene Cloe, pero tú eres... especial. Tienes una dulzura innata que hace que hasta la niña del *Exorcista* se tranquilice en tu presencia. —Me río, sorprendida de la imagen que tiene de mí—. Contigo todo es fácil, Anaïs: las conversaciones, las decisiones, todo. La gente sabe lo agradable que es estar contigo y, créeme, no es tan sencillo encontrar ese encanto últimamente. Parece que todos nos hemos vuelto egoístas y cínicos con la edad, y tu inocencia y sencillez son como un soplo de aire fresco. Pero con Sergio has cedido tanto que se ha aprovechado de lo buena persona que eres, ha tomado el control absoluto de la situación y no eres tú cuando estás con él, créeme. Te absorbe la buena energía

como una alimaña.

—No tengo ni idea de quién soy...

—Pues ya es hora de que lo averigües, bonita. —Nel me aprieta la mano y sonrío tiernamente—. No quiero que te despiertes un día dentro de unos años y te des cuenta de que te has convertido en una extraña. Porque te arrepentirás mucho, te lo aseguro.

Bebo el café en silencio, pensando en las palabras de Nel.

—Lo único que me importa es Lucía, y no quiero que nada cambie para ella.

—Si quieres a tu hija, empéñate en descubrir quién eres y cómo puedes ser feliz. Porque no hay nada más valioso para un hijo que una madre completa y valiente. ¿De qué tienes miedo?

—Ufff... —Intento buscar las palabras exactas para explicar cómo me siento—. Desde hace unos días, no me puedo quitar de encima la sensación de tener un nudo en el estómago... Y en la garganta. El fin de semana ha sido como una especie de liberación... Y eso me da mucho miedo, Nel, y me hace sentir mal, porque parece que me he librado de ellos como si fuesen un lastre y no tiene nada que ver con la realidad. Pero... Nel, no sé. Es como si con ese tiempo hubiese recuperado una parte de mí misma que había perdido en algún momento, y pensaba que se iba a quedar ahí, pero... Ya no puedo parar. Ni volver a lo de antes.

—Todas necesitamos tiempo para nosotras.

—Pues yo pensaba que era diferente. Y a lo único que aspiraba era a volver pronto a casa del trabajo para poder dedicarle tiempo a mi hija.

—¿Y ahora?

—Pues ahora... Esta mañana me he horrorizado al pensar la de tiempo que hace que no voy a la peluquería. Ni de compras. Ni a hacerme una manicura en condiciones. Y... A lo mejor es que tengo ganas de mimarme...

—Ahora mismo llamo a Jorge para que nos haga un hueco.

—¿Cómo?! ¡¡No!! En serio, Nel, no te estoy contando todo esto para ir a la peluquería.

—Pero por algo se empieza, ¿no?

—Eh, bueno...

—De eh, bueno, nada, bonita. Considérame tu hada madrina. Me vas a adorar cuando acabe contigo.

Y entonces... No digo ni una palabra. Porque cuando Nel tiene una idea en mente no hay quien se la quite de la cabeza.

\*\*\*

Es verdad. Adoro a Nel. Y a su hombre-guerrero-vikingo-tatuaje-andante que corta el pelo como los ángeles y hace que todas las mujeres babeen con sus manos mágicas. Y los hombres. Y los perros seguramente. Y no es solo eso, sino un tío majísimo y súper profesional que está más que enamorado de mi amiga-hada madrina Nel. De esas personas que hacen del mundo y la peluquería un lugar mejor.

—¡Wowww! ¿Qué te has hecho en el pelo?

—¡Mamá, qué guapa!

Lucía se adelanta y corre a abrazarme y a toquetearme el pelo, maravillada. Estoy tentada a separarla horrorizada de mí al ver el estado lamentable de sus manitas, pero me arrepiento al ver su cara de emoción.

—Pareces una princesa... —susurra con admiración, dándome besos.

—Lucía tiene razón. Estás guapísima —comenta Sergio, casi para sí, mirándome con más atención de la que recuerdo últimamente—. Menudo cambio.

—Lo necesitaba —contesto, pasando por alto el comentario de Sergio. ¿Qué pasa, que antes estaba horrorosa?— Al final me he decidido y he ido a ver a Jorge.

—¿Quién?

—Jorge, el chico de Nel.

—¿El barbudo de los tatuajes?

—El estilista maravilloso que ha logrado que mi pelo sea una auténtica maravilla.

—Vale, vale, sea quien sea, te ha dejado estupenda.

—Gracias.

Disimuladamente, cojo a Lucía y la llevo al baño a lavarse las manos. Sé que Sergio me está haciendo la ficha silenciosamente, pero hago como que no me entero. Cuando consigo que Lucía se vaya a jugar un rato mientras hago la cena, vuelve a la carga.

—¿Esa ropa también es nueva?

—Sí, también. ¿No te gusta?

—Sí. —Dice poco convencido.

—¿Sí?

—Sí, cariño. Solo que... No pensaba que ese fuera tu estilo —comenta, dirigiendo una mirada atrevida a mis nuevos vaqueros súper ceñidos.

—Creo que nunca he tenido un estilo muy definido, la verdad. Quería probar algo nuevo. Y pega con tus botas.

—Bueno, pues te queda genial. ¿Lo has pasado bien?

No sé qué contestar. Quizá estoy siendo injusta, pero, por el tono de su pregunta, parece que estuviese hablando con una niña pequeña a la que hubiese contentado llevándola al parque.

—Pues la verdad es que sí.

—Me alegro.

—Gracias por recoger a Lucía.

—No hay problema.

Y entonces tengo claro que lo hay. Porque cuando Sergio suelta esa clase de frase quiere decir mucho más que eso. Quiere dejar claro que se ha comportado como un súper padre sufridor que se tiene que encargar de todo mientras que el desastre de su mujer, no solo se ha ido de juerga con sus amigas el fin de semana, sino que se permite el lujo de pasar de su hija en su día libre y largarse a gastar el dinero de la familia como una loca en trapitos

para ella.

—¿Y tu viaje a Barcelona? —digo, intentando cambiar de tema.

—Ya te he dicho que lo han anulado. Parece ser que tendré que ir la semana que viene.

—Ah... Bueno, avísame.

—Claro.

Y ahí se acaba todo. Sergio se retira al agujero que está creando desde hace años en la parte derecha del sofá. Suspiro sonoramente. No tengo ganas de hacer cenas ni preparar mochila, ni uniforme. Me iría a cenar fuera, aunque fuese a un bar de carretera, porque seguro que hay mejor ambiente que aquí. Menos mal que mañana trabajo. Es posible que la rutina me quite todas estas tonterías de la cabeza.

## CAPÍTULO IV

### SOFÍA

—¡¡¡ Toni!!! ¿Quieres hacer el favor de salir de una vez del baño?

—Ya voy, ya voy, cinco minutos.

—Joderrrr... Voy a llegar tarde otra vez —mascullo, intentando encontrar mi móvil y mis llaves.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo?

Mis hijos, como siempre pasa cuando están callados, la está liando, cómo no. No sé cómo han conseguido llegar hasta el mueble donde guardo los cereales, ni sé si quiero saberlo, pero en un minuto que les hemos dejado solos la cocina está llena de guarrería y leche.

—¿En serio?! ¡¿No os podéis estar quietecitos un rato?! Por Dios... — Intento dejar de gritar y huyo hacia el baño, que milagrosamente se ha quedado vacío. Pero poco o nada puedo hacer en él. La media hora que Toni ha estado dentro lo ha convertido en una sauna maloliente con el espejo empañado. Me lavo los dientes a toda velocidad y guardo la máscara de pestañas, el colorete y el brillo de labios en el bolsillo de la chaqueta. Hoy toca chapa y pintura en el coche, como siempre.

—Me voy. —Doy un beso fugaz a Toni y corro por el pasillo—. Adiós, chicos, recoged esto un poco...

No sé ni para qué digo esa frase todos los días. Quizá en mi fuero interno guardo la esperanza de que poco a poco se les quede grabado y un día, al

llegar a casa, me encuentre todo reluciente e impoluto, y no la pocilga con la que tengo hasta pesadillas. En fin. Algún día será. Dicen por ahí que luego, cuando tus hijos crecen, echas de menos ese caos que generaban y te encantaría volver atrás y vivirlo de nuevo. Jajajaja. La de gente moñas y sin nada que hacer que hay por ahí suelta.

\*\*\*

Tengo que admitir que el tráfico que se genera en Madrid por las mañanas es beneficioso para mí. Sí. Así, como suena. La mayoría de la gente pensará que me he vuelto loca si lo dijera en alto, pero para mí los embotellamientos clásicos de entrada a la ciudad suponen una gran ventaja. Para empezar, con esa excusa, salgo veinticinco minutos antes de casa, lo que me hace poder huir antes de la experiencia traumática de tener que llevar a mis hijos al cole, con todo lo que eso conlleva: olvidos de mochila, almuerzo y otros complementos de actividades extraescolares; el recuerdo, dos minutos antes de entrar en el cole, de que tenían que haber hecho algo importante de lo que no teníamos noticia hasta entonces; aparcar en triple fila y prácticamente empujar a los dos por la puerta, a pesar de sus tristes caras de pequeños chantajistas... A cambio, escucho mi música favorita sin discutir con nadie, me pintarrajeo la cara sin ninguna prisa y reviso, durante el muchísimo tiempo que estoy parada, mi correo y mis redes sociales. Además, llego lo suficientemente pronto al trabajo como para desayunar tranquilamente y tener una sesión de cotilleos sin importancia con el primer compañero que llegue... Está claro. Todo son ventajas.

—Buenos días. —Lorena llega justo a tiempo, cuando acabo de preparar el café—. Traigo napolitanas de chocolate.

—¿Tienes idea de cuánto te quiero? —Le suelto sonriente, mientras le robo una y le pego un bocado sin miramientos.

—Con ese café que tú haces, yo te quiero más.

—Anda, anda, siéntate y déjate de rollos. —Saco del bolso un paquetito y se lo dejo junto a la taza—. Para que luego digas que no me acuerdo de ti.

Lorena abre el papel y saca emocionada la pulsera que le compré el fin de semana.

—¡Es preciosa, Sof! Muchas gracias, cariño, como siempre, has acertado. —Me abraza efusivamente, dando saltitos, emocionada como una niña—. Anda, ayúdame a ponérmela. ¿Y qué tal por Grecia, amiguita?

—Fenomenal, se me ha hecho corto. Me habría quedado toda la semana.

—¡Ya me imagino! ¿Mucha juerga?

—Pues no te creas, normalita, pero con estas te ríes hasta haciendo calceta. —Lorena sonrío. Le he hablado tanto de las chicas que un día me confesó que casi pensaba que eran amigas tuyas.

—¿No hicisteis ninguna locura?

—Como no te refieras a ponernos taconazos el sábado por la noche y bajar andando por las calles empedradas... ¡Qué va, hija! Estuvimos muy formales, y mira que yo me esperaba un poco más de acción, pero ha estado bien, la verdad...

—Conociéndote... Te imaginabas una noche en plan *Resacón en Las Vegas*[9], ¿no? Que ya tenemos una edad, monina.

—Pues la verdad, no sé que me esperaba, pero la Nel de antes habría sido un poco más arriesgada.

—¿No fuisteis a un show ni nada?

—No, pero ni falta que hizo. Había cada portento por ahí suelto...

—¿Sí? Cuenta, cuenta.

Trato de describirle al maravilloso Darko, y le enseño las fotos que nos hicimos con él cuando ya llevábamos cuatro copas encima.

—Madre mía, pedazo de tío.

—Sí, hija, sí, no sabes... Infinitamente mejor al natural, con una sonrisa de efecto narcotizante y un cuerpo como esculpido.

—¿Y ninguna...?

Niego con la cabeza, con cara de pena.

—Mira que a mí no me habría importado ofrecerme como voluntaria... — Lorena me mira con un fingido gesto de estar escandalizada y le guiño un ojo, soltando una carcajada—. Qué va, muy jovencito e inocente el chaval, la verdad. Además, para variar, solo tenía ojos para Cloe y Nel.

—¿Y estás segura de que ellas tampoco...?

—¿Ellas? ¿Para qué? Si tienen hombres de portada en sus casas...

—¡Oye! No menosprecies a Toni, ¡que es un amor!

—Que no lo menosprecio, mujer, pero si vieses al nuevo chico de Nel... Vaya ejemplar, guapa.

—¿Y dónde los encuentran, hija? Porque mira que yo busco, pero los únicos que encuentro un poco aceptables son normalitos tirando a muy normalitos. Transparentes, vamos, que de los otros, ni rastros.

—No, si a ellas no les hace falta buscar. Son como imanes para esas cosas. Los atraen embobados.

La puerta se abre y aparece Nacho, abriendo la boca.

—Buenos días, niñas...

—Buenos días, profe...—Bromeo con él. Me levanto y dejo la taza en el fregadero—. Ya nos vamos a nuestros sitios.

—En fila de uno, por favor. Enseguida les pondré los deberes de hoy.

—Yo sí que te ponía deberes, pero toda la noche —murmura Lorena al pasar junto a mí.

—Mira que eres golfa tú.

—Me lo comería enterito —dice, relamiéndose y haciendo el payaso. Intento reprimir una carcajada cuando veo que Nacho se acerca y la pilla infraganti.

—Muy bien, señoritas, tengo las nóminas de Gestaf S.L. Hay que revisarlas todas, porque el mes pasado añadieron un plus a la mayoría de los empleados.

—Nos da un sobre abultado a cada una y me mira sonriente—. ¿Qué tal el fin de semana, Sofía?

—Corto —digo, haciendo un mohín—. Y alucinante, igualito que esto.

—Para que luego digas que no te cuidó. —Sonríe burlón y se ajusta las gafas negras de pasta, que le confieren ese aspecto sexy y algo despistado a lo Clark Kent que vuelve loca a Lorena—. En cuanto las tengáis, por favor, avisadme. Hay que llamar al mensajero y enviarlas cuanto antes.

Antes de ponerme manos a la obra, levanto la vista y veo a Lorena babeando sobre la mesa. Literalmente. El día menos pensado salta sobre él como una pantera. Como si lo viese.

\*\*\*

—¿Qué haces ahora?

—¿Estás de coña? —Miro a Lorena de reojo y ella se encoje de hombros, haciéndose la inocente. —Ir a mi casa y convertirme en una esclava hasta el anochecer.

—Ni que fueras Cenicienta, hija.

—Algo parecido, no te creas. ¿Y tú? Dame un poco de envidia, anda.

—Pues no sé, hija... —Se retira el pelo distraída, mirando como si nada la hora en el móvil—. Me pasaré un rato por el gimnasio...

—Eso no me da ninguna envidia, mira...

—Me compraré algo de capricho para cenar, me pintaré las uñas sin nadie que me pida nada, con lo que mañana las tendré perfectas y veré algo en HBO, en Netflix o en los mil canales que tengo contratados...

—Mira que eres guarra...

Lorena suelta una carcajada.

—Sabes que cambiaría mi vida por la tuya si tuviera oportunidad. —Lorena, divorciada y sin hijos, me reconoció una vez que se arrepentía de no haberse decidido a tenerlos antes, aunque su ex fuese, al parecer, un cerdo arrogante al que tuvo que dejar, harta de que le fuese infiel—. Bueno, a veces. Hoy me apetece más hacer un poco el vago.

—Dedícame tu clase de spinning. —Le digo, haciéndole una mueca.

—Mañana te cuento. Tú reza para que el profesor se fije en mis pedaleos.  
Me despido de ella con una carcajada, mientras nos alejamos cada una en una dirección y hacia unas vidas diametralmente opuestas.

\*\*\*

—¿Por qué pones esa cara? —Toni, en pijama delante de la tele, me mira interrogante.

—Anaïs se ha abierto una cuenta de Instagram.

—Wowww. Notición.

—Mira que eres tonto...—Le miro molesta y se ríe—. Tratándose de ella te puedo asegurar que es la noticia del año. Mira qué guapa... —digo, enseñándole la foto que ha subido.

—¿Esa es tu amiga Anaïs? —dice Toni frunciendo el ceño—. Pues sí que está cambiada, sí.

—Pues sí. No sé qué se ha hecho, pero está estupenda. —Tecleo un comentario en la foto y lo lleno de emoticonos.

—Su marido debe de estar encantado —comenta Toni, fijando de nuevo la vista en el televisor.

—¿Qué pasa, que tú no lo estás?

Me mira con terror, como si de repente hubiese cometido el mayor error de la historia y lo fuesen a ejecutar.

—No me refería a eso. Ya sabes... —Se rasca el poco pelo que le queda en la cabeza y sonrío, disculpándose—. Es que tu amiga siempre me ha parecido algo monjil en comparación con Sergio, que va siempre como un pincel. No pegan ni con cola.

—En lo de pincel tienes razón —comento sin mirarle, contestando al comentario agradecido que me ha escrito Anaïs—. Tiene el palo atravesado por el culo.

—¿Quién tiene un palo en el culo? —grita Samuel, entrando en el salón

subido en su moto roja.

—Anda que... —suspira Toni, riéndose.

—Cariño, eso no se dice. Mamá se ha equivocado.

—¿Pero quién tiene ese palo?

—¡Yo también quiero un palo! —grita Guillermo con su media lengua. Está claro que mis hijos solo escuchan cuando no tienen que hacerlo. Resoplo sin saber cómo salir de esa, mientras Toni se tira de risa en el sofá. Samuel y Guillermo le miran sin entender nada.

—Ni palos, ni palas —contesto al fin, utilizando una coletilla típica de mi madre para salir del paso—. Voy a hacer la cena.

CLOE: Se puede saber qué te has hecho?

Estás increíble!!!

ANAÏS: No he sido yo.

Nel y Jorge son geniales.

NEL: Solo necesitabas un empujoncito, mujer.

SOFÍA: Cuando quedamos para que me empujéis a mí?

Pero por un precipicio, por lo menos...

NEL: Anda, anda, si estás genial...

SOFÍA: No, en serio, quiero lo mismo que ella.

NEL: Pues ya sabes dónde estamos.

ANNIE: Impresionante, nena!!!

ANAÏS: Vale ya, me da vergüenza...

CLOE: Qué ha dicho tu señor marido?

Se habrá caído de culo al verte.

ANAÏS: No te creas... No es tan impresionante.

—¿Todavía estás hablando con tus amigas? —me pregunta mi marido, entrando de repente en la cocina y pillándome con una sonrisa de oreja a oreja, No sé si son imaginaciones mías o qué, pero me parece que el tono con el que Toni dice «amigas» no es precisamente de lo más amigable.

—¿Te molesta? —le pregunto algo incómoda porque se meta en mis asuntos, aunque no lo haga a propósito.

—No, pero que... Vamos, es solo una foto.

—¿Qué foto? —pregunto distraída, sin levantar la vista del móvil.

—Nada, da igual... Pero tiene narices que llevéis todo el fin de semana juntas y aún tengáis ganas de seguir marujeando...

—No estamos marujeando, estamos hablando. Aquí el único marujo eres tú, que te quieres enterar de todo.

—Vale, vale, me rindo. —Toni me pasa el mando y me da un beso fugaz en los labios—. Me voy a la cama.

Las chicas y yo intercambiamos unas cuantas tonterías más antes de agotarnos y desaparecer del chat. Miro a mi alrededor, sorprendida. No sé si hace mucho o poco que Toni se ha ido a dormir, pero le oigo roncar en el otro lado del pasillo.

Hago un poco de zapping y, como siempre, no me decido por nada. Todo lo que me parece mínimamente interesante son series de las que no he oído hablar en mi vida. Desde que nacieron los niños, desistí en mi empeño por seguir algún tipo de argumento para adultos y me enganché a la Patrulla Canina y a Bob Esponja. Si no puedes con el enemigo, únete a él.

Rescato el libro que me regaló Lorena en mi cumpleaños. No parece muy de mi estilo, pero si ella me lo ha regalado tendré que darle una oportunidad. Los regalos de Lorena no son nunca porque sí...

\*\*\*

—¿Se puede saber qué te pasa, bonita? —Lorena me chasca los dedos en mi cara y vuelvo a la normalidad—. Estás mimetizándote con el mobiliario.

—La culpa es tuya, cabrona. Menudos regalitos que me haces...

Se parte de risa delante de mi mesa.

—Ya veo...Iba siendo hora de que empezaras a leer.

—¿De dónde lo has sacado? Es adictivo.

Lorena me hace una seña y le acompaño hasta la cafetería.

—Me lo recomendó una amiga del gimnasio.

—Pues es...

Me guiña un ojo y me pasa una taza de café humeante.

—Sí. Efectivamente. Es.

—¿De dónde saca la gente la imaginación para eso?

—Igual son hechos reales.

Le miro anonadada.

—Por Diossss... ¿A ti te ha pasado alguna vez?

—¿¿Tú qué crees??

—Si me hubiese pasado a mí no creo que aún hubiese salido de la cama.

—¿Ya estáis hablando de guarradas? —Nacho entra sonriente, tan arreglado como siempre y Lorena se sonroja y desvía la mirada.

—Unas pocas, ya sabes...

—Sí, ya me imagino. —Le echa una mirada enigmática a Lorena. En momentos como ese, me dan ganas de hacerme invisible. Si no fuera porque es mi amiga, tendría hasta celos de ella.

Lorena le sirve una taza de café que él alcanza lentamente, como si su único propósito en el mundo fuese ponerla nerviosa.

—Mmmm... Gracias.

—Como me vuelva a decir ese mmmm me va a dar algo —me susurra Lorena en cuanto él sale por la puerta.

—¿Cuándo os vais a decidir?

—¿A qué?

—Conmigo no te hagas la tonta, listilla.

—No sé de qué me hablas.

—Está claro que le gustas.

—¿Yo? —dice Lorena, poniéndose roja al instante.

—No. Mi tía la del pueblo. ¿Pero a ti no te encanta?

—Ay, hija... Me alucina —dice soñadora—. Pero ya sabes lo que dicen...  
Donde tengas la olla no metas la...

—No me seas ordinaria, bonita.

—Si es que es verdad... —susurra Lorena, mirando en dirección al despacho de Nacho—. ¿Y si me lanzo y estás equivocada?

—Tú sabrás, monina, pero vuestra tensión sexual me hace sentir fuera de lugar.

—No digas tonterías, ni que fuese para tanto...

—¿Ah, no? Al final se lo voy a contar yo...

—Ni se te ocurra...

—No me pongas a prueba. —La amenaza, dándole un empujón—. Anda, vamos a trabajar, que el profe nos ha puesto muchos deberes.

—Ufff... Qué profe tan duro...

—No me digas marranadas, cochina. —Río, intentando volver a mi estado anterior de duermevela, en el que yo soy una chica preciosa y novata que encuentra al dios del sexo.

Cuando llego a casa después del trabajo tengo ganas de hacer de nuevo la maleta y largarme, pero esta vez para siempre. Parece que haya caído una bomba en el salón. Los pijamas de los niños, las zapatillas, dos cajas enteras de juguetes, rotuladores, plastilina, las bandejas del desayuno... Todo está desparramado como si hubiese saltado por los aires. Me hierve la sangre. Tengo ganas de gritar y tirar todo por la ventana, pero en lugar de eso llamo a Toni llena de rabia.

—Dime que es algo grave y urgente lo que os ha pasado esta mañana y así no tendré motivos para asesinaros, por favor.

—¿Qué dices, Sof?

—¿¿Se puede saber a qué coño os dedicáis cuando me voy? ¡¡Que no hay derecho, coño!! Joder... —Sé que estoy a punto de llorar, así que me callo, intentando relajar mi respiración y no empezar a hiperventilar.

—A ver, a ver, Sofia, tranquilízate, por favor.

De verdad. No sé qué le pasa por la mente a la gente cuando suelta esa frase a alguien que está al borde de un ataque de nervios. ¿De verdad creen que tranquiliza? Porque a mí, al menos, me hace justamente el efecto contrario.

—Escúchame bien, Toni. No se te ocurra llamarme dentro de media hora para decirme que tienes una movida en el trabajo y te tienes que quedar más tiempo.

—Sofía, a ver...

—¡Ni a ver ni hostias! No pienso mover ni un dedo para recoger todo esto. Así se queda hasta que estéis los tres.

—Vale, vale, te llamo cuando salga.

Recoger a los niños en el colegio es lo más parecido al infierno en la tierra. No solo tengo que dejar el coche en la quinta puñeta más alejada de la puerta, sino que además no me funciona bien la aplicación *e-park*[10] cuando intento pagar el ticket desde el móvil. A la mierda. Tal y como va la tarde tengo muchas posibilidades de que me pongan una multa aún poniendo el ticket, así que las aumento sin pagar ni diez míseros minutos, más que nada porque en el único parquímetro que funciona en un kilómetro a la redonda se está formando más cola que en la puerta del infierno. Cuando consigo recoger a Guillermo de las clases de infantil, donde parece que los buenos padres quieren que los profesores les cuenten hasta cuantas veces han respirado, Samuel me está esperando enfurruñado en la puerta de salida de primaria porque, claro, estaban todas las madres de sus compañeros menos la suya, una servidora.

—Podías venir a buscarme algún día a mí primero. —Me suelta dolido, intentando aguantar las lágrimas.

Me siento súper culpable y le prometo al oído que empezaré a alternar los días para que cada vez sea uno el primero en ser recogido. Pero después de la lucha por sentarlos en las sillas de retención y abrocharles el cinturón, el desprecio por la merienda que les traigo porque ellos querían no sé qué bollo absurdo y plastificado solo por el regalito que lleva dentro y que se dedican a zurrarse con la piel de los plátanos mientras intento salir indemne del micro

sitio en el que había metido el coche, mi culpabilidad baja drásticamente al nivel menos uno y solo pienso en internados. Militares.

—Joderrrr... —Murmuro para mí, tragándome, cómo no, el atasco de vuelta a casa, que no me hace tanta gracia como el de la mañana.

—¿Mamá? ¿Podemos ir al parque?

—Ni de coña, vamos —rezongo, casi imperceptiblemente. Me giro a cámara lenta, mirándoles como Medusa[11]—. ¿Vosotros tenéis idea de cómo habéis dejado el salón esta mañana? Hay trastos tirados por todos los rincones de la casa.

Tras unos segundos de silencio, Samuel se atreve y vuelve a la carga.

—Entonces, mamá... ¿Eso es un no o te lo vas a pensar?

Una hora después, cuando Toni llega a casa, yo ya estoy llegando al límite de mis fuerzas. Me encuentra en la cocina, con la ventana abierta y medio cuerpo fuera, fumándome un cigarro a hurtadillas, como una adolescente.

—¿Qué haces?

No lo esperaba tan pronto. Del susto me quemó los dedos y tiro el cigarro casi entero al fregadero.

—Estoy cantando con un pajarito, como hacía Mary Poppins[12] . —Le suelto, toda borde—. ¿Tú qué crees?

—De verdad, hija, que eres más desagradable cuando quieres...

—¿En serio? Es increíble que me digas eso, Toni. No te haces una idea de la mierda que me hacéis sentir cuando llego a casa...

Rebusco en los cajones, intentando encontrar otro cigarro de emergencias, que últimamente se han convertido en emergencias diarias, a pesar de que siga escondiéndolos y obligándome a pensar que solo son algo ocasional.

—Sofía, no me parece que te tengas que poner como te has puesto por eso. Vale que hayamos dejado todo un poco desordenado...

—¿Un poco desordenado? —mascullo, con voz de loca—. Ven conmigo.

Tiro de su brazo y le llevo casi a rastras hasta el salón, donde los niños, no

solo no han movido ni un solo dedo para recoger algo, sino que todo está aún más desordenado si cabe.

—¿En serio no es para ponerse así?

Piso un monstruo verde que no reconozco y veo las estrellas. Siento tanta rabia que le pego una patada y sale disparado contra la pared.

—¡¡¡Max V5!!! —aúlla Samuel, lanzándose a por el muñecajo como si le fuese la vida en ello—. ¡¿Qué has hecho, mamá?!

—¡¡¡Haberlo recogido!!! —A pesar de la expresión de Samuel, que me mira como una asesina, no me ablando ni un milímetro—. ¡¿Un poco desordenado?! —Vuelvo con Toni, que seguramente por unas décimas de segundo pensaba que se había librado. Cojo con dos dedos un pantalón de pijama del revés con calzoncillo incluido—. ¿Tienes idea de cómo me siento cuando abro la puerta y veo esto?

—Como una mierda. Ya me lo has dicho.

Sin decir ni una palabra más, Toni empieza a recoger cosas del suelo, evitando mi mirada.

—Chicos, ayudadme, por favor.

Y los niños, que son como Judas, me miran con una expresión entre la pena y el miedo y siguen a su padre como si fuera el flautista de Hamelín[13].

Cojonudo. He pasado de ser Medusa a la mismísima Maléfica[14].

## CAPÍTULO V

### ANAÏS

*Una cena solos. Tú y yo.  
Espero que te apetezca tanto como a mí.*

**R**eleo por milésima vez la nota que me ha dejado Sergio junto a una rosa, encima de la cama, y que he encontrado al despertar. No salgo de mi asombro, aunque debo reconocer que estoy más que encantada. Sería ridículo decir que es una casualidad, que así de repente Sergio esté tan pendiente de mí. No mentí cuando les dije a las chicas que Jorge y Nel saben hacer magia. Después del corte de pelo y el cambio de color no he vuelto a ser la misma. Parece que me hayan inyectado vitaminas en vena, porque, de repente, tengo ganas de vivir. Todo. Con mayúsculas. Quiero dejar de ser esa Anaïs recatada y miedosa que se ha perdido tantas cosas por no arriesgarse.

Sergio, a pesar de lo que piensa Nel, no es nada tonto. Él también se ha fijado en el cambio que he dado, y juraría, a pesar de que me sonrojo solo de pensarlo, que eso le excita más de lo que le he excitado yo en toda la vida. Parece que quisiera conquistarme de nuevo y yo no puedo estar más halagada.

Mi madre hasta se ha emocionado. Hace mucho tiempo que Sergio y yo no hacemos planes solos. Me dice rápidamente que se queda con la niña el tiempo que haga falta, que nosotros no tengamos prisa y nos lo pasemos muy bien.

Le doy muchas vueltas a lo que me voy a poner esta noche y al final decido

recurrir de nuevo a mi maravillosa hada madrina, que para eso la tengo.

—¿Dónde vais? —La práctica de Nel va directamente al grano.

—No tengo ni idea, pero tratándose de Sergio seguramente estará de moda, será caro y muy difícil conseguir reserva.

—Entonces tengo algo perfecto para ti. ¿A qué hora estás en casa?

Quedo con ella a las seis. A pesar de mis protestas insiste en venir ella misma.

—Iré con Jorge. Así te dejamos perfecta para cuando llegue Sergio.

—Gracias, Nel, no sabes qué favor me haces.

—Tranquila, estoy encantada de ayudarte...

El día se me hace eterno. A pesar de que es viernes y el ambiente en el trabajo es bastante distendido, no logro entretenerme con ninguna de las conversaciones que se cuecen a mi alrededor. Cuando por fin es la hora de marcharse, no me entretengo con nadie. Me permito el lujo, muy raro en mí, de coger un taxi hasta mi casa, y me siento como una princesa llegando hasta la puerta, sin aguantar el metro a estas horas.

Nel y Jorge llegan puntuales y sonrientes. Parecen una pareja de Hollywood, él quizá un rockero, ella una femme fatale modernizada y con mucha personalidad.

—¿Dónde habéis dejado a Noah? Pensaba que lo traeríais —protesto, haciendo un mohín. Me siento algo decepcionada. Adoro al hijo de Nel y me habría encantado disfrutar de él un ratito.

—Se ha quedado con Jero.

—Ya. Bueno. Claro. —A pesar de ser Jero el padre biológico de Noah, parece que han pasado siglos desde que estuvieron juntos—. ¿Qué tal le va?

—Pregúntale a él. Se han hecho súper amiguitos —dice, mirando a Jorge acusatoriamente.

—Ya estamos otra vez. —Jorge se adelanta y me da dos besos, sonriente—. No le hagas ni caso. No es que seamos amiguitos, pero bueno, el chaval es mi vecino. Compartimos responsabilidades y, de vez en cuando, una cerveza. Y le

va bien.

—¿No salía con una chica?

—Creo que lo han dejado, pero la verdad es que no tengo tanta conversación con él.

Nel pone los ojos en blanco y yo no puedo evitar reírme. Estoy convencida de que en el fondo, Jorge y Jero, no sé si amigos, pero se llevan bastante bien, a pesar de cómo comenzó la historia entre ellos.

—Bueno, déjate de rollos, bonita, y vamos al lío. —Nel me lleva hasta la habitación y me da el tiempo justo para decirle a Jorge que se sirva lo que quiera—. He traído dos opciones, por si la primera, que de paso ya te digo que es mi favorita, te parece demasiado arriesgada.

Y tanto que es arriesgada. El vestido de cóctel negro que me ha traído Nel es una réplica del que llevaba en la primera cena Julia Roberts en *Pretty Woman*.

—Es demasiado para mí, ¿no crees?

Nel no dice nada y me pasa la segunda opción. Y es más yo, no cabe duda. Más recatado, más cómodo, menos ajustado, de un color aguamarina que hace resaltar mis ojos y me da un aspecto... de buena. Y de repente, me siento decepcionada. Porque, al menos hoy, ya no me apetece ser tan buena.

—El primero, ¿no crees?

—La mejor elección.

Nel da luz verde a Jorge para que entre en acción. Y en dos toques de secador y plancha estoy más que perfecta.

—Wowww, chicos, sois geniales, muchas gracias. —Me miro al espejo y no sé si podré acostumbrarme a lo bien que me veo.

—Tú sí que eres genial, guapa. —Nel mira su reloj y empieza a recoger todo—. Sergio está a punto de venir. Nos largamos.

—Os debo una cena.

—Con unas cañas nos apañamos. —Jorge me abraza y me da un último retoque al flequillo—. Pásatelo muy bien. Espero que le encante.

Sergio no llega enseguida. A decir verdad, y a juzgar por lo últimos días, me

quedo decepcionada cuando tengo que esperarle más de media hora larga. Pero vale la pena, solo por ver su cara cuando me ve.

—Ana... Estás...—Titubea. Me mira de arriba abajo y podría jurar que ahora mismo tiene más ganas de arrancarme el vestido que de salir a cenar—. Madre mía...

Se acerca lentamente y me mira a los ojos, como si fuera la primera vez que me ve. Que me ve de verdad. Como no me ve desde hace años o, tal vez, como no me había visto en la vida. Y me siento como la Cenicienta del cuento. Todo gracias a mi hada madrina.

\*\*\*

NEL: Qué tal, Pretty Woman, cómo fue la cena?

ANAÏS: Os voy a hacer un regalazo que vais a alucinar.

NEL: Entiendo que ha ido bien.

ANAÏS: Mejor que bien. No sé qué has hecho, pero deberías pensar endedicarte a ello profesionalmente.

NEL: Eso solo lo hago por una amiga.

No soy tan sociable.

ANAÏS: Esa es mi Nel

Sonrío al móvil como una tonta.

Es verdad lo que le he dicho a Nel. Aún no sé qué voy a regalarles, pero quiero que sea algo muy especial, y a ser posible que sirva de regalo para los dos. Se lo debo. Se han portado genial conmigo y, literalmente, me han cambiado la vida. Quizá hable con Cloe para que me dé una pista sobre lo que podría gustarles.

Me descubro sonriendo frente al espejo. A pesar de no desmaquillarme ayer por la noche y no estar especialmente bien peinada, me veo resplandeciente. Y eso es una novedad. Tengo ganas de arreglarme, de estar guapa y relajada a

todas horas, como si fuese natural en mí.

Miro la hora en el móvil y decido darme prisa y dejar de pensar en tonterías. Sergio se ha ido a correr, su nueva afición últimamente, que parece que se ha tomado muy en serio. Y no es algo que me haga mucha gracia, porque siempre encuentra alguna actividad para escaquearse un rato de casa, pero hoy me da igual. Me ha despertado abrazándose a mí, buscando más de mi cuerpo.

Estoy exhausta. No recuerdo una noche como esta con Sergio. En realidad, con ningún hombre más. Para ser sinceros, la fogosidad nunca ha sido mi fuerte, pero debo admitir que me he sentido poderosa y deseada y, en cierto modo, me he arrepentido de tener esa mentalidad tan cerrada en todo lo que respecta al sexo hasta ahora. Pero bueno, dicen que nunca es tarde, así que quizás deba cambiar de una vez el chip y empezar a desinhibirme... Podría darle una nueva oportunidad a los libros de Cloe, con mi nueva y cambiada visión de la realidad...

Me dejo de desvaríos y me ducho a conciencia, repasando mi depilación. Sé que a partir de ahora tendré que invertir un poco más de tiempo en arreglar, no solo mi pelo, tal y como me recomendó Jorge, sino toda mi imagen en conjunto. Pero ahora me doy cuenta de lo valiosos que son cada uno de esos minutos invertidos en cuidarme.

Antes de enchufar el secador hablo con mi madre. Lucía se acaba de despertar y se le nota emocionada de estar con sus abuelos. Entre las dos logran convencerme para que vayamos a recogerla después de comer, y cedo encantada. Al fin y al cabo, será un fin de semana divertido para los tres. Escribo un mensaje a Sergio contándole los cambios de planes. Me apetece salir a comer fuera, así que le pido que vuelva pronto para poder hacer una reserva. En diez minutos oigo la puerta.

—Hola preciosa. —Sergio me besa apasionadamente, pillándome desprevenida. A pesar de venir sudado, está irresistible—. Así que hoy comemos solitos, ¿eh?

—Si tú quieres, claro...—Le sonrío coqueta—. Me encantaría salir a comer

algo. No me apetece cocinar hoy.

—Dame diez minutos y me doy una ducha. —Antes de cerrar la puerta del baño vuelve a asomarse, desmontándose con la mirada—. ¿Quieres ducharte conmigo?

Le sonrío enigmáticamente y me voy a la habitación, dejándole con las ganas. Quiero terminar de arreglarme antes de que salga. Y no, a pesar de la noche que he pasado, no estoy preparada para empezar el día a lo *Cincuenta Sombras de Grey*.

—He pensado que podríamos ir al restaurante donde comí hace unas semanas. —Sergio cruza la habitación en toalla, aún empapado, dejando un rastro de aroma a desodorante y *aftershave*—. Te encantará el bimi<sup>[15]</sup>. Ahí lo hacen de maravilla.

—¿Qué es eso? —A veces me siento una paleta delante de él. Sergio tiene todas esas reuniones y comidas de negocios y conoce mil sitios interesantes. Y yo... Solo soy yo.

—Es una verdura de esas nuevas que consiguen ahora. Una mezcla de brócoli y espárrago verde.

—Wowww... Apasionante—. ¿Verdura? ¿En serio? Si salgo a comer fuera espero encontrar algo especial.

—No, en serio, está delicioso.

—Vale, vale, donde quieras, pero vámonos ya. Podríamos tomar el aperitivo en una terraza...

Bromeamos en el ascensor y en el coche, de camino al restaurante. Yo me meto con él por ser tan pijo con la comida y él me reconoce que, en muchas ocasiones, está deseando salir de esas comidas tan de compromiso y tomarse una mega hamburguesa en el McDonald's más cercano.

—Eso nunca me lo habría imaginado de ti.

—Pues ya ves, no siempre me apetece todas esas tonterías. ¿Te acuerdas cuando empezamos a salir y nos íbamos al irlandés o al alemán, a tomarnos toda aquella comida grasienta?

Me río con ganas, acordándome de aquellas noches jugando a los dardos y bebiendo cerveza. Compartimos varios recuerdos de aquella época y sonreímos al recordar lo bobos que éramos entonces. En el restaurante, a pesar de sentirme fuera de lugar al principio, me relajo enseguida, gracias al buen humor de Sergio. Probamos varios vinos, intercambiamos platos e incluso comemos del tenedor del otro, como hacíamos cuando éramos novios. Y claro, como pasa con todo lo bueno, se acaba demasiado pronto.

Cuando estamos esperando el segundo plato, el móvil de Sergio comienza a sonar. Él no le da ninguna importancia y corta la llamada sin mirar quien es. Pero cuando la llamada se repite tres veces más, acompañadas del sonido de múltiples mensajes, hasta yo misma quiero cogerlo para que deje de sonar.

—Contesta, por favor.

—Ni hablar, estamos comiendo.

Suspiro, sonriéndole.

—No, en serio, cógelo. Así no nos van a dejar comer.

—De eso nada. Lo apago y se acabó.

Y eso es lo que hace. Pero lo que también se acaba es su buen humor, su conversación y sus sonrisas sinceras. En su lugar, vuelve el Sergio que más acostumbrada estoy a ver, ese distraído, que no me presta atención ninguna y que parece que esté pensando en cualquier otra cosa que no sea yo. Y la mente de Sergio ha volado a kilómetros de distancia.

Estoy tentada a preguntarle quien era, de echarle en cara lo mal que me siento cuando pone el piloto automático y pasa de todo. Pero en lugar de eso, sonrío tristemente y termino de comer lo más deprisa que puedo para irnos a recoger a Lucía.

\*\*\*

—Me voy. —Sergio me da un beso fugaz en los labios y acaricia la cabeza de Lucía—. Dale un beso a papá, que me voy a trabajar.

—¿Has cogido los trajes para llevarlos al tinte? —le pregunto, aunque es obvio que no, porque solo lleva el móvil en la mano—. Me dijiste que te lo recordase.

—¡Es verdad! —Sergio corre a la habitación, pero a la vuelta solo oímos su voz desde el pasillo—. ¡Luego os llamo!

Suspiro y comienzo a recoger las tazas del desayuno. Desde la famosa llamada del restaurante ha seguido distraído y olvidadizo, como si tuviese la cabeza en otro sitio.

—¡¡Mamá!! ¡¡Mira qué guapa salgo!!

—¿Dónde sales guapa, cariño? —pregunto distraída, sin ni siquiera mirarla.

—En la foto que me acabo de hacer.

Me doy la vuelta con terror, pensando en dónde narices he dejado el móvil y la que me estará liando. Pero no. Es algo peor. Seguramente, al ir a recoger los trajes, Sergio ha dejado olvidado su teléfono en la mesa.

—¡Cariño! —Le arranco el móvil de las manos antes de que el daño sea irreparable. Lucía hace pucheros, pero me muestro inflexible—. Ya sabes que papá se enfadará mucho si se entera de que lo has tocado.

Me doy prisa en arreglar el desaguisado. Con lo enganchado que está Sergio al móvil, es posible que ya se haya dado cuenta del olvido y esté volviendo para recuperarlo. Borro la foto de Lucía a pesar de su cara de pena y respiro tranquila.

—¿Y esa quién es? —pregunta mi hija, asomándose para poder ver bien la pantalla.

La siguiente foto de la galería de imágenes es de una mujer que no conozco. Y la siguiente. Y dos más. Rebusco rápidamente y encuentro alguna más de la misma mujer, todas selfies, en todas sonriente.

—¿Mamá?

Oigo la llave entrando en la cerradura. Salgo de la galería y bloqueo el móvil de Sergio, dejándolo encima de la mesa un segundo antes de que entre por la puerta.

—Me olvidaba del móvil.

—Ya, me he dado cuenta, pero no sabía cómo avisarte.

Sergio me mira de forma extraña, pero reacciona al segundo.

—Bueno, me voy.

—Hasta luego.

—Adiós, papá.

Contengo la respiración hasta que oigo de nuevo la puerta. Lucía, por un milagro que aún no sé cómo ha pasado, no ha dicho ni una palabra. Dejo todo en el fregadero y le meto prisa, mientras mi corazón aún late a mil por hora.

—Ponte el abrigo, cariño.

—Ya voy, mamá. —Antes de salir de la cocina se da la vuelta—. ¿Crees que papá se dará cuenta y se enfadará conmigo?

—No, cariño, no te preocupes. —Me acerco y le doy un beso, enternecida por su expresión preocupada—. Pero esto será un secreto entre tú y yo, ¿vale? No le puedes contar a papá nunca que hemos visto sus fotos.

—Vale, mamá. —Acepta Lucía sin más mientras sale corriendo, probablemente ya con la cabeza en otras cosas.

Ojalá pudiese yo olvidarme de los problemas tan pronto. Y de la mirada de esa mujer, que se me queda grabada en la retina como a fuego.

Me paso el día tentada de llamar a Nel y contarle lo de esta mañana. Pero, en realidad, no sé si hay algo que contar. Solo sé que tengo un pálpito extraño, que Sergio está raro y que no consigo quitarme a esa mujer de la cabeza ni aunque lo intente. Por la noche trato de estudiar sus gestos, sus miradas, sus expresiones, pero está tan distraído como últimamente, siempre a lo suyo, siempre enganchado al móvil que lleva a todas partes consigo. Intento quitarle hierro al asunto y trato de entablar una conversación con él, de lo que sea, pero me sale con que está cansado, como si le aburriera.

—El jueves que viene me voy de viaje.

—¿Duermes fuera?

—Seguramente. Aún tengo que confirmar los vuelos, pero es lo más posible. Tengo una reunión a última hora de la tarde.

—De acuerdo. —Le miro, pero él está con otra cosa—. ¿A Barcelona?

—Claro. Ya sabes, el viaje que anulé.

—Pero el viernes vuelves.

—Sí. —Levanta la vista de la televisión sorprendido—. ¿Por qué lo preguntas?

«No lo pregunto, lo estoy afirmando para que no te surja un imprevisto que te haga quedarte todo el fin de semana en Barcelona», pienso para mí. Pero en lugar de eso sonrío encantadora.

—Por nada. Había pensado que podíamos hacer algo con Lucía, cenar por ahí o llevarla al cine...

—Me parece buena idea. —Pero tal y como lo dice, se me quitan las ganas de hacer planes con él—. Habla con ella a ver qué le apetece y decidimos.

Y ya. Ni una sonrisa, ni un gesto de cariño, ni nada. Mira la hora, en el móvil, cómo no, y se levanta pesadamente del sofá.

—Me voy a la cama. —Me mira y, por primera vez me ve en todo el día—. Qué guapa... —Observa mi pijama de arriba abajo—. ¿Es nuevo?

—Sí. Me lo compré cuando estuve con Nel.

—Muchas cosas nuevas tienes tú. —En un segundo vuelve su sonrisa seductora. —¿Me estoy perdiendo algo?

Me arrastra a la cama, susurrándome palabras cariñosas, que no consiguen sacarme de mi confusión. ¿Está tan distante y al segundo está así? Yo sí que me estoy perdiendo algo. Trato de convencerme de que probablemente sea el estrés en el trabajo y el agotamiento, pero estoy más que segura de que me está engañando como una idiota. Hay algo más, lo sé. Y tengo que averiguarlo porque, desde que decidí cambiar y vivir de verdad como una valiente, no puedo contentarme con unos minutos de su atención. Porque me acabo de dar cuenta de que Nel tiene razón. Sé que merezco mucho más.

\*\*\*

El miércoles, en el descanso del café, me decido por fin y llamo a Nel.

—Hola, guapa, ¿cómo te va? ¿Otra sesión de compras? ¿O al final te decides por el tatuaje?

—Nooo, por Dios, nada de eso.

—Ay, yo que sé, chica, como el otro día estabas tan animada... Tenía que probar suerte...

—Nel... Igual es una tontería... —Al segundo siento una vergüenza enorme y me arrepiento de haberle llamado.

—Dime. Te escucho.

—Verás... Bueno... Igual me estoy precipitando...

—A ver, Ana, arranca de una vez. Puedes decirme lo que sea. —El tono de Nel ha cambiado y se le nota preocupada—. ¿Estás bien?

—No. —Esa es la única verdad.

—¿Sergio?

—Sí. —Una compañera se acerca y me deja un café sobre la mesa, que agradezco con un gesto de cabeza—. Ahora mismo no te puedo contar con detalle.

—Ya. Imagino que estás en el trabajo.

—Ajá.

—Me paso a verte esta tarde si quieres y me cuentas.

—Esta tarde no puede ser, pero mañana Sergio se va de viaje...

—¿A qué hora sales?

—A las tres y media.

—¿Quedamos a comer? Te puedo pasar a recoger...

—Tengo que ir a buscar a Lucía a las cinco al cole.

—Tranqui, haremos las dos cosas. Me llevaré a Noah. ¿A qué hora vuelve?

—Vuelve el viernes. Pasa la noche fuera.

—Genial. Así podremos hablar tranquilas.

Me despido de ella rápidamente y vuelvo a mi trabajo. O a intentar concentrarme en algo que no sea el tema Sergio. Por más vueltas que le doy, no sé si estoy haciendo el tonto o realmente hay algo ahí que huele mal, pero el caso es que estoy deseando que llegue mañana, que Nel me tranquilice y me diga que soy boba. Porque por una vez sería maravilloso ser tonta y que alguien me advierta que me he pasado de lista.

Por la noche, Sergio me sorprende de nuevo. Está en un estado de alegría y buen humor que resulta muy extraño en él. No es que sea como Nel se empeña en decir, un soso y un amargado pagado de sí mismo, pero el caso es que nunca ha sido muy dado a exteriorizar sus estados, y menos de alegría.

—¿Me van a echar de menos mis niñas? —comenta muy animado cuando entra en la cocina después de una ducha de media hora. Lucía le sonrío y él se la come a besos—. Pórtate bien con mamá, ¿vale? Que llamaré por la noche a ver si has sido buena.

—¿Puedo dormir con ella? —pregunta Lucía con aire inocente.

—Pues claro, cariño. —Le miro sorprendida. Es muy rígido con esas cosas y siempre ha protestado cuando Lucía ha querido venir a dormir con nosotros. De hecho, la primera discusión importante que tuvimos, y por la que dejó de hablarme durante días, fue cuando se empeñó en trasladar la cuna de Lucía a su habitación cuando solo tenía dos meses. Algo a lo que yo me negué rotundamente—. Pero que no me entere yo de que te duermes tarde, ¿eh? Si no, no habrá regalito.

—¿Me vas a traer un regalo?

—Si te portas bien, sí. —Me pasa una mano directamente por el culo y lo acaricia. —Y es posible que a mamá también.

—Si se porta bien.

—Claro, como tú.

Nos guiña un ojo y se va al salón. Y yo me quedo helada ante lo que acabo de vivir. Ese tío que me ha tocado el culo como si fuese un sobón de discoteca no es mi marido, sino un extraño que nos guiña un ojo y dentro de poco nos

llamará nenas. Y sé que quizá debería alegrarme de que esté tan... receptivo, pero en este caso, su extremada felicidad y esos detalles extraños no hacen más que ponerme en guardia. Y eso me asusta.

Nel está clavada en la puerta del trabajo a la hora indicada, Me pita sin salir del coche y subo rápidamente, sintiéndome como *Thelma y Louis*[16] . En cuanto entro, miro hacia atrás, interrogante.

—¿Y Noah?

—Se ha quedado con Jorge para que podamos hablar tranquilas. Después vendrá con él para que Lucía pueda verle. —Noto que estudia mi expresión antes de arrancar y de dirigir su mirada al frente—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. Creo.

—He reservado mesa en el Diavolo's.

—No sé si me gusta ese nombre para lo que te voy a contar.

—Primero prueba sus hamburguesas y luego me cuentas. —Suelta Nel antes de dar un acelerón que hace que el nudo de mi estómago se apriete un poco más—. ¡¿Qué?! —me dice, adivinando mi expresión—. ¡Tengo un hambre que devoro!

—No puedo contigo, de verdad. —Sonrío inconscientemente, a pesar de no tener muchas ganas.

—Pues no te creas que eres la única, chavalita...

Nel tiene razón. Las hamburguesas del Diavolo's son estupendas, de esas de las que te apetece tomarte una docena aunque estés a punto de reventar. Acompañamos la deliciosa comida con unas patatas con salsas y dos dobles de cerveza que nos bebemos casi de un trago.

—Otros dos, por favor —digo al camarero cuando se acerca, señalando las jarras.

Nel bosteza discretamente.

—¿Qué pasa, has tenido una noche movidita?

—No lo sabes tú bien. —Pero, en lugar de la sonrisa maliciosa que me esperaba, me doy cuenta de las ojeras marcadas, la piel cetrina y el pelo

descuidado de Nel.

—No hace falta que digas nada. Noah.

—Exacto.

—Bastante te estaba durando que fuese un angelito por las noches.

—Ay, por Dios, Ana, qué horror... —exclama, agotada—. Pensaba que lo de las noches interminables en vela con niños que berrean era una leyenda urbana, y que había muchas madres quejicas, pero... no.

—No exageres, Nel, Noah es un cielo.

—Un gremlin<sup>[17]</sup>. Eso es lo que es. Un monstruo deshidratado que tiene que beber leche cada media hora en cuanto anochece.

—¿Dientes?

—Peor. Dientes, mocos y flemas, por supuesto.

—Pufff.

Las dos nos reímos, cómplices. Recuerdo la cara de aburrimiento que ponía Nel cuando mi hija tenía la misma edad y yo me desahogaba con ellas, desesperada.

—Te juro que hay noches que me quiero largar de casa.

Asiento, entendiéndola perfectamente.

—Todo eso pasa antes de lo que crees, si te sirve de consuelo.

—Ahora mismo lo único que me serviría de consuelo sería dormir veinticuatro horas seguidas, pero gracias por los ánimos. —Sonríe cansada y se recuesta en la silla—. Madre mía, si sigo comiendo voy a explotar.

Pedimos dos cafés solos bien cargados para intentar bajar el millón de calorías que hemos engullido como si llevásemos días sin comer.

—Bueno, creo que deberías contarme qué te pasa antes de que entre en estado comatoso.

—Oh, Nel... Si hubiese sabido que estabas tan cansada no te habría hecho venir...

Nel le quita importancia al hecho haciendo un gesto con la mano.

—Bah, no seas tonta. Me viene genial salir de allí de vez en cuando. Sentirse

media persona todo el tiempo es demasiado... cansado. Dispara, venga, que me quedo dormida encima de la mesa.

—Creo que Sergio me engaña.

—¿¿¿Qué??!! —Nel revive de pronto, irguiéndose en la silla. Los ocupantes de la mesa de al lado nos miran interrogantes—. ¿¿¿Qué coño estás diciendo??!!

—Shhh...Baja la voz, tía, no hace falta que se entere todo el mundo.

—Perdón, perdón... —Nel acerca más la silla a la mesa y se apoya en los codos—. ¿Por qué piensas eso, Ana? ¿Le has pillado con alguna?

Le cuento, casi sin respirar, el episodio del móvil sonando en el restaurante, las fotos que encontré y que Lucía también vio y los cambios de humor tan extraños que tiene últimamente.

—No me jodas... —Nel frunce el ceño, en ese gesto tan suyo, y se toma lo que le queda de cerveza de un trago.

—Pinta mal, ¿no?

Llama al camarero y pide dos copas de crema de orujo.

—Vale, no hace falta que me contestes.

—Ana, ya sabes que no es mi estilo mentir. Sí, pinta mal. Muy mal, qué quieres que te diga... Tiene todos los síntomas.

—No sé si quiero que me digas algo más...

—Para eso me has llamado, ¿no?

—Sí, perdona. —Me manoseo el pelo y miro la hora para asegurarme de que aún nos queda un rato para ir a buscar a Lucía—. No quería contarte esto por teléfono. Ni delante de la niña.

—Has hecho bien. ¿Lo saben las demás?

—No. Tú eres la única a la que se lo he contado.

—Mejor. Tenemos que asegurarnos antes. —Nel se ha convertido en décimas de segundo en la infalible y severa abogada que era hasta hace poco—. ¿Cuándo me has dicho que vuelve Sergio?

—Mañana. Imagino que más bien tarde.

—Genial. Quiero decir... —Carraspea, intentando disculparse—. Me refiero a que así tendremos más tiempo...

—¿Tiempo para qué?

—Tú déjame a mí. —De repente, su expresión cambia y me mira seriamente—. Ana, ¿estás segura de que quieres saber la verdad?

No le contesto enseguida. Pienso en Lucía, en mi casa, en mi cómoda y algo aburrida vida. Pero placentera al fin y al cabo. Sobre todo por la alegría y las ganas de vivir que me da mi hija cada minuto del día. Y es cuando me doy cuenta de eso cuando respondo a Nel.

—Sí, estoy convencida. No podría seguir de otra manera.

Jorge nos espera en la puerta del colegio junto a Noah que, sentado en la sillita de paseo, lanza sonrisas a todo el que pasa. La dureza de Nel se disipa en cuanto ve a sus dos chicos. Y siento envidia de esa mirada de complicidad que lanza a Jorge, que solo tiene ojos y sonrisas para ella.

Lucía se lleva una sorpresa cuando nos ve a todos allí esperándola y nos recibe con una fiesta.

—¡Qué bien, mamá! ¿Podemos llevar a pasear a Noah? Quiero que lo conozcan mis amigos del parque.

—¿Y qué tal si el tío Jorge os lleva al parque y luego a merendar? Mamá y yo tenemos que hacer unas cosillas, pero en un rato nos vemos en casa.

—¿En serio, mamá? ¿Podemos?

Miro a Jorge, que asiente con la cabeza, sonriendo beatíficamente. Por Dios. Es San Jorge. No puedo imaginar un hombre mejor para Nel.

—Claro que sí, cariño. —Articulo un «gracias» sordo para Jorge y veo cómo, después de darme un beso fugaz y algo húmedo, Lucía desaparece encantada de la vida, agarrada al cochecito de Noah.

—Qué suerte tienes, Nel.

—Aún no me lo creo —dice, con la mirada perdida por donde han desaparecido—. Nunca me había tocado nada en mi vida, ¿sabes? Ni un mísero caramelo. Y ahora... Lo tengo todo. —Niega con la cabeza, como

quitándose el sentimiento de un manotazo y tira de mi brazo—. Vamos, tenemos que empezar cuanto antes.

Al llegar a casa, Nel no pierde ni un minuto. Me hace encender el portátil que compartimos Sergio y yo y poco a poco la mesa auxiliar se va llenando de todos los dispositivos que se me ocurren, donde pueda guardar archivos y fotos.

—¿Tiene por ahí algún *pendrive*, o CD o algo parecido?

—No creo... —Intento pensar sitios donde pueda guardar algo así, y no se me ocurren demasiados—. A no ser que los esconda. Sergio siempre se estaba quejando de que necesitábamos un sitio concreto donde descargar todas las fotos de nuestros móviles, así que le regalé el disco duro.

—¿Tú no lo utilizas?

—Casi nunca. —Reconozco—. La verdad es que me da mucha pereza, así que cuando descargo las fotos las dejo en una carpeta en el portátil y él se encarga de clasificarlas y guardarlas en el disco duro.

—Pues está con contraseña.

—Ni idea.

Me encojo de hombros, sin saber qué hacer. Me siento una inútil. No puedo ayudar a Nel con eso, así que llama a un amigo para tratar de entrar en los archivos almacenados.

—Ya está. —En unos minutos consigue llegar hasta las carpetas de fotografías que tan minuciosamente Sergio ha creado—. Aquí no parece haber nada. Solo fotos de Lucía, muchas, por cierto, y poco más. Ni una mísera copia de seguridad de su móvil.

Nel resopla, pensando.

—¿Y la *tablet*?

—Después miraremos los historiales de búsqueda y las redes sociales. —Me mira y suspira—. Vamos a buscar. Tiene que haber algo más.

Por un momento me siento ruin cuando comenzamos a registrar todos los cajones que pertenecen a Sergio. Pero cuando recuerdo a aquella mujer

sonriente, que parece hablar con la mirada, los remordimientos desaparecen de un plumazo.

—¡Espera! —Voy corriendo al armario, donde Nel está ya dispuesta para revolverlo todo—. Ya lo hago yo. Sergio es muy maniático con sus cosas. Si movemos algo un milímetro lo notará seguro.

—¿Acaso eso importa ahora?

No contesto. A decir verdad, no sé qué es ahora lo importante, excepto deshacerme de esta sensación de inseguridad que hace que tiemble el suelo.

Uno por uno, vacío cuidadosamente los cajones de Sergio, volviendo a colocar exactamente igual calcetines, calzoncillos, corbatas y gemelos. Revisamos la mesilla, que apenas contiene algunas fotos y tarjetas de cumpleaños. Metemos las manos en todos los bolsillos de chaquetas, sudaderas y camisas que hay en el armario. Y nada.

—Espera. —Antes de salir de la habitación, echo una mirada al rincón al lado de la ventana. Voy hasta allí y cojo la mochila de pádel, que normalmente está vacía—. Creo que es lo único que queda por revisar.

Y allí si encontramos algo. En la bolsa de aseo, meticulosamente ordenada con mil productos que yo no podría utilizar ni en una semana, hay una bolsa estanca con tres memorias.

—Toma. —Le doy la bolsa con dos dedos, como si pudiese contagiarme de algo.

—Dame. —Nel la coge con firmeza, pero estudia seriamente mi rostro—. Vamos, Ana, a ver qué has encontrado. —Me abraza de los hombros e intenta infundirme valor.

El primer *pendrive* sólo contiene fotos de la adolescencia, fotos de grupo que parecen sacadas de alguna red social y documentos escaneados personales, que no nos sirven de gran ayuda. Pero en el segundo, como si de una película se tratase, van apareciendo una por una todas aquellas fotos que no he podido borrar de mi mente, a pesar de haberlas visto tan solo unos segundos.

—Esa es —musito a la espalda de Nel. Ella pasa una por una las fotografías, comparando fechas en las que se guardaron y detalles de cada una de ellas, mientras me tortura con esas imágenes una y otra vez.

—Son todas del año pasado. Parece que las ha descargado de algún sitio. — Nel llega hasta la última foto y me mira pensativa—. ¿Le tienes en Facebook?

—Creo que sí, pero no me meto casi nunca.

—Prueba, por favor, sería de gran ayuda meternos en su perfil.

Rebusco entre mis amigos de Facebook y apenas tardo un minuto. A pesar de haberme hecho amiga de algunos compañeros de trabajo que me preguntaron y de gente del pasado que he ido reencontrando con el tiempo, apenas tengo amigos. Mi actividad en las redes sociales no puede tacharse más que de lamentable. Apenas unos «me gusta» desde lo que parece un siglo y bastantes mensajes sin leer, de gente que, imagino, ya se habrá olvidado de mí o me habrá tachado de maleducada.

—Aquí está.

El perfil de Sergio es diametralmente opuesto al mío. No solo tiene centenares de amigos de todas partes del mundo, sino que además parece publicar a diario todo tipo de cosas. Desde cosas tan interesantes como memes de fútbol hasta vídeos de gente haciendo el chorra y gatitos monísimos. De todo. Nel me arrebató el móvil y comienza a revisar todos los comentarios de sus fotos.

—¿Qué haces?

—Estoy buscando algún comentario... diferente. Con la cantidad de amigos que tiene será más difícil buscar entre ellos. Si están conectados por aquí, inevitablemente habrá alguna pista.

—Hablas como una profesional.

—Lo fui hace algún tiempo. —Comenta sin levantar la vista de la pantalla—. No sabes lo interesante y útil que era revisar los perfiles de mis clientes y la parte contraria para encontrar alguna metedura de pata.

Dejo a Nel absorta en Facebook y me voy a hacer café. Odio estar sin hacer

nada, pero no se me ocurre la manera de ayudarla. Estoy tan nerviosa que ahora mismo llamaría a Sergio y le interrogaría hasta el aburrimiento, pero Nel ha insistido en que siga como si nada. Si de verdad hay algo ahí que no encaje, es preferible actuar con frialdad, ha dicho. Como si fuese tan fácil. Solo de pensar en que existe una alta probabilidad de que me haya engañado, me dan ganas de gritar.

Cuando vuelvo con los cafés, Nel sigue en la misma posición, ensimismada.

—¿Has encontrado algo?

—Mira. —Me señala un perfil de Facebook anodino. No hay foto, sino un cuadro de Sorolla, que creo recordar que se llamaba «Paseo a orillas del mar». Y el nombre más bien parece un pseudónimo.

—Tiene que ser ésta.

—¿Estás segura?

—No, pero mira... —Sus dedos pasean hábilmente por la pantalla de mi móvil. —Todas las fotos de Sergio tienen un «like», un «me encanta», una risa o algo de ella. No hay ningún comentario, pero él le ha respondido siempre con otra similar. Por no decir que él también ha dado like a todas sus fotos.

Nel me devuelve el móvil y sigue con el portátil. Leo y releo cada una de sus entradas y me siento ruin y cobarde por espiarle de este modo. No es que él esté siendo precisamente sincero conmigo, pero todo es una mera suposición hasta que no se demuestre lo contrario.

—Hay que buscar algo más... —Nel, pensativa, se revuelve en la silla—. Veamos la tercera memoria USB. Solo para descartar.

La tercera está llena de archivos de texto encriptados que Nel intenta abrir, uno por uno, sin éxito.

—Voy a llamar a alguien para intentar abrirlos. Espero que no sea muy difícil.

—Vale.

—¿Estás bien? —Nel me mira con el ceño fruncido y me agarra del brazo.

—Todo lo bien que se puede en esta situación. —Agarro la mano de Nel y

ella me mira con pena—. Vamos, que no lo estoy.

—Llegaremos hasta el final del asunto. Lo necesitas, Ana.

—Lo sé. Aunque eso no significa que me guste.

Nel se va a la cocina a hablar con su amigo y me pide permiso para fumarse un cigarro. Estoy a punto de pedirle uno, pero tengo el estómago tan revuelto que sé que acabaré vomitando. Decido entretenerme revisando las cosas de Sergio en la habitación y vuelvo a asegurarme de que no hay ni rastro de nuestra búsqueda. Y entonces lo veo. El único sitio en el que aún no hemos buscado. En uno de los maleteros del armario hay una bolsa con un juego de palos de golf abandonados. Hace un año, Sergio comenzó a aficionarse al golf pero, como muchos otros deportes que ha probado, todo se quedó en comprarse todo el equipo entero y acudir dos o tres días a un curso rápido de iniciación. Hasta que se aburrió.

Voy a buscar la escalera del armario del pasillo y vuelvo decidida. La bolsa pesa tanto que estoy a punto de caerme, pero consigo mantener el equilibrio. Como puedo, la apoyo en el suelo y rebusco en el bolsillo. Nada. Saco todos los palos y reviso el fondo de la bolsa. Tampoco hay nada. Suspiro. Era el único sitio que quedaba por mirar. Si no es posible abrir los archivos de texto, habremos perdido toda la tarde sin conseguir nada. Al meter de nuevo los palos en la bolsa, algo llama mi atención en uno de ellos. Está todavía con la bolsa de protección en la que venía, para evitar que se estropee. Hasta ahí todo correcto, porque algunos otros todavía la conservan. Pero en el caso de éste, parece que alguien lo hubiese abierto y posteriormente vuelto a proteger cuidadosamente, pero con otro tipo de papel.

Desenrollo pacientemente el envoltorio con cuidado de no romperlo, fijándome bien en mis movimientos para volver a dejarlo después como estaba. En cuanto desenrollo la última vuelta, un pequeño sobre cae al suelo. El corazón se me sale por la boca cuando lo recupero y miro en su interior. Allí nada más hay dos tarjetas de memoria. Dejo todo tirado y voy a ver a Nel.

—Le he mandado los archivos. En un rato me los mandará legibles.

—Mira esto.

Le enseño a Nel las dos tarjetas de memoria.

—¿¿Dónde estaban?!

—Escondidas en los palos de golf.

Nel levanta las cejas y me mira.

—¿Este portátil tiene lector de tarjetas?

Conseguimos meter la primera tarjeta y, aunque al principio no parece pasar nada, enseguida el ordenador reacciona y aparecen una serie de carpetas.

—Soraya. —Leo en una de ellas—. ¿Es casualidad lo de Soraya y Sorolla?

Nel no contesta, pero, sin pensarlo ni un segundo, hace doble clic encima de esa carpeta.

Dicen que cuando estás en peligro de muerte la vida pasa por tus ojos como si se tratase de una película. Lo que no te cuentan nunca es qué pasa cuando definitivamente te rompen el corazón y destrozan tu futuro con pruebas irrefutables de lo poco que has significado para una persona.

Las fotos de aquella mujer pasan por la pantalla a manos de Nel, pero ya no se trata de aquellas fotos del montón, llenas de sonrisas. En estas, un también sonriente Sergio la acompaña en casi todas, con los más variados escenarios de sus encuentros. Una bilis amarga sube por mi garganta. Para cuando las escenas se vuelven mucho más íntimas, empiezo a ver todo rojo.

—Para, por favor.

Nel minimiza la carpeta al momento, haciendo desaparecer todo rastro de las imágenes en la pantalla.

—Siéntate, Ana.

Voy hacia el sofá y me dejo caer, intentando calmar mi respiración. Nel vuelve con un vaso de agua y me lo tiende, pero niego con la cabeza, con mis últimas fuerzas.

—Tienes que ser valiente.

—Lo sé.

—Es un mierda, Ana, pero tú tienes que ser más fuerte que él. Y más lista.

—No quiero ver nada más.

Nos quedamos sentadas allí en silencio, oyendo de fondo el tráfico de la calle. Nel me abraza, suspirando sonoramente. Su móvil vibra y consulta sus mensajes.

—Me acaban de llegar los archivos. Ya podemos abrirlos.

—Hazlo tú, por favor.

—¿Estás segura?

—Sí. No puedo ver nada más. Al menos de momento.

—De acuerdo. —Nel me da un beso tierno en la frente y me acaricia el pelo—. Quédate aquí. Enseguida vuelvo.

La oigo teclear en la distancia. Sé que va a encontrar todo lo que hace falta para demostrar que Sergio es un desgraciado sin escrúpulos que tiene una segunda vida. No puedo ni pensar qué es lo que voy a hacer a continuación, cuales son los pasos a seguir, si es que de veras me atreveré a hacer algo. Porque no puedo hacer nada. Al menos por ahora, mientras siga así, paralizada, viendo como la vida sigue sin mí.

Nel exclama sordamente, tapándose la boca con la mano. Veo, en su reflejo de la pantalla, cómo no puede parar de leer. No hace falta que me diga nada. No quiero saber los detalles de la pasional historia de amor que tiene mi marido. Sin mí. Sin nadie de los que vivimos en esta casa y nos creíamos el centro de su vida.

Nel se sienta a mi lado un rato después, sin decir nada. Porque no hay nada que decir. No hay palabras para expresarle a una amiga cuando sabes que su vida se acaba de derrumbar como un castillo de naipes.

—¿Qué has encontrado? —me atrevo a preguntar.

—Mierda, Ana —susurra, enterrando su cabeza entre las manos.

—Lo sé. Es una mierda, una puta mierda... —Ya estaban tardando en llegar, pero las lágrimas surcan mi rostro al segundo. Me siento completamente impotente, como si fuese un fantasma que solo ve como espectador una historia en la que no puede participar.

—Ana, cariño... —Nel me abraza muy fuerte y me hundo en su pecho, llorando desconsolada—. Lo siento muchísimo. No sabes lo que me jode verte así.

Intento hablar, pero las lágrimas me ahogan. Nel me pega más a su pecho, meciéndome como un bebé, tratando de consolarme con palabras reconfortantes y cariñosas. Suspiro sonoramente, entre hipos y toses. Me separo de ella y corro hacia el baño. En un segundo, veo como toda la comida sale de mi cuerpo a la velocidad del rayo. Ella me sujeta el pelo y me acaricia la espalda para intentar calmarme. Cuando termino, consigue levantarme del suelo y arrastrarme hasta la cama, donde me tapo hasta la cabeza con el edredón y sigo llorando sin consuelo.

—Ana... Te traeré algo.

Unos minutos después me destapa y me tiende una taza humeante. A pesar de mi falta de ganas, me incorporo y la cojo con manos temblorosas.

—Gracias. —consigo balbucir.

—Es tila con manzanilla. Espero que pueda asentarte el estómago.

Asiento en silencio y me tomo casi de un trago el contenido de la taza, que baja hacia mi estómago abrasando todo a su paso.

—No quiero que Lucía me vea así.

—Tranquila. He hablado con Jorge para que los entretenga un poco más.

—No, Nel. Esto que hacéis por mí... Gracias, pero debo calmarme. Lucía se preocupará si me ve así, y seguro que ya tiene ganas de volver a casa.

—¿Quieres que me la lleve a dormir con nosotros? Me puedo inventar una fiesta de pijamas, o algo así...

—Mañana hay colegio, Nel. Y vosotros trabajáis.

—Puedo traerla por la mañana, o quedarme a dormir...

Sonrío tristemente y ella vuelve a abrazarme. Jamás pensé que tuviese un corazón tan grande.

—No, de verdad, tengo que serenarme... —Me levanto de golpe y siento algo de mareo, pero parece que Nel no lo ha notado. No puedo permitirme el

lujo de llorar durante horas. No cuando Lucía está a punto de llegar y se asustará si me ve destrozada. Que es como estoy. Pero ella es lo más importante siempre, y ahora lo tengo más claro que nunca.

Nel mira atónita como me recompongo, voy al baño, me lavo la cara y vuelvo a aplicarme anti ojeras y máscara de pestañas. No dice nada cuando me peino, me recoloco la ropa y ensayo una sonrisa para Lucía frente al espejo.

—¿Estarás bien? —Consigue preguntar al fin, mientras es testigo de cómo vuelvo a guardar las pruebas del delito exactamente en el sitio en el que estaban, no sin antes hacer una copia de seguridad de todos los archivos en un *pendrive* que también escondo en el armario.

—No. Pero necesito tiempo para pensar en lo que voy a hacer.

Nel asiente con la cabeza.

—Piénsatelo y habla conmigo, Ana. Te ayudaré en lo que haga falta.

—¿Qué debo hacer, Nel?

Nel me mira detenidamente, como si estuviera trazando un plan en ese mismo momento.

—¿Tú qué quieres hacer?

—Descuartizarlo, pero no es una opción.

Nel me mira pensativa.

—Aunque sea difícil, Ana, creo que la mejor estrategia es que seas tan calculadora como lo está siendo él. Guarda tus cartas y deja todo perfectamente atado antes de enfrentarte a Sergio. Que no pueda quitarte tu seguridad.

—Necesito oír su versión, aunque acabe de destrozarme.

—¿Cuándo vuelve?

—Mañana por la tarde.

—¿Quieres que me lleve a Lucía para que habléis?

—No lo sé, Nel. No sé si voy a encontrar algún momento idóneo para hablarlo... —De repente, me siento agotada, como si me hubieran echado diez

años encima—. Le prometí a Lucía que haríamos algo especial este fin de semana, y no quiero decepcionarla.

—Lo entiendo, pero...—Nel me sujeta de los hombros, intentando transmitirme la entereza que nunca he tenido—. Ana, no va a haber un momento idóneo, y lo sabes. No te sientas culpable por estropear el fin de semana a tu hija. Es él el que lo ha estropeado todo.

—Lo sé. —Suspiro, intentando no derrumbarme de nuevo. En mi empeño por descubrir qué era lo que me ocultaba Sergio, nunca pensé en el después, en las decisiones que debería tomar a continuación.

—¿Quieres que llame a Jorge ya?

—Sí. Llámale. No quiero que se haga tarde.

—No tengas problema con eso. Ahora solo debes preocuparte por ti y por Lucía.

Veinte minutos después, Jorge entra en casa con una Lucía totalmente extasiada. No sé lo que tiene este hombre, pero da igual la edad que tengamos, nos deja a todas encantadas.

—¡Mamá! ¿Has visto la trenza que me ha hecho el tío Jorge?

Me como a mi hija a besos, elogiando el fabuloso peinado. Noah, sentado en el cochecito, sonrío, agotado.

—Hoy vas a dormir bien, ¿eh, angelito?

—Los dos, te lo aseguro. —Jorge me sonrío y acaricia la cabeza de Lucía—. Soy un experto en actividades extraescolares.

—Gracias, Jorge. Se nota que se lo ha pasado estupendamente.

—Mamá, ¿cuándo vamos a ir a visitarles a su casa?

—Pues...

—Cuando quieras, cariño. —Nel se me adelanta—. Ya sabes que estamos encantados de que vengas a visitarnos. ¿Quieres que un día organicemos una fiesta de pijamas?

—¡¡¡Siiiií!!! —grita Lucía, extasiada, saltando encantada. Se para de golpe y me mira con ojitos tiernos—. Mamá, ¿podemos hacer eso?

—Claro que sí, cariño. —Nel me guiña un ojo, sonriente—. Pero ahora tenemos que dejar que se vayan a descansar. Noah todavía es pequeño y estará muy cansado.

—Ohhh... —Lucía frunce el ceño.

—Nos vemos enseguida, ¿vale, cariño?

—Vale. —Aunque no se le nota muy convencida, les da un efusivo beso a los tres.

—Voy a despedirles a la puerta, cariño. Ve a por el pijama, que hoy dormimos juntas...

—¡¡Viva!!

Lucía olvida las penas y corre a su habitación encantada. Nel se lanza a abrazarme en cuanto se cerciora de que la niña no nos puede ver.

—Cuídate mucho, ¿vale? Y sé fuerte, por favor.

—Lo seré.

—Y llámame si necesitas cualquier cosa. Estaré aquí enseguida.

Asiento en silencio y abrazo también a Jorge, agradecida. Hay gente a quien pareces conocer desde siempre, que te arropan más que las que conocías desde hace años.

\*\*\*

—Hola. —Sergio llega como un autómatas, cierra la puerta, suelta la maleta y me da un beso.

—¿Qué tal todo? —Consigo articular

—Agotado. —Se afloja la corbata y resopla teatralmente—. Me voy a dar una ducha para despejarme.

Y ese es el primer asalto. Me quedo inmóvil mientras oigo a Sergio trastear en la habitación y meterse en el baño. Bebo un poco de la copa de vino en silencio. Es la tercera. Para armarme de valor, o para soltarme de una vez por todas. O para relajarme y decirle a Sergio lo que realmente pienso en él. Que

por abreviar es, básicamente, que es un mierda.

Vuelve veinte minutos después, repeinándose y vestido de nuevo. Se ha puesto unos vaqueros viejos y un jersey que le regalé la navidad pasada. Cuando éramos felices. O cuando él nos hacía ver que así era.

—¿Dónde está Lucía? —Me resulta hasta cómico ver cómo la busca por todos los rincones. Debe de ser el efecto del vino.

—Se ha ido con Nel y con Jorge. Le han invitado a una fiesta de pijamas.

—Ah. Muy bien. ¿Y cuando pensabas decírmelo?

—Cuando preguntases.

Sergio me mira sorprendido. No es habitual en mí esa forma de contestarle, pero es lo más suave que se me ocurre. Sonrío con desgana y bebo otro trago de vino.

—¿Y para eso vengo corriendo? Pensaba que la íbamos a llevar a algún sitio.

—Son las nueve de la noche, Sergio. No es hora de sacar a una niña de seis años.

—¿Estás enfadada por eso? ¿Por qué he llegado un poco tarde?

—No estoy enfadada. —Al menos, no es la definición exacta de cómo me siento ahora mismo—. He pensado que podríamos aprovechar para estar un tiempo juntos.

—Ahh, bueno... —La expresión de Sergio se suaviza y sonrío encantador—. ¿Y qué te apetece hacer? Ya veo que has empezado sin mí... —añade, señalando la copa de vino.

—Me apetecía. —Me levanto con seguridad y le cojo de la mano—. Ven, quiero enseñarte algo.

Guío a un encantado Sergio a través del pasillo, hasta que llegamos a nuestra habitación.

—¿Qué me vas a enseñar? —pregunta, juguetón, tratando de abrazarme por la cintura. Me zafó de él como puedo y voy hacia el rincón de la habitación.

—Mira lo que he encontrado. —Le muestro triunfal los *pendrives* que tenía

escondidos en la mochila. Si no fuera porque estoy tan dolida, disfrutaría de su expresión, que pasa de la sorpresa al terror en décimas de segundo.

—¿Qué haces con eso? —consigue articular.

—Eso debería preguntártelo yo a ti.

Sergio permanece inmóvil junto a la cama, observándome avergonzado.

—Tengo más cosas que enseñarte, pero no me apetece sacar ahora los palos de golf.

Veo como la rabia se apodera de Sergio. Y es precisamente lo que menos esperaba de él.

—¿Quién eres tú para revisarme mis cosas?

—Tu mujer —contesto fríamente—. ¿Y tú quien eres, miserable?

Sergio no dice ni palabra. Da media vuelta y se encamina hacia el salón. Tiro con rabia las memorias externas al suelo y voy tras él corriendo.

—Ni se te ocurra darme la espalda. —Cuando se gira, veo que está tecleando en el móvil—. Y haz el favor de dejar el puto móvil por una vez en tu vida.

Me mira sorprendido. Antes de que reaccione, en un ataque de furia, le arrebató el móvil y lo estampo contra la pared. Se me parte el alma al ver que le hago más daño con ese gesto que demostrándole que le he descubierto.

—¿Estás loca?! —Corre a arrastrarse por el suelo, recogiendo los mil pedazos a los que ha quedado reducido su adorado teléfono.

—¿No crees que debería estarlo? —Sé que estoy a punto de llorar, pero trato de comportarme—. ¿No debería estar loca al descubrir que mi marido me engaña?

—Haz el favor de tranquilizarte.

—Ni se te ocurra decirme que me tranquilice.

Sergio vuelve al salón y se sienta en el sofá.

—Quiero que te vayas, Sergio.

—¿Qué dices? —pregunta, sin salir de su asombro. Me siento victoriosa porque al menos, por una vez en mi vida, he conseguido atraer su atención.

—Lo que oyes. Quiero que recojas tus cosas y te vayas de casa.

—Tranquilízate y siéntate a hablar, por favor.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Ana, por favor...

—¿Ahora me pides las cosas por favor?

—Solo quiero hablar...

—Este problema lo tenemos porque no has hablado conmigo antes.

Me derrumbo en el sofá. Alcanzo la copa de vino y me tomo lo que queda de un trago. Me sirvo de la botella y vuelvo a beber.

—Ana, por favor, me gustaría que me escuchases...

—¿Qué tengo que escuchar? ¿Me vas a dar una explicación? —Siento cómo el vino calienta mi garganta y va llegando a mi cerebro—. Porque te puedo asegurar que con lo que he visto no necesito más explicaciones.

—Ana... —Sergio coge mi mano, pero le aparto de un manotazo—. Al menos me merezco poder darte una explicación...

—Tú no te mereces nada. —Escupo esas palabras impregnadas de todo el odio que siento—. Habla. Termina. Y vete.

Sergio suspira e intenta coger mi mano de nuevo, pero le esquivo a tiempo.

—Y no me toques.

—Está bien. Yo... —Se revuelve el pelo, desordenando los mechones delanteros, que siempre lleva engominados. Es la primera vez que le veo tan aparentemente vulnerable.

—No sé ni por dónde empezar, Ana.

—¿Quién es ella?

—Es una compañera de trabajo.

Asiento sin ganas.

—Se llama Soraya, es del departamento de ventas. También está casada.

—Anda, mira qué bien.

—Ana... esto... no lo tenía pensado... Pasó sin que nos diéramos cuenta.

—Se te olvidan las llaves sin darte cuenta. Pierdes algo sin darte cuenta.

Pero no follas con alguien durante casi un año sin darte cuenta.

—Viajamos juntos casi siempre, nos sentíamos solos y empezamos a hablar... y... no sé. Surgió. Sin más.

Bebo sin parar, mientras mi cerebro y mi vista se van nublando. Me repito a mí misma una y otra vez que tengo que oír esto de su boca, que esta crueldad intolerable es la única manera de despertar del todo. Y salir de la pesadilla.

—Y sin más me mientes cuando vas al gimnasio, cuando quedas con tus amigos y cuando vas a correr... Y tienes la poca vergüenza de llevarme al mismo restaurante donde fuiste a comer con ella.

Sergio no dice nada. Me mira con lágrimas en los ojos. Perfecto. Es el momento ideal para que se le ocurra llorar por primera vez delante de mí.

—Era ella la que llamó aquel día, ¿verdad?

Asiente, bajando la cabeza, avergonzado.

—Lo siento, Ana.

Me termino lo que queda del vino y dejo la copa con fuerza en la mesa.

—Muy bien. Ya está. Ya me lo has contado. Ahora vete.

—Ana, por favor, podemos arreglarlo...

—Dime una cosa, Sergio: ¿la quieres?

Sergio no contesta, pero aquel gesto, como cuando algo es tan grande que es difícil callártelo, cruza su cara tan solo un segundo. Más que suficiente.

La bofetada llega sin avisar. Ni yo misma me lo espero, pero mi mano tuerce su cara con toda la fuerza de la que soy capaz. Sergio se lleva la mano a la mejilla, con una mezcla de confusión y pérdida completa de su orgullo.

—Lárgate de aquí. No te quiero ver nunca más.

Parece que se rinde. Le oigo en la habitación, en el baño, en toda la casa. Abro otra botella de vino y me obligo a beber con más calma. Enciendo la tele. Le oigo hablar con alguien por el teléfono fijo de casa. Me río por dentro pensando que no tiene móvil y que, al menos hasta mañana por la mañana, no podrá solucionarlo. Que se joda. Que se joda una y mil veces.

Cuando vuelve al salón parece que trae fuerzas renovadas.

—Quiero ver a Lucía. Recuerda que también es hija mía.

Me quedo absolutamente sorprendida e indignada. Esto sí que no me lo esperaba.

—Recuerda que el daño ya está hecho, y no solo me lo has hecho a mí. Tu hija también es parte de esto.

Me mira fríamente de arriba abajo.

—Te llamaré mañana para verla.

—Mañana te llamará mi abogado para decirte cuándo puedes hacerlo.

Sergio me dedica una mirada rabiosa, pero decide no decir nada. Se lo agradezco. Estoy al borde de un ataque de histeria y no quiero tener una denuncia por alterar el orden público.

En cuanto oigo el portazo vuelvo a respirar. Sorprendentemente estoy mucho mejor desde que sé que no respira el mismo aire que yo. Me da tanto asco mirarle a la cara que es más duro eso que saber que se ha ido. Para siempre. No daré marcha atrás.

Voy a llamar a Nel, pero en el último minuto me arrepiento. No quiero que se empeñe en venir, ni quiero oír palabras de ánimo ni cosas parecidas. Para esto no se está preparado nunca. Parece que estas cosas les pasan a los demás y que a ti nunca te pasará, porque ni tu vida ni la de tu marido son tan interesantes como para tener cualquier clase de aventura. Pues ahí me equivocaba. He hipotecado once años de mi vida en una mentira que no se sostiene. Y lo peor es que todos lo sabían, menos yo.

Me termino la botella de vino y sigo con todo lo que me encuentro en la cocina. Guarreo con palomitas, patatas fritas y todos los frutos secos que encuentro en los armarios. Descubro una botella de ginebra carísima que a Sergio le regalaron hace poco y decido tomarme un *gin tonic* bien cargado. Aunque sé que me queda poco para caer redonda o para que mi estómago proteste y decida expulsar todo ese veneno, sigo bebiendo sin parar, con la vista fija en una película de serie B que me está resultando peculiarmente interesante, quizá porque es de una mujer que planea cómo matar a su marido.

\*\*\*

Despierto tirada en el sofá, aún vestida y con un hedor a alcohol que me hace dar una arcada. No sé si ya estoy notando los síntomas inequívocos de la resaca o es que aún estoy borracha, pero siento la cabeza como si me fuera a explotar. Me levanto con cuidado y, dando tumbos, aún medio dormida, consigo llegar hasta el baño. Tengo el estómago revuelto y aliento de muerto, pero no consigo vomitar. Típico de mí. Ni eso lo hago bien. Soy capaz de meterme los dedos hasta la tráquea y no vomitar ni una mísera gota.

Vuelvo al salón, sin saber muy bien qué hacer. Tengo varias llamadas perdidas y mensajes de Nel, pero no me decido a llamarla. Aún no. No sé cómo plantarle cara al asunto con los demás, cuando aún no he conseguido plantarle cara yo misma. Me quedo lo que parece una eternidad tirada de nuevo en el sofá, mirando catatónica una televisión apagada. Sé exactamente lo que necesito, pero enfrentarme a ello supondrá que ya no hay vuelta atrás. Mamá nunca perdonará a Sergio por haberme traicionado.

## CAPÍTULO VI

### SOFÍA

Tengo un día de locos. Lorena me ha llamado a primera hora para decirme que está enferma y hoy no vendrá a la oficina. Estamos a final de mes y las nóminas que hay que modificar, revisar y transferir. Estoy hasta arriba.

Nacho se da cuenta y se sienta en la mesa de mi compañera para echarme una mano. Trabajamos en silencio durante más de tres horas, tecleando frenéticamente, sin levantar la vista de la pantalla del ordenador.

—No puedo más... —Nacho se estira ruidosamente, separando la silla de la mesa. —¿Nos tomamos un descanso? Te invito a un café.

—Pensaba que el café de la oficina era gratis. —contesto sonriendo, asomándome por encima del ordenador.

—¡No, hombre, no! —Veo como se levanta y se pone la chaqueta—. Necesitamos despejarnos de verdad. Vámonos al bar.

No me hago mucho de rogar. Cojo todas mis cosas y desvío los teléfonos de la oficina al móvil de la empresa.

—¿Qué tomas?

—Un café solo con hielo, por favor —le digo al camarero, que solo asiente con la cabeza. Nacho me mira sorprendido y pide un manchado con azúcar.

—¿¿Qué??! —le pregunto, porque no deja de mirarme.

—¿Café solo con hielo? Qué dura, ¿no?

—Ni que hubiese pedido un Sol y Sombra[18].

Nacho se ríe y comienza a echar toneladas de azúcar moreno a su enorme taza.

—Tienes razón. Igual el blando soy yo.

—Estás a un paso de pedir un vaso de cola cao con galletas.

Se encoge de hombros, haciéndome un guiño.

—Qué le vamos a hacer. Soy un inmaduro.

Seguimos un rato intercambiando puyas, hasta que la conversación gira en torno a nuestras vidas. No es que tenga demasiada confianza con Nacho en estos temas, porque las veces que hemos estado en un ambiente tan distendido lo hemos hecho siempre acompañados de otros compañeros de trabajo, pero es tan amable y tan buena persona que siempre me he encontrado muy cómoda con él.

—¿Y qué tal tus hijos?

—Como monstruos. Son como una bola de demolición, destrozan todo a su paso.

Nacho suelta una carcajada y asiente.

—Sé de lo que hablas. Tengo cuatro sobrinos y me da pánico quedarme solo con ellos. Me canso de verlos. Demasiada energía para mí.

—Eso dice Toni.

—¿Cómo le va?

—Bien. Con muchas guardias y cambios de turno, pero está contento.

—Dile que se venga a la cena de Navidad. A ver si este año hay suerte y se deja ver.

Suspiro. El trabajo de Toni en el SAMUR le deja pocas ocasiones para acompañarme a cenas y otros compromisos, y la rara vez que salimos está tan cansado por los cambios de turno que acaba siendo una compañía un poco aburrida, así que siempre opta por quedarse con los niños, si el trabajo se lo permite, para que al menos yo pueda asistir. Y lo prefiero. No es que no quiera salir con mi marido, pero creo que en algunos compromisos, como la cena de Navidad de la empresa, no se puede ir acompañado. Quizá es el único

momento del año en el que tus compañeros dejan de ser simples personas con las que compartes un tiempo considerable de tu jornada para convertirse en colegas con los que vas a pasar una noche relajada. Y con tu pareja, por más que quieras, la cosa no funciona igual.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿No has pensado en tener niños?

—¡¡¿Yoooo?!! —Me mira con cara de terror y se me escapa una carcajada—. Ya te he dicho que soy un inmaduro, no sé si aún estoy preparado.

—Pues ya va siendo hora, jovencito...

—Hablas como mi madre.

—Y como la mía. Supongo que es un programa que se nos instala en el cerebro en cuanto tenemos niños.

Nacho se ríe y toma un sorbo de café.

—Pues no te voy a decir que no me apetezca. La mayoría de mis amigos ya se han casado y han formado una familia, o están en proceso, y eso te deja algo de lado. Y no solo eso. Supongo que siempre he querido tener una familia propia. Pero de momento no hay ninguna voluntaria a la vista.

—¿No sales con nadie? —Al momento me arrepiento de la pregunta. Aunque hayamos salido de la oficina y estemos compartiendo un café como dos buenos amigos, la realidad es que Nacho es mi jefe y, quizá, estoy excediéndome con preguntas tan personales—. Perdona. —Me corrijo—. Me estoy metiendo donde no me llaman.

—No te preocupes. —Nacho se quita las gafas y se masajea el puente de la nariz—. Estuve saliendo con una chica que conocí en el gimnasio. Bueno, más bien, entre tonto y tonto empezó a ser más serio, un tiempo bastante largo. Está divorciada y tiene hijas de su anterior pareja.

—¿Y qué pasó?

—Pues supongo... No sé. Creo que no estaba preparado para tanto. Unas niñas que no eran mis hijas y me miraban como si fuese a quitarles a su madre,

líos con su ex pareja por los días de custodia, demasiada presión por lo que se esperaba de mí... No lo sé. Supongo que soy un egoísta, o un cobarde, pero la situación me sobrepasó. Creo que ninguno de los dos estábamos preparados para una relación estable. Ella no había puesto punto y final en su relación anterior y sin eso, era imposible que funcionara.

—Vaya, lo siento.

Nacho se encoje de hombros y sonrío tristemente.

—Así es la vida. No salió bien.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

—Vaya, creí que esto era ya lo bastante personal.

—Tienes razón, lo es. Pero... ¿puedo?

—Claro, adelante. —Me anima, sonriente—. Aunque me estás empezando a dar miedo, que lo sepas.

—¿Y Lorena? —Las palabras me salen de la boca sin poder evitarlo.

—¿Qué le pasa a Lorena?

—¿Te gusta?

Veo como Nacho se sonroja rápidamente. Me estoy empezando a arrepentir de la pregunta. Estoy actuando como una maruja con exceso de confianza.

—No te voy a negar que me parece muy atractiva.

—O sea, que sí.

—Vale. Me hace tilín.

—¿Te hace tilín?! —Me río sin poder evitarlo—. ¿Qué estamos, en la EGB?

—Ay, Sofía... Los hombres somos unos adolescentes para esas cosas—. Se atusa el pelo y me mira dubitativo. —Me pone bastante. ¿Esta respuesta te parece más madura?

—¿Y no...? Vale, me estoy metiendo en lo que no me llaman.

—Ya que te has metido, puedes seguir.

No sé si se ha molestado, pero al observar su gesto burlón me animo a preguntar.

—¿Y no piensas hacer nada?

—¿Estás haciendo de Celestina o solo son imaginaciones mías?

—Todo es producto de tu imaginación, sin duda. —Le miro muy seria, intentando no soltar una carcajada—. ¿No me lo vas a contar?

—Pues...—Suspira, intentando darme una contestación—. No tengo ni idea. Supongo que no tengo muy claro si me quiero complicar la vida de esa manera. ¿Y si sale mal? Soy su jefe, Sofía, y no quiero que algo así repercuta en el buen rollo que tenemos y que es tan difícil de conseguir. ¿No crees?

—Supongo que tienes razón. Pero, ¿y si es la mujer de tu vida?

—Oye, oye, oye... Para el carro, Sofí. Tampoco sé si aún estoy preparado para la mujer de mi vida, sea quien sea. Ya sabes que sufro del síndrome de Peter Pan.

—¿En serio? No me había dado cuenta...

—Graciosa.

—Niñato.

Nacho paga los cafés, no sin antes participar en la típica discusión de quien invita a quien. Y ahí se queda la historia. No sé si me he excedido en mis preguntas, aunque parece que a Nacho no le ha importado lo más mínimo, a juzgar por las bromas que compartimos en el breve camino a la oficina. Una vez allí, el silencio vuelve a ser absoluto, tan solo interrumpido por la llamada de algún cliente inoportuno. En cuanto me quiero dar cuenta, se ha hecho la hora de comer. Nacho recuerda que tiene una reunión con un cliente y le pido un taxi para llegar a tiempo al restaurante en el que han quedado. En cuanto se va, pierdo la concentración y las largas horas de intenso trabajo se acumulan en mis hombros y en mis doloridos ojos. Termino lo más urgente y envío un mensaje a Nacho para avisarle de que me voy. Sé que mi compañera de tarde llegará impuntual como siempre, pero hoy no estoy dispuesta a oír sus mil disculpas.

Mientras espero en la puerta del colegio, le mando un mensaje a Anaïs. Últimamente no hemos hablado mucho cuando, desde nuestra más tierna infancia, hablamos casi a diario. No sé si tendrá algo que ver con su cambio

de look, o con su acercamiento repentino a Nel, pero no puedo evitar sentirme preocupada. O celosa. O un cincuenta por ciento de ambas cosas. Jamás pensé que Nel y ella pudieran hacerse íntimas pero, no sé, los polos opuestos se atraen, supongo. Ya noté cierta confianza el fin de semana de la despedida y sí, me siento como si me hubiesen dado de lado.

SOFÍA: Hola, guapa

Cómo te va?

Has salido ya del trabajo?

Me pasa lo de siempre. En cuanto envío un mensaje, inconscientemente me convierto en un ser irracional que mira el móvil cada décima de segundo en busca de una respuesta, como si me fuese la vida en ello. No concibo que la gente tarde tantísimo tiempo en responder porque tenga que hacer algo urgente, esté ocupado o simplemente este no sea el momento. Algo verdaderamente injusto cuando yo muchas veces no abro los mensajes para no tener que contestar en el momento o quedar en evidencia por haberlos visto y pasar del tema.

Nada. No contesta. Ni siquiera lo ha leído. Probablemente acabe de recoger a Lucía y esté inmersa en ese mundo rosa chicle, de purpurina y unicornios blancos, que casi le gusta más a ella que a su hija.

Pero cuando sigue sin contestar a la mañana siguiente, empiezo a preocuparme de verdad. O ha perdido el móvil, o le ha pasado algo... O he hecho algo que le haya molestado, aunque en realidad no se me ocurre nada. Lamentablemente hoy, al igual que ayer, tengo una mañana de locos en la que no puedo parar ni un minuto. Lorena se ha vuelto a quedar en casa y el trabajo se acumula. No encuentro ni un segundo para llamarla y, cuando salgo, bastante más tarde de lo habitual, tengo que hacer una carrera de obstáculos para poder llegar a tiempo a buscar a los niños, que por una vez en su vida están tan cansados que no tienen ni ganas de pelearse.

A las diez, cuando consigo que los dos monstruos se duerman y hago la

llamada de rigor a Toni para desearle buena guardia, estoy tan agotada que no me apetece hacer nada. Envío un nuevo mensaje a Anaïs y espero impaciente su contestación. Pero cuando me doy cuenta de que ni siquiera ha leído los anteriores, empiezo a estar seriamente preocupada. Marco su número, un poco avergonzada por tener que llamar a alguien a estas horas. Y nada. No hay respuesta. Decido darle unos minutos y vuelvo a llamar, pero cuando me desvía hacia el contestador de nuevo no espero más. Busco el número de su casa y marco, rezando para que no me lo coja Sergio y no despertar a la niña.

—¿Siii? —Una voz parecida a la de mi amiga contesta con desgana.

—¿Ana? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

—Ana, perdona que te llame a estas horas, pero estaba preocupada.

—¿Qué te pasa? —Su voz suena como si estuviese dormida.

—¿Cómo que qué me pasa? Te mandé un mensaje ayer y otro hoy, y como no contestas ni a los mensajes ni a las llamadas he pensado que te había pasado algo.

—Ahhh... —Oigo como revuelve cosas—. La verdad es que no sé dónde he metido el móvil.

—¿¿Qué?? —Me sorprende la dejadez en su respuesta. Oigo ruidos de fondo, cosas que se caen. Y la llamada se corta. Vuelvo a llamar y al cabo de varios tonos descuelga.

—Perdona, se me ha caído el teléfono.

—¿Estás bien?

Se ríe histérica.

—¿¿Ana?? —No entiendo qué pasa—. ¿Estás borracha?

—Un poco —consigue decir, sin parar de reírse. Pero la risa da paso a lo que parece un lamento.

—¡¡Ana!! ¡¿Qué te pasa?!

—Nada, hija, lo de siempre. Que soy una imbécil.

Entre hipidos y palabras ininteligibles, consigo entender el trasfondo de la

situación. Parece ser que Sergio le ha puesto los cuernos, y ella le ha echado de casa sin pensárselo dos veces, cosa de la que me alegro secretamente.

—¿Necesitas que te ayude con algo? Lo que sea.

—No pasa nada. La vida sigue. —Consigue articular, ahora hipando—. En cuanto Nel tenga los papeles de divorcio, todo habrá acabado.

Hablo un rato más con ella, a pesar de sus frases inconexas y los lamentos intermitentes. Pero cuando me cuelga, prometiéndome que no beberá más y se irá directa a la cama, me quedo tan preocupada que decido escribir a Nel, sin importarme las horas intempestivas. Ella me llama inmediatamente.

—Nel.

—Hola, Sofía.

—Acabo de hablar con Anaïs y, sinceramente, me he quedado muy preocupada.

—Me imagino. No te creas, yo también lo estoy.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Mis celos, a pesar de las circunstancias, no tardan en salir. No me puedo creer que mi mejor amiga le haya contado esto a otra persona, precisamente a Nel, antes que a mí.

—Fue casualidad, no te creas. —Comienza Nel, con cierto tono de disculpa—. El fin de semana de la despedida tuvo una discusión con Sergio y como la pillé, me lo contó por encima. Luego me llamó para que la ayudase legalmente con la separación.

—Ya. —Me siento completamente dada de lado, pero intento centrarme en lo que de verdad importa—. Me da miedo que esté sola en ese estado, pero no puedo ir a verla ahora. Tengo a los niños y Toni está de guardia.

—Mañana por la mañana me pasaré por su casa. Me comentó que ha pedido unos días en el trabajo para poder organizarse.

—Lláname, por favor, y me cuentas. Si necesita cualquier cosa...

—Claro que sí. Te mantendré informada.

—Gracias, Nel y perdona por las horas...

Nel me tranquiliza en parte, pero aún estoy algo incómoda por saber que Ana

está sola y en ese estado. Al menos, me quedo más tranquila al saber que Lucía está con sus abuelos. Pienso en mandar un mensaje a su madre, pero al final me contengo. No sé hasta qué punto está informada ella de la historia y no me gustaría meter la pata.

Sé que no puedo faltar mañana al trabajo para ir a verla, y menos aún con la enfermedad de Lorena, que parece ir para largo, pero intentaré encontrar una solución para ir a su casa aunque sea un rato. Me da rabia no poder ayudarla como en los viejos tiempos, donde no teníamos más responsabilidades que acudir a la llamada de una amiga cuando lo necesitara. Pero, supongo que, como me han dicho ya dos veces en lo que va de día, así es la vida, Sofía.

\*\*\*

—Dime. —Hago un gesto con la mano a Nacho, disculpándome por contestar a una llamada personal en la oficina, pero él le quita importancia con una sonrisa.

—Ya estoy con ella —susurra Nel—. He conseguido que se tome una tila y se duerma un rato.

—¿Cómo está?

—Destrozada. —Como es habitual en Nel, no se anda por las ramas—. Está hecha un asco, sinceramente, y el alcohol no le está ayudando precisamente.

—¿Te vas a quedar con ella? Yo ahora mismo lo tengo imposible, pero cuando salga dejaré a los niños con mis padres y me paso por allí...

—Tranquila. Me quedo con ella. Voy a intentar arreglar un poco esta pocilga.

—Gracias, Nel. Te llamo luego.

Cuelgo. Nacho me mira con preocupación.

—¿Problemas?

—Emergencia de chicas, ya sabes. Mi mejor amiga ha echado a su marido de casa y está hecha un trapo.

—Si tienes que irte...

—No, no, no, no te preocupes. —Le miro agradecida y me devuelve una sonrisa tristonaa—. Tenemos mucho trabajo y no voy a dejarte solo. Además, otra amiga está con ella. .

—De acuerdo, pero si necesitas algo...

—Gracias, Nacho. Estoy preocupada, pero luego iré a verla sin falta. Me quedaré más tranquila cuando la vea.

Pero de eso, nada. Nel me abre la puerta del piso de Anaïs con una cara de preocupación que no le había visto nunca.

—¿Cómo sigue?

—Ahí la tienes. Necesitamos un plan B.

Anaïs está sentada en el sofá, rodeada de un montón de papeles y cajas abiertas. Ni siquiera se da cuenta de que he llegado, mientras tira al suelo todo lo que va encontrando en las cajas.

—Hola, Ana.

—¡¡Cariño!! —Ana se levanta y trata de salir del montón de cosas—. ¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees?

—¿Me ayudas? —contesta, ignorando mi pregunta.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Jodiéndole los recuerdos a Sergio. Que es justo lo que me ha hecho él a mí.—Me suelta con una sonrisa de loca.

Miro con más detenimiento todos los objetos esparcidos sin ningún cuidado. No me cae especialmente bien el marido de Anaïs pero sé que, cuando vuelva a estar en sus cabales, Ana se va a arrepentir de lo que está haciendo.

—No creo que debas perder ni un minuto más con él... Ni con sus cosas.

—No tengo nada mejor que hacer. —Ana suelta una carcajada que me pone los pelos de punta—. Nel no me deja beber nada, así que esta es la única manera que tengo de divertirme.

Ana sigue rompiendo cosas, ignorándonos de nuevo. Voy con Nel a la cocina y le robo un cigarro. Ésta sí que es una auténtica emergencia.

—¿Qué hacemos?

—No lo sé, pero en este estado me parece bastante peligroso dejarla sola — susurra Nel, visiblemente preocupada.

—Su familia... ¿lo sabe?

—No tengo ni idea. Lo único que sé es que Lucía está con ellos, pero nada más. Está cerrada en banda ante todo lo que le pregunto.

—¿Y una ducha? Igual conseguimos calmarla.

Mientras terminamos el cigarro, maquinamos un plan para conseguir que se asee. Es más que seguro que desde que se fue la niña, hace ya unos días, ni siquiera haya cogido el cepillo de dientes.

—Ana...—En el tiempo que hemos estado ausentes, ha conseguido que el desastre sea aún mayor. Hay trozos de fotos esparcidas por todas partes y Ana está en silencio, mirando fijamente una de ellas.

—Ana, cariño, ¿por qué no te duchas? Mientras, te prepararemos algo de comer.

—No me apetece, gracias.

—No puedes estar así todo el día, anda...

—¿Ah, no? ¿Quién lo dice?

—Nosotras, para empezar. —contesta Nel, visiblemente de mal humor.

—Honestamente, cariño, me importa un bledo lo que digáis vosotras...

—Ana, por favor...

—Idos a casa, anda. Yo voy a seguir con esto.

Me encojo de hombros, sin saber cómo seguir intentándolo. Apenas reconozco a mi amiga en esta persona enloquecida y fuera de control.

—¡Ya está bien, hombre! —Nel se atreve a pasar por encima del destrozo y saca a Ana de malas maneras. Estoy preocupada por su reacción, pero a ella le pilla tan de sorpresa que se deja llevar hasta el baño. Nel abre la ducha y busca la temperatura del agua.

—Desnúdate.

—Ah, no, ni hablar. —Ana parece reaccionar de golpe—. Te he dicho que

no, Nel.

—Mira, bonita, tienes dos opciones: O lo haces tú, o lo hacemos nosotras.

—De eso nada.

—No me provoques.

No sé si es la cara de asesina en serie de Nel o la mía de preocupación, pero la energía de Ana parece desinflarse.

—Vale, lo haré yo, pero dejadme sola.

—Te esperamos en el salón. No tardes, ni trates de hacer trampas, porque te juro que soy capaz de echar la puerta abajo.

Nos quedamos unos minutos en el pasillo y en cuanto estamos seguras de que ha entrado en la ducha, corremos a arreglar el estropicio del salón. Recogemos como podemos los pedazos de lo poco que queda medio salvable y escondemos las cajas en la cocina.

—Jamás la había visto así. Sergio es un cabronazo de mierda.

—No lo sabes tú bien. —Nel recoge las cosas de la encimera y me mira con pena—. Ana encontró todas las pruebas de su relación con la otra mujer, con fotos, conversaciones, vídeos...

—Por Dios... —Si tuviese delante a Sergio, tendrían que separarme de él para evitar que le arrancase los ojos. No me extraña que esté así, se me revuelven las tripas solo de pensarlo.

—Es un hijo de puta como una catedral, pero te aseguro que lo va a pagar muy caro.

—¿Pero es seguro lo del divorcio?

—Espero que sí, no se merece que lo perdone. —Nel se enciende otro cigarro, pero yo rechazo su ofrecimiento—. Yo por si acaso ya casi he terminado de redactarlo. Tengo que consultar con un colega algunas cantidades relativas a la pensión de alimentos pero, vamos, prácticamente está. Por el bien de la niña, es preferible que todo lo referido a la custodia sea legal y esté regulado lo antes posible.

—Menudo palo...

—La verdad es que sí. —Nel suspira y mira al vacío con pena—. Para mi disgusto, he corroborado lo que pensaba de él desde hace años.

—¿Ha intentado volver o ponerse en contacto con ella?

—No lo sé. Pero he mirado su móvil. Le ha debido de llamar al menos mil quinientas veces, pero ella se ha negado a contestar.

Oímos como cesa el sonido del agua y nos acercamos a la puerta del baño. Unos minutos después, Anaïs abre, envuelta en un albornoz y con la cara descompuesta.

—Lo siento, chicas, sé que solo intentáis ayudar.

—No tienes por qué preocuparte —contesto, aliviada de que haya vuelto la amiga dulce de siempre—. Vístete, nos vamos a comer algo.

—No me apetece demasiado salir...

—Sofía tiene razón, Ana. —Le corta Nel—. Te vendrá bien dar una vuelta.

Veinte minutos después, aprovechando la docilidad de Anaïs, entramos en la pizzería de su barrio. Apenas hay unos cuantos adolescentes reunidos en torno a una pizza familiar como clientes. Nos acercamos al mostrador, atraídas por el olor a horno de leña.

—Yo quiero... —Nel intenta enfocar la vista y se pone de puntillas para poder leer bien el menú—. ¿Se puede saber por qué lo ponen tan alto y tan lejos? No veo ni una mierda, la verdad.

—Eso es la edad.

Nel me lanza una mirada de grado cinco y hace su pedido.

—Pues tengo la misma que tú, bonita.

—Ya, pero yo siempre he estado cegata, así que en esto es en lo único que no me afecta.

Pedimos comida para un regimiento. Nos traen todo a la mesa del rincón más alejado y nos ponemos a engullir como posesas. Y no sé si es por los kilos de calorías que estamos ingiriendo o por el paseo que hemos dado hasta aquí, pero veo a Ana un poco más animada.

—Madre mía... —protesta Nel, prácticamente tumbada en el asiento—. ¿Por

qué siempre que nos vemos tenemos que ponernos como cerdas?

—Porque no me has dejado terminar de ahogar las penas en alcohol — musita Anaïs. Nel y yo la miramos frunciendo el ceño, pero ella sonríe beatíficamente, encogiéndose de hombros—. Tranquila, creo aunque solo sea por la resaca que voy a tener mañana, voy a dejar de beber por algún tiempo...

El sonido de su móvil interrumpe a Anaïs. Lo saca de su bolsillo, mira quién es y corta automáticamente la llamada.

—Imagino que es él.

—Sí. Me llama ochocientas veces al día.

—¿Habéis hablado?

—Desde el viernes, no. —El móvil vuelve a sonar. Anaïs lo corta y quita el sonido.

—¿Y tu madre? ¿Lo sabe?

—Más o menos. —El gesto de Anaïs se tuerce—. No le he contado con detalles, pero le he dicho que nos vamos a dar un tiempo.

—¿Eso es verdad? ¿Necesitas un tiempo?

—No. Pero no es tan fácil decirle todo de sopetón a tu madre. No quiero matarla del disgusto.

—Ya. —La pantalla de su móvil se ilumina de nuevo. En un gesto impulsivo, Nel se lo quita y contesta—. Dígame. —Nel escucha al interlocutor y pone cara de asco—. Ana no se puede poner. Soy Nel.

Su gesto se va avinagrando por momentos. Aunque no soy capaz de entender lo que dice Sergio, por supuesto, se nota que está gritando.

—Me parece muy bien que tomes tus medidas, porque te puedo asegurar que tu mujer ya las ha tomado. Y a mí no me amenaces.

Cuando cuelga el teléfono, nos mira a las dos de hito en hito, como si no hubiera pasado nada.

—¡¡¿Qué?!!

—Alucino con lo educada que has estado.

—Soy abogada. No pienso darle el gusto de decirle lo que pienso de él, y menos por teléfono. No descartaría que estuviese grabando la conversación para intentar conseguir alguna prueba de que no le dejas ver a su hija.

—Muy astuta.

—¿Qué tengo que hacer, Nel? Estoy un poco perdida.

Nel nos cuenta todos los detalles del documento del divorcio. Parece ser que hay pruebas suficientes de la infidelidad por parte de Sergio, pero Nel es dura y quiere pedir la mayor cantidad de pensión y lo más favorable para Ana.

—No me importa su dinero —musita Anaïs, a punto de llorar—. Lo único que deseo es no volverlo a ver en mi vida.

—No se trata de su dinero, sino del vuestro. Sergio y tú tenéis una hija en común y, puesto que estará contigo la mayoría del tiempo, deberá pagar los gastos que le correspondan. Ni más ni menos. Y respecto a lo otro... Ana, tendrás que verlo, más de lo que quisieras. Pero debes pensar en el bien de Lucía, porque esto, a pesar de todo, no tiene nada que ver con ella.

—Lo sé. —Ana se frota los ojos, cansada—. Es lo único que me importa ahora mismo.

—Pues tú también debes importarte.

—Yo... —Anaïs se frota las sienes, agotada—. Ya lo sé, pero ahora mismo no me apetece.

—Lo imagino, pero al menos no le des el gusto de que piense que estás hundida.

Parece que un clic salta en el cerebro de Ana, que de repente parece más despejada.

—En eso tienes razón. No le voy a dar el gusto de nada.

—¿Y si hacemos una cena el fin de semana? Solo chicas, claro.

—No sé, Sofia... Estoy muy cansada, y quiero pasar el fin de semana con Lucía.

—Puedes hacer las dos cosas. —Nel me mira, asintiendo a mi idea—. Os venís a casa con los niños y hacemos una súper fiesta de pijamas.

No es que el plan me seduzca mucho, pero si es la única forma de que Ana acepte, iré encantada.

—Por mí estupendo —contesto al instante. Nel y yo miramos a Anaïs interrogantes.

—Piensa que de esa manera no tendrás que aguantar visitas imprevistas... Sergio lo intentará, ya lo verás.

—Vale —contesta, no muy convencida.

—Chicas, debería irme. —Nel mira el reloj y suspira—. Jorge es un amor, pero a estas horas debe de estar agotado con Noah y Víctor.

—Idos tranquilas. Hoy ceno en casa de mis padres.

Nel y yo peleamos escuetamente para llevar a Anaïs a casa de sus padres, pero al final ella claudica. Sé que tiene ganas de volver a casa, y yo quiero quedarme un rato a solas con Anaïs.

—Siento no habértelo dicho antes —suelta Anaïs nada más entrar en el coche.

—No pasa nada.

—Solo quiero que sepas... —Suspira, intentando encontrar las palabras—. Si no te lo conté antes es porque en el fondo me daba vergüenza reconocer que dudaba de Sergio.

—¿Por qué? Tú no has hecho nada.

—Precisamente por eso. Si yo hubiese sido la mala de la historia, la infiel, sería otra cosa. Pero enterarse de que tu marido está con otra, cuando te lleva ignorando tanto tiempo, te puedo asegurar que te anula la poca dignidad que puedas tener. Me siento ridícula pensando en el cambio de look, en todo lo que creía que podíamos hacer juntos... Cuando en el fondo a él le daba igual, porque deseaba a otra.

—Mira, Ana —Paro en doble fila frente al portal de la casa de sus padres: —aquí el único ridículo es Sergio, por haber perdido a una persona fantástica y con un corazón tan grande como el tuyo. No te merece, amiga.

Ana sonrío triste, con lágrimas en los ojos.

—Gracias, Sof.

—Es la verdad.

Ana mira hacia el portal con aprensión.

—Creo que debo contárselo con detalle a mis padres.

—Creo que sí.

—El problema va a ser cuando se enteren mis hermanos.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Lo van a pulverizar.

Anaïs suelta una exclamación entre la risa y el llanto.

—Eso no lo dudes.

Nos abrazamos en silencio. Es tan doloroso verla así que yo misma iría a buscar a Sergio y le descuartizaría si pudiera.

—Llámame cuando me necesites, da igual la hora.

—Estaré bien, no te preocupes.

Mientras la veo entrar en el portal de sus padres tan abatida y vulnerable, reconozco que, por más quejas que tenga, es una suerte estar casada con un buenazo como Toni.

\*\*\*

—¡Hola, chicos! —Nel nos recibe en la verja del jardín de su casa, mientras sujeta del collar a Thor para evitar que se escape. El animal está deseando tirarse a por Guillermo y Samuel para jugar. Lo compadezco. Es posible que en unos minutos esté buscando otra vez la manera de escaparse, pero para no volver.

—Pasad. Anaïs ya ha llegado con Lucía.

Le miro interrogante y se encoge de hombros. Hace dos días que no nos vemos y apenas hemos hablado. Solo me contó brevemente la que lió su familia cuando por fin les puso al tanto de la situación con Sergio.

—Hola, cariño. —Anaïs, sentada en el sofá de Nel, da un abrazo a Samuel,

que la adora—. Lucía está arriba jugando con Noah. ¿Queréis ir con ella?

Los chicos no se lo piensan dos veces y suben los escalones de dos en dos.

—¿Cómo estás? —Abrazo a Anaïs y ella sonrío de medio lado.

—Pues como una mierda, pero desde que he vuelto al trabajo por lo menos estoy más entretenida.

—¿Y Lucía?

—Pues... no sé qué decirte. Lo más curioso es que no pregunta demasiado por su padre. Esa es la verdad.

—Mejor.

—Aún es pronto. Imagino que está tan acostumbrada a los viajes de Sergio que aún no ha caído en la cuenta de que esto es permanente.

Lucía baja saltando los escalones y se tira a mis brazos.

—¡Princesa! —Me la como a besos mientras ella ríe a carcajadas—. Deja que te vea. ¡Has crecido un montón!

—Es que ya casi tengo siete.

—¡Tienes razón! ¿Has pensado ya tu regalo?

Lucía niega con la cabeza, sonriente.

—Pues piénsalo pronto, porque tiene que ser muy especial.

Jorge baja las escaleras con un Noah repeinado y hecho un muñeco. Anaïs y yo nos peleamos por cogerlo, pero al final le cedo el honor.

—Es una monada.

—Se parece a su madre. —Nel, con la baba por los suelos, mira a Jorge con ojos llameantes. Estos dos tienen una tensión sexual muy bien resuelta. Qué envidia—. Tiene también el mismo genio.

Noah se pone a llorar y aunque se lo quito a Anaïs y trato de hacerle mil tonterías, solo echa los brazos hacia su madre. Cuando finalmente lo coge, es todo sonrisas.

—¿Veis lo que os digo? Tiene que salirse siempre con la suya.

—Muy gracioso. —Nel le guiña un ojo y deja a Noah en el suelo, más calmado—. Ya me lo dirás cuando quieras algo.

Mientras los niños corren alrededor a su antojo y juegan con Noah y Thor, Nel nos trae unas cervezas.

—He preparado un cuarto para los niños. En cuanto se duerman, la noche es nuestra.

Cloe y Annie llegan media hora después. Aunque miran a Anaïs largo rato, estudiando su humor, no sacan el tema. Cenamos con los niños, Jorge y Víctor, que acaba de volver del entrenamiento de fútbol y no para de mirar por debajo de la mesa su móvil. Bendita adolescencia. Después de dos películas que se me hacen interminables, empezamos a captar bostezos.

—Chicos, será mejor que subamos al campamento. —Jorge se pone en pie y los anima.

—¿Campamento? —Guillermo, que está a punto de quedarse dormido, se espabila de golpe.

—Claro. ¿Qué sería de una fiesta de pijamas sin campamento? Tenéis los sacos preparados.

—Pero, ¿y ellas? —Guillermo nos señala, dudando—. No tienen puesto el pijama.

—Pues no podremos dejarlas pasar hasta que no se lo pongan.

—¡Claro! Sino no vale. —Aclara Lucía con cara de sueño.

Como Peter Pan con los niños perdidos, Jorge sube las escaleras seguido de nuestros hijos y de Thor, mientras cantan una canción de piratas.

—De verdad, hija, te ha tocado la lotería —digo a Nel, admirada de lo que veo—. Es como Mary Poppins versión buenorro.

—Le va a encantar cuando se lo diga. —Nel coge a Noah, que se ha quedado dormido entre los almohadones del sofá, y les sigue—. Enseguida vuelvo. Poneos cómodas.

Como si tuviéramos quince años, sacamos de nuestras bolsas los pijamas y comenzamos a cambiarnos entre risas.

—¿Hicisteis alguna vez esto cuando erais adolescentes? —pregunta Annie.

—Más de una vez —digo, recordando.

—En casa de Anaïs. ¿Os acordáis? —continúa Cloe—. Tu madre nos dejaba dormir en tu casa algunos viernes. Nos preparaba perritos calientes y palomitas en la sartén y nos dejaba ver pelis de esas de instituto americano. Y luego hacíamos guardia para que no entrasen tus hermanos.

—No me lo recuerdes. —Anaïs pone los ojos en blanco—. Debían de pensarse que dormíais desnudas o algo así.

—Qué va. —Cloe se ríe y, no sé si es cosa mía, pero parece que se pone roja—. Solo tenían una apuesta para ver quién era el primero en robarnos un beso.

—¿Qué dices?! —Anaïs la mira sorprendida—. Nunca me lo contaron.

—Quizá es el momento de que se lo cuentes, ¿no, Cloe? —Nel baja las escaleras vestida con unos *leggings* y una sudadera enorme.

—¿De qué hablas?

—Qué cabrona eres —susurra Cloe, ahora muerta de risa.

—Primera confesión de la noche —apunta Nel, sacándole el dedo corazón.

—Creo que me he perdido —murmura Annie, mirándome interrogante.

—Pues verás, resulta que una de las noches que hicimos guardia Cloe y yo, tus hermanos entraron a hurtadillas. Se pensaban que dormíamos y Cloe, que estaba en la primera cama, se levantó de golpe para pillarles y que se asustaran. Pero en vez de asustarse... bueno, puede decirse que tu hermano David ganó la apuesta.

—¡No jodas! —Anaïs y yo miramos alucinadas a Cloe—. ¿Te dio un beso?

—Yo más bien diría que se dieron. La cosa duró demasiado para ser un beso robado...

—Yo... es que flipó contigo. —Cloe mira a Nel, frunciendo el ceño—. Creo que no es el mejor momento para hablar de esto.

—¿Por qué no?

—Porque... bueno... —Cloe se toca el pelo, nerviosa—. Con todo lo que te está pasando, cariño, no creo que ahora te apetezca oír tonterías de este calibre...

—¿Que no? —Ante la sorpresa de todas, Anaïs se pone a reír a mandíbula batiente—. Me pasé toda la adolescencia defendiéndote cuando David se metía contigo... ¡Ahora lo entiendo todo! Éste se va a enterar en la próxima comida familiar. Que me des una excusa para reírme de mi hermano es la mayor alegría que me puedes dar ahora mismo, Cloe.

—¿Cómo que se metía conmigo? —Cloe, indignada, mira a Anaïs—. ¿Qué decía?

—Pues... Ya sabes, lo típico... Que si eras una estirada, una ñoña, una niña de papá...

—Hombre, muy desencaminado tampoco iba...

—¡Nel!

Nel ríe, juguetona.

—¡Vamos, mujer! Ya sabes que cuando a un chico de esa edad le guste una chica no sabe cómo actuar y se mete con ella. Cuanto más verde la ponga, más le gusta...

—Mira sino a Caleb —apostillo, haciendo reír a las demás.[19]

—¿Qué pasa, que hoy es el día de «vamos a despelotarnos de la risa metiéndonos con Cloe»? Porque me voy y arreglado.

—Anda, venga, no seas aguafiestas. —Anaïs le tiende una copa, haciendo una tregua—. Es solo que me ha hecho gracias, pero vamos, cada uno con sus historias...

—¡Que no fue una historia! ¡Que solo nos besamos! Ya está, se acabó. No hubo nunca nada más.

—¿Así que reconoces que os besasteis?

—Oh, por Dios, no puedo con vosotras —refunfuña Cloe, mientras las demás lloramos de la risa.

Continuamos la broma un rato, acordándonos de cosas como esa de cada una de nosotras. Cuando queremos darnos cuenta, el alcohol ya circula libremente por nuestras venas. Jorge baja la escalera con cara de sueño.

—Vuestros hijos están todos dormidos como angelitos... Por fin...

—Perdona, perdona, perdona... —Nel se levanta y corre a abrazarle—. Nos hemos puesto a hablar y se nos ha ido el santo al cielo.

—Si os sirve de consuelo, no han preguntado por vosotras ni una sola vez.

—Cría cuervos... Son unos traidores... —musito buscando algo más para beber.

—Gracias, Jorge. —Anaïs le sonríe, y él se limita a hacerle un saludo militar.

—Me voy a la cama, nena. No os preocupéis por los chicos ni por Noah. Si pasa algo, os aviso.

Nel y Jorge se dan un beso de infarto y, aunque me siento un poco turbada al estar presente, no puedo quitarles los ojos de encima. Qué suerte tiene. Hace que no me doy un beso así con alguien... Vamos, que no sé si alguna vez me lo he dado.

—¿¿Ehh??! ¿Qué pasa? —Me quejo, cuando Annie me da un codazo.

—Un poquito de intimidad, bonita.

—Oye, pues que se vayan a un hotel. —Annie se ríe—. Hija, si es envidia, no sabía que después de la adolescencia estaban permitidos los morreos de esta categoría.

—Y no sabes lo bien que vienen de vez en cuando. —Annie y Cloe, que son unas cerdas con suerte, como Nel, sueltan una risita—. Todas deberíamos tener algo así cada día. Nos lo merecemos. ¡¡Ohhh!! —Cloe se calla, al percatarse de algo—. Lo siento, Anaïs, yo hablando de todo esto y tú... Ay, cariño, soy idiota...

—No te preocupes. —Anaïs parece algo achispada, pero no seré yo la que le diré que no beba—. Me alegro de que al menos vosotras no hayáis topado con un desgraciado como yo.

Nadie se atreve a decir nada. Quizá porque no sabemos qué decir, o porque esta mujer, con la lengua afilada y los ojos llenos de rencor, no se parece nada a la Anaïs que conocemos y queremos. Jorge se retira sabiamente y Nel trae más bebida, que todas aceptamos, deseosas de romper el hielo.

—Cariño, ¿cómo estás? —Cloe, con la mayor delicadeza posible, se sienta a su lado en la alfombra y le coge una mano—. Nel y Sofía nos han contado lo que pasó.

—Pues te puedes imaginar. —Anaïs suspira, mirando hacia el techo. El típico truco para evitar que se te salten las lágrimas—. Además de retener a mis hermanos para que no lo matasen cuando se lo conté, poco más. Mi suegra tuvo los cojones de venir a mi casa para amenazarme con no sé qué de sus abogados si no les dejaba ver a la niña y tengo que hacer esfuerzos sobrehumanos para no llorar delante de Lucía. Aparte de eso, nada más.

—Menudo hijo de puta. —Annie, que tampoco suele hablar de esa manera, está totalmente indignada—. ¿Ya tenéis fecha para el divorcio?

—Aún no. —Nel la mira dudosa y se encoge de hombros—. Ya tengo todo preparado. Solo necesito que ella se decida.

—¡Ana, por Dios! —Grito, sin poder contenerme—. ¿Por qué no quieres pedir el divorcio?

—Necesito un tiempo para pensar.

—¿Para pensar el qué? ¿Acaso le vas a perdonar? Porque ese tío no se merece que le vuelvas a hablar en la vida.

—¿Sabes? —Esta vez no puede contener sus lágrimas—. Lo más patético de todo es que ni siquiera está arrepentido, ni siquiera me ha reconocido que ha sido un error, ni ha hecho el mínimo amago de hablar conmigo de algo que no sea Lucía. No es solo todo el daño de una infidelidad típica, ¿sabes? No ha sido un calentón. Por si fuera poco, además, la quiere.

Anaïs llora amargamente, abrazada por Cloe y por mí. Bebemos en silencio, y observamos a Anaïs que, aunque parece haberse calmado, no deja de suspirar y de limpiarse las lágrimas ocasionales que escapan de sus ojos. Nos pide, por favor, que cambiemos de tema. Y decidimos poner *Dirty Dancing*<sup>[20]</sup>, una de nuestras películas favoritas, para, al menos, llorar por un final feliz.

## CAPÍTULO VII

### ANAÏS

Me he convertido en un zombi. Voy por la vida con un piloto automático que me lleva y me trae del trabajo, me ayuda a recoger a Lucía del colegio y a ser una madre decente hasta que consigo que se duerma. A partir de ese momento, me bloqueo, desconecto el cerebro y me dedico a llorar, a tomar cantidades ingentes de chocolate y a suspirar con películas de amor.

Mi madre, harta de que no le coja el teléfono, aparece el viernes por la tarde arrasando como Atila.

—Ya está bien, Ana, no lo vamos a aguantar más. —Me da un abrazo, me peina con los dedos y suspira—. Lucía, cariño, ¿dónde estás?

—¡Aquí, abu!

—Venga, coge tu abrigo, que nos vamos.

—¿Dónde vamos, abu? —pregunta la niña, emocionada de que mi madre venga a salvarla.

—De momento, a comer una hamburguesa.

—¡Vale! —Lucía me abraza brevemente y se tira hacia mi madre, que ya sale por la puerta.

—¡Mamá, espera! —Intento frenarlas, pero ella me da un beso y se sube la cremallera del abrigo.

—Mira, cariño, no quiero que Lucía esté triste en casa mientras tú no haces más que lamentarte.

—Yo no...

—Tú sí que te estás lamentando. —Me mira seriamente y suspira—.Hija, en algún momento tendrás que sobreponerte, y te puedo asegurar que ese hombre no merece más de tu tiempo.

—Pero...

—No es momento de hablar. Luego te llamo. Si ves que te apetece, me llevo a Lucía a dormir con nosotros.

—Gracias, mamá —digo, derrotada.

Cierro la puerta, suspirando. Estoy harta de que se metan en mi vida. Es absurdo que una mujer que después de cuarenta años sigue con su marido me diga que tengo que sobreponerme. A mí. Que me acabo de enterar de que me engañan. Que no tengo la suerte de un matrimonio estable en décadas que, aunque haya tenido sus problemas, que no lo dudo, se ha mantenido unido todos estos años.

Me preparo un cubo enorme de palomitas y decido probar suerte con *Stranger Things*[21] . Llevo casi dos semanas viendo películas de comedia romántica y, sinceramente, estoy algo empachada. Prefiero sumergirme en una trama sobrenatural sin más explicación que el propio entretenimiento, que ver más parejas que consiguen lo imposible y el amor de sus vidas les salva para siempre.

Veo tres capítulos casi de golpe antes de darme cuenta de que me he olvidado por completo de Lucía y de mi madre. Cuando llaman a la puerta, me preparo de nuevo para oír cómo llevo dos semanas lamentándome y blablablabla. Trato de recomponerme para que Lucía me vea presentable.

—¿Qué haces aquí?! —Abrir la puerta y encontrarme con Sergio es la situación que menos esperaba.

—¿Puedo pasar?

—No.

Sergio suspira, inquieto.

—Preferiría hablar en otro sitio que no fuese la puerta de mi casa. Por lo que

a mí respecta, necesitamos hablar de cosas serias...

—Espera un momento.

Le cierro la puerta en las narices y marco el número de mi madre. En cuanto le pongo al tanto de la situación, comprende todo al momento.

—Tranquila, cariño, tengo en casa un pijama de la última vez que se quedó a dormir.

—No creo que se quede. Me gustaría ir después a recogerla.

—De acuerdo, como prefieras.

Oigo a Lucía saludarme a lo lejos y deseo estar con ellas.

—Mamá, si dentro de media hora larga no te he llamado, ¿podrías llamarme tú a mí?

—Claro, mi amor. Ana... —Sé que duda, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—¿Sí, mamá?

—Ten cuidado, cariño. Te quiero.

Cuelgo enseguida, para no arrepentirme de lo que voy a hacer a continuación. Abro la puerta de golpe y le hago un gesto a Sergio para que pase. Me sigue hasta el salón, poniendo caras de malestar y mirando a un lado y al otro.

—Ya veo que te he interrumpido... —dice, señalando los restos de palomitas y la manta sobre el sofá—. ¿Dónde está Lucía?

—Se ha ido con mi madre a pasar la tarde.

—Quiero verla.

No contesto. Sé que está en todo su derecho de ver a su hija, pero no quiero tocar el tema. Solo ha podido verla una vez, a la salida del colegio, sin que yo pudiese evitarlo. Por suerte, la situación no fue demasiado tensa. Simplemente estuvo un rato con ella antes de decirle que tenía que marcharse de viaje. La pequeña ni se inmutó, le deseó buen viaje y se agarró fuerte a mi mano, despidiéndose de su padre. Me vi obligada a informar al día siguiente a su profesora de lo que estaba pasando en casa, y de lo delicada de la situación.

Sé que aún no puedo dar más datos de cómo vamos a llevar esto y, a pesar de que me dijeron que Lucía no parecía estar notando ningún cambio en casa que se haya hecho patente en su forma de comportarse en el colegio, estoy preocupada por ella. Sé que tenemos que resolver cuanto antes esto, pero también sé que las soluciones que puedan ponerse sobre la mesa no van a gustar a nadie. Y a Sergio, al que menos.

—¿Ya tienes abogado?

—Ana, ¿en serio tenemos que hablar en estos términos?

—¿En qué términos quieres hablar?

—No sé. Es todo tan frío...

Intento no mandarle a la mierda y echarle de mi casa a patadas.

—Tú dirás.

Pero parece que no sabe qué decir. Mira hacia todos los lados, evitando mi mirada. Y me doy cuenta de que está fuera de lugar, porque la que fue hasta hace muy poco su casa parece que le repele.

—Me parece que han pasado siglos desde la última vez que estuve aquí...

—Mira extrañado mi pelo, mi ropa y hasta mi cara, como si ahora le fueran desconocidas.

—Quiero hablar de lo nuestro.

—Ya no hay nada nuestro.

—Por favor, Ana, no quiero que perdamos los papeles, solo quiero que hablemos como dos personas adultas...

La carcajada me sale sola. Toda esa amargura que siento en mi interior se convierte en un segundo en desprecio hacia Sergio, que me mira tranquilo y medio sonriendo, como si estuviese haciendo un esfuerzo para dar el primer paso y ceder ante las circunstancias. Como si me estuviese haciendo un favor.

—Sergio, por favor, no me hagas reír... ¿Tú eres una persona adulta? ¿Tú, que te has estado escondiendo como un adolescente con un calentón, viviendo un amor imposible con tu enamorada? ¿Tú quieres hablar ahora, cuando me he enterado de todo y no precisamente porque tú hayas tenido los huevos de ser

sincero y decirme lo que estaba pasando?

—¿Y qué coño querías que te dijese, eh, Ana?

—La verdad habría sido suficiente.

—¿La verdad? —Ahora es él el que se ríe, completamente pagado de sí mismo—. ¿Qué querías, enterarte de que eras un completo aburrimiento y no llegabas ni al mínimo de expectativas que tenía de nuestro matrimonio? ¿Confesarte que la única razón por la que todavía estaba aquí era por Lucía? ¿Eso es lo que querías?

—Pues no, mira. —Intento luchar para no derramar ni una lágrima por el miserable que tengo enfrente—. Me habría gustado que, antes de buscar a otra persona que te diese lo que necesitabas y yo no te podía dar, me hubieses puesto al tanto de la situación. Quizá entonces habría tenido una opción de arreglarlo, o de dejarte, pero tener una opción de algo.

—Lo siento.

—No, no lo sientes. —Miro su expresión y no entiendo cómo no me he dado cuenta antes de que está tan vacío—. No lo sientes en absoluto.

—No tienes ni idea de lo que siento...

—¿Ah, no? Bien, entonces... ¿a qué has venido? —Estoy empezando a perder la poca paciencia que me queda—. ¿A pedir perdón? —Sergio sigue rehuyendo mi mirada—. ¿A decirme que quieres arreglarlo?

—Ana, por favor, no me pongas en un compromiso...

—Eso es lo que teníamos, sí: un compromiso. ¿No te suena? Creo que comentaron algo de eso el día de nuestra boda...

Durante una décima de segundo, algo parecido a la pena recorre el semblante de Sergio. No sé si es eso o la lástima que siente por mí, pero se desvanece tan rápido como ha llegado.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Qué asuma mi culpa? Sí, perdona, tengo la culpa de que ahora estemos así. Pero me gustaría que tú asumieras tu parte, porque todo esto no ha surgido porque a mí me haya dado la gana...

—Se acabó. Vete.

Sergio me mira sorprendido. Quizá, en su simple cerebro, en el que solo soy un títere sin cabeza derrotado porque ya no le tengo, piensa que voy a pedirle perdón por algo.

—Aún no he acabado...

—Pero yo sí. Ya he tenido suficiente.

—Ésta también es mi casa.

—Aquí ya no hay nada tuyo.

Mi móvil suena en el momento idóneo.

—Hola, mamá. — Miro a Sergio con rabia, pero cambio completamente el tono de voz—. Sí, estoy en casa. Sergio ha venido a recoger unas cosas, pero ya se va.—Disfruto interiormente al ver la cara de rabia de él—. Sí, claro, te llamo en un rato y hablamos con más tranquilidad. Un beso. *Ciao*.

—Imagino que Lucía no va a venir.

—Imaginas bien.

Al ver que no se mueve, empiezo a impacientarme.

—Sergio, tengo cosas que hacer.

—Creo que esto es más importante que cualquier otra cosa.

—No. Hace unas semanas lo habría sido, pero ahora ya no.

—¿No es importante para ti Lucía?

—No se te ocurra jugar con Lucía. No te lo voy a permitir.

—¿¡Quién está jugando?! Yo solo quiero ver a mi hija, y cada vez que lo intento me encuentro con que está en casa de alguien. Dime cómo vamos a solucionar esto y me iré.

—Con dos abogados. Uno de cada parte. Adiós, Sergio.

Cojo el cuenco de las palomitas y recojo un poco la mesa. Le miro interrogante, pero él no se mueve ni un milímetro.

—¿Es eso lo que quieres?

—No es que yo lo quiera, es lo que necesitamos.

Me voy a la cocina y empiezo a trastear, metiendo cosas en el lavavajillas y ordenando juguetes de Lucía. Sergio llega hasta la puerta y sé que, aunque la

rabia le corroe, puede más su ego.

—Me gustaría que todo pudiese ser de un modo más civilizado pero... Tendrás noticias de mi abogado.

—Perfecto.

Sergio no añade nada más, quizá porque no esperaba que yo me comportase así y, por primera vez en nuestra vida, me salgo del guión que teníamos establecido. Y algo de verdad debe de haber en eso porque, cuando oigo por fin el portazo, me alegro enormemente de estar sola y no tan mal acompañada como he estado estos últimos años.

\*\*\*

—No estés nerviosa. —Nel coloca mi pelo y me sonrío, tranquila y segura como siempre—. Va a salir todo bien.

Me conduce a través de un pasillo lleno de despachos con cristaleras. Cuando llegamos a nuestra puerta, me guiña un ojo y entra sin mediar palabra.

—Buenos días. —Nel se mueve como pez en el agua. Hace las presentaciones, nos estrechamos la mano y me señala mi asiento. Ella es la última en sentarse, y saca varias carpetas de su portafolios. Miro a Sergio detenidamente. Parece haber dormido mal esta noche, o más bien la última semana. Tiene las ojeras marcadas y oscuras y las primeras líneas de expresión de su frente, que tanto empeño pone en ocultar, hoy lucen como surcos en su piel. Frunce el ceño, supongo que luchando mentalmente por no mirarme. Parece haber envejecido unos cuantos años desde el día que pensó que era buena idea hablar conmigo como dos personas adultas, sin perder los papeles.

—No estamos hablando de acuerdo mutuo, sin duda. —La voz de Nel me devuelve a la realidad. Estamos ante un contencioso, y creo que no me equivoco si digo, sin duda alguna, que no es culpa de mi cliente que no hayan llegado a un acuerdo.

—En realidad, es así por completo. No podemos aceptar sus exigencias de pensión compensatoria de ningún modo.

—Penélope, sabe tan bien como yo que una infidelidad no es causa suficiente para conseguir esta pensión.

—Por supuesto, estoy de acuerdo con usted. Pero unos gastos elevados y prolongados en el tiempo, justificados únicamente para poder llevar esa doble vida, sí demuestran que su cliente tenía dinero de sobra del que nunca dio cuenta en su matrimonio, para llevar esa infidelidad a cabo sin privarse de lujo alguno. Dinero que, puesto que no existe separación de bienes, era de ambos y que su cliente utilizó solo para su beneficio personal. —Nel, adusta y profesional como nunca la había visto, suelta todo eso sin inmutarse—. Por supuesto, el abandono del hogar de su cliente ha hecho decrecer los ingresos mensuales de la unidad familiar de forma muy notable, puesto que mi cliente, cuando fue madre, pidió por mutuo acuerdo de la pareja la jornada reducida para la conciliación familiar y poder ocuparse así al cuidado de su hija...

\*\*\*

—Me cago en la madre que lo parió. —Es lo único que se me ocurre decir cuando por fin salimos de esa sala agobiante.

—Menudo hijo de puta...—Nel tampoco se queda corta—. Él y ese abogado de mierda que se ha buscado. —Nel me mira y sonrío con maldad—. Les vamos a hundir, nena.

—¿Tú crees?

—No lo creo, estoy segura. Si piensa que se va a salir con la suya, va listo.

—Yo no lo veo tan claro...

—Anaïs, ten muy claro que ningún juez le va a dar la razón. Y menos descubriendo todo ese dinerito que tenía escondido para sus escapadas.

Asiento, un poco desbordada. Desde que me decidí a empezar con el proceso de divorcio, me siento como en una película. Nel contrató un

detective con muy buenas referencias que enseguida encontró no solo pruebas de su infidelidad continuada, sino algo mucho más gordo: Sergio llevaba años desviando dinero a otra cuenta. Dinero que no aparece reflejado en ninguna de sus nóminas, y que utilizaba para pagar todos los caprichos que se permitía en su «otra vida».

Oímos su voz al final del pasillo.

—Vámonos de aquí, Nel. Me da asco respirar el mismo aire que esa gentuza.

Afortunadamente, conseguimos que el ascensor se cierre antes de que ellos lleguen. Suspiro y me miro en el espejo. Es increíble cómo cosas así hacen cambiar la expresión de los rostros. No reconozco a esa mujer que me mira, maquillada y arreglada, aparentemente serena, que esconde tras ese disfraz unas heridas que tardarán tiempo en cicatrizar.

Me empeño en invitar a comer a Nel en un pequeño restaurante cerca del colegio de Lucía. Aunque la comida es fantástica, apenas puedo probar bocado. Siento arcadas solo de pensar lo mentiroso que ha sido siempre Sergio y lo que he tardado en darme cuenta.

—Tranquila. Pasará.

—¿Cómo? —pregunto despistada.

—Un día te despertarás y no sentirás nada, te lo aseguro.

—Nel, no te quiero ofender, pero no tienes ni idea de por lo que estoy pasando.

—En eso tienes razón, pero, ¿sabes? Lo he visto muchas veces.

—¿El qué?

—Eso que veo en tus ojos. Cuando trabajaba en el bufete no solía llevar demandas de divorcios, pero estaba acostumbrada a ver esa mirada. Como de perdida. Como si la vida fuese una bola de navidad hecha añicos. Y les veía, una y otra vez, como zombis, en la sala de espera, sosteniendo una revista que eran incapaces de leer. Hasta que volvían un día y, sin saber por qué, se les veía con una luz distinta. Como si se hubieran quitado el velo de los ojos. O los hubieran reseteado. Más fuertes, más personas.

—Espero no tardar mucho.

—Date tiempo. Lo necesitas.

Nos despedimos al rato, porque Nel tiene que recoger a Noah de la guardería. Como todavía me sobra casi una hora, paseo como un alma en pena sin rumbo por las calles de la zona, parándome en escaparates que no recordaré en los que exponen cosas materiales que ahora mismo no me importan lo más mínimo.

—¿Anaïs?

Clara, la profesora de Lucía, viene hacia mí por la misma acera. Nos saludamos cariñosamente.

—Estoy haciendo tiempo. Hoy tenemos claustro y tenía la última hora libre.

—Suspira teatralmente, poniendo los ojos en blanco—. ¿Te tomas un café?

No puedo negarme. Y por otro lado, no tengo nada que hacer, así que entramos en la cafetería que está en esa calle y un aroma delicioso a café y bollos recién hechos me recuerda que casi no he comido.

—Me encanta este local, pero creo que desde que lo descubrí estoy engordando. —Pedimos dos cafés y algunos bollos variados y nos sentamos en una mesa del fondo—. Lo bueno es que está lo suficientemente apartado del colegio para no encontrarme padres por todas partes.

—Pues hoy no ha sido tu día de suerte...

—¿Tú? No eres de esos padres a los que me refiero... —No sé si sentirme halagada o molesta, y Clara se da cuenta—. No, mujer, no es nada malo que seas diferente. Es más bien reconfortante.

Me cuenta cómo algunos padres acosan a los profesores en cualquier sitio en los que se los encuentran, preguntando todo tipo de detalles sobre la vida académica de sus hijos, cuando ninguno de los niños pasa de los seis años.

—Lo peor es cuando se creen que recuerdas a todos los alumnos solo por su nombre de pila... Da gusto encontrar a padres que confían en ti y te dejan hacer tu trabajo sin hacer tantas preguntas.

—La verdad es que yo últimamente sí que tengo algunas preguntas... —Me

como un trozo de bollo de chocolate y suspiro, deleitándome con su sabor—. Estoy bastante preocupada por Lucía.

—Si es por el tema del divorcio, te puedo asegurar que no ha habido cambios. Lucía no ha parecido notar nada extraño en casa, porque no ha variado su comportamiento lo más mínimo.

—Eso es realmente lo que me preocupa. Su padre viaja bastante y no está demasiado pendiente de ella, pero ya hace casi un mes que no está en casa. Algo debería haber notado.

—Estoy de acuerdo contigo. —Clara toma un sorbo de café, pensativa—. ¿Y no será quizá que Lucía está cómoda así?

—No te entiendo.

—Quizá Lucía está mejor sin él en casa. —No sé qué cara estaré poniendo, pero Clara me mira alarmada—. A ver, entiéndeme. No es que no le necesite, pero quizá la niña tiene asumido el rol de su padre. Como tú has dicho, siempre ha estado poco pendiente de ella...

—Lo sé, pero... Ay, Clara, no quiero ser injusta con él. Sergio la quiere muchísimo, pero no es que tenga mucha mano con los niños.

—No dudo que la quiera, pero a un niño lo que le hace falta es que le dediquen tiempo. Tiempo de calidad. Y eso lo notan. A la larga, recurren a quien les presta una atención verdadera, porque los niños no son tontos y saben las cosas que haces por ellos.

—Igual tienes razón...

—La tengo. De otras cosas no tengo ni idea, pero de niños... —Resopla y su flequillo se levanta levemente—. También soy experta en divorcios, por si te puedo ser de ayuda.

—¿Divorcios? —Me río sin buscarlo—. ¿Has tenido más de uno?

—Pues sí, hija, qué le vamos a hacer... Me he divorciado dos veces ya, así que estoy bastante puesta en el tema.

—Pero si eres muy joven...

—Seguro que más o menos como tú. Pero mira, me ha dado tiempo a

conocer a dos príncipes que resultaron ser ranas. Al menos el segundo me dio a los gemelos, y eso siempre se lo voy a agradecer.

—Eso es lo único que me une ahora mismo a Sergio: Lucía.

Clara chasquea la lengua y me sonrío, comprensiva.

—Mira, Anaïs, sé que ahora mismo te sientes fatal. Créeme, conozco perfectamente esa sensación. Pero cuanto antes salgas de esos pensamientos negativos, antes volverás a vivir.

—Es lo que todo el mundo me dice, pero ahora mismo en lo único que pienso es en la gran mentira que ha sido mi vida estos últimos años. —Clara me aprieta la mano cariñosa, asintiendo en silencio—. Sergio me ha engañado con otra mujer.

—Tengo experiencia en infidelidades, por desgracia.

—Entonces no tengo mucho que contarte.

—La verdad es que, aunque tengas ganas de gritarles a los dos, piénsalo de otra forma: es mejor enterarse ahora que malgastar el resto de la vida con una persona así, no vale la pena.

—¿Tú piensas eso de tus ex?

—Sinceramente, prefiero no pensar en ellos en ningún sentido pero... Sí. La verdad es que es una liberación saber que la siguiente engañada no seré yo, qué quieres que te diga. Pobre de la próxima.

—Tienes razón, pero se me está haciendo tan duro esto del divorcio...

—¿Y por qué no...? —Clara duda, pero sigue hablando—. Mira, hace ya algún tiempo que salgo con un grupo de gente divorciada. ¡Y no, no es lo que te imaginas! —Suelta, al notar mi gesto de alarma—. No es una de esas páginas web para ligar y salir de fiesta como si no hubiera mañana. Que también salimos y esas cosas, y aún no he debido de escarmentar lo suficiente, porque no me importaría conocer a alguien interesante... Pero es mucho más que eso. En realidad, somos como una pandilla de adolescentes que ha pasado por el mismo trauma. Salimos, hacemos escapadas, nos reímos, vamos a cenar o al cine... Ya sabes, cosas inofensivas. Pero pasamos el rato y nos hacemos

compañía. Y cuando te ocurre algo así, te viene genial airearte, conocer a gente nueva y dejar de pensar en problemas durante unas horas.

—Parece divertido —digo, sin tenerlas todas conmigo.

—Lo es. Al principio yo también estaba un poco reacia, pero una amiga me convenció y mira, es la mejor decisión que he tomado después de mi último divorcio.

Se ríe a carcajadas y no puedo evitar imitarla.

—Me encantaría presentártelos. Si te apetece, claro. Creo que encajarías bien.

—Yo... La verdad es que no soy muy buena para relacionarme.

—¡Pues menos mal! Si llegas a ser buena... —dice, mirando el reloj—. Se nos ha ido el santo al cielo, ¡un poco más y llegamos tarde!

Caminamos juntas hacia el colegio a marcha rápida, riéndonos como dos niñas que se han escapado. Antes de despedirnos, Clara me da un abrazo espontáneo.

—Piénsalo, Anaïs: creo que te vendría muy bien conocerlos.

—Me lo pensaré, te lo prometo.

—Eso espero, porque voy a seguir intentándolo.

Y así, sin esperármelo ni un segundo, mi día gris tiene algún rayo de sol furtivo.

## CAPÍTULO VIII

### SOFÍA

—Mamá, ya sabes que a Guillermo le gusta dormir con su mantita, pero tápale, porque solo la utiliza para abrazarse a ella...

—¿Pero con quién te crees que estás hablando? —Mi madre me interrumpe, a la vez que abraza a mis hijos—. Que son mis nietos, por Dios, ni que fuese nueva...

—Vale, vale, luego te llamo para darles las buenas noches.

—Que sí, pesada. —Me da un beso y me empuja hacia la puerta—. ¿Te quieres ir ya? Al final vais a llegar tarde.

—Adiós, mamá. —Mis hijos, los traicioneros, esos que no quieren quedarse en ningún sitio y se les da tan bien el chantaje emocional, se convierten en niños desconocidos cuando están con mis padres. Angelitos.

—Adiós, chicos. —Espero un beso y un abrazo emotivo, pero qué va. Se van corriendo a la cocina a ver qué les han preparado de cena.

—Dale recuerdos a Toni.

—Ahora se los doy.

Y ya está. Ni siquiera espera a que coja el ascensor. En cuanto cierra la puerta, los gritos de júbilo de mis hijos inundan el descansillo.

—¿Se han quedado bien? —Toni, en doble fila, me mira ávido de noticias.

—Ya sabes que en cuanto entran por esa puerta se olvidan de nosotros.

—Mejor, se lo pasan genial con tus padres. —Me mira con ojos lacrimosos,

sin poder evitar un bostezo—. ¿Dónde vamos?

—Si me lo dices con tanta ilusión, igual hasta me emociono.

—Lo siento, Sof, es que estoy cansado.

Evito decirle que yo también, que todos madrugamos, que los viernes ya no son como antes, que ahora mismo me metería en la cama y dormiría hasta las doce aprovechando que no están los niños, pero no es momento de iniciar una discusión.

—Es a dos manzanas de aquí, al lado del mercado que reformaron.

Toni conduce hasta allí en tensión, pitando a conductores que se paran sin previo aviso, a gente en doble fila que no deja pasar y a conductores despistados que andan perdidos por las calles intentando, como nosotros, encontrar un sitio libre.

—Esto está cada vez peor —comenta por lo bajo. Sé que está arrepentido de haber traído el coche, pero no lo reconocerá nunca.

Veinte minutos después conseguimos aparcar a unos cien metros del restaurante, lo cual, dado que es viernes por la noche, es casi un milagro. Caminamos con rapidez por la acera, esquivando grupos de gente con conversaciones muy animadas y otras parejas. Mi ánimo mejora con el ambiente de la calle y cuando entramos en el local ya estoy deseando ver a las chicas.

—¡Sof! —Una radiante Cloe viene corriendo a saludarme, acompañada de Caleb. Me abraza y saluda efusivamente a Toni, que pone una sonrisa de bobalicón y hasta diría que se ha sonrojado. Caleb y él se estrechan la mano y comienzan a hablar de cosas sin importancia.

—¿Somos las primeras?

—Sí. Nos están preparando la mesa. Nel está aparcando, estará aquí enseguida.

—A ver si tiene suerte, aparcar aquí es de locos —comenta Toni, aún agobiado por el tema del coche.

—Nosotros hemos venido en taxi.

—Es lo que tiene vivir en Madrid.

—Intenta tú sacar a Cloe del asfalto...

—¿Cómo que Cloe? —Se defiende mi amiga—. Ni que tú tuvieses alma de granjero.

Se meten el uno con el otro de broma, empujándose cariñosamente y retándose con la mirada. Y sé que si pudieran, ahora mismo también se irían a la cama, pero no por las mismas razones que yo, desde luego.

Nel y Jorge aparecen acompañados de Annie y Robert, y a los cinco minutos aparece Anaïs acompañada de, ¡oh, sorpresa!, un Julen sonriente y caballeroso.

—¿Y esto? —pregunto a Nel entre dientes.

—Una, que tiene recursos para todo.—me cuchichea, quiñándome un ojo.

Pasamos a la mesa que nos han preparado. No puedo dejar de mirar a Anaïs. Habla animadamente con Robert y Annie, sin dejar de lado a Julen, que parece entenderse con mi amiga a las mil maravillas. Y la veo tan habladora, tan guapa, tan poco ella, que ni la reconozco. No es que no me alegre de verla bastante más animada, pero ese cambio tan radical me desconcierta. Y aún no sé si me gusta demasiado.

—¿Queréis que pidamos vino? —nos consulta Caleb con la carta en la mano.

—Por mí sí —responde Anaïs con una sonrisa. Y no sé quien es ésta, pero definitivamente no es mi amiga.

—¿Vas a beber vino? Pensaba que no te gustaba demasiado.

—Últimamente le estoy cogiendo el punto. Será que me estoy haciendo mayor. —Todos se ríen, dándole la razón—. Además, no tengo que conducir.

—Por eso mismo yo tendré que pasar, qué le vamos a hacer —contesta Julen, que pide una cerveza sin alcohol, al igual que Toni.

Vale. No lo pillo. Me paso toda la cena observándola, esperando que llegue la Anaïs de verdad, o que alguien se dé cuenta de que todo esto es muy raro. Pero qué va. Todo lo contrario. La única que parece preocupada por su comportamiento es Cloe, que de vez en cuando la mira sorprendida por sus

divertidas ocurrencias. Porque Anaïs es muchas cosas, pero no precisamente ocurrente.

No tengo oportunidad de hablar con ella en toda la noche y me voy hundiendo en una espiral de silencios y desconfianza, mientras todo el mundo está la mar de tranquilo. Incluso Toni, que en otras ocasiones como ésta se ha auto excluido de la conversación, esta noche está especialmente hablador y bromea con los demás sobre todos los temas que tratan.

Aprovecho para ir al baño con Nel y prácticamente la acorralo al llegar.

—¿Se puede saber qué le pasa a Anaïs? Está muy rara, y no me digas que no.

—Bueno, no creo que las circunstancias por las que está pasando sean precisamente de normalidad, Sof.

—Ya lo sé. Pero comportarse así no es nada propio de ella. ¿Y lo de Julen?

Nel se encoge de hombros, sonriente.

—Caleb le dijo que se pasara y cuando se enteró de lo de Anaïs quiso ir a buscarla. Son los únicos que no tienen pareja, no me parece tan raro que se hayan unido contra la adversidad.

Suspiro, e intento encontrar una forma suave de decir lo que pienso.

—Mira, Nel, no me lo tomes a mal, pero no creo que Julen sea la mejor influencia para Anaïs en estos momentos. Sé que sois buenos amigos y que fuisteis... lo que sea, pero siempre me ha parecido un caradura y un ligón de poca monta, y no quiero que Anaïs se haga ilusiones con un tío con el que no va a llegar a nada.

Ante mi sorpresa, a Nel le entra un ataque de risa.

—¿Anaïs y Julen? Cosas más raras he visto, pero... no creo que encajen. Sof, no te lo tomes tan a pecho, son simplemente dos amigos en una cena, no creo que ninguno de los dos esté buscando nada serio ahora mismo, así que si se dan una alegría, mejor para ellos.

Decido dejarlo estar. Discutir con Nel es imposible, porque tenemos dos puntos de vista tan diferentes que jamás llegaremos a ponernos de acuerdo. Y tal y como están las cosas, con la amistad que parece haber surgido entre

Anaïs y ella, no quiero pecar de celosa porque parezca que mi amiga me esté dando de lado. Aunque es justamente lo que pienso.

—Espero que lo dejen para otro momento —murmuro, más para mí que para ella.

—Ha estado bien, ¿no?

Un animado Toni, al que hacía años que no veía así, sonrío mientras conduce de vuelta a casa.

—Ajá.

—Ese Jorge es un tío majo. La verdad es que tu amiga Nel está mucho más simpática desde que está con él.

—Puede ser.

—Y Caleb... Debo reconocer que esta noche me he sentido a gusto. Tenías razón, quizá solo tenía que darles una oportunidad.

—¿No te parece que Anaïs está muy rara?

—¿Rara? —Toni me mira durante una fracción de segundo—. ¿A qué te refieres?

—A lo que viene siendo rara. Vamos, que no parece ella.

—Pues no sé, qué quieres que te diga... La he visto más animada que de costumbre. No sé. Cuando venía Sergio nos cortaba a todos un poco el rollo, pero Julen es un tío divertido.

—No están juntos.

—No lo sabía. Pensaba que tenían algo.

—Un poco pronto para tener algo con otra persona, ¿no te parece? Más cuando aún ni se ha divorciado.

—Bueno, ya sabes que un clavo quita otro clavo.

—Por Dios, Toni...

—A ver, mujer, tu amiga tiene ganas de divertirse. No es un delito, digo yo.

—No estoy diciendo que sea un delito, pero vamos, que podía esperar un poco.

—Ni que estuviese de luto.

Le miro sorprendida, pero él tiene la vista fija en la carretera y no se da cuenta.

—Qué sencillo, ¿no? Hay veces que de verdad no entiendes nada...

Toni suspira ruidosamente.

—¿Estás enfadada por algo? Porque la que has estado rara has sido tú.

—Vale. Ahora el bicho raro soy yo.

—Pues sí, un poquito más de lo normal.

—Muy gracioso, Toni.

—En serio, ¿qué te pasa?

—Nada. —Tengo ganas de contarle a alguien mis dudas sobre Anaïs, pero me siento incomprendida—. Es que siento como si no la conociese.

—¿A Anaïs?

—Sí.

—Quizá deberías dejarla ir más a su aire. Si te necesita, te lo dirá. Para eso sois amigas.

—¿Me estás llamando controladora?

—No, pero... déjala respirar. Y si tiene que equivocarse, aprenderá de todo esto.

Dejo de hablar al instante. Quizá Toni tenga razón, pero no me apetece dársela. Y sé que con este enfado un poco injustificado estoy arruinando una de las pocas noches en las que Toni está de buen rollo, pero no puedo evitarlo.

En cuanto llegamos a casa, y antes de que mi marido haga amago de cualquier cosa que no me apetece, me desmaquillo, me pongo el pijama y me meto rápidamente en la cama. Diez minutos después él me sigue y, como a pesar de algunas caricias y besos no me muevo ni un milímetro, desiste y, con un suspiro, se acurruca. Cuando oigo sus ronquidos me doy cuenta de que hoy no podré dormir.

\*\*\*

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te desea tu amiga Sofi! —canto a Lorena, al más puro estilo de Parchís.[22], antes de estrujarla con un abrazo de oso.

—Mira que eres ochentera, bonita. —Se queja, sonriendo.

—Pero si ahora está de moda, no te avergüences de la edad. —Le entrego el regalo que tenía guardado desde hace unos días, y Lorena lo abre con delicadeza.

—¿Quieres hacer el favor de romper el papel?

—Calma, calma... —Lorena saca el vestido rojo que le encantó en una tienda cercana y me mira emocionada. ¿En serio? ¿Pero si no tenían mi talla!

—Una, que se curra mucho los regalos...

—¡Gracias, cariño! — Ahora soy yo la que acabo apretujada entre sus brazos y llena de besos—. Me lo pongo esta noche sin falta. ¿Vendrás, no?

—Sabes que no me lo perdería por nada del mundo.

Nacho entra en la sala de café y sonrío a Lorena torpemente.

—Creo que hoy aquí se celebra algo. —Le da a Lorena una caja de pastelería—. Feliz cumpleaños, jovencita.

—Gra-gracias. —Abre la caja y ve la tarta, que tiene una pinta estupenda—. Qué detalle, no hacía falta, Nacho, pensaba comprar luego unos pastelitos...

—Nunca se es demasiado mayor para soplar velas. —Sonríe y se da cuenta de su error—. Con eso no quiero decir que seas vieja, ya me entiendes, quería decir que, bueno, ya sabes, cuando dejamos de ser niños parece que ya no tenemos derecho a una tarta en condiciones y pensé que, en fin, que te haría ilusión... —Carraspea, metido en una espiral de disculpas que no llevan a ninguna parte. Lorena y yo nos morimos de risa—. No valgo para esto, de verdad.

—Gracias, ha sido un detalle encantador. ¿Queréis un poco?

Pasamos la mañana más amena en las últimas semanas. Apenas hay trabajo pendiente y podemos hacer un descanso para bajar a tomar un café en condiciones.

—Invito yo —anuncia Lorena, colgándose por milésima vez al teléfono para recibir una de tantas felicitaciones—. ¿Vendrás esta noche?

Nacho sonrío de medio lado.

—¿Ya me estás liando otra vez?

—Nooo...—La verdad es que sí, pero no quiero que Nacho se agobie—. Es solo que me gustaría contar con una cara conocida. No conozco de nada a los amigos de Lorena y me da cosa ir sola.

—Creo que también van Jose y Óscar. —Me sorprendo cuando oigo esto. Aunque son dos compañeros de trabajo, apenas los vemos ni tenemos trato con ellos, ya que son los que, como dice Nacho, hacen el trabajo de campo.

—No tenía ni idea.

—Me lo dijo Lorena ayer.

—Aún así. He dicho «cara conocida». Hace tanto tiempo que no los veo que igual me cuesta reconocerlos.

Nacho resopla teatralmente.

—Iré. Sí. Pero no me puedo liar mucho, mañana he quedado para hacer senderismo y toca madrugar... ¡¿Qué?! —me pregunta cuando ve mi expresión.

—Mira que hay tíos raritos por ahí sueltos... ¿Vas a madrugar un sábado para ir a andar? ¿Pudiendo dormir hasta las mil sin niños que te despierten?

—Sofí, no es andar, es hacer senderismo. Y es bonito aprovechar el día, disfrutar de la naturaleza...

—Sí, sí, sí, lo que tú digas —digo, poniendo los ojos en blanco.

Lorena vuelve y paga al camarero.

—¿De qué habláis?

—Éste, que le gusta disfrutar de la naturaleza —digo, haciéndole burla.

—¿Qué tiene de malo? Es una maravilla poder escaparse los fines de semana a la sierra, recarga las pilas y te despeja la mente... —dice, con tono remilgado.

—Tú sí que tienes que despejarte la mente... —murmuro cuando me ignoran y comienzan a hablar de nuevas rutas de senderismo.

\*\*\*

—¿Cómo vas?

—¡¿Yooo?! Estupendamente...

Esto me lo dice mi compañera y amiga Lorena, con una corona rosa chicle en la cabeza y haciendo pis con la puerta del baño abierta.

—¿Estás segura?

—¿Por qué lo dices? —me pregunta, mientras trata de bajarse el vestido rojo que le he regalado, que le queda híper ajustado, sin que se le caiga la corona, haciendo equilibrios sobre sus taconazos.

—No, por nada... —digo, sin poder aguantar la risa.

—Ay, tía, sí que me pasa algo. ¿Tú has visto a Nacho?

—Sí, todos los días, como tú.

—No, ya en serio. Está ahí tonteando con Julia...

—Querrás decir que tu amiga Julia está zorreando con él...

—¡¡¡Sof!!!

—¡Pero si es que es verdad! No ha dejado de insinuarse desde que ha aparecido por la puerta. ¡Si casi le besa en la boca cuando les has presentado!

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo, rica, tengo ojos en la cara.

Lorena hace un mohín y se retoca el maquillaje, que hace tiempo que casi desapareció.

—¿Y qué hago?

—Pues mira, puedes hacer dos cosas: o te quedas mirando como se lo come con los ojos y quizá con otras cosas, o te lo comes tú.

—¡Ay, por Dios! Es que me da tanta vergüenza... Es nuestro jefe, tía...

Sin saber muy bien cómo me voy a apañar, cojo de la mano a una atolondrada Lorena y la arrastro entre el montón de gente que hay a estas horas en el local. En cuanto diviso a Nacho, me abro paso a través de nuestro grupo y me planto entre él y Julia, que está bailando de forma sugerente.

—¿Tequila o cerebrito?

—¡¿Cómo?! —me pregunta Nacho por encima de la música.

—Venid.

Y como si fuera la madre de los dos, tomo a Nacho con la otra mano y los llevo hasta la barra ante la mirada atónita de la pseudo amiga de Lorena, que, si no fuese por el color de pelo, podría ser la hermana gemela de la imborrable Alice.[23]

Quizá es mi cara de pocos amigos, o mi decisión de que mi amiga no acabe llorando en su cumpleaños, pero el caso es que, milagrosamente, el camarero se fija en nosotros y nos atiende casi al momento en la atestada barra.

—Tres chupitos de tequila, por favor.

—¿Cuervo?

—Por supuesto.

—Ehhh... Yo no tomo tequila, me hace vomitar —murmura Nacho a mi oído.

—Eso es porque nunca has tomado un tequila de verdad. Espera y verás.

Brindo con ellos a la salud de Lorena y les animo a tomar otro. Y otro más. Y para el tercero, cuando parece que ya se ha roto el hielo y Lorena y Nacho se ríen de lo bien que les está sentando, llega mi salvación.

—Ahora vuelvo, acabo de ver a un amigo.

Los dos me miran poco convencidos de mi excusa, pero me encojo de hombros y trato de llegar hasta mi objetivo. Porque el caso es que no es una excusa, he visto a un amigo, de verdad. Bueno, quizá no debería catalogarlo como amigo, pero tratándose de alguien a quien conozco desde mi más tierna infancia, me puede valer.

—¿Julen? —Le doy unos golpecitos en el hombro, un poco cohibida. Por el camino parece haberse desvanecido el coraje que da el tequila.

Julen se gira a cámara lenta, no sé muy bien si para producir un efecto provocador o por la tasa de alcohol en sangre.

—¡¡Sof!! ¿Qué haces aquí? —Me quedo anonadada cuando me abraza feliz. Efectivamente, se trata del alcohol.

—Estoy en el cumpleaños de una amiga.

—Anda, yo también. —Me señala a una chica menuda y poco agraciada que me sonrío sin muchas ganas. Le suelto un felicidades sonriente y ella me hace la ficha, olvidándose del gracias—. ¿Y dónde estáis?

Señalo al grupo de amigos de Lorena, que se han hecho fuertes junto a una de las paredes en las que hay percheros, algo infinitamente cotizado a falta de guardarropa.

—Chicos, ¿por qué no vamos para allá? Así a lo mejor podemos dejar las cosas.

A la cumpleañera la idea le parece igual de buena que un puñetazo en el estómago, pero sonrío dulcemente a Julen y asiente con la cabeza.

—Te seguimos, Sof.

Al pasar por la barra, atisbo de reajo a Lorena y Nacho, que están muy juntitos, riéndose de algo que debe de ser más bien picante, a juzgar por sus expresiones. Consigo unir a los dos grupos y dejo que Julen ponga su cazadora encima de la mía mientras todos se presentan.

—Gracias. Me has salvado la vida —me susurra Julen al oído.

—¿Yo? ¿Y eso?

Señala discretamente a su amiga, que no nos quita la vista de encima.

—Está empeñada en que sea su regalo de cumpleaños.

—¿Y vas a salir de la tarta?

—Estás graciosa hoy, ¿no?

Me río a carcajadas.

—Pobre... No le estropees la noche.

—Ya, pero es que si no le estropeo la noche me estropeo yo la vida.

—Exagerado.

—¿Una copa?

—Estoy bebiendo cerveza.

—¿En serio? Qué chica más sana...

—...y tequila.

—Uooohhh... Eso me gusta más.

Hoy es mi día de suerte. El camarero de antes me atiende en la distancia y cuando llego a la barra tengo los chupitos preparados. Milagros de la vida. O soy la que más estoy consumiendo chupitos a precio de oro, que también puede ser.

—Por nosotros. —Julen chupa la sal y se bebe su chupito mirándome con descaro a los ojos. Y entiendo lo que veía Nel en él y la mitad de las chicas que hay en el bar. O más de la mitad. Julen huele a peligro a kilómetros de distancia.

—Pues no está malo, ¿no? ¿Otro?

Niego con la cabeza, sin poder evitar una sonrisa pícaro.

—Si me tomo otro más, no soy responsable de mis actos.

—¡Otros dos, por favor, cuando puedas!

No recuerdo haber hablado tanto con Julen en toda mi vida. Ni reírme tanto. Empezamos acordándonos de anécdotas del colegio y acabamos bailando *I Will Survive*<sup>[24]</sup> desaforados. Entre tanto vigilo, cuando me acuerdo, a Nacho y a Lorena, que parecen pasárselo tan bien como nosotros. O quizá más, porque al rato ya no los veo por ningún lado.

—¿A quién buscas?

—A mi amiga, la del cumpleaños. Creo que ha hecho la bomba de humo...

—Le cuento brevemente lo de Nacho y sonrío.

—Así que vas de Celestina, ¿no?

—Todo por los amigos, ya sabes.

—Pues haz el favor de acordarte de tu amigo Julen y no te separes de mí en lo que queda de noche...

Me coge de la mano y le sigo a regañadientes hasta el grupo. Parece que los invitados de los dos cumpleaños han hecho buenas migas y hablan animadamente.

—Por favor, Sof, no me dejes solo.

Y mi Pepito Grillo<sup>[25]</sup> me dice que ya es hora de irme a casa, donde están mi

marido y mis hijos, supongo que profundamente dormidos. No tengo ni idea de la hora que es, aunque sé que ya debería estar allí. Pero me lo estoy pasando tan bien que no quiero que se acabe la noche. Y no sé si será por el tequila, porque me siento feliz por Lorena, o porque Julen, ese que estaba casi, casi al nivel inalcanzable de Caleb en el colegio, no me suelte de la mano, ni deje de dedicarme sonrisas y comentarios al oído, ignorando profundamente a su amiga y a Julia, que parece que ya le ha echado el ojo. No sé lo que es. Pero necesito más dosis de esta libertad que me hace reír a carcajadas.

Nos quedamos hasta que prácticamente nos echan del bar. Me escaqueo en el último segundo, antes de que me convenzan para ir a una discoteca a la que no he ido en mi vida.

—Espera, Sof... —Julen viene corriendo hacia mí— ¿En serio te vas?

—Sí. Es demasiado tarde...

—Nunca es demasiado tarde, nena...

—Díselo a mis hijos en unas horas, cuando me despierten con sus gritos.

—En ese caso déjame que te lleve.

—No, no, no. Ni hablar. Voy a coger un taxi.

—¿Pero tú no vives cerca de Nel?

Asiento con la cabeza, sorprendida de que sepa eso.

—Vamos, que vives en la quinta puñeta.

—Muchas gracias por recordármelo, hombre.

—No seas tonta, no me refiero a eso. Déjame que te lleve. Te vas a dejar una pasta en taxi.

Le miro indecisa.

—Si es por el alcohol, no te preocupes. Llevo horas bebiendo Coca Cola.

Estallo en carcajadas.

—¿En serio? Así llevabas ese ritmo, y yo pensando que eran copas...

—Soy un tío responsable, aunque parezca lo contrario... —Pone cara de no haber roto un plato y me vuelvo a reír—. ¿Te he convencido ya?

—Sí. Pero más por la pasta en taxi que por tu cara de bueno. No hay quien se

lo crea.

Caminamos por la acera hasta su coche, que resulta ser mucho más discreto de lo que yo me imaginaba. Mientras arranca, reviso mi móvil y no puedo evitar sonreír.

LORENA: Perdona por haberte dejado tirada

Te lo compensaré

Y... Muchas gracias!

—Soy una *crack*.

—¿Tu amiga? —pregunta Julen, sin quitar la vista del frente.

—Sí. Parece que ella sí se ha llevado su regalo... No como otras...

—Ufff... No me lo recuerdes. El lunes tendré que aguantar sus reproches.

—¿Es compañera de trabajo? —Me sorprende no haberle hecho esta pregunta antes, pero la verdad es que hemos hablado de todo menos de ellos.

—Sí, trabajamos codo con codo. Resulta que es mi adjunta, así que me espera una semanita que no veas...

—Parece que ya tienes experiencia.

Julen suspira y sonrío.

—Ya lo ha intentado varias veces. Y la que estuvo antes que ella. Parece que tengo un imán para las locas obsesivas...

Me río de su cara de terror.

—En algún momento tendrás que volver a sentar la cabeza.

—¿Con una loca de esas? Ni de coña, vamos.

—Pero, ¿tienes ganas? —Julen me mira de reojo con expresión pícaro y no puedo evitar sonreír.

—Siempre, cariño.

—Serás... —Le miro horrorizada y él se ríe a carcajadas—. Me refiero a lo de sentar la cabeza, pedazo de guarro.

—Primer punto —dice, cuando consigue parar de reír—: el sexo no es de guarros y puede ser lo más guarro y cochino y sucio que te apetezca... pero es

sexo, y a mí me encanta—. Levanto las cejas, alucinada por su discurso, pero él sigue como si nada. —Y segundo punto: claro que me gustaría sentar la cabeza, pero hija, todavía no ha llegado la persona, supongo.

—¿Nadie? ¿No te lo has planteado con nadie?

Julen no contesta. Parece reflexionar sobre lo que le he dicho. Solo cuando paramos en un semáforo se gira y asiente.

—Sí. Solo con una.

—¿Y...?

—Demasiado complicado.

—¿Nel?

—Eres una cotilla, bonita.

—O sea, que te he pillado.

—¿Qué te hace pensar que era ella?

Le miro de reojo y, por primera vez en la noche, veo que está serio.

—Bueno, me parece muy de tu estilo: muy guapa, súper atractiva, una tía dura, aunque en el fondo sea un pedazo de pan...

—...Y difícil, muy difícil, no se te olvide.

—Supongo que sí. Da un poco de miedo a veces—. Veo que sigue en su mundo. —¿Qué pasó?

—No era yo, supongo. Ni el momento. Ni la vida adecuada. —Parece despertar de sus ensoñaciones de repente y se encoge de hombros—. Nos tomamos como un entretenimiento, porque creo que los dos éramos demasiado duros para demostrarnos que queríamos algo más, al menos yo. Yo quería que me siguiese viendo como cuando teníamos dieciséis años, no como un tío preocupado por el trabajo, estresado, que discute con su ex mujer por cosas tan absurdas como si los niños cenaron hamburguesas... No quise inmiscuirlo en mi otra vida y me imagino que no fui del todo claro con mis intentos para enamorarla. Y luego todo se puso demasiado complicado, y yo no podía asumirlo.

—En eso tienes razón.

—Pero vamos, que me alegro mucho de que le vaya bien con Jorge. Es un buen tío, muy a mi pesar.

—Vaya... —Le miro sorprendida por su sinceridad—. No me imaginaba todo esto.

—¿El qué? Uno también tiene su corazoncito, mujer.

—Ya, ya, perdona, pero es que parecíais tan convencidos de estar solo pasándolo bien...

—Y lo pasamos bien, no te confundas. Nel es una tía genial, y le quita importancia a cosas que otras mujeres transforman en una obsesión.

—Puede que tengas razón. ¿Y Anaïs? —Por fin consigo soltar la pregunta que me rondaba la mente desde el principio de la noche.

—¿Qué pasa con ella?

—No sé, dímelo tú.

—Pensaba que era tu mejor amiga.

—Últimamente no está muy locuaz, y después de la cena... Me quedé muy sorprendida al veros llegar juntos.

—Fue todo cosa de Nel. Me contó lo que le había pasado con su marido y me ofrecí a recogerla. Solo fue eso, pero la verdad es que lo pasamos bien en la cena, ¿no? ¿Y tú qué? —pregunta, ávido por cambiar de tema—. Llevas toda la noche dejándome sorprendido.

—¿¡Yoooo?! ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Nada, nada, mujer —dice riendo—. Es solo que... Tenía una imagen muy diferente de ti, no sé por qué.

—¿Ah, sí? ¿Mejor o peor que ahora?

—Pues... mira, no sé, pensaba que eras la típica mujer casada, un poco aburrida y mamá veinticuatro horas, de las que hacen bizcochos y cosas así, y resulta que tienes un punto canalla que resulta sorprendente.

—Punto canalla, dice... —Resoplo y Julen no puede parar de reír—. Creo que por todo lo que dices de bizcochos y súper madre me has confundido con Anaïs...

—Seguramente, pero como siempre que quedamos vais con vuestros mariditos y estáis tan calladitas...

«Si yo te contara...», pienso, acordándome fugazmente de mi marido.

—Supongo que nos corta un poco el rollo ir con ellos. Como no son del grupo y eso...

—Eso será. Pero sea lo que sea, me alegro de haber descubierto a la otra Sofía. Hablamos poco más hasta llegar a mi casa, porque Julen, creo que algo preocupado por todo lo que me ha confesado, se empeña en poner una selección de música de los noventa. Y, cómo no, acabamos cantando a voz en grito todas las canciones que, como dice él, guardamos en la memoria histórica.

—Dios, que buenas eran estas canciones...

—Calla, que me pongo nostálgica. Es aquí, por donde puedas.

Paramos en mi portal y me giro sonriente.

—Gracias, de verdad, me lo he pasado genial...

—Y te has ahorrado una pasta en taxi, recuerda.

—Eso también. No lo olvido, te debo una.

Le doy dos besos fugaces y de repente, no sé por qué, me pongo nerviosa y no sé cómo irme.

—Nos vemos en la próxima quedada, ¿no?

—Y sino en la boda...

—La boda... Ya ni me acordaba. —Julen suspira y se ríe—. Espero verte antes, guapa.

Y me abraza así, sin pensarlo. Sonrío encantada y me voy hasta mi casa con las piernas temblando. Cuando voy a cerrar la puerta de entrada, veo que sigue allí, despidiéndose como un payaso. Y mientras entro sigilosamente, les doy un beso a mis hijos y me pongo el pijama en el baño para no despertar a nadie, tengo la terrible certeza de que me habría encantado que me besara. Y eso no está nada, nada bien.

## CAPÍTULO IX

### ANAÏS

—¿Tienes todo preparado, cariño?

—Sí, mamá. —Mi hija, sentada en la alfombra de su habitación, acaricia a su perro de peluche.

—¿Ya sabes qué muñeco te vas a llevar para dormir? —Acaricio su pelo, pero ella ni me mira, absorta en sus juegos—. Puedes llevarte a Toby si quieres.

Niega con la cabeza. Es raro que Lucía esté tan callada. Me siento junto a ella en el suelo y alzo su carita. Me mira con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te pasa, mi amor?

—Es que... No me quiero ir.

La grieta en mi corazón es cada vez más grande, pero trago saliva y le muestro una sonrisa radiante.

—¡Pero cariño! ¡Si vas a ver a papá!

—Ya...

—¿Qué te pasa, cariño? Puedes contármelo.

—Que... —La voz de Lucía tiembla y aparta la mirada—. Yo quiero quedarme contigo. No quiero que te quedes solita.

—Pero hija... —La abrazo contra mi pecho lo más fuerte que puedo, como si con eso pudiera evitar lo inevitable—. No te preocupes por mí, yo voy a estar bien.

—Pero papá...

—¿Qué pasa con papá?

—No juega conmigo, ni me cuenta cuentos por la noche, ni ve conmigo los dibujos, y yo quiero dormir en mi camita... —susurra de carrerilla, casi incapaz de hablar ya, mientras las lágrimas surcan su rostro.

—Cielo, no llores. —Intento evitar que me contagie, que se dé cuenta de la rabia y la pena que siento por ponerla en esta situación, pero se me está haciendo muy cuesta arriba—. Serán solo dos noches y enseguida volverás a casa. Además, estás en casa de la abuela y ella sí juega contigo. Y a papá solo tienes que decirle que haga todas esas cosas y seguro que lo hará encantado.

Lucía niega con la cabeza y se hunde más en mi pecho. Y casi puedo oír como mi corazón se resquebraja. Daría lo que fuera por poder evitarle todo esto.

Cuando llega Sergio, la niña se resiste un poco, pero cede ante los planes que le vende su padre.

—¿Quieres que cenemos una hamburguesa? Podemos parar de camino si te apetece.

La cara de Lucía se ilumina brevemente, pero cuando tiene que darme un beso, veo que sus ojos están llenos de lágrimas de nuevo.

—Esta noche te llamo, cariño. Y cuidaré de todos tus juguetes, ¿vale?

Asiente con la cabeza, desligando su mano de la mía. Cuando por fin puedo cerrar la puerta sin hacer caso a mi instinto de salir corriendo a buscarla, me tumbo en el sofá y siento cómo ese dolor desgarrador me domina hasta tocar fondo.

\*\*\*

—¿Cómo estás? —Nel me llama media hora después, cuando parece haberse hartado de mandarme mensajes sin obtener respuesta.

—Estoy.

—¿Necesitas algo?

—A Lucía.

—Anaïs... —Oigo un suspiro, e intuyo que no sabe qué decirme—. Ya sé que es durísimo, lo sé por experiencia. Pero enseguida volverás a tenerla contigo.

—Si fuese una cosa puntual... Lo peor de todo es pensar que esto va a pasar dos veces al mes. Y no quiero ni imaginarme las vacaciones.

—No pienses en eso ahora.

—Si vieses cómo estaba Lucía...

—Lo imagino. Pobrecita mía. Noah aún no entiende algunas cosas, pero se me rompe el corazón cada vez que tengo que dejarle con Jero. Y saber que está cruzando la calle, sin poder intervenir, me mata.

—Al menos te llevas bien con él.

—Ahora. Y es una ventaja, sí. Pero es casi igual de jodido.

Suspiro y me seco las lágrimas.

—¿Quieres que vaya? Puedo llevar algo de cena. O vente tú y nos tomamos algo.

—No te preocupes. Estaré bien.

—¿Seguro? No tengo problema en acercarme.

—No, en serio, Nel, necesito pasar por esto sola.

—No te insisto por no ser pesada, pero puedes llamarme cuando quieras, da igual la hora.

—Lo sé, muchas gracias.

—Ah. Y una cosa. El helado funciona. Y las chuches. Y el chocolate. Y las pelis de asesinatos.

—Jajaja. Lo tendré en cuenta, gracias.

—Luego hablamos, ¿vale?

—Hecho. Luego te doy un toque.

En cuanto cuelgo a Nel, me paso otra hora al teléfono con Sofía, que antes de irse al cumpleaños de una amiga me llama para intentar animarme. Después

les toca el turno a mis padres, a mis hermanos, a Robert y Annie, Cloe y Caleb e incluso Julen, que me manda un mensaje preguntándome cómo lo llevo. Y sé que solo quieren que me anime y que piense que el fin de semana pasará enseguida. Pero a mí se me hará eterno.

A las diez y media, después de cenar mal y poco, llamo a Lucía para desearle buenas noches y me pongo a hacer zapping sin enterarme de nada, porque se me ha acabado la inspiración para encontrar cosas en las que ocupar mi tiempo. Y, quizá la noche, la casa vacía y mi falta de helado en la nevera no sean grandes amigos para esta soledad tan nueva que siento ahora y que odio desde el primer minuto.

Ni siquiera me lo pienso. Me visto con lo primero que pillo y voy directa al coche. Doy un paseo por la ciudad, sin rumbo, juego con la idea de ir al cine o a tomar algo, pero el hecho de hacerlo sola no me seduce en absoluto. Casi sin saber cómo, pongo rumbo a casa de Nel. Quizá debería llamar a Sofia, pero no quiero estropearle la noche. Sé que se enfadará por no ser la primera opción, pero últimamente me aferro a Nel como si fuera mi salvavidas personal. No sé si porque siempre he pensado que es la más fuerte de todas nosotras, o porque su energía consigue, la mayoría de las veces, recargarme las pilas... No sé lo que es. Pero sé que es justo lo que necesito ahora mismo. Como un helado de chocolate.

Me arrepiento de no haber avisado de mi llegada cuando me doy cuenta de que todas las luces de su casa están apagadas. Sé que aún no es tan tarde para que estén dormidos, pero temo haberles pillado en un momento íntimo. Aún así decido probar suerte y llamo al timbre de la verja exterior sin mucha esperanza.

—¿Buscas a Nel? —pregunta alguien a mi espalda cuando ya llevo unos minutos llamando, sin respuesta.

Me doy la vuelta y trato de localizar de dónde viene la voz.

—¡Aquí! —En la casa de enfrente se enciende la luz del porche y veo una silueta de hombre en la puerta.

—Hola, Jero. —Cruzo la calle y abro la puerta de su jardín—. Perdona las horas, estaba buscando a Nel, sí. ¿Sabes si está?

—Han ido a buscar a Víctor. Creo que hoy jugaba un partido importante. Es el sobrino de Jorge—. Me aclara Jero, ante mi cara de extrañeza.

—Ah, claro, perdona, no me acordaba de su nombre.

—¿Quieres pasar? No creo que tarden.

—No, bueno, no quiero molestar. Esperaré aquí fuera.

—De eso nada. Te congelarás. Y no hay ni un alma en esta urbanización. Pasa, anda, ¿quieres algo caliente?

No es el helado que tanto ansiaba, pero después de aparcar el coche en su rampa del garaje y entrar en su casa, acepto de buen grado ese café caliente.

—¿Estás con Noah? —pregunto, percatándome del montón de biberones que están secándose al lado del fregadero.

—Sí. Está arriba durmiendo.

—Ay, lo siento tanto... Estás con el niño y yo aquí dándote más trabajo.

Jero se ríe.

—Tranquila. Cuando Noah se duerme, no vuelve a abrir un ojo hasta la mañana siguiente. ¿Y tu hija?

—Está... con su padre. Es el primer fin de semana que se va con él.

—Vaya trago. No sabía que te estabas separando. Perdona por preguntarte. Me imagino que no estás en tu mejor momento.

—No, la verdad es que no. Este año en conjunto no está siendo mi mejor momento, la verdad.

Pasamos al salón y, sin saber a cuento de qué, acabo contándole a Jero todo lo que ha pasado con Sergio y nuestro inminente divorcio.

—Imagino que estás deseando que llegue el domingo.

—No lo sabes tú bien...

—Me hago una idea. Es justo lo contrario de lo que me apetece a mí.

—Ya, claro. —Me doy cuenta de que su situación es diametralmente opuesta a la mía—. Pensarás que estoy siendo una egoísta.

—En absoluto. Cada uno tira por su lado. Y te lo digo yo, que a pesar de la situación no me puedo quejar. Puedo ver a Noah todos los días, e incluso quedarme con él algunas veces que no figuran en el acuerdo.

—Qué frío suena todo.

—Y lo es. Todos esos papeles en los que tu hijo parece una moneda de cambio son lo peor que te puede pasar. Pero cuando te sales de lo escrito, cuando empiezas a tratar a la otra persona como lo que es, alguien que quiere a tu hijo tanto como tú, se vuelve todo un poco más humano.

—Ya.

—Sé que te choca la situación y no me puedo imaginar cómo te duele, porque lo nuestro no duró tanto, pero en algún momento normalizarás todo y podrás hablar con Sergio como dos personas normales. Al fin y al cabo, Lucía es hija de los dos.

—Lo dudo. No me lo está poniendo fácil.

—Nunca es fácil. Hasta en las mejores circunstancias.

Suspiro y me recuesto en el sofá.

—Sería más sencillo si simplemente hubiésemos dejado de querernos.

—¿Qué pasó? Si puedo preguntar, claro.

—Muy sencillo. —Mi voz se endurece—. Lleva más de un año con otra persona.

—Vaya... lo siento.

Me encojo de hombros, intentando disimular las lágrimas que inundan mis ojos.

—Supongo que iba a pasar tarde o temprano. Pero creo que habría preferido que me lo contara.

—Imagino que no es fácil ser sincero en una situación como esa.

—Sinceramente, Jero, lo que menos necesito es que lo defiendas.

Ante mi asombro, Jero se ofende.

—No defendería algo así en mi vida. —Se acerca y se sienta junto a mí—. Mírame, Anaïs: he tenido un hijo con una mujer que me dijo claramente que no

estaba enamorada de mí, a la que tengo que ver todos los días viviendo una historia de amor que parece sacada de una película en la que son la familia feliz con Noah.

Sonrío entre lágrimas.

—Perdóname, soy experta en meter el dedo en la yaga.

—No tienes por qué pedirme perdón. Al fin y al cabo, no fue culpa de nadie. Nadie está libre de enamorarse en el último momento, ni de dejar de querer.

—Supongo que tienes razón.

—No puedes empeñarte en estar con alguien que tiene el corazón fuera de casa.

—¿Sabes? —Doy el último sorbo a la taza de café y miro a la nada—. Lo peor de todo es que después de esto ni siquiera tengo rabia porque se haya ido con otra, ni porque no me quiera a mí. Lo que más me duele es que haya destrozado el mundo que teníamos para Lucía.

Jero me mira sorprendido.

—Entonces deberías empezar a plantearte las cosas de forma muy diferente. Los hijos siempre duelen, y el daño que les puedan hacer a ellos nos llega a nosotros multiplicado por mil, pero eso te va a pasar toda la vida. Si de verdad es eso lo que sientes, deberías preguntarte si estabas enamorada de tu marido antes de que pasase todo esto.

Me levanto y dejo la taza en la mesa.

—¿Sabes? No te creas que no lo he pensado. Quizá no estaba enamorada, o quizá mis enamoramientos no son tan explosivos como los que se narran en las historias de amor. Pero me habría gustado darme cuenta por mí misma, no quedarme en segundo plano, impotente, mientras otros se encargaban de robarme la vida que tenía planeada.

Miro por la ventana, pero aún no se ve luz en las ventanas de Nel.

—Gracias por todo, Jero, pero tengo que irme.

—Espera. —Jero deja también su taza en la mesa y me corta el paso—. Perdóname, no soy quien para dar lecciones de vida.

—No es por eso, de verdad. Estoy aquí amargándote con mis problemas, seguro que tienes cosas más importantes que hacer...

—Si te refieres a la cita que tenía esta noche, está como un tronco en el piso de arriba —me dice, sonriendo torpemente—. Quédate, por favor. No creo que Nel tarde, pero, aún así, me gusta tener compañía, para variar.

Le miro poco convencida, pero su tímida sonrisa me entenece. Quizá es la mejor compañía en este momento, aunque no sé si es buena idea que dos corazones rotos pasen el rato juntos.

—¿Quieres ver una película? Así no tendremos que estar todo el rato pidiéndonos perdón.

No puedo evitar reírme.

—Solo con una condición... ¿Tienes helado?

\*\*\*

—¡No me digas que no es genial! —Me río a carcajadas mientras Jero hace el payaso por el salón, simulando ser un maestro Jedi. Desde el momento que le dije que las películas de *Star Wars* no me llamaban demasiado la atención, se ha empeñado en demostrarme que no he sabido descubrir una joya del cine —. ¿Qué te ha parecido?

—Bueno... —digo, no muy segura—. La verdad es que me ha gustado más que la primera vez que la vi, pero soy más de otro tipo de películas.

—¿Qué tipo?

—Te vas a reír.

—No más de lo que tú te has reído de mí.

—En eso tienes razón —digo, sin poder quitarme esta sonrisa bobalicona de la cara. Allí parado en medio del salón, con una fabulosa réplica de una espada láser y un pijama de *Star Wars* al que no le falta detalle, no se le puede tomar precisamente en serio.

—*Regreso al futuro.*

Jero deja caer teatralmente la espada sobre la alfombra de pelo.

—Estás de coña, ¿no?

—No. Lo digo completamente en serio. Michael J. Fox fue mi primer amor platónico.

—¡Por Diossss! —Jero corre hasta mí y me besa sonoramente en la mejilla, dando vueltas conmigo en una danza un poco extraña—. Esto tenemos que celebrarlo. Espera aquí.

Me deja plantada en el medio del salón. Tengo curiosidad por saber que va a ser lo próximo, porque en esta noche tan fuera de lo normal todo es posible. Después del numerito del Jedi, ya no me extrañaría que apareciese vestido de Marty McFly[26]. Pero no. Jero aparece al rato con su móvil y una botella de crema de orujo.

—¿Te apetece?

—Venga.

Sirve dos copas con hielo y se pone a trastear con el móvil.

—Mira. —En la pantalla aparece una cuenta de Instagram. En ella hay miles de fotogramas de las películas de *Regreso al Futuro* y frases de los guiones enmarcadas—. Esta es una de mis cuentas.

—¿Una?!

—Siiiií... Soy un poco... rarito, friki, o como quieras llamarlo. Tengo ésta, otra íntegramente dedicada a *Star Wars* y una tercera sobre todo lo relacionado con el mundo de los cómics, principalmente de superhéroes. Y la mía personal, claro.

—Claro, claro... —No puedo evitar hacerle burla—. Y yo que me creía muy moderna porque hace unos días me atreví a abrirme una...

—Pues dime cuál es. Lo bueno conmigo es que ganas cuatro *followers* de una tacada.

—¿Cuatro qué?

—*Followers*, seguidores... Como más te guste. Al tener cuentas independientes... —Jero me mira fijamente y se queda callado de golpe—.

Me estás tomando el pelo, ¿no?

Me río a carcajadas de su cara de sorpresa.

—Debí habérmelo imaginado de una fanática de *Regreso al Futuro*.

—No, en serio, hasta hace poco no tenía ni la menor idea de lo de Instagram. Pero, yo que sé, vi un reportaje en el que hablaban de *influencers* y me picó la curiosidad. —Cojo mi móvil del bolso y le enseño mi humilde cuenta, a la que solo he subido dos o tres fotos con las chicas y algunas pruebas de fotografía que he hecho últimamente—. No sé, la abrí más para seguir que para ser seguida, pero la verdad es que todo esto engancha. Y bastante.

—Y también te gusta la fotografía...

—Siempre me ha encantado. Más que salir en ellas. Pero me temo que necesito muchas más horas de práctica.

—No, no, no. —Jero, que rápidamente ha cumplido con lo dicho y ya me sigue desde sus cuatro cuentas, observa detenidamente cada una de mis fotografías desde su móvil—. Tienes ideas muy originales de composición. Quizá puliendo un poco más la técnica... Si te interesa todo esto te puedo recomendar varias páginas de fotografía bastante buenas.

—Me encantaría. Creo que debería buscarme un hobby... O abrir más cuentas de Instagram como tú...

—Jajaja, muy graciosa. Pero es una buena ocupación, sí.

—¿Y qué más cosas frikis haces?

—Pues ahora mismo lo vas a ver.

Jero saca una caja del mueble de la televisión y me la tiende como si fuera un tesoro. Y lo es. La edición limitada de las tres cintas de *Regreso al Futuro*, con todas las escenas inéditas y extras que se puedan imaginar. Ahí está, en mis manos. Recuerdo que la Navidad que los Reyes Magos me trajeron un bolso de quinientos euros soñé secretamente con cambiarlo por esta edición de coleccionista a la que ya le había echado el ojo. Y aún así me habría sobrado dinero para comprarme un montón de cosas más.

—Madre mía... —Admiro las carátulas, la caja de coleccionista y los

posters y la camiseta que vienen de regalo—. Quítamela de las manos o te la robo.

—Veo que aprecias mis tesoros... —Se la devuelvo a regañadientes, sin quitarle la vista de encima—. ¿Quieres verlas?

—¿En serio? —pregunto, emocionada como una niña pequeña—. Pero ya es muy tarde...

—Bueno, empecemos por la primera, ¿no? Luego según nos apetezca.

Nos hacemos fuertes en el sofá con un kit completo de cine en casa: mantas, almohadones y muchas, muchas palomitas y helado. Y por supuesto, crema de orujo y Coca Cola, aunque nos ha dado un ataque de risa al recordar el experimento que se hacía en EGB en el que esas dos bebidas mezcladas prometían una bola en el estómago. Pero a nosotros nos sabe a gloria. Nos tragamos la primera película completa, comentando nuestras escenas preferidas y disfrutándola como si fuese la primera vez que la vemos. Antes de comenzar la segunda parte, Jero le da un biberón a Noah para evitar interrupciones. Y cuando Marty McFly está buscando a una desaparecida Jennifer<sup>[27]</sup>, mi cerebro se desconecta y me sumerjo en un sueño donde es posible echar atrás el tiempo para conseguir un final de película.

Me despierto con los balbuceos de Noah a través del intercomunicador infantil.

—Mierda, si nunca se despierta de noche... —Oigo que murmura Jero, dormido junto a mí en el sofá.

—Quizá es porque ya es de día. —Consigo enfocar la vista y miro el reloj—. Son ya las diez y media.

—¿En serio?

Jero se incorpora y mira hacia la ventana en un intento de ubicarse. La luz del día se filtra a través de los estores antracita—. Pero si hace nada eran...

—¿Las mil de la mañana?

Jero se ríe, aun medio dormido.

—En compañía de Doc<sup>[28]</sup> el tiempo es relativo, cariño.

Me sonrojo involuntariamente al escuchar la palabra «cariño». Sé que solo se trata de una forma de hablar, pero hemos ganado tanta confianza en las últimas horas, que la escena me parece algo propio de la intimidad de una pareja.

Noah suelta un grito de júbilo y a continuación se oyen ruidos de cosas cayendo.

—Ya la está liando...

Jero se levanta y va hacia la escalera.

—¿Te puedo acompañar?

—Claro. No sabes la sonrisa de *playboy* que le suelta a las chicas por la mañana... Es completamente irresistible.

\*\*\*

—¡¿Anaïs?!

Nel me llama desde la verja de su jardín, en la acera de enfrente. Mierda. Jero y yo nos miramos con gesto de alarma, como si fuésemos dos niños a los que les han pillado sus padres fumando a escondidas.

—Hola, Nel. —Saludo, intentando aparentar normalidad.

—¡¿Qué...?! —Nos mira a los dos de hito en hito, escudriñando nuestros rostros como un bulldog—. ¿Qué haces aquí?

Bajo las escaleras del porche de Jero y salgo hasta la acera donde Nel, que ya ha cruzado, me está esperando.

—Vine a buscarte.

—Vaaaleee... —Nel me mira como si fuese extraterrestre—. Pues vivo enfrente, cariño.

—Ayer. Vine a buscarte ayer. —Carraspeo, intentando no morirme de la vergüenza—. No estabas, y Jero me dijo que esperase en su casa.

—Ajá. —Nel nos estudia con la mirada—. ¿Y...?

—Y nos vimos tres pelis seguidas, y en la tercera nos quedamos dormidos.

—Ya. —Mi amiga sonrío de medio lado, y sé que está intentando no reírse —. Eso no hay quien se lo trague, bonita.

—¿Y si te digo que vimos *Regreso al Futuro*?

Nel nos mira a los dos y no puede aguantar más. Le da un ataque de risa que le dura varios minutos, durante los cuales Jero y yo nos miramos alucinados. No sé si espera que nos riamos con ella, pero yo, por lo menos, no le encuentro la gracia.

—Mira, de otros no me habría tragado esa historia ni de broma, y pensaría que os habéis liado, pero no me acordaba de lo frikis que sois los dos. Una pena no haberos puesto antes en contacto.

—Ja, ja, me parto. Muy graciosa.

Jero carraspea e intuyo que está igual de molesto que yo.

—Bueno, chicas, si Nel ya ha terminado de meterse con nosotros, me voy dentro. He dejado a Noah en el corralito y no me fio.

Me despido de Jero con la mano y me devuelve una leve sonrisa, mientras pone los ojos en blanco. Nel intenta calmar su ataque de risa.

—Ya vale, ¿no? No le veo la gracia.

—Lo siento, Anita —dice Nel, aún divertida—. Por un momento yo... Tú y Jero... Qué tontería, ¿no?

Y no sé si me enfada más el hecho de que Nel piense que sea tan improbable un lío entre nosotros dos o el que Jero no se me haya insinuado ni un poquito.

—Entra y te preparo un café. —Nel me abraza los hombros y me guía hasta su casa.

—No, en serio, me apetece irme a casa...

—Ni hablar. Si quieres tomas el café y te vas, pero así me cuentas a qué viniste anoche.

—No, Nel. —Me separo de ella, aún algo molesta—. De verdad, estoy bien, pero ahora tengo que marcharme.

—Pero Ana, si quieres hablar...

Me doy la vuelta y sigo viendo esa sonrisa de listilla en su cara. Y me harto.

—Pues mira, sí, a eso vine anoche. ¿Y sabes qué? Que ya no lo necesito. Porque Jero, ese del que te has reído en la cara como si fuese un payaso, fue atento conmigo, me escuchó y pudo darme consejos bastante más realistas que los de muchos... No sé, debe de ser que entre frikis nos entendemos, aunque no podamos liarnos...

—Pero Ana, yo no quería...

No le digo nada más. Vuelvo a casa de Jero y llamo para poder sacar mi coche. Cuando me alejo de allí, Nel aún está plantada en la acera. Y no es para menos. Esto no es propio de la buena de Ana...

\*\*\*

ANAÏS: Haces algo luego?

Lo hago sin pensar. O quizá pensando demasiado. Pero estoy tan cabreada por la risa que le ha entrado a Nel que necesito desahogarme. Aún me queda el día de hoy entero y mañana hasta las diez de la noche para poder recuperar a Lucía, y estoy cansada de compadecerme. Y de ser esa Anaïs modosita y monjil que todo el mundo mira con cara de pena porque su marido la ha engañado.

JULEN: No tengo planes

Soy todo oídos.

Ahora sí que no sé qué hacer. En realidad, no había pensado nada si me contestaba porque, dada mi suerte últimamente, tenía bastante claro que pasaría de mi mensaje. O se disculparía inventándose cualquier cita de última hora. Pero no. Resulta que ahora ya no puedo echarme atrás.

ANAÏS: Una copa? O dos...

La verdad es que no tengo mucha imaginación en estos momentos

Pero con pasarlo bien tengo suficiente

JULEN: Estás de suerte

Soy experto en pasarlo bien

Estás en buenas manos.

Me muero de vergüenza. No sé si está tonteando conmigo en particular o es el Julen de siempre, al que le encanta coquetear. Pero lo que le he dicho va en serio. Ya no puedo más con tantas tristezas. Necesito divertirme un rato y olvidar por un momento que solo soy una desgraciada.

ANAÏS: Entonces soy toda tuya

Añado un emoticono guiñándole un ojo. No sé si esto va así, porque hace demasiados años que no tengo un tonto con nadie, pero si voy a hacer algo quiero hacerlo bien. Y voy a por todas. Al fin y al cabo, ya no tengo nada que perder y eso, de alguna manera sádica, es todo un alivio.

JULEN: Te paso a buscar a las 9.00?

Podemos picar algo por ahí.

ANAÏS: Ok. Perfecto

Y ya está. Tan fácil como eso. Después de años de ser una mojigata, he tardado dos minutos en coger la sartén por el mango, escribir a un tío atractivo, soltero y muy divertido y quedar para pasar un rato sin ataduras. Estoy que ni yo misma me reconozco.

Me paso el resto del día haciendo el vago en casa. Veo varias películas, me pinto las uñas, llamo a mi madre y hablo con Lucía casi media hora pasando, eso sí, por el control de su puñetero padre, al que oigo de fondo, diciéndole que cuelgue cuanto antes. Después de comer, me duermo una siesta en el sofá y desvío al contestador todas las llamadas de Nel. Me da igual lo que tenga que decirme. A ella le puede parecer muy gracioso todo lo que no tiene que ver con su maravillosa vida, pero a mí me ha ofendido. Y a Jero estoy segura que también. Y, sinceramente, ninguno de los dos nos merecemos sus burlas, por

muy estupenda que ella sea.

Antes de irme de casa, llamo de nuevo a Sergio para hablar con Lucía.

—Dime.

—Pásame a Lucía, por favor.

—Acabas de hablar con ella.

Respiro hondo e intento no perder la poca paciencia que me queda.

—He hablado con ella a mediodía, y ahora voy a desearle buenas noches.

—Te llamaré cuando se vaya a dormir.

—Voy a salir, Sergio. No quiero hablar con ella en un sitio donde no le oiga nada.

Sergio se queda en silencio. Oigo sus pasos y Lucía se pone al teléfono.

—Hola, cariño. Solo quería darte las buenas noches.

—Buenas noches, mamá. ¡Mañana ya nos vemos!

—Claro que sí, cariño. Tú pásalo bien y mañana me cuentas todo lo que has hecho.

—Vale, mamá, te quiero.

—Te quiero, cariño.

—Ya se ha ido. Está jugando.

—Estupendo. Gracias por ponerla al teléfono. Adiós, Sergio.

Cuelgo sin más. No necesito contestaciones cortantes de su parte. Aún no estoy preparada para oír su voz al otro lado del teléfono como si nada. Y si le vi ayer fue porque debo comportarme. Por Lucía. Pero a él no le debo nada.

Me retoco el pelo y me doy una vuelta antes el espejo. No está nada mal. Después de las últimas semanas, la verdad es que tengo bastante buena pinta, dadas las circunstancias.

A pesar de mis nervios, espero a que Julen me mande un mensaje para bajar al portal. Nunca he sido de las que llegan tarde, al contrario que algunas: recuerdo haber esperado con Sofía una eternidad a Nel y Cloe, que llegaban juntas, riéndose, o inventando mil disculpas que eran todas mentira. Pero la Ana responsable y ansiosa se ha acabado, y éste es tan buen momento como

cualquier otro para empezar.

—Hola, guapa.

Julen me da dos besos en cuanto entro en el coche. Y al verlo no me queda ninguna duda. Sin pensarlo, he hecho la mejor elección para esta noche. No puede estar más atractivo. Siempre ha sido guapo, pero, con los años, él ha mantenido ese aire juvenil de pelo revuelto y ropa que le queda como un guante, mientras otros han perdido la chispa con la calvicie y la barriga cervecera. Me mira de arriba abajo sin ningún reparo y parece que me ha dado el visto bueno porque sonrío, seductor.

—¿Te gustan los cócteles? Tengo un amigo que hace los mejores del mundo.

—Me vale todo.

—Es un buen comienzo.

Hablamos de lo que hemos hecho en la semana, y Julen se interesa por mi trabajo, a pesar de ser de lo menos interesante del mundo. Pero se lo agradezco. Sé que está intentando evitar el tema de mi separación, algo de lo que, ahora mismo, no quiero ni oír hablar.

Aparca a la primera, muy cerca del local de su amigo. En cuanto entramos, el barman le saluda afectuosamente y Julen hace las presentaciones.

—¿Qué queréis?

—Pues la verdad... —Sonrío nerviosa, como una novata—. Es que estoy un poco perdida. ¿Puede ser...un Cosmopolitan<sup>[29]</sup> ? —pregunto con cierta vergüenza, acordándome de la serie que tanto me gustaba.

—Claro que sí, preciosa. Los preparo mejor que los de Nueva York. ¿Y tú? ¿Lo de siempre?

Julen asiente, sonriente.

—La verdad es que no lo he probado en mi vida. —Me sincero con Julen, mientras nos preparan lo que hemos pedido. Julen se ríe, divertido.

—Pues es uno de los cócteles que más piden las mujeres. Te va a encantar.

Y tiene razón. El primero me entra como si fuese agua. En el segundo intento apreciar la combinación de sabores, pero está tan bueno que soy incapaz de

dejar de beber. Y con el tercero... Hago esfuerzos sobrehumanos por tratar de bebérmelo despacio, porque dentro de poco no voy a poder levantarme del taburete.

—¿Qué tal, preciosa? ¿Te está gustando?

—Madre mía... Estoy por pedirte una garrafa para llevármela a casa.

A estas alturas de la noche, ya no tengo ningún pudor. No solo por los tres cócteles, sino por la compañía tan agradable de la que estoy disfrutando. Poco a poco he ido cogiendo confianza con Iván, el amigo de Julen, y ha conseguido sonsacarme un montón de anécdotas de la adolescencia de Julen de las que nos hemos estado burlando. Incluso él. Por fin ha reconocido que llevaba el pelo de esa manera porque quería parecerse a Mark Lenders.[30]

—Todavía es un poco así, no te creas. —Me reconoce Iván—. No sabes lo que le gusta hacerse el chulito con las chicas que trae por aquí. Menos mal que por fin has traído una mujer en condiciones, que sepa decir más de dos palabras seguidas.

—Vaya, muchas gracias, es todo un halago —digo, dándole cariñosamente en el brazo—. Pero eso es porque yo no me dejo hechizar por sus encantos.

—Eso es lo que tú te crees. —Irrumpe Julen, poniendo cara de *playboy*—. Aún queda mucha noche, nena. Dame tiempo.

Iván levanta las cejas y nos mira a los dos, negando con la cabeza.

—Vaya par...

—Ponnos otros dos, Iván, por favor.

—Creo que deberíamos comer algo... —digo, intentando levantarme para ir al baño.

—Aquí también tenemos de eso. ¿Queréis que os ponga algo de picar?

Cuando vuelvo del baño, Iván se ha encargado de traernos una degustación de toda su carta, que en su mayoría parecen aperitivos inspirados en la comida oriental.

—Madre mía, qué despliegue...

—Hoy estamos de suerte, no te creas... No siempre se estira tanto.

—Es que me ha caído muy bien Ana, no lo hago por ti, tarado.

Comemos en el mismo rincón de la barra donde hemos tomado los cócteles, a pesar de la insistencia de Iván para que nos sentemos en una de las mesas altas, que a estas alturas, están abarrotadas. Pero a mí no me apetece. Me gusta el toque que le da Iván a nuestras conversaciones y, a pesar de estar trabajando, logramos convencerle para que se tome algo con nosotros.

—Al fin y al cabo, el negocio es tuyo.

—Ya lo sé, pero luego pierdo el ritmo y...

—No te preocupes, que no te voy a dejar perderlo —digo, bromeando con él—. Un descansito y me preparas otro de estos.

—¿No prefieres probar otro?

—¿Con lo bien que me están sentando? —Niego con la cabeza, encantada de la vida. Y a lo mejor también un poco piripi—. Ni hablar. Soy fiel al rosa.

Julen e Iván se ríen de mis tonterías y brindamos una y mil veces por noches como esta. Y yo, realmente, me lo estoy pasando genial.

Una hora después, en el local no cabe nadie más. Está a reventar, y los camareros, al igual que Iván, no dan casi abasto con tanto pedido. Pero no se olvidan de nosotros. De vez en cuando nos llega un regalito a nuestro rincón de la barra, ya sea en forma de chupito o de cóctel experimental. Y a pesar de ello, no me siento mal. Es como si todo el alcohol que me bebo lo quemase nada más entrar en el cuerpo.

—¿Quieres bailar?

Me río a carcajadas.

—¿Crees que podremos movernos unos milímetros, con tanta gente? Además, no quiero que me quiten el taburete.

—Anda, no seas carca. Me has dicho que querías divertirte, ¿no? —Me tiende una mano y dudo si cogerla—. Te puedo asegurar que, cuando me veas bailar, te vas a divertir más que en toda tu vida.

Le cojo la mano sin rechistar, porque tiene razón, hemos venido aquí a eso. A pesar de que no sé bailar. A pesar de que nuestros taburetes vuelan en

cuanto bajamos el culo de ellos y nos engulle la marabunta. Pero Julen tiene razón. Me lo paso mejor que en toda mi vida. Hace el payaso para que me ría y consigue que de unos cuantos pasos de baile, imitando los suyos. Y ahí sigue entrando gente como si nada, aunque al menos hemos podido dejar a buen recaudo con Iván todas nuestras pertenencias.

Cuando comienzan a poner éxitos que recuerdo de los noventa, me olvido de todo y me dejo llevar por la música. Y no sé si es por los Cosmopolitans, los BackStreet Boys<sup>[31]</sup>, que me siento de maravilla o que Julen me sigue haciendo reír a carcajadas, pero por una vez no me siento fuera de lugar en un sitio como éste. Coreo todo el repertorio, incluidos los éxitos de Héroe del Silencio, a los que acabé cogiendo manía de lo mucho que les gustaban a mis amigas.

Cuando nos queremos dar cuenta, el local empieza a vaciarse.

—¿Ya van a cerrar?

—Son las tres de la mañana. Toque de queda.

—Vaya... Con lo bien que lo estaba pasando.

Vamos hacia la barra, donde Iván no hace más que recoger vasos y copas.

—La pareja de la noche... ¿Cómo lo lleváis, chicos?

—A Ana no le hace mucha gracia tener que irse.

—Hija, así es la vida... lo bueno se acaba pronto... —Iván se da la vuelta y trae dos copas—. Pero me he guardado un regalito para vosotros.

Saboreo mi último cóctel de la noche mientras Iván hace caja y todos los demás camareros se van marchando.

—¿Te ayudamos con algo?

—Nooo, ni hablar. Mañana vienen a limpiar por la mañana. Lo dejo todo como está. —Nos sirve unos chupitos y, aunque sé que voy a acabar fatal, se lo acepto—. Me voy a un local que hay aquí cerca. Cierra muy tarde. ¿Os queréis venir? Si vamos juntos no os cobrarán entrada.

—¿Qué dices? —Julen me mira interrogante.

—Pues que voy a decir... —Calculo mentalmente que, probablemente,

estaré durmiendo todo el domingo. Y eso me viene genial—. Que me apunto, claro.

Iván y Julen se ríen de mi cara de obviedad.

—¡Esa es nuestra chica!

\*\*\*

—Aquí no tienen Cosmopolitan, lo siento.

—Lo imaginaba... —Miro hacia la barra y trato de hacer memoria para recordar algo que me gustase cuando aún salía—. Un ron con limón entonces.

Iván nos presenta a un grupo de gente que no hace más que tomar chupitos. Me niego a mezclar más, así que me bebo mi copa tranquilamente, mientras me dejo mecer por el ritmo de la música.

—¿Lo he conseguido? —Me pregunta Julen al oído.

—¿El qué?

—Que sea la mejor noche de tu vida.

—Vas por buen camino —digo, sonriéndole.

—¿Puedo hacer algo para mejorar?

—¿Qué tal si bailamos como antes? Tienes un curioso don para hacerme reír.

—Tengo otro tipo de dones, nena.

Julen me arranca la copa de la mano y, a pesar de mis protestas, me arrastra hasta el medio de la pista, donde la gente lo está dando todo.

—No sé si estoy a este nivel.

—Llevo mirándote toda la noche y te puedo asegurar que nadie te hace sombra.

Julen me agarra de la cintura y comienza a bailar conmigo. Pero lo que antes eran todo risas ahora se vuelve... Raro. No sé si son las luces estroboscópicas, que nos dejan vernos como si estuviéramos en un sueño, pero mientras me dejo llevar por la música, sin pensar en nada, noto como Julen se va acercando cada vez más. Intento desviar la mirada, pero en un momento, sin

saber cómo, estoy en sus brazos.

—Me encanta esta canción —me susurra al oído, provocando un escalofrío que atraviesa como un rayo mi columna vertebral. El baile se hace más intenso. Julen acerca su pelvis hacia mí, rozándome ligeramente, haciendo que salten chispas entre nosotros. Y yo, al contrario de lo que me habría pasado en otro momento, me siento de repente pletórica. Porque eso es lo que tengo que hacer. Vivir. Disfrutar de los buenos momentos que se me presentan sin pensar demasiado en las consecuencias. Me agarro a los hombros de Julen y comienzo a bailar a su ritmo. Y casi sin darme cuenta nos besamos. Julen pasa hábilmente sus manos por mi espalda, provocando escalofríos por todo mi cuerpo, y yo me abrazo más a él, enredando mis dedos entre su pelo, apretando su pecho contra el mío y dejándome llevar, aunque no sepa a dónde.

Sin separarnos, nos vamos escondiendo entre la multitud, hasta que logramos apoyarnos en una pared. Julen me aprieta contra él, y puedo notar su erección pegada a mi vientre. Me muerde el labio inferior y suelto un jadeo.

—Ana... ¿nos vamos a otro sitio?

Asiento sin decir palabra. Temo que si salimos de aquí se acabe la magia que hay entre nosotros. Pero mis miedos se disipan cuando salimos a la calle y nos besamos en cada esquina, en cada portal, contra cada coche que encontramos. Julen tira de mí, besándome con furia, enredando mi lengua con la suya y provocándome jadeos que no puedo, ni quiero mantener.

—Dios, Ana... No puedo más.

Cuando conseguimos llegar al coche ya no podemos más ninguno de los dos. Julen conduce como puede hasta su casa, porque es la que se encuentra más cerca. Prácticamente, nos desnudamos mutuamente en el ascensor y, en cuanto consigue abrir la puerta, me sube contra sus caderas y va derecho a la habitación. Como podemos, nos arrancamos el resto de la ropa, enloquecidos. Julen busca un preservativo y se lo pone con habilidad.

—Ohh, Ana, eres preciosa.

No recuerdo una noche de sexo en la que haya disfrutado tanto de mí, de mi

cuerpo. Me siento poderosa. Cabalgo sobre Julen durante lo que me parece una eternidad, mientras él succiona mis pezones, volviéndome loca. Cuando creo que ya no puedo más, Julen ataca de nuevo, tumbándome en la cama y besando todo mi cuerpo hasta volverme loca. Vuelve a penetrarme, y esta vez el placer es tan intenso que tengo el mayor orgasmo que he sentido en toda mi vida, desde la cabeza hasta la punta de los pies.

—Eres fantástica, Ana... —me susurra Julen, dejándose caer junto a mí. Y al contrario de lo que podría pensar de un hombre como él, cuando vuelve a la cama del baño, se tumba pegado a mi espalda y me abraza, dándome besos en el cuello hasta que me vence el sueño.

## CAPÍTULO X

### SOFÍA

—¿Qué estás haciendo? —Llamo a la puerta del baño, nerviosa. —Voy a llegar tarde.

—Ya salgo. Un minuto.

Resoplo, impaciente. Tengo diez minutos para entrar en el baño cada mañana y me quedan cinco porque Toni, justo en su mañana libre, ha decidido que es el mejor momento para hacer quien sabe qué.

—¡¡Toni!! ¿Por qué no vas al baño de los niños?

Cuando abre la puerta, me quedo cinco segundos en shock. Al sexto, estallo en carcajadas y se me saltan las lágrimas.

—¿Y ahora qué?! —pregunta Toni, mirando hacia todos los lados, buscando el motivo de mis risas.

—Pero, ¿qué...? —Por más que lo intento, no puedo parar de reír—. ¿Te vas a una fiesta de disfraces o qué?

—Muy graciosa, sí señor. —Toni me mira alucinado mientras me doblo, sujetándome las costillas—. De verdad que estás fatal.

—¡¡¿¿Yoooo??!! —No puedo ni mirarle, por miedo a que me vuelva el ataque de risa—. ¿Pero se puede saber por qué te has vestido así?

Y es que no le falta detalle. Camiseta híper ajustada que hace que se le transparente hasta el vello del pecho, mallas negras con líneas laterales reflectantes, unos pantalones cortos encima a juego con la camiseta, zapatillas

verdes fluorescentes... Y lo mejor: un gorro-diadema-braga de un color indefinido con dibujos de nieve a modo de cubre cabeza.

—¿Tú qué crees?

—La verdad es que no sabría decirte...

—Jajaja... Es que me parto, vamos.

Cuando se gira todo digno para ver cómo van los niños, me doy cuenta de que hasta lleva una banda de sujeción en el brazo para el móvil. Muy completito, vamos.

Ya no tengo tiempo ni para el baño, pero la verdad es que esas risas han sido un buen comienzo de semana. Me lavo los dientes por encima y me enjuago con el colutorio, pero a mitad me acuerdo de Toni y estoy a punto de tragármelo de la risa.

—Me voy. —Le doy un beso sin poder evitar una risita—. ¿Te veo a mediodía?

—No lo sé. Me gustaría hacer algo de deporte y quizá luego coma pronto...

—Ten cuidado, por favor. A ver si vamos a tener un disgusto y te lesionas.

—Anda, vete ya, que estás graciosísima...

—Adiós, niños. —Doy un beso a mis hijos y miro de reojo a Toni—. Adiós, Rocky[32], no subas muchas escaleras.

No sé qué le ha dado ahora a Toni. Creo que no le he visto correr ni para coger el autobús, así que no quiero ni pensar qué es lo que va a hacer esta mañana. Pero, oye, si es feliz así, al menos me echo unas risas...

—Buenos días... —Canturreo al llegar a la oficina y encontrarme, por primera vez en la vida, que Lorena ha llegado la primera—. ¿Hay un cafecito para mí?

—Y dos, si quieres. —Lorena va hacia la mesa y me entrega una caja—. Creo que esto te va a gustar.

—¡Canutillos de nata y chocolate! No los comía desde que era pequeña.— Admiro la caja a rebosar y cojo una sin dudar—. ¿Celebramos algo?

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. QUE-SI-CELEBRAMOS-ALGO.

—No sé muy bien por qué preguntas eso.

—Pues no sé... Porque después de tu mensaje de madrugada pidiéndome disculpas por haberte marchado sin avisar y decirme que todo genial, mi mente calenturienta imaginó que había pasado algo con quien tú ya sabes.

—Tu mente calenturienta tiene mucha imaginación...

—Lore...

—¿Tenemos que hablar de ello?

Alucino. Ahora se ha vuelto recatada.

—Hombre, pues solo si quieres.

—Gracias, Sofi.

¡¿Qué?! ¿Y ya está? Ni hablar, yo no me quedo así.

—¿Tan malo fue?

—¿Por qué iba a ser malo?

—Entonces es que ha sido bueno.

—Ay, Sof, que insistente eres... —Lorena se sonroja y desvía la mirada—.

Es que...

—¡¿Qué?! ¿Qué ha pasado? Mira que te gusta dejarme con la intriga...

—Pues, nada, que fue... fantástico. —Lorena me mira sonriente y se coloca el pelo, nerviosa como una colegiala—. Pero no tengo ni idea de qué pasará. Para mí que él se lo ha tomado como cosa de una noche.

—¿Te ha llamado?

—Pues sí. Pero no significa nada.

—Hija, qué críptica estás hoy.

—¡Ay, Sofía! Es que... A lo mejor no fue una buena idea. Ahora le voy a tener que ver todos los días y no voy a poder evitar pensar en lo que pasó. Y no te creas que se me va a olvidar tan fácilmente.

—A ver, esto es más fácil de lo que parece. Aunque al principio os de corte, sois personas adultas. En algún momento lo tendréis que hablar, porque probablemente os queráis volver a ver. Así de simple. Deja que fluya.

—Como se nota que a ti hace tiempo que no te hace falta ligar.

—Lo que hace tiempo que no me pasa es ser una adolescente, bonita.

—Tú lo ves todo tan fácil...

—No es que lo vea fácil, pero...

Me callo al segundo, en cuanto oigo la puerta de entrada. Este tema es muy delicado para tratarlo en la oficina y más cuando el que llega no es otro que el mismísimo Nacho.

—Buenos días, chicas. —En cuanto nos ve, trata de comportarse como lo hace habitualmente, pero se sonroja más de lo debido, le echa una mirada de lo más elocuente a Lorena y pasa sin pararse por la sala de descanso hacia su despacho.

—¿Ves? Ni caso.

—Vaya tela, menudos dos... Me parece que he vuelto al colegio...

Lo de comportarse como una adolescente no es exclusivo de Lorena. Nacho pasa prácticamente toda la mañana encerrado en su despacho y, cuando sale, a pesar de que intenta comportarse con naturalidad y hacernos las bromas habituales, se le nota forzado. Apenas mira ni se dirige a Lorena y, cuando lo hace, la tensión (yo creo que sexual) se puede cortar con cuchillo. Cuando al fin llega el viernes, estoy tan harta de ellos que tengo unas ganas locas de largarme de allí cuanto antes para dejarles en paz con su jueguito.

CLOE: Cañas y picoteo esta noche?

Os apetece? Pagamos los novios.

NEL: Y eso? Celebramos algo?

CLOE: Que seguimos vivos y juntos

A pesar de los preparativos de la boda

SOFÍA: Cualquier excusa es buena

Yo me apunto

ANAÍS: Contad conmigo

NEL: Voy. Jorge ídem

JULEN: Hora y sitio

Julen. La verdad es que había conseguido dejar apartado el sentimiento que me embargó cuando me dejó en casa el otro día. Porque creo que no fue más que la euforia del momento, o el alcohol, o la noche tan divertida que pasé. Pero ahora que le veo en el chat, no puedo evitar sentir una cierta emoción porque sé que le voy a ver.

En cuanto es la hora de salir, salgo escopetada sin esperar a Lorena, poniendo la excusa tonta de que he quedado para comer. Ella no protesta demasiado y sé que en el fondo le estoy haciendo un favor. En cuanto sepan que están solos es muy posible que se les pase la tontería que se han ido contagiando toda la semana.

—He quedado con las chicas esta tarde. Te apuntas, ¿no? —Llamo a Toni por el camino para informarle de los nuevos planes.

—No sé, Sofía, me parece que Guillermo tiene un poco de fiebre... —Oigo al niño llorar de fondo—. Además, hace muy poco que salimos. Me da un poco de cosa dejarles tan seguido.

—Tienes razón. —Por muchas ganas que tenga de ir, me preocupa mi hijo. Lleva unos días comiendo menos de lo normal y está bastante flojo, como si estuviese incubando algo—. Ahora les aviso para que no nos esperen.

—Si quieres ir tú, a mí no me importa quedarme con ellos...

—No, no te preocupes. Compraré algo para cenar de camino.

Cuando llego a casa, efectivamente Guillermo tiene unas décimas y parece que su hermano está igual. Me encuentro a los tres tumbados en el sofá, tapados con sendas mantas.

—Ay, mis niños. —Les doy un beso a cada uno y toco las frentes de los pequeños—. ¿Les has dado algo?

—Paracetamol. A cada uno. La dosis adecuada.

Le hago una mueca de burla y me voy a ponerme cómoda. A menudo, cuando se trata de mis hijos, me olvido, no solo de que Toni es médico, sino que además pertenece al cuerpo de emergencias, lo que debería dejarme más tranquila en lo que se refiere a su salud. Pero no puedo evitar preguntar. Cosas

de madre, supongo.

En cuanto les digo a las chicas que no cuenten con nosotros, empiezan a llegar mensajes copando el chat. Y tengo mucha envidia de ellos, que pueden salir sin ningún problema. Incluida Anaïs. Sé que soy muy mala por pensar eso, pero desde que tiene la custodia compartida, los fines de semana que Lucía se queda con su padre los tiene que en exclusiva para ella. Y parece que los está aprovechando bien. En el momento en que parecen olvidarse de mí y comienzan a planear dónde irán esta noche, dejo el móvil olvidado en la encimera de la cocina. Tengo celos y me siento excluida. Últimamente parece que Anaïs conecta mejor con ellos que yo, e incluso mejor que conmigo.

Toni parece notar mi malestar.

—En serio, vete un rato y te aireas.

—Que nooo, que me quedo con vosotros. Así estamos tranquilitos y se les pasa.

Los niños prácticamente no cenan. Se quedan dormidos en el sofá sin terminar de ver sus dibujos favoritos y Toni les lleva a la cama mientras pongo la mesa para nosotros.

—Mmmm... Está buenísima. —Toni siempre dice lo mismo de mi comida, sea la que sea. Y la verdad es que siento muy bien que te agradezcan esas cosas, aunque tú misma reconozcas que tu comida no es nada del otro mundo. O aunque la hayas comprado hecha.

—Sí, me ha quedado muy bien. —Bromeo—. Últimamente, los Big Mac<sup>[33]</sup> me quedan de lujo, aunque quizá un poco soso...

—Qué va, me encanta. —Me dice Toni, guiñándome un ojo.

Como últimamente no hemos coincidido prácticamente en casa por las guardias, se dedica a contarme las anécdotas de la semana mientras cenamos. Yo le pongo al día de cómo mis compañeros llevan la relación de adolescentes que se ha creado entre ellos.

—¿Lorena y Nacho? Pues no hacen mala pareja.

—Eso me parece a mí, pero como no pasen esa fase no van a llegar a nada.

Y van a acabar con mi paciencia, ya de paso.

—Es que las relaciones en el trabajo son muy difíciles, y más cuando tienes espectadores.

—¿Trabajo? Últimamente parece un patio de colegio.

Mientras recogemos la mesa y hablamos de ver una película, me doy cuenta de que estoy disfrutando de esta noche con Toni. Y que está distinto. No sé lo que es, pero le veo más alegre, con más ganas de hacer cosas a pesar de haber pasado una semana de horario nocturno y demasiadas horas extras.

Hacemos unas palomitas y vemos una película de estreno que no nos apetecía mucho ver, pero que nos engancha desde el primer momento a los dos, a pesar de nuestros gustos opuestos en lo que se refiere al cine. Hasta en eso tenemos suerte.

—Voy a echarle un ojo a los niños.

—¿Te apetece tomar algo? — Toni también se levanta y lleva el cuenco con las sobras de las palomitas a la cocina—. Aún nos queda algo de cava de las navidades.

—Me parece estupendo.

Cuando vuelvo al salón, Toni ya ha servido las copas y ha traído unas trufas de acompañamiento.

—Uyyy, qué buenas... ¿Celebramos algo?

—Que hoy estás especialmente guapa.

—Jajajaja, ¿y eso?

—¿¿Qué?! ¿No te lo puedo decir?

—Claro que sí, es solo que...

—¿¿Qué?!

—Que no es propio de ti.

Toni frunce el ceño y al momento me arrepiento de lo que he dicho. Parece que tengo una habilidad especial para estropear momentos perfectos.

—No era mi intención ofenderte.

—Si no me has ofendido, tienes razón: tengo que aprender a ser más

detallista.

—¡Oye, oye! Que yo no he dicho que no seas detallista. Es solo que me ha sonado a *playboy* de peli de serie B, lo siento.

—Jajajaja, la verdad es que me ha quedado un poco payasada. Pero lo decía en serio.

Y entonces... No tengo ni idea de qué pasa. Toni se lanza sobre mí, me empotra en el sofá y me empieza a besar. Como esos adolescentes tempranos que se dan el lote en cualquier sitio como si fuese lo último que van a hacer en esta vida. Cuando estamos a punto de arrancarnos mutuamente la ropa, oímos a Guillermo llorar.

—Mierda, mierda, mierda, tiene el don de la oportunidad —susurra Toni entre jadeos. Hago el amago de levantarme, pero me para—. Ya voy yo.

Me quedo reclinada en el sofá, intentando volver a respirar con normalidad.

—¿Qué tal está?

—Debe de estar soñando. Le he dado un poco de agua y se ha vuelto a dormir.

Nos miramos unos segundos y Toni vuelve a abalanzarse sobre mí. Me quita de un tirón los pantalones del pijama y se quita también los suyos. No tarda en sentarse en el sofá y colocarme sobre él. Estoy tan excitada que, a pesar de que en ocasiones me resulta incómoda la talla de Toni, consigue penetrarme hasta el fondo de un solo movimiento. Cuando comienzo a cabalgar sobre él, me levanta la camiseta y comienza a morderme los pezones. Y estoy a punto de abandonarme al sentir el contacto de su lengua en mis pechos.

Cambiamos varias veces de postura, enganchados, rodando sobre el sofá casi como animales, hasta que Toni me avisa entre susurros que ya no va a aguantar más. Y nos corremos juntos como hace tiempo que no lo hacíamos, abrazados y en perfecta armonía.

\*\*\*

El fin de semana pasa volando. A diferencia de otros, en los que nos hemos quedado enclaustrados en casa, con los niños histéricos como gatos enjaulados, esta vez decidimos tomarnos un tiempo para nosotros. Parece que Samuel y Guillermo ya están mejor, pero como no nos fiamos del todo, nos tomamos solo la tarde libre y dejamos que los padres de Toni se los lleven al cine con sus primos. En vez de aprovechar para hacer la compra de la semana, decidimos pasar la tarde de relax y nos vamos a hacer una ruta de bares, como hacíamos cuando empezamos a salir. Nos tomamos una caña en Orense, comemos patatas bravas en Tetuán y hasta me dejó convencer para pedir gallinejas y entresijos[34], a pesar de recordar perfectamente que no me hacían mucha gracia. Antes de recoger a los niños persuado a Toni para que pare en la explanada del Bernabéu y, aprovechando el palo de selfie que ni habíamos estrenado, nos hacemos todas las fotos que siempre había querido tener frente al estadio. Ese simple gesto que me sale tan natural, las cañas y el picante de las bravas son los ingredientes ideales para que la tarde se convierta en una de las mejores que hemos tenido en mucho tiempo. Le beso como una adolescente y consigo captar ese momento con la cámara del móvil sin que Toni se dé cuenta.

Recogemos a los niños y compramos una pizza por el camino. Y como parece que hoy es nuestro día de suerte, los dos se quedan como troncos viendo *Toy Story*[35] por milésima vez en su corta vida.

—No me lo puedo creer...—susurra Toni—. Estoy por hacerles una foto para recordar este momento para siempre.

Nos reímos bajito, como si estuviésemos en clase y nosotros fuéramos los niños traviesos.

—Vamos a llevarlos a la cama, no tentemos a la suerte.

Pero hoy la suerte nos persigue. Ni lloros, ni aguas, ni miedos. Los niños caen como sacos en las camas y no se vuelven a mover, y nosotros decidimos volver cuanto antes al punto donde lo dejamos la noche anterior.

\*\*\*

—¿Te he despertado? —Toni se da la vuelta hacia la puerta entornada del baño cuando la abro despacio. Niego sonriente, aún medio dormida, y le doy un beso sensual, acariciando con mi nariz su barba de días—. Si me sigues provocando así voy a morir pronto, ¿lo sabes?

—De eso nada. ¿No sabe usted, doctor, que el ejercicio hace bombear mejor la sangre? En realidad, le estoy alargando la vida.

—Me estás alargando... —Me sonrío pícaramente y sigue aseándose—. No me hagas decir burradas a estas horas o vamos a acabar mal...

—¿A dónde vas?

—Vengo. De correr. Y me voy a trabajar.

No me acordaba. Uno de los grandes inconvenientes del trabajo de Toni es que las guardias no distinguen los fines de semana.

—¿Volverás tarde? —le pregunto, haciendo pucheros. Toni se acerca y roza mis labios, mordiendo levemente mi labio inferior, gesto suficiente para que me ponga a mil sin haberme despertado del todo.

—Espero que no —me contesta, resoplando—. Pero nunca se sabe. Te voy contando.

Y allí, mientras veo cómo Toni termina de arreglarse, me doy cuenta de que últimamente no le miraba con detalle. Las sesiones de *running* y gimnasio le están sentando muy bien, porque está mucho mejor físicamente y eso se refleja inmediatamente en su ánimo. Siento unas tremendas ganas de abrazarle y empujarle hasta la cama, y no volverle a dejar salir hasta no haberle devuelto todos los años de pasotismo que hemos tenido con el sexo. Y es que no te das cuenta de cuánto lo echabas de menos hasta que no lo sientes de nuevo hasta el tuétano.

Paso una mañana tranquila con los niños. Me convencen para ir al parque, cosa que saben que odio, pero como hoy me siento generosa, decido llevarles para que se desfoguen. Consigo atraer los escasos rayos de sol de la fría

mañana sentada en un banco, mientras Samuel y Guillermo juegan frente a mí, en el arenero.

ANAÏS: Haces algo hoy?

Me sorprendo por el mensaje. Últimamente parece que la única forma de hablar con ella es persiguiéndola. Entiendo su situación y me duele lo que le está pasando, pero también estoy bastante molesta por la actitud que ha tomado para sobrellevarlo. La desconozco. Y eso, aunque también me da rabia, sobre todo me entristece enormemente, porque somos las mejores amigas desde siempre y jamás nos habíamos alejado.

SOFÍA: Estoy sola en el parque con los niños.

Te apetece?

Ya sé que es un planazo

ANAÏS: Ya veo, ya...

Y Toni?

SOFÍA: Guardia

ANAÏS: Vaya

Si te parece me paso

A Lucía le encantará la idea

SOFÍA: Hecho

Por un momento, y dados los acontecimientos de las últimas semanas, casi espero que venga acompañada de Nel. Pero no es así. Media hora después, Anaïs aparece sola, acompañada de la pequeña Lucía y portando una bolsa casi más grande que ella.

—¿Qué vienes, a quedarte unos días? —digo, señalando el bulto, que ha despertado mi curiosidad.

—Ja, ja, ja, graciosa. —Anaïs abre la cremallera y me pasa una Coca Cola—. Algo de beber, bonita, que estoy segura de que no has traído nada.

En cuanto mis hijos ven a Anaïs, salen disparados a saludarla a ella y a

Lucía. Y en un momento tenemos montados dos aperitivos, uno infantil en el banco de al lado, solo para niños especiales, como ella dice, y otro para nosotras en mi banco, que los niños, sorprendentemente, no quieren ni mirar, porque no es especial como el suyo. Patatas y aceitunas intactas que podemos comer a nuestro ritmo, sin tener que preocuparnos de pirañas. Es el paraíso. Y Anaïs la puñetera *Niñera Mágica*.<sup>[36]</sup>

—¿Qué tal te va? Últimamente no se te ve el pelo.

—Oye, bonita, que me he recorrido unos cuantos kilómetros para venir al parque.

—Eso es verdad. Te perdono un poco. —Me tomo una banderilla que me sabe a gloria y la miro—. ¿Qué tal el viernes?

—Como siempre, ya sabes: cañas, picoteo y poco más. Nos fuimos pronto. Pero te eché de menos, Sofi.

Y claro, con ese tonito y su carita de no haber roto un plato en su vida, es inevitable que me ablande.

—No nos apetecía mucho dejar a Guillermo, estaba un poco pachucho.

—Pues le veo estupendamente. —Apunta, mirando a mi hijo, que se ha metido gusanitos en los agujeros de la nariz, provocando carcajadas en Lucía.

—Gremlins —comento sonriendo. —¿Y Lucía? Pensaba que este fin de semana se quedaba con Sergio y por eso salías.

—Pues en teoría sí, pero el viernes, cuando fue a recogerla, me dijo que tenía que volver antes, porque había un viaje programado que no podía eludir. El buen padre...

—Menudo caradura.

—Mejor para mí. La verdad es que prefiero que Lucía esté conmigo, qué quieres que te diga.

—¿Qué tal lo lleva?

—Pues... A veces no sé qué pensar. Tengo miedo de que esté destrozada por dentro y no lo diga, pero, aparentemente, lo lleva bastante bien. Siempre que no tenga que irse de casa. —Suspira y contempla a su hija que, al contrario de

mis hijos, está sentada en el banco, muy derecha, bebiendo sorbos de su brick de zumo—. El único fin de semana completo que ha pasado con Sergio debió de ser traumático para ella. Estoy segura de que hizo lo posible porque se lo pasara genial y no me echara de menos, porque no puede soportar la unión que tenemos, pero, desde luego, no lo consiguió. Parece ser que pasó más tiempo con el móvil, como ya hacía en casa, que prestándole atención a Lucía, y claro, la niña me lo contó en cuanto volvió.

—A esta edad lo sueltan todo.

—Y el viernes, cuando me dice Sergio lo del viaje, va y suelta: ¡Yupi, mamá! ¡Vuelvo antes! Y casi me caigo de culo.

—Ole tu hija. Al menos no ha salido a su padre y es sincera.

—Ya, pero... sé que a Sergio eso le genera un resquemor por dentro y una rabia inmensas, y no quiero que lo pague con Lucía.

—¿Qué dices?! ¿Estás hablando de ...?

Anaïs adivina mis pensamientos y se apresura a negarlo.

—No, no, no, nada de eso. Sergio jamás le pondría la mano encima a nadie. Pero me da miedo que le coma la cabeza contándole mentiras sobre mí, poniéndola en contra mía.

—Lucía es lo suficientemente inteligente para no creerse ni una palabra. Y te quiere con locura.

—Aún así. Tiene la edad ideal para sentirse vulnerable con algo que le diga.

Anaïs mira a su hija con pena. Le aprieta la mano, intentando infundirle todo el valor que probablemente a mí me faltaría en una situación así.

—Mamá...—Samuel viene hacia nosotras con las manos peligrosamente manchadas de gusanitos naranjas—. ¿Se puede venir Lucía a comer a casa?

—¿Ya tenéis hambre? —Los niños han devorado todos los aperitivos y se están chupando los dedos—. ¿No queréis jugar un poco más?

—Preferimos ir a casa a jugar. ¡Y a comer pizza!

—De eso nada, monada. —Le digo, achuchándole—. Ayer os pusisteis morados de guarrerías. Hoy hacemos comida como Dios manda.

Anaïs y yo nos llevamos a los tres niños famélicos a casa, y me dejo convencer para pedir hamburguesas, más que nada porque no me apetece ni un poquito ponerme a cocinar.

Pasamos la tarde como lo hacíamos antes, sin discusiones, sin echarnos nada en cara, sin hablar de Sergio, o Toni, o Nel o Julen, a pesar de que tengo ganas de preguntarle que se trae con éste último. Pero no me atrevo a sacar el tema. No quiero estropear este rato con cosas de las que no estoy del todo segura.

A las siete, Anaïs convence a Lucía para marcharse a casa.

—Vamos, cariño, hay que bañarse y acostarse pronto, que mañana hay cole.

—¿Mañana hay cole? —Guillermo y Samuel miran con horror a Anaïs—. ¿Nosotros también tenemos que ir?

—Pues claro que sí, y vais a la bañera de cabeza. Estáis como los tres cerditos.

—¿Cuándo viene papá? —Guillermo, que acostumbra a dormir con Toni, ya está frotándose los ojos.

—Antes de que os deis cuenta. Pero vendrá cansado, así que cuando él llegue tenéis que estar listos para ir a la cama.

—¿Y me contará un cuento?

—Claro, cariño, seguro, ya sabes que a papá le encanta contaros cuentos. — En ese mismo momento me percató de que Lucía está presente y me siento mal por la conversación. Pero ella no parece relacionar para nada a Toni con su padre. Y no me extraña. Miro a Anaïs con cara de circunstancias, pero ella me lanza una mirada tranquilizadora.

—Esta semana es el cumpleaños de Robert. Me dijo Cloe que seguramente quedaríamos a tomar unas cañas. ¿Vendrás?

—Espero que a esta sí, hija. ¿Le has comprado algo?

—Preguntaré a Annie luego, pero había pensado que le podríamos comprar algo entre nosotras dos.

—Me parece genial. Nos podemos acercar una mediodía a elegirlo.

—Te digo algo. —Anaïs me abraza y achucha a mis hijos. —Lucía, di adiós

a la tía Sof.

Cuando conseguimos despedirnos, a pesar de las quejas de los niños, corro a meterlos en la bañera. Mientras les vigilo y hago tiempo para que jueguen un rato en el agua, cotilleo un poco en Instagram, al que no me meto desde hace tiempo. Y ahí lo veo. Las «cañas y algo de picar» del viernes fueron bastante más que eso, a juzgar por las fotos que han colgado tanto Anaïs como Julen, en las que aparecen sonrientes, retratando una noche que, a juzgar por los cambios de escenario, fue más bien larga. Su actitud, si se puede describir de alguna manera, es como si Anaïs se hubiese reencarnado en la Nel de antes, como si la hubiesen reprogramado para ser una persona diferente. Y si eso lo veo con solo unas instantáneas, no quiero ni imaginar cómo se desarrolló la noche. Está muy claro que Anaïs esconde algo. Y lo peor de todo es que me ha mentido.

## CAPÍTULO XI

### ANAÏS

Empiezo la semana con una sobrecarga de trabajo y tareas extraescolares que absorben todo mi tiempo. Cuando me quiero dar cuenta, es miércoles por la noche y aún no he quedado con Sofía para decidirnos con el regalo de Robert. Estoy agotada, y lo que menos me apetece es intentar sacar un rato de mi escaso tiempo libre para ir a comprar con Sof. No es por ella, porque la adoro. Pero estoy tan a la defensiva en lo que respecta a mis temas personales, que no quiero pasarme unas horas esquivando interrogatorios que sé que está deseando hacer. No le culpo por querer entender mi comportamiento, pero no estoy para sermones. No le va a gustar ni pizca todo el tema de Julen y lo entiendo, porque si fuese al revés y antes de conocerle más, seguro que pensaría lo mismo que ella.

ANAÏS: Quedamos mañana?

Podemos mirar lo de Robert y comer juntas

SOFÍA: Me parece bien

Donde siempre?

ANAÏS: Claro

Hablamos poco más. Sofía está de nuevo sola y no se puede entretener, porque sus hijos tienen un don especial para liarla en cuanto la ven con el móvil en la mano. Aprovecho que Lucía está cenando y hago la llamada de

rigor a mi madre y a Sergio, la que menos me apetece hacer. Pero es que, después de una semana de separación, decidí ser yo la que le llamase diariamente para que hablase con Lucía. En las ocasiones en las que él mismo eligió la hora de llamada, la mayoría de los días o estaba dormida, o en el baño o, el colmo, un día que ni siquiera había salido del colegio. Eso es un padre informado.

—Sergio.

—Hola, Ana.

—Te paso con Lucía.

—Perfecto.

Lucía habla con su padre con desgana, con la vista clavada en los dibujos animados. Sospecho que, si le pregunto en un rato, no se acordará ni de una palabra de lo que le está contando Sergio. A mí, en el fondo, me da igual.

—Mamá, toma, papá dice que te pongas.

Me sorprende que diga eso, y estoy tentada de colgarle, pero guardo mis comentarios, porque no sería propio decirlo delante de Lucía.

—Dime. —Casi susurro, metiéndome en la cocina.

—Me gustaría hablar contigo de algunas cosillas, si tienes un momento.

—Te escucho.

—No, preferiría hacerlo en persona. ¿Podemos vernos mañana?

—Imposible, mañana he quedado con Sofía.

—¿Toda la tarde? — pregunta, y por su voz sé que no me cree ni una palabra.

—Pues en principio sí, ya veremos mañana.

—¿Y pasado?

—Es el cumpleaños de Robert.

—Es importante, Ana.

—Déjame que me organice la semana que viene y te digo algo. —Suelto, con unas ganas locas de colgar.

—De acuerdo, pero que sea lo antes posible.

—Muy bien.

Cuelgo sin darle tiempo a decir más. El mero hecho de oír su voz me provoca náuseas. Me encantaría no tener que hablar más con él, tener un mediador, un enviado especial o un puto buzón de sugerencias donde pudiese poner por escrito lo que tenga que decirme. Todo menos hablar conmigo.

JULEN: Te pasarás el viernes por lo de Robert?

No puedo evitar sonreír. Por suerte, existen personas como Julen, que consiguen quitarme el peso de los problemas aunque sea a base de chorradas. O de noches interesantes.

ANAÏS: Claro. Tú también?

JULEN: Si vas tú, me apunto

Te paso a buscar?

ANAÏS: Saldré directamente desde el trabajo

JULEN: Pásame la dirección y la hora

Aún me sorprende lo fácil que me resulta hablar con él. Y hacer otras cosas, claro. Desde la noche que salimos juntos, hablamos a menudo. Cuando nos volvimos a encontrar el viernes pasado tenía dudas de cual iba a ser nuestro comportamiento... Ejem, después de lo que había pasado. Pero nada más lejos de la realidad. Todas las dudas que pudiera tener se disiparon al segundo de su llegada, en cuanto me dio un abrazo de oso, me llamó preciosa y comenzó a hablar conmigo como la noche de los cócteles. Y eso es justo lo que necesito: un tío atractivo, inteligente, con buena conversación y una dosis exacta de buen humor y buen sexo. La combinación ideal.

Le paso la dirección del trabajo y me preparo para acostar a Lucía. Desde hace unos días se acuesta en mi cama, y me estoy haciendo demasiado vaga porque, en lugar de llevarla después a su habitación, como debería hacer, la dejo dormir conmigo la mayoría de los días. Sé que eso, a la larga, será un error., pero no puedo evitarlo. Me da una paz inmensa oír su respiración en

medio de la noche y saber que estamos acompañadas y seguras. Porque a decir verdad, en estos momentos, lo único importante somos Lucía y yo. Lo demás puede esperar.

\*\*\*

—Menos mal que Annie nos ha ayudado. — Pagamos los dos libros para Robert y nos vamos de la librería—. Ojalá fuera tan fácil siempre.

—Pues sí, mira, yo no sabía ni que le encantaba leer —comenta Sofia, distraída—. Somos amigos de toda la vida y mira que nos conocemos poco.

—Supongo que el chico del grupo siempre fue un poco el desconocido. — Me acuerdo de Robert en el colegio y sonrío—. Pero oye, nunca es tarde.

—Bueno, para ti no era tan desconocido...

—Deja, deja, cada vez que me acuerdo... —Me da vergüenza pensar en ello—. Tonterías de adolescente, supongo.

—Aún me acuerdo de cuando ponías su nombre en los libros. Y en los cuadernos, los apuntes... —Me pica Sofia.

—En el fondo era solo eso. Un amor platónico.

—¿Nunca tuvisteis...nada?

Me sorprendo de su pregunta, pero cuando la miro, solo me devuelve una mirada curiosa.

—¿No crees que te lo habría dicho?

—¿Lo habrías hecho?

—Pues sí, por supuesto. —La miro molesta, pero ella solo se encoje de hombros—. ¿Por qué me lo dices así?

—¿Cómo?

—Como me lo estás diciendo. Como si me estuvieras acusando.

Sofia me evalúa con la mirada.

—No sé, Ana. Estás desconocida.

—Que me digas tú eso...

—Mira. —Me para delante de un escaparate y señala mi propio reflejo—. ¿Te reconoces?

—¿Qué hay de malo en cambiar un poco?

—Nada, pero...

—Sof. —La cojo de los hombros y no rehúyo su mirada—. Estoy bien, de verdad. O todo lo bien que se puede estar, dadas mis circunstancias.

—¿Seguro?

—Seguro.

Sé que ella no lo tiene tan claro, pero antes de que siga preguntando la arrastro hacia un bar que he visto de camino.

—¿Has comido?

—Poco y mal, como siempre —me contesta, leyendo la carta de raciones—.

¿Picamos algo?

—Bueno, ¿y tú qué tal? —pregunto a Sofía, antes de que la conversación se vaya por otros derroteros—. Yo también te veo cambiada, no te creas.

—¿A mí? Pues serán estos pelos que llevo... —Sofía se atusa su ondulada melena de leona y suspira—. Dentro de poco voy a necesitar que me esquilen.

—No es eso, tonta, es que te veo... ¿Más contenta?

—¿Tú crees? —Por si no lo creyera lo suficiente, Sofía se ríe tontamente—. Pues aún no me ha tocado la lotería, no te creas.

—Ja, ja, ja, graciosa.

—No, en serio. No estoy especialmente... contenta, como tú dices. Pero parece que los niños están más civilizados y discuten menos entre ellos. Supongo que se están haciendo mayores. Y eso ayuda a que me relaje, sin duda.

—¿Y con Toni, cómo te va?

—Ya sabes cómo es Toni... En el fondo es un buenazo... —asiento sonriendo a Sofía. Casi siempre se está quejando de él pero, en realidad, Toni solo es un niño grande que en ocasiones siente terror por los enfados de Sofía. Y no me extraña, la verdad—. Últimamente parece que las cosas están más

calmadas en el trabajo, y tiene menos guardias, así que estamos todos más tranquilos, la verdad. Me pone muy nerviosa quedarme tantas noches sola con los niños, ya sabes.

—Sí, ya lo sé. —Pero en el fondo, creo que no lo sé todo, y que algo se está guardando para ella.

Hablamos del trabajo, de las chicas y de las próximas vacaciones. Sé que se está mordiendo la lengua para no preguntarme algo. La conozco tanto que es como mi hermana, pero sé que no se atreverá a hacerlo si no le doy pie a ello. Y, si tiene que ver con mi vida privada, que estoy casi segura, creo que paso.

—Me tengo que ir —digo, consultando el reloj—. Dentro de veinte minutos sale Lucía.

—Claro. Yo también. Tengo recogida de monstruos.

Pagamos y, mientras me termino el café, Sofía va al baño. A estas alturas estoy agotada de dar vueltas a la conversación para ir por donde yo quiero, y me da pena que sea así, porque la familiaridad que he tenido siempre con Sofía se está perdiendo por una tontería. Y lo que más me asusta es que sea para siempre.

El móvil de Sofía se enciende sobre la barra e, inconscientemente, no puedo evitar mirarlo. Es un mensaje de un tal Jason (¿¿Jason??) y, antes de que la pantalla se apague de nuevo, acierto a entender la palabra guapa y un sinfín de emoticonos con besos. Me sorprende lo poco cuidadosa que es Sofía dejando la lectura previa de mensajes, cuando olvida el móvil en cualquier parte. Y sobre todo, si recibe mensajes como éste. ¿Y quién será ese tal Jason?

—Ya estoy. —Sofía llega como una tromba y recoge el bolso y el móvil. En cuanto lo enciende me sorprende la sonrisa de oreja a oreja que se instala en su rostro. ¿Será posible que Sofía y ese tal Jason...? Estudio su expresión mientras teclea con pericia un mensaje corto.

—¿Nos vamos?

—Sí, vamos.

Nos despedimos escuetamente y quedamos en vernos el viernes. Y mientras

la veo marcharse hacia la dirección contraria a la que yo voy, se sumerge en la lectura de lo que parece otro mensaje, probablemente de ese tío del que nunca me ha hablado. ¿Estará engañando a Toni?

\*\*\*

SOFÍA: Vamos juntas?

Puedo pasar a buscarte

—¿Quién es?

—Sofía.

—¿Y qué le pasa?

—Que me pregunta si viene a buscarme.

—Dile que no estás presentable. —Julen comienza a darme pequeños besos en el cuello que me hacen cosquillas.

—Claro, esa es la respuesta que estaba pensando yo precisamente... —Me río e intento cambiar de postura para que Julen no me haga eso, pero no consigo zafarme y su tortura continúa—. Jul... llegaremos tarde...

—Pues que empiecen sin nosotros.

—¿No crees que se van a oler algo si no vamos ninguno?

—Mmmmm... —Julen deja de hacerme cosquillas y hunde su rostro en mi cuello—. Yo ahora mismo estoy oliendo algo que me encanta...

Me desconcentro. Cuando Julen se pone así me desconcentro y no puedo pensar en nada más que no sea él... Y su boca. Jamás he conocido a alguien que solo con rozar sus labios en cualquier parte de mi cuerpo me produzca este calor que me quema por dentro. Julen muerde el lóbulo de mi oreja y me susurra un «ven» que me desarma. Me giro sobre mi costado izquierdo para encontrarme con su cuerpo desnudo, que me abraza por completo. Sábanas, almohadones, mantas... todo desaparece de la cama. Solo quedamos él y yo. Jadeo bajo su cuerpo, mientras roza con sus labios mi cuello y va bajando más

y más. Cierro los ojos e intento no volverme loca con sus caricias, pero sé que estoy a punto de explotar. Adapto mi cuerpo al suyo, atrayéndolo hacia mí y besándolo, como llevamos haciendo toda la tarde. Julen entra en mí con facilidad., suavemente, dejando pasar unos segundos desesperantes entre cada embestida, haciéndome jadear cuando aumenta el ritmo, dejándome con las ganas cuando sale de mí y me acaricia, volviendo a entrar cuando ya no puedo más...

Llegamos media hora tarde. Hemos sido incapaces de levantarnos inmediatamente de la cama, como si el mundo exterior nos diese demasiada pereza. Pero la ducha parece que nos ha despejado, al menos para animarnos a salir de casa de Julen.

—Anda, bonita, que te estábamos esperando... —Sofía es la primera a la que veo. Se lanza a darme dos besos, sonriente—. ¿Dónde te habías metido?

Sé que acaba de ver a Julen detrás de mí, porque la sonrisa se le congela en la cara.

—Hola, Julen.

—¿Cómo estás, guapa? —Julen no se corta un pelo y le da dos besos y un abrazo, que dejan cortada a Sofía.

—Bien, bien. —Me mira interrogante, pero solo sonrío y me encojo de hombros.

—¿Le has dado ya el regalo?

—Pues claro que no, te estaba esperando.

Voy con Sofía hasta donde está Robert y le felicito efusivamente. Mientras abre el regalo, saludo a Annie, que también se queda bastante sorprendida al ver a Julen detrás, aunque no dice nada.

—¡Anita! ¿Cómo va todo? —Nel viene a saludarme—. ¡Anda! Y tú, ¿cuándo has venido? —dice dirigiéndose a Julen.

—Creo que exactamente a la vez que «Anita» —dice Julen con tono burlón. Nel le mira muy seria y después a mí. Y si no fuese del todo imposible, diría que le ha molestado que hayamos venido juntos.

Julen corre a saludar a los chicos y, aunque tengo ganas de ir detrás de él, me quedo plantada ante la mirada escrutadora de Nel.

—¿Has venido con él?

—Sí. —No entiendo a qué viene esa cara de perro, pero tampoco sé si quiero averiguarlo—. Me ha ido a buscar... ¡Cloe! —Le doy un abrazo a mi querida amiga, que ha llegado como caída del cielo para evitar el interrogatorio de la Gestapo—. Me ha encantado tu último libro, ¿no he podido dejar de leer!

—Vaya, gracias... —Me sorprende que Cloe se ruborice cada vez que alguien habla de su trabajo. Debería estar ya más que acostumbrada—. Últimamente te estás aficionando, ¿no?

—Pues sí, no sabes lo equivocada que estaba...

Cloe se ríe y me abraza, cariñosa. El viernes pasado, aprovechando un momento que coincidimos en el baño, me sinceré con ella. No sé si fueron las cañas, el mal humor del que me puse al ver a Sergio o lo bien que me lo estaba pasando, pero el caso es que sentí que debía hacerlo. Le conté mi alarma inicial al leer ciertas escenas y lo que pensé de ella, pero que ahora había descubierto otra faceta de mí y sus libros me resultaban de lo más adictivo, no solo por el sexo, bastante explícito a veces, sino porque sus personajes me hacían soñar y eso es algo que valoro mucho en estos momentos. Cloe, al contrario de lo que habría hecho yo, no me juzgó. Solo me abrazó, me dijo que imaginaba algo parecido y me agradeció que le hubiese dado otra oportunidad.

—Cuando quieras te paso otros libros que seguro que te gustarán.

—Solo quiero leer los tuyos.

—Jajajaja. Eso está muy bien, pero al ritmo que has cogido para ponerte al día seré incapaz de escribir más historias.

—Esperaré. O me las releeré. Hay algunos que me he leído tan rápido que casi no me ha dado tiempo a disfrutarlos.

—Veo que te ha salido una nueva fan... —No sé si soy yo, que estoy a la defensiva, pero Nel parece más picajosa que de costumbre.

—Nunca es tarde... —Contesta Cloe, rodeando mis hombros con su brazo—. Vamos, chicas, una caña, que me tenéis aquí seca.

Pasamos un rato muy animado, picando de raciones, tomando botellines hasta dejar el bar sin existencias y poniendo en evidencia al pobre de Robert cuando decidimos cantarle cumpleaños feliz con una tarta improvisada de ensaladilla rusa. Algunos amigos de Robert, que no había visto nunca, se pasan a saludar y poco a poco vamos formando un grupo de lo más animado.

—Oye, preciosa. —Julen se acerca a mí mientras hablo con las chicas—. Había pensado que podríamos ir a ver a Iván. Seguro que a los demás les gusta el local, y nos hará buen precio.

—Me parece genial. Tengo ganas de volver a verle.

—Se lo voy a comentar a Robert, a ver qué le parece.

—¿Preciosa?! —Nel, que está a la que salta, me mira interrogante—. ¿Iván? ¿Qué me estoy perdiendo últimamente?

—No eres tú la única que te has perdido un capítulo... O dos... —Cómo no, Sofía la secunda. «¿Y tú, con Jason?», me dan ganas de acusarla. Pero no es plan de montar un número, ni de ponerme a su nivel.

—Vosotras dos sois unas cotillas. —Sonrío a Cloe, que acude en mi ayuda—. ¿Dónde ha dicho que vamos?

Suspiro, sonriendo agradecida.

—Iván es un amigo de Julen que tiene una coctelería. Un día de bajón me invitó a conocerlo para animarme un poco y me encantó. Su amigo es un tío genial y hace unos Cosmopolitan de muerte.

—Pues yo a eso me apunto —comenta Annie—. Voy a convencer a Robert, que sé que le da mucha pereza cambiar de sitio.

—¿Y cuando pensabas contarnos que habías salido con él?

«Entre ayer y nunca», pienso para mis adentros, pero no soy capaz de verbalizarlo. Aunque esté cambiando a pasos agigantados, me da verdadero pánico enfrentarme a Nel, y no digamos si tiene a Sofía de ayudante.

—No tuvo importancia.—digo, encogiéndome de hombros—. Salimos y nos

lo pasamos bien.

Nel y Sofía abren mucho los ojos, pero cuando van a seguir acosándome, Cloe les corta.

—Pues yo estoy deseando tomarme algún coctel de esos, así que... ¡vamos, chicas!

Agradezco cambiar de aires. Eso me evita seguir hablando con las chicas, que sé que han alucinado cuando me he ido directa al coche de Julen. Cuando llegamos a Koctel, el local de Iván, me fijo en detalles de los que no me percaté la primera vez que entré: que tanto el luminoso de la puerta como la barra son una copia casi perfecta de las de la película de Tom Cruise<sup>[37]</sup>, que todos los taburetes están tapizados de color rosa chicle, para delicia de Cloe, o que Iván está muy pero que muy bien. Y esto es quizá lo que más me sorprende, porque salta a la vista su gran atractivo, aunque yo solo le recordaba como una cara amable. En cuanto nos ve, sale de la barra y, evitando con una burla a Julen, viene directo hacia mí y me abraza efusivamente.

—¡Has vuelto, nena! Y mira que me daba miedo que no lo hicieses, porque viniendo con éste... ¡Qué valor tienes para aguantarle!

Me río y le doy dos besos cariñosos.

—No podía vivir sin tu pócima secreta.

—¡Pues no te hago esperar más! —Le presento al grupo y les sonrío, encantador—. Vamos a ver... ¿Qué pongo por aquí?

## CAPÍTULO XII

### SOFÍA

**A**lucino con Anaïs. En mayúsculas. Mientras se abraza al tío más sexy que he visto en toda la noche, llego a la conclusión de que, efectivamente, me la han cambiado. Primero, lo de Julen, como si lo más normal del mundo es que aparezcan juntos en cualquier sitio llamándose «cariño» y «preciosa». Y ahora esto... Y encima tontea con él. Es que no doy crédito.

—Iván, éstas son Sofía, Nel, Cloe y Annie. Y ellos son Caleb, Robert y Toni. A éste ya le conoces... —dice, dándole un codazo cariñoso a Julen—. Y ellos son... Perdonad, chicos, pero no me he quedado con vuestros nombres. —Mientras los compañeros de trabajo de Robert se presentan, Anaïs le hace la ficha a Iván. De arriba abajo. Vaya, vaya, vaya.

—¿Una rondita para empezar? —Iván nos suelta su radiante sonrisa de macizo y tengo que disimular para no quedarme con la boca abierta. Le comento a Toni una chorrada y así evitar seguir mirando a Iván como una atontada.

Los cócteles son fantásticos y, por un momento, me olvido de lo rara que está Anaïs. Toni y yo hablamos con Jorge sobre el cambio de look de mi marido.

—Me alegro de que le convencieses —le digo a Jorge, señalando la cabeza de Toni—. Parece mucho más joven así.

—Me paso años con tres pelos mal puestos en la cabeza y ahora vienes a decirme que los calvos son sexys... —Se lamenta, entre risas, Toni.

—Los calvos no. Mi calvo es sexy.

—Lo siguiente es dejarme la barba como Jorge, que lo sepas.

Miro horrorizada la barba kilométrica de Jorge, que mantiene lisa y brillante y se enrosca con un dedo, haciendo el payaso. Los dos se ríen de mi cara de angustia.

—No, si todavía te acabas convirtiendo en un *hipster*...

—Pues esa barba tiene un «nosequé»... —Suelta Nel, que se acerca a Jorge y le da un beso de infarto, sin cortarse ni un pelo—. Yo estoy encantada.

Nos giramos hacia la barra al oír unos silbidos. Y la causa no es otra que Anaïs, que parece ser el alma de la fiesta. Está metida en la barra con Iván, al parecer emulando la mítica película. Julen, emocionado, la jalea desde fuera.

—¿Se puede saber qué bicho le ha picado a ésta? —pregunto, más para mí que para los demás.

—Pues creo que uno muy grande, que está en la barra silbando como un pastor. Aunque no sé si le ha picado ya o está a punto de hacerlo.

—Nel... —Jorge le mira reprobatoriamente y niega con la cabeza—. Deja a la chica en paz. Si quiere divertirse, hace bien.

—Eso llevo diciéndole yo a Sofía desde hace tiempo. —Toni me mira y pone los ojos en blanco—. No sé qué os ha dado con ella, pero tiene todo el derecho a hacer lo que le dé la gana.

—Ya, hombre, si yo no me meto —contesta Nel, suavizando el tono—. Pero ya podía haber buscado a otro...

No sé si son imaginaciones mías o a Nel le da bastante rabia el tema Julen. Por la mirada que le echa Jorge, creo que no soy la única que lo piensa.

—Pues no sé por qué te molesta tanto. Ellos dos son los únicos del grupo que no tienen pareja. Me parece de lo más natural que hayan hecho piña. —Suelta Jorge, intentando aparentar tranquilidad—. Al menos ellos no pierden el tiempo criticando, como otros.

Sí. Está enfadado. Deja a Nel con la palabra en la boca y se va con Caleb y Cloe. Toni resopla y también le sigue.

—¡Bueno! ¡¿Y ahora qué he dicho?!

—No es lo que has dicho, sino cómo.

—¡¿Qué?!

—Que ha dado la impresión de que tenías celos.

—¡¿Yo?! —Nel me mira sorprendida mientras yo asiento—. ¿De qué?

—De Anaïs. Por lo de Julen.

—¿Por Julen? ¡Ay, Sofía! ¿Pero cómo voy a tener celos? Si Jorge es una maravilla y yo estoy loquita por él... No me hagas reír.

—Pues la maravilla de Jorge también lo ha pensado —digo, harta de su tonito de suficiencia.

—¿Tú crees? —pregunta, mirando confundida y muy seria hacia donde se han ido.

Suspiro y vuelvo a asentir. Nel puede ser muy inteligente, pero cuando afila su lengua no se da cuenta a quien se lleva por medio.

—Oh, por Dios, tengo que solucionarlo.

—Deberías.

Veo como corre a abrazar a Jorge y decido ir a darle mimos a Toni también. Menudas dos brujas estamos hechas.

\*\*\*

—Baño. Necesito. Urgencia —murmura Nel a mi lado, cuatro rondas de cócteles después.

—Enhorabuena. Dedícamelo, amiga.

—Imbécil. Necesito que me acompañes. —Nel se pone de puntillas y mira hacia el baño, agobiada—. No estoy en estado óptimo para cruzar la marabunta.

A desgana, abandono el taburete que tanto tiempo me ha costado encontrar y se lo cedo a una agradecida Annie, que debe de tener los pies destrozados. Nel tiene razón. No está en estado de ir sola ni a la vuelta de la esquina y

como no lleguemos pronto al baño las consecuencias pueden ser desastrosas. Por fortuna, el baño es bastante grande y está prácticamente vacío, algo que no recuerdo ver en ningún local.

—Menos mal que no hay cola. —Nel se apoya en el lavabo y respira hondo—. Madre mía, esos cócteles son explosivos.

—Hombre, si te tomas cuatro seguidos...

—Es que ese sabor a frambuesa me ha provocado adicción. —Se mira al espejo y suelta un grito—. ¡Por Dios! ¡Estoy hecha un asco!

—Mira que eres exageradita, guapa... —Asco de amiga. Está radiante, como siempre. E igual de quejica—. ¿Ya se le ha quitado el enfado a Jorge?

Nel entra en uno de los cubículos y deja la puerta entornada.

—Menudo rebote más tonto, hija. Yo no lo decía en ese sentido. Parece mentira que no se dé cuenta de que solo tengo ojos para él.

—Ya, cariño, pero es que tienes una lengua... —Me miro al espejo y me pregunto por qué es tan difícil desmaquillar la máscara de pestañas y, sin embargo, cuando quieres que se quede intacta, acaba por toda la cara menos en su sitio—. A mí me ha dado la impresión de que estabas picada con el tema desde que han llegado.

Oigo el agua de la cisterna y Nel sale dando tumbos.

—Pues un poco sí lo estoy. Pero no por lo que te imaginas —se apresura a decir al ver mi cara de asombro—. Aunque en contadas ocasiones haya ido algo más lejos con Julen, ahora solo somos amigos. Pero tenemos confianza más que de sobra para poder contarnos las cosas.

—Bueno, ya sabes cómo son los tíos. —Ahora soy yo la que entra en el cubículo—. No son muy dados a contar nada de su vida y menos lo que más nos interesa.

—¡Pero si son unos marujos! Y estoy convencida de que entre ellos han hablado del tema, pero claro, si decimos algo nosotras parece que somos unas harpías.

—Pues hija, de mí que piensen lo que quieran. —Cuando me incorporo, me

doy cuenta de que también los cócteles me están haciendo efecto—. Pero lo de Anaïs no es ni medio normal.

Cuando abro la puerta me quedo helada. Anaïs está ahí, plantada junto a Nel que, por su expresión, no sabe dónde meterse.

—¿El qué no es ni medio normal?

—A ver... —No sé ni qué decir—. Estábamos hablando...

—Sí, ya lo sé, de mí. Se os oye desde fuera. —Se cruza de brazos y apoya la cadera en el lavabo—. Así que ya que estamos aquí, aprovecha, y dime lo que no es ni medio normal...

—Tu actitud —escupe Nel, retándola.

—¿Mi actitud? —Ante mi asombro, Anaïs suelta una carcajada—. Que eso me lo digas tú, Nel...

—¿Y por qué no puedo decírtelo yo? Que está muy bien que pases un rato agradable, pero es que estás desatada, bonita.

—¿Tú te estás oyendo?

—Perfectamente.

—Pues creo recordar que tú eras bastante peor que yo hasta hace bien poco. Vamos, no lo creo... —Anaïs la mira fijamente, plantándole cara—. Te lo aseguro, porque yo misma he sido testigo. Y nadie te juzgaba por eso. Así que no sé qué hacéis aquí como dos amargadas poniéndome verde.

—No te estamos poniendo verde... —digo, en un intento de suavizar la situación—. Pero estamos preocupadas por ti.

—¿Y por qué, si se puede saber?

—Ana, ya sé que yo te he animado a divertirme y a salir con Julen —dice Nel, con ese tono suyo paternalista que tanto me saca de quicio—, pero te puedo asegurar que no es el más indicado para que tengas un cuelgue, porque vas a sufrir.

—Nel, de verdad, estás fatal. —Anaïs vuelve a reír y sé que Nel está a punto de explotar—. ¿Qué me voy a colgar por Julen? Pero, en serio, ¿tan tonta creéis que soy? ¿En serio pensáis que voy detrás de él como una desesperada?

Nel no dice nada y yo evito su mirada.

—Si pensáis así, dejadme deciros que, no solo no habéis entendido nada, sino que sois idiotas.

—A ver, bonita...

—No, a ver tú. No sé si estás celosa o es simplemente que te gusta controlar a todo el mundo, pero la historia real no tiene nada que ver con el cacaio que te has montado en tu cabeza.

—¿Ah, no? ¿Y cómo es? ¿Es Julen el que está enamorado de ti?

Anaïs ignora el tono condescendiente de Nel y suspira.

—Pero, ¿quién está hablando de amor aquí, rica? De verdad, que últimamente estás embobada. —La cara de Nel se está poniendo roja por momentos y yo estoy empezando a sentir miedo por la integridad física de Anaïs. Y por la mía, ya de paso—. Que entre Julen y yo no hay AMOR, ni ENAMORAMIENTOS, ni llamadas moñas, ni nada por el estilo.

—¿Y entonces qué hay?

—SEXO. Del bueno, del guarro, del dulce, del salado, del aquí te pillo aquí te mato... Y del que nos dé la gana, que no creo que tengamos que someterlo a votación popular.

Si en algún momento consigo recuperar el habla, tengo que felicitar a Anaïs (si me sigue hablando, claro). Creo que ha sido la primera vez que alguien que no sea Cloe le ha plantado cara a Nel y le ha dejado KO.

—Yo... No sabía...

—Pues hala, ya lo sabes. —Ana se mira en el espejo y se retoca el maquillaje distraídamente, como si aquí no hubiese pasado nada—. Pero para la próxima, si queréis saber algo, preguntadlo tal cual. Es mucho más fácil.

La sigo con la mirada hasta que sale del baño y cierra la puerta de fuera con todas sus fuerzas. Nel me mira pasado un rato.

—Se me ha bajado todo el alcohol en un segundo. Menudos huevos que tiene ésta últimamente. ¿Qué te parece?

Y no sé qué me parece, ni que me deja de parecer, porque en ese momento,

viendo a la cariacontecida Nel, lo único que puedo hacer es echarme a reír.

El local se ha despejado un poco cuando Nel y yo conseguimos recuperarnos del fenómeno paranormal de Anaïs. Cloe y Caleb bailan acaramelados en un rincón y los demás parecen tener aún fuerzas para más, porque están brindando con unos chupitos.

—Esperad, dos más para las desaparecidas.

Nel se refugia junto a Jorge y yo hago lo mismo al lado de Toni, que me atrae hacia él agarrándome por la cintura.

—Tomad, chicas, invita la casa.

Mientras el chupito recorre mi garganta, me fijo en Anaïs. No parece haberse inmutado por la discusión que hemos tenido en el baño, y ríe encantada cuando Iván le guiña un ojo. Ver para creer.

—Yo quiero hacer otro brindis. —Ante la petición de Anaïs, Iván no se lo piensa dos veces y llena unos vasos limpios de la coctelera—. Por los amigos. —Nos mira fijamente a Nel y a mí y tengo ganas de esconderme—. Porque no te juzgan, ni te mienten y porque no hay secretos entre nosotros.

Los demás brindan como si nada, pero a mí se me atraganta la bebida. Me siento culpable, y sé que ella está dolida, pero no sé qué decir. Nel la mira desafiante. Que haga lo que quiera. Al fin y al cabo ella, como ya nos dejó claro en la despedida, siempre querrá a Cloe por encima de todas. Exactamente como yo quiero a Anaïs, aunque sienta que la he fallado.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le pregunto cuando sale de la barra.

—No es el momento, Sofía.

—Lo sé, pero si dejo pasar el tiempo no me voy a atrever —le confieso.

Me mira fríamente y se aparta hasta una esquina con desgana.

—Tú dirás.

—Lo siento, de verdad.

—Vale. Ya está. Vamos a dejarlo.

—No, espera. —Sujeto su brazo y ella mira mi mano fijamente—. Tienes

razón, debí preguntarte, pero estabas tan a la defensiva...

—¿Pero cómo no voy a estarlo? Parece que desde que me separé de Sergio tenga que daros un parte de lo que hago y lo que dejo de hacer.

—No es eso, solo estaba preocupada por ti. Y un poco dolida porque ya no me cuentas las cosas.

—Pero, a ver, ¿es que no puedes entender por qué no te lo conté? —Resopla, y se atusa el pelo—. Para empezar, porque sabía que no te gustaría, y para seguir, porque no necesitaba que nadie me diese su opinión sobre el asunto. Pero vamos, todo el mundo tiene cosas que no cuenta y no pasa nada, ¿no?

—Yo siempre te lo he contado todo.

—¿Ah, sí? Porque no recuerdo en qué momento me comentaste que una noche te encontraste con Julen.

—Bueno... Es que no le di importancia —digo, aunque sé que me estoy ruborizando.

—¿Tampoco tiene importancia lo de Jason?

—¡¡¿¿Jason??!! —Ahora sí que alucino.

—Jason, sí. Quien quiera que sea ese tío.

—¿Y tú como sabes eso?

—¿Así que no lo niegas?! —Sé que me estoy poniendo roja por momentos—. Pues mira, eso me habría encantado que me lo contaras...

—Es que... Anaïs... Es algo tan privado...

—¿Cómo lo de Julen de privado?

—Yo diría que más. —Oh. Dios, tierra trágame.

—Ah, claro, como es algo tuyo, es más privado... Ya me imagino que lo es, sí. Ponerle los cuernos a Toni, o lo que quiera que estés haciendo con ese tal Jason, seguro que es súper privado, pero me lo podrías haber contado. Para eso están las mejores amigas.

—A ver, Anaïs... —Estoy alucinando con esta conversación—. No creo que hayas entendido...

—Perfectamente. Lo he entendido perfectamente. Así que plantéate si tú eres

mi mejor amiga. De lo otro no voy a opinar. Porque yo no te juzgo, y menos aún lo comento en una tertulia en el baño.

—¿Pero cómo sabes tú eso? —Insisto, porque estoy alucinando.

—Porque eres tan descuidada que pude ver un mensaje entrante. Y te puedo asegurar que me quedé de piedra.

—¿Me estabas espiando?

—Ni falta que me hizo. Y ten cuidado: los niños y Toni podrían verlo igual que yo, y no creo que les haga ninguna gracia.

—En el fondo la tiene, cuando te cuente...

—¿Ah, sí? Vamos, seguro que a Toni le hace una gracia que no veas.

No puedo evitar reírme.

Anaïs me mira sorprendida, negando con la cabeza.

—Ahora creo que eres tú la desconocida.

## CAPÍTULO XIII

### ANAÏS

SOFÍA: Anaïs, tenemos que hablar

Por favor

**B**orro el historial de mensajes y reviso mi correo mientras espero a Lucía. No sé en cuántas ocasiones ha intentado Sofia ponerse en contacto conmigo, pero está loca si se piensa que voy a hablar con ella. Bastante tuve con su charla del viernes. Si no le ha quedado claro, a mí sí. Cristalino.

Lucía sale al patio con mala cara.

—¿Qué te pasa, cariño?

—No quiero ir con papá.

—Lucía, no empecemos...

—No quiero, mamá. —La niña mira hacia atrás y se vuelve a parar, de morros—. Olaya me ha invitado a su casa a jugar y no puedo, porque me tengo que ir. ¡Y no es justo! Me sorprende el mal humor de Lucía. Habitualmente es una niña dulce y cariñosa, y cuando algo le sienta mal, en vez de protestar, se suele quedar callada y taciturna.

Miro hacia el patio. Sonia, la madre de Olaya, está con un grupito de niñas de la clase. Y me siento mal por mi hija. Porque de alguna manera, con nuestros líos, estamos complicando su vida. Y no debería ser así.

—Ven, vamos a hablar con Sonia.

Lucía me mira esperanzada.

—¿En serio? ¿Puedo?

—Sí. Pero tendrá que ir papá a buscarte a su casa.

—Bueno, vaaaleee...

Sergio me va a matar. Pero al segundo me acuerdo que él antepone sus planes a los de cualquiera, y no tengo tiempo, ni ganas, de pedirle opinión.

Lucía se queda tan contenta con sus amigas y yo me voy sola a casa. Tenía ganas de aprovechar este rato juntas, antes de que se fuese todo el fin de semana, pero solo por la sonrisa de oreja a oreja con la que la he dejado vale la pena el sacrificio. Escribo escuetamente a Sergio contándole la situación y le mando la dirección de Olaya.

SERGIO: Me viene fatal

Pero vale

Pasaré sobre las ocho.

Menudo imbécil. Pero al menos, me libro de verle hoy. Siempre hay que encontrar el lado bueno de las cosas.

De camino a casa, paso por el supermercado y compro algo de cena. Antes me ha llamado Julen y hemos quedado en mi casa. Después de la semana que llevo, no me apetece arreglarme para salir. Y una peli y buena comida es tan buen plan como otro cualquiera. Me decido por cosas ricas para picar, sin complicarme demasiado, y me voy a casa a poner un poco de orden, antes de que Julen llegue y muera del susto.

Una hora antes de la cita, suena el timbre. Mierda. Estoy aún con el pelo empapado y en pijama y, aunque Julen ya me haya visto así, no quiero dar la impresión de que no me importa mi aspecto.

—Voy, voy...

Pero no es Julen quien espera al otro lado de la puerta.

—Sergio.

—Hola, Ana.

—¿Qué haces aquí? —Miro mi muñeca, pero me he quitado el reloj para

ducharme—. ¿Qué hora es? ¿Le ha pasado algo a Lucía?

—No, tranquila, no pasa nada. Vengo a recoger la maleta.

—Ah, perdona. Pasa.

Con el cambio de planes, se me había olvidado la maleta de Lucía. Voy a la habitación y la recojo, además de una muñeca y su mantita preferida.

—Toma. ¿Quieres una bolsa para esto?

—Eh... Sí, claro, vale.

Voy a la cocina a recoger una y oigo como Sergio me sigue.

—Toma.

—Gracias.

Pero no se va. Se queda plantado delante de mí, mirándome.

—¿Necesitas algo más?

—Quiero hablar contigo, Ana.

—No tenemos nada de lo que hablar.

—Es de Lucía.

Suspiro, inquieta.

—De acuerdo, hablemos.

Vamos al salón y espero que Sergio se sienta para ponerme en el lado opuesto del sofá.

—Tú dirás.

—A ver... —Sergio se rasca la cara, nervioso—. Creo que este acuerdo al que hemos llegado con Lucía no funciona...

—Tendremos que hacer que funcione. Es lo que hay.

—Creo que deberíamos cambiar todo esto...

—Sergio. No. Esto no se puede cambiar. ¿Vas a hablar con el juez para que cambie de opinión? Esto no es un negocio. Es el previo a la sentencia de divorcio.

—No me estás entendiendo. Eso es lo que quiero cambiar.

—¿La sentencia?

—El divorcio.

—No te entiendo.

—Ay, Anaïs... —Sergio me sonríe, y yo cada vez entiendo menos—. Quiero cambiarlo todo. Todo. Romper los papeles. Lo único que no quiero cambiar es estar con vosotras.

—Mira, Sergio, déjalo, de verdad...

Esto debe de ser una broma. Me levanto y voy hacia el pasillo que lleva hacia la puerta.

—Espera, Ana. —Sergio se pone delante de mí antes de que pueda abrir la puerta—. Estoy hablando en serio. Todo este tiempo que he estado fuera me ha servido para pensar y no quiero hacer esto.

—Es demasiado tarde, ¿no crees?

—No lo creo, no. Sé que he hecho las cosas muy mal, pero no me daba cuenta de lo que me estaba perdiendo.

—Pues es una pena.

—Ana, las cosas se pueden arreglar. Quizá no inmediatamente, pero si nos empeñamos, seguro que podemos.

Vuelvo a sentarme en el sofá. Esto me está sobrepasando.

—Cariño, tenemos una historia sólida y sé que he metido la pata, pero no quiero que Lucía crezca sin una familia. Podemos conseguirlo. Siempre nos hemos querido, ¿no?

—Sergio...

—He tenido un desliz, lo reconozco, pero a lo mejor, en algún momento, puedes perdonarme. Esperaré lo que haga falta.

—¿Desliz? Tú me dijiste que era algo más.

—Ahora eso da igual.

—Dime una cosa, ¿has estado esta tarde con ella? ¿Y ayer?

—¿Eso que tiene que ver? Ahora estamos hablando de nosotros.

—Precisamente por eso quiero que me contestes.

—¿Para qué quieres saber eso?

—Contéstame, Sergio. Y no se te ocurra mentirme.

—No. No he estado con ella. Hace dos semanas que no estoy con ella. Me fui de viaje para aclararme las ideas, y ahora las tengo más claras que nunca. Os quiero a vosotras, cielo. Siempre os he querido con locura. Y eso no va a desaparecer.

Me froto los ojos, agotada. Jamás habría esperado esto de Sergio, y menos aún esta declaración de intenciones tan modesta, tan poco él. Aunque supongo que todo el mundo cambia, igual que me ha tocado cambiar a mí. Lucía... Sé que debo hacer lo mejor para ella, y quizá crecer sin su padre al lado no sea la mejor de las opciones.

Suspiro. Sé que he tomado una decisión importante. La que quizá, me temo, menos le guste a nadie.

\*\*\*

—Perdona, preciosa, estaba reunido. Acabo de leer tu mensaje. ¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo... —Cuando oigo la voz animada de Julen siento pena por mí misma—. ¿Lo podemos dejar para otro momento?

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, es que me ha surgido un imprevisto con Lucía.

—¿Te puedo ayudar en algo? Solo tienes que pedirlo...

—No, no te preocupes. Pero ahora tengo que ocuparme de esto.

—Vale, no insisto. —Suspiro, aliviada—. Pero si necesitáis algo, no dudes en llamarme.

—Gracias, Julen, ahora no te puedo explicar... Pero lo haré.

—Anaïs, no tienes que disculparte, de verdad. —Me lo imagino sonriendo y se me cae el alma a los pies—. Te escribo luego a ver qué tal vais.

Cuelgo, algo decepcionada, y me masajeo las sienes. El que empezaba como un fin de semana de relax, se ha convertido en un viernes negro. Respiro hondo y decido enfrentarme con el destino, que me espera con una sonrisa de

esperanza al otro lado de la puerta del salón.

\*\*\*

—¡¡Anaïs!! ¡Por fin te has animado! —Una sonriente Clara corre a mi encuentro y me sorprende con un abrazo—. ¿Cómo estás?

Evito decirle que estoy hecha un lío, que no sé ni quién soy, y que si he venido al final es porque no quería darles un plantón—. Pues... un poco nerviosa, la verdad.

—Que no, mujer, ni que fuese una cita a ciegas. Ya verás cómo lo pasas bien. —Me coge del brazo y me da unas palmaditas de ánimo—. Vamos, te presentaré al grupo.

Como me asegura Clara, me encuentro muy cómoda casi al momento de conocerlos. El grupo, como ella dice, se compone de un variopinto conjunto de personas que, aunque en un principio puedan parecer incompatibles, se llevan a las mil maravillas. Elisa, una mujer de sesenta años que parece haber salido del festival de Woodstock, me cuenta su vida resumida en un momento.

—Éramos una pareja muy feliz, pero se nos ocurrió prejubilarnos a los dos. Y no hay nada peor que tener que convivir veinticuatro horas con una persona sin tener otra vida independiente en la que poder refugiarte. Al pasar tanto tiempo juntos, nos dimos cuenta, no solo de que no teníamos nada en común, sino que además no nos aguantábamos. —Suelta una carcajada y me contagia su buen humor—. Quién me lo iba a decir a mí, divorciarme casi en la tercera edad... Si lo hubiera llegado a saber antes le habría dado otra alegría al cuerpo.

—¿Y hace cuánto pasó?

—Cinco años.

—Vaya historia.

—Pues sí, hija, ya ves como es la vida. Pero he estado muy ocupada desde entonces, no te creas. Aproveché para apuntarme a yoga, a manualidades, a un

taller de bisutería... Y he pasado de ser una empleada de banca aburrida a montarme un huerto ecológico. De aquí a la plantación de marihuana va un paso.

Pongo cara de sorpresa y ella se ríe.

—A tanto no llego, pero oye, que dicen que es muy relajante... —dice, guiñándome un ojo.

—Sí, eso he oído yo...

Comemos cocido en un sitio típico del centro. Otro de los integrantes del grupo, Rodrigo, me cuenta que todos los jueves van allí.

—Venimos los que podemos, pero ya se ha convertido en una tradición. Al final nos hemos convertido en una gran familia que crece cada vez más.

La comida me sirve como terapia. No es como yo pensaba, sino simplemente un grupo de amigos que disfrutan de la compañía de los otros. Y de eso estoy muy necesitada últimamente. De gente que no se interese por los detalles escabrosos de mi vida en ruinas.

—Me tengo que marchar. —Me despido de todos y abrazo a Clara—. Sergio va a recoger a Lucía y he quedado con ellos para ir a merendar.

Clara asiente, sin preguntar nada.

—Me ha encantado que vinieras. El fin de semana hemos planeado una escapadita a la sierra. ¿Te apuntas?

—Ya me gustaría... Pero tengo prueba de vestido. Mi amiga Cloe se casa y soy una de sus damas de honor.

—¿En serio? Pensaba que eso no se hacía en España.

—Pues ya ves... Boda a la americana. —Sonrío, resoplando—. Menos mal que al menos ha tenido buen gusto con los vestidos...

—Bueno, pues entonces otra vez será.

—Claro, me apunto a la siguiente. —Hago un gesto de despedida a los demás, que son todo sonrisas—. Nos vemos en el cole.

\*\*\*

—¡Mamaaaaaaaá!! —Lucía berrea llamándome justo cuando estoy pintándome las pestañas y estoy a punto de sacarme un ojo.

—¡¿¿Qué pasa??!! —grito, mientras un lagrimón resbala por mi mejilla.

—Papá quiere saber qué abrigo me pongo.

Resoplo, impaciente. A pesar de haberme levantado con tiempo, llego tarde a la prueba de los vestidos, pero parece que a nadie más le importa.

—¡El rosa!

Termino de arreglarme como puedo y recojo el bolso y la chaqueta.

—Un beso, cariño. —Abrazo a Lucía y le subo la cremallera—. Me voy, que no llego.

—Espera, bajamos contigo. —Sergio sale de la cocina metiendo una botella de agua en su mochila—. ¿Llevas todo, hija?

—Siiii, papá —dice Lucía, poniendo los ojos en blanco. Pero, ¿dónde aprende esta niña esas cosas? —¡Vámonos ya!

—Valeee, valee, señorita impaciente...

En el ascensor, me desespero por encontrar las llaves del coche.

—Pero si estaban aquí... —digo, revolviendo el bolso.

—¿Has mirado en los bolsillos, mamá?

Efectivamente, las llaves están en el bolsillo de la chaqueta. Las saco con gesto triunfal y Lucía resopla, con gesto de suficiencia.

—Estás hecha una listilla, ¿lo sabías? —le digo, haciéndole cosquillas.

En cuanto el ascensor abre sus puertas en la planta baja, le doy un beso a cada uno y bajo al garaje. Se la ve feliz con su padre. Espero no tener que arrepentirme de mis decisiones, porque ya no sé cómo acertar.

\*\*\*

—Perdón, perdón, perdón. —Llego sofocada y hecha un manojo de nervios. He tenido que aparcar lejísimos de la tienda y llego muy, muy tarde. Tiro mis cosas de cualquier manera junto a las de las demás y beso a Cloe.

—Ya pensaba que no venías.

—No te haría eso y lo sabes. ¿Ya están todas?

—Sí, se están poniendo los vestidos. —Cloe me coge del brazo y me guía a un probador libre—. Espérame aquí. Avisaré para que te traigan el tuyo.

En cuanto tengo el vestido dentro del probador, me apresuro a desnudarme. No sé dónde están las demás, pero estoy convencida de que ya habrán terminado. Me meto como puedo en el traje que ha elegido para mí y, aunque el sujetador que llevo no es el más adecuado para este estilo de prenda, me sorprendo cuando veo mi reflejo en el espejo. No recordaba que me sentase tan bien. No sé si serán los últimos arreglos, o que hoy tengo mejor cara que el día que me lo probé por primera vez, pero el tono ciruela que Cloe eligió parece resaltar mis rasgos, aunque en un principio no lo tuviese tan claro. Doy una vuelta para asegurarme de que todo está perfecto y salgo del probador.

—Wowww, estás genial. —Annie, delante del espejo de la sala principal, me mira de reojo y levanta el dedo pulgar en señal de aprecio.

—No te muevas —le dice una de las empleadas de la tienda, que se afana en ponerle alfileres por toda la cinturilla—. Enseguida acabo.

—Por fin he podido quitarme todos los kilos que me sobraban del embarazo. —Sonríe, disculpándose—. Aunque no sé si era el mejor momento...

—Tranquila. —La encargada de la tienda sonríe ante su apuro—. Más difícil es agrandarlos... Y créeme que pasa más veces. Te quedará perfecto para la boda.

—¿Dónde están las demás?

—Están fuera, con Cloe.

—Voy. Te veo ahora.

Con paso inseguro, me encamino a la sala de fuera. Los zapatos, también sin estrenar, resbalan bastante. Pero no es ese el motivo de mi inseguridad. Allí fuera estarán Sofía y Nel, y hace ya diez días que no las veo ni hablamos una palabra.

—Hola —digo escuetamente cuando llego.

—Hola. —Saludan las dos.

Cloe me mira encantada.

—¡Estáis guapísimas! ¿Os gustan?

—Claro que sí, es precioso. Y cómodo —Digo, sin poder parar de hablar.

—¿Te hace falta algún arreglo más?

—Creo que no.

Cloe da una vuelta alrededor de mí, estudiando el vestido. Sofía y Nel miran hacia otro lado.

—Sí, está perfecto. Pues nada, eso es todo entonces... Volveremos cuando esté listo el mío. ¿Nos vamos a tomar algo?

—Claro, pero, ¿no esperamos a Annie?

—Aquí estoy. —Sonrío al verla caminar como un robot con ayuda de la dueña de la tienda—. Creo que con estos arreglos quedará perfecto. Aunque ahora no sé cómo me lo voy a quitar...

\*\*\*

—¿Pero se puede saber qué os pasa? —Cloe, harta de las pullas que nos hemos soltado desde que hemos llegado al bar, nos mira a Sofía, a Nel y a mí con el ceño fruncido.

—Nada —murmura Nel. Sofía y yo solo negamos con la cabeza.

—Pues para no pasaros nada, estáis de lo más simpáticas.

—Pregúntale a Anaïs.

Todas me miran al momento.

—Oh, por Dios. Ahora voy a ser yo la mala y todo. —Suspiro, quitándome el pelo de la cara—. Si no te gustó lo que te dije, lo siento, pero sobrepasaste el límite. Y lo sabes.

—¿Qué le dijiste, si puede saberse?

Me encojo de hombros. A decir verdad, no recuerdo bien las lindezas que le solté a ella y a Sofía, pero entre los cócteles y lo harta que me tenían me

imagino que cualquier cosa.

—Pues entre otras cosas, básicamente le dijo que era boba.

Cloe me mira con sorpresa.

—¿Y por esa tontería estás enfadada?

Nel no contesta, pero parece una niña con una pataleta a la que está regañando su madre.

Ante nuestro asombro, Cloe y Annie comienzan a reírse como unas locas.

—¿Y ahora, se puede saber qué te pasa? —pregunta Sofía, sin entender.

—Ay, Sof, la verdad... —Se seca las lágrimas e intenta calmarse—. No sé si yo me atrevería a decirle algo así a Nel. Con la mala leche que se gasta... Tienes huevos, bonita.

—Muy graciosa.

—Lo siento. —Cloe no puede parar de reír—. Pero es que Nel, cariño, a veces te pones muy pesadita.

—Dile por qué me llamaste boba.

—Porque... Bueno, ellas pensaban que me había enamorado de Julen.

Cloe nos mira sorprendida.

—¿Y eso sería tan malo?

—Cloe, por favor, que no estamos en una de tus novelas... Ya sabes cómo es Julen.

—Pues sí, lo sé... Pero también pensaba que sabía cómo era Caleb y me enamoré de él... Hasta los huesos. Y míranos ahora.

—Eso no tiene nada que ver.

—Sí que lo tiene, Sof. Julen y Anaïs pueden hacer lo que les dé la gana y no daros ninguna explicación. ¿Por qué no les va a salir bien? En el fondo Julen es un buen tío. Dejad de comportaros como la madre superiora y disfrutad un poco.

—No es esa la cuestión. La cuestión es que nos lo ha ocultado.

—Yo no soy la única que oculta cosas...

—Vale, chicas, por favor. Me caso dentro de un mes y no quiero que mis

damas se tiren de los pelos en medio de la ceremonia. Haced el favor de pedirnos perdón y olvidaros de esto, anda.

Con su buen hacer, Cloe consigue que nos acabemos riendo de las aventuras con su suegra. Un poco antes de la hora de comer, se despide de nosotras.

—Tengo comida familiar. Empezaré mal si llego tarde.

—Espera, me voy contigo. —Me levanto y, al ir a despedirme, decido ser sincera con ellas—. Chicas, la semana que viene me voy de viaje. Os lo cuento por si os entra ese instinto detectivesco que os ha dado últimamente.

—¿Con Julen? —pregunta Nel, que no puede estar calladita ni debajo del agua, a pesar del repaso que le ha dado Cloe.

Suspiro y me coloco la chaqueta, preparada para soltar la bomba.

—Con Sergio. Me voy con Sergio y Lucía a Euro Disney.

—¡¡¡¡¡Queeeeeé????!!! —gritan al unísono, haciendo que todos los presentes en el bar se den la vuelta.

—Anaïs, no te digo esto para meterme en tu vida, es un consejo profesional. No me parece un buen momento, en medio de una demanda de divorcio, aunque tengamos que intentar llegar a un acuerdo amistoso. Eso es pasarse.

—Lucía sueña con ese viaje desde la Navidad pasada. Y queremos cumplir su sueño. —Me encojo de hombros y miro sus caras compungidas—. Debo hacerlo. Es la única oportunidad que le voy a dar a Sergio de demostrarnos que vale la pena volver a intentarlo.

—A ver, a ver, a ver... —Sofía se levanta, indignada—. ¿Vas a volver con él?

—Voy a comprobar si se lo merece.

Aprovechando que, por una vez, he conseguido dejarlas sin habla, doy media vuelta y me encamino hacia mi coche.

## CAPÍTULO XIV

### SOFÍA

—¡Espera, Anaïs! —me levanto, pero Cloe me agarra del brazo.

—Déjala.

—¿Pero cómo voy a dejarla? ¿Tú sabes lo que va a hacer?

—Sus motivos tendrá.

—Déjate de cuentos, Cloe. La ha engañado. EN-GA-ÑA-DO. ¿No te acuerdas? No creo que haya pensado bien esta decisión.

—Si no he oído mal, todavía no ha tomado ninguna decisión —dice Annie, casi susurrando—. Todo el mundo merece una segunda oportunidad...

—¿Pero vosotras dos de dónde habéis salido? —Nel no puede más y escupe sus palabras—. Baja de las nubes, bonita: el que la hace, la repite. Es así de claro.

—Aún así, nosotras no somos quien para meternos en su vida.

—¿Y entonces quien puede, eh? Que somos sus amigas de toda la vida. —Estoy verdaderamente molesta con todo esto—. Anaïs siempre me ha contado todo y yo a ella. ¡Siempre! Desde que éramos unas crías. Y creo que le viene bien saber la opinión de los demás, porque no hay más ciego que el que no quiere ver.

—Quizá debe aprender a ver las cosas ella sola.

—Y dale. —Me siento derrotada—. Que sí, que ya es mayorcita y todo eso, pero yo solo intento que no sufra. ¿Es eso malo?

—Sof, cariño. —Cloe se sienta a mi lado y me abraza—. Ya sé que quieres lo mejor para ella, pero quizá es el momento de que lo descubra ella sola.

—Pero...

—Anaïs es una tía inteligente. No la tratéis como una niña. Aunque sea de naturaleza inocente, no creo que vaya a hipotecar su vida por algo que no merece la pena.

—Si tú lo dices...

—Solo necesita que la apoyemos. Y que sepa que estamos ahí, tome la decisión que tome.

Me quedo callada. Quizá Cloe tenga razón. En estos días que hemos tenido estos encontronazos, hemos perdido la esencia de lo que nos hacía amigas. Siempre he tenido en Anaïs una cómplice, una compañera de risas y aventuras y un hombro en el que llorar. Y eso, al final, es lo único que importa.

En cuanto me despido de las chicas la llamo. No me sorprende que no me lo coja. Me lo merezco.

Le mando un mensaje sincero y a corazón abierto, acompañado de una foto de cuando éramos pequeñas e inseparables. Y es lo máximo que puedo hacer por ahora. Sigo el consejo de Cloe de darle espacio y cruzo los dedos para que, aunque no me conteste, pueda arrancarle una sonrisa y ablandarle el corazón. Porque desde hace un rato, cuando me he dado cuenta de la situación, mi mayor miedo no ha sido que se equivoque. Mi mayor miedo es perder a mi eterna amiga para siempre. Y eso sí que no me lo perdonaría.

Me doy un paso por la calle para despejarme. Debería estar ya en casa de mis suegros, pero es lo que menos me apetece en estos momentos. Al final, en un ataque de pasión, de ganas de liberarme de todo esto y no pensar en nada más, cojo de nuevo el móvil y escribo dos simples palabras cargadas de significado.

SOFÍA: Quiero verte

La respuesta no se hace esperar.

JASON: Tengo un descanso para comer  
Donde siempre?

Desde hace un par de semanas nos encontramos en un hotel de las afueras. Podría parecer un sitio impersonal pero, tras las idas y venidas de gente que estaba de paso en Madrid, nosotros hemos encontrado el refugio que necesitábamos, lejos de miradas curiosas, con la reconfortante intimidad que se encuentra al rodearse de extraños que te ignoran.

Llego cinco minutos antes que él. Corro las cortinas y me desnudo bajo las sábanas. Me muero por sentirle junto a mí de nuevo, como si fuese la primera vez, o la última.

Llama con los nudillos a la puerta y corro a abrir así, tal cual, sin ningún disfraz. Sin mediar palabra, tiro de su abrigo y le meto en la habitación.

—Ya estaba impaciente... —Susurro, pegada a su oído.

Él no se hace de rogar. Le ayudo a quitarse el jersey mientras me devora la boca. Me aprisiona entre la puerta y su cuerpo, acariciando mi espalda. Acierto a encontrar la cinturilla de su pantalón y bajo la cremallera.

—Por favor, no aguanto más...

No me hace rogar más. Se baja los pantalones y los bóxers y me abrazo con las piernas a sus caderas. Cuando entra en mí, sin miramientos, toco el cielo. Siento la frialdad de la puerta en mi espalda y el calor de su pecho contra mi piel. Muerdo su hombro mientras me embiste sin ningún cuidado, hasta hacerme casi gritar de placer.

—Así...

Llegamos al clímax juntos, elevándome sobre sus caderas una y otra vez. Me recuesto sobre su hombro, intentando normalizar la respiración y cierro los ojos, agotada. Pero inmensamente feliz.

—Eres preciosa, Sofía... —me dice, sin salir de mí. Me lleva hasta la cama, donde todo vuelve a empezar de nuevo...

\*\*\*

—¿A qué hora sales?

Después de aquella hora de ensueño, vuelvo a la vida normal.

—Probablemente en dos horas esté fuera. ¿Sabes algo de los niños?

—He llamado a tu madre y me ha dicho que se los lleva al parque. Ahora iré para allá.

—Vale. Te llamo cuando salga. Si todavía estáis allí me paso a buscaros.

Cuelgo el teléfono y me doy cuenta de que tengo un mensaje de Anaïs. Cruzo los dedos para que, con un poco de suerte, haya podido cerrar un poco la brecha que se ha abierto entre nosotras.

ANAÏS: Gracias, AMIGA

Te prometo que hablaremos

Dame tiempo

Me dan ganas de salir corriendo, de buscarla y gritarle que no haga la locura que está a punto de hacer. Pero me contengo. Debo darle ese tiempo que me pide, dejar que se equivoque y sufrir mucho por ella estos días que estará lejos.

\*\*\*

—Buenos días —digo distraída, mientras dejo las cosas en la sala de descanso. Pero mi voz resuena en toda la oficina sin respuesta. Algo extraño, porque he llegado casi con el tiempo justo.

Aprovecho mientras se enciende el ordenador para preparar café. Lorena no suele llegar con demasiado tiempo, pero es extraño que no llegue a la hora. La llamo, pero su móvil está apagado.

Me llevo el café a la mesa y comienzo a organizar el trabajo del día. No hay demasiado pendiente, así que aprovecho para contestar unos correos

postergados y preparo todo lo que hay que llevar a correos. Vuelvo a llamar a Lorena, pero su móvil sigue igual. Decido encender su ordenador, para que no pierda tiempo cuando llegue y respondo una llamada que entra en el teléfono de su mesa. Me entretengo con el cliente que llama y resuelvo algunas dudas que teníamos con unas nóminas.

A las once la oficina sigue desierta y me empiezo a preocupar. No es normal que Lorena no avise si le pasa algo. Y Nacho tampoco está. No quiero imaginarme nada entre ellos, pero ahora mismo ya no me parece una mera casualidad que ninguno de los dos esté aquí. En muchas ocasiones Nacho pasa la mañana fuera visitando clientes, pero siempre nos avisa previamente por si necesitamos hablar con él.

A las doce, ya estoy atacada. He llamado quinientas veces a sus móviles y otras cuantas a ambas casas, pero no he obtenido ninguna respuesta. Cuando estoy a punto de llamar a todos los hospitales de Madrid, la puerta se abre. Lorena aparece como un fantasma, demacrada y con cara de no haber dormido nada.

—¿Estás bien? —Me levanto de un salto y voy hacia ella, que no contesta—. Ven, siéntate, anda.

Consigo que se siente en su silla y le traigo un vaso de agua.

—¡Menudo susto que me has dado! He estado llamándote toda la mañana...

—Susto el mío... —responde Lorena, casi en estado de shock.

—Pero, ¿qué te ha pasado?

Lorena niega con cara de incredulidad.

—Que me han detenido.

—¿Qué?! ¿Se puede saber de qué estás hablando?!

—Hemos pasado la noche en el calabozo.

—Pero, ¿qué...?! —De repente caigo—. ¿Tú y quién más?

—...Nacho.

—A ver, Lorena... Tranquilízate. —Todo esto es más que surrealista, pero, a juzgar por su expresión, sé que no me está tomando el pelo—. Cuéntamelo,

anda.

Lorena se frota la cabeza pensativa y, ante mi sorpresa, se tapa la cara, lamentándose.

—¡Ay, Sof! ¡Qué vergüenza! ¡Me han detenido en medio de la calle!

—Pero, ¿qué habéis hecho?

Se asoma entre los dedos de su mano y vuelve a taparse.

—Haz el favor y deja de comportarte como una niña.

—Me da una vergüenza terrible contarte esto.

Se levanta y la sigo a la sala de descanso. Le preparo un café y, algo más tranquila, nos sentamos a la mesa.

—Pues, verás... —Estudia mi expresión, insegura—. Tienes que prometerme que no se lo vas a contar a nadie, ¿vale?

—Claro, no te preocupes.

—Ni a tus amigas ni a nadie.

—Tú también eres mi amiga, Lorena. Te lo prometo.

—Pues el caso es que... Ayer, después de pasar todo el fin de semana esperando a que me llamase, al fin me decidí y tomé la iniciativa. Como tú me dijiste. Y resulta que no me había llamado porque se encontraba un poco mal. Así que hablamos un rato por teléfono, le propuse llevarle a su casa algo de cena y un poco de compañía. Y me dijo que sí. —Una leve sonrisa aparece en el rostro de Lorena y se ruboriza—. Y eso, que me fui a su casa, y estuvimos genial, pero no pasó nada. Al final me harté y le dije que me iba, que siendo domingo y todo eso no quería trasnochar y... En fin, una cantidad de sandeces que ni te imaginas. —Sonrío al imaginar a Lorena, con la verborrea crónica que sufre cuando se pone nerviosa, poniendo a todos la cabeza con un bombo—. Nacho insistió en acompañarme y de camino a mi casa... —Vuelve a taparse la cara con las manos y resopla. —Ay, Sofía, no sé lo que me pasó. Me volví loca, con sus gafitas, su jersey azul, sus vaqueros perfectos... Dios mío, soy una loba...

—¡Pero quieres seguir!

—Vale, vale. Pues eso, que le paré en medio de la calle, le dije que me estaba poniendo cachonda perdida y una serie de burradas que no voy a repetir, y le besé en plan devora hombres. Y de lo último que me acuerdo es de estar medio desnuda encima del capó de un coche con Nacho encima, dándolo todo.

—¡¡En medio de la calle!!

—Lo que oyes.

—Wowww... —Alucino con Lorena. Bueno, de Lorena me lo creo más, pero de Nacho... Madre mía, vaya tela.

—No visualices, que nos conocemos y sé que estás visualizando.

—Lo que estoy es flipando, bonita.

—Porque todavía no te he contado lo peor. —Resopla, ahora roja como un tomate—. Como no había coches en toda la calle, tuvimos la mala suerte de elegir justo el de un tío borde que se puso como un histérico cuando nos vio allí... Ejem... Haciendo eso. Nos amenazó y gritó y de todo. Pero no podíamos parar. Llamó a la policía y, como tenemos una suerte que no veas, resulta que había un coche patrulla muy cerca. Así que cuando llegaron encontraron a Nacho casi desnudo y liado a puñetazo limpio con el tío. Y a mí con un ataque de nervios, claro.

—¿También en pelotas?

—Pues no, menos mal, ya solo habría faltado eso. Al final salieron hasta los vecinos y cuando la policía se enteró del motivo de la pelea nos detuvo a los tres y a nosotros nos acusó de escándalo público.

—¿Y Nacho? ¿Está bien?

—Sí, un poco magullado nada más. Se ha ido a casa. Tenía roto el jersey y ha perdido las gafas.

No digo nada. Me doy la vuelta para servirme un café y entonces aprovecho. Me tapo la boca disimuladamente y rezo para no soltar una carcajada.

—¿Me puedes poner otro café, porfa?

—Mm, mm.

—¿Sofía?

No puedo contestar. Ni moverme. Se me saltan las lágrimas. Me duelen las mandíbulas. Y como siga así, me hago pis encima...

—¿Sofía? —repite Lorena—. ¿Estás bien?

Me tapo hasta la nariz, en un intento de no explotar. Pero no puedo más.

—¿Qué te pasa? —Siento la mano de Lorena en mi hombro—. ¿Estás llorando? ¿Es eso?

No puedo aguantarlo más. Suelto una carcajada que resuena en toda la sala y tengo que ponerme en cuclillas porque no me puedo mover. Y necesito ir al baño. Con urgencia.

—¡Eres idiota! ¡¿Tienes idea de lo mal que lo he pasado?! ¡Y tú ahí, descojonada!

—Perdona, perdona, perdona —digo, cuando me lo permiten las carcajadas—. He visualizado, perdona.

—Serás... —Me pega sin ganas en el hombro y se calienta otro café—. Si lo llego a saber no te digo nada.

Oímos la puerta de entrada... Y casi de inmediato aparece Nacho, tan demacrado como ella. Baja la vista para ver qué hago en la postura del Caganer[38], y mira a Lorena, interrogante.

—¿Se encuentra mal?

—No, hijo, no, no se encuentra mal.

—¿Y qué le pasa?

—Que es idiota, nada más.

Me consigo levantar del suelo y los miro a los dos. Cierro la boca con fuerza, mientras se me saltan las lágrimas.

—Nooo, Lorena, ¿Se lo has contado? ¿Estás loca? Nos martirizará con esto de por vida.

Y al ver la cara de inocente de Nacho y la de Lorena, encendida como una bombilla, decido echarme una carrerita hacia el baño o yo también voy a tener que avergonzarme de algo esta mañana surrealista.

## CAPÍTULO XV

### ANAÏS

—¡Mira, mamá! ¡Es precioso! —Lucía admira extenuada el palacio de Cenicienta. De noche, los juegos de luces y los fuegos artificiales dan la impresión de estar dentro del cuento. Sonríe al ver la felicidad en sus ojos.

—¿Quieres que nos acerquemos más o estás cansada?

—Quiero, quiero.

Sergio sonrío, agotado. Llevamos todo el día paseando por el parque y, aunque estamos disfrutando al máximo de la alegría de Lucía, los dos tenemos ganas de descansar. Pero me temo que a ella le queda combustible para rato.

—De acuerdo, cariño, pero después hay que ir a cenar.

—Jooo...

—Mañana estaremos todo el día aquí de nuevo, así que hay que guardar energías. Venga, que te dejamos elegir la cena.

La niña se deja convencer y elige una hamburguesa. Cuando conseguimos encontrar una mesa libre en el restaurante americano del hotel, los pies me arden, pero aplaudo con mi hija a las princesas que se presentan en nuestra mesa y se hacen fotos con ella. Cuando pedimos el postre, está tan cansada que no puede ni levantar su helado.

—Venga, cariño, vámonos a la habitación.

—¿Tan pronto? Pero aún no he visto a Elsa, mami...

—Mañana tendremos tiempo de todo eso, cariño, no te preocupes. —Se sube

en mis brazos y se acurruca con docilidad contra mi pecho—. Pero si no nos vamos a dormir pronto, mañana estarás tan cansada que no querrás hacer nada.

Me entra una ternura infinita al darme cuenta de que se ha quedado profundamente dormida, agarrada a mi jersey. Subo con ella en brazos, no sin esfuerzo, a pesar de la insistencia de Sergio para ayudarme.

—Madre mía, pensaba que no llegaba —digo, cuando consigo meterla en la cama.

—Está muy mayor ya para llevarla en brazos.

—Es muy pequeña todavía, Sergio. Es normal que esté agotada.

Sergio se encoge de hombros y no dice nada. Sé que lo hace por no discutir y se está convirtiendo en una costumbre desde que llegamos. Agradezco el esfuerzo, pero tampoco me parece natural que las conversaciones se acaben sin que podamos dar nuestro punto de vista porque eso suponga una discusión.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta Sergio, estudiando el contenido del mini bar. —¿Una copa?

Me sorprende su pregunta. Habitualmente, Sergio es un agarrado que no quiere gastar ni en una botella de agua en los hoteles porque son cosas que, como él dice, se compran en cualquier supermercado por una tercera parte.

—No, solo tengo ganas de tumbarme. —Me quito las botas y siento un alivio casi inmediato en los pies—. No sé si voy a aguantar el resto del viaje.

—Te dije que trajeses calzado cómodo. —Me regaña Sergio.

Me dejo caer boca arriba sobre la cama y, para mi asombro, Sergio se sienta en el borde, pone mis pies en su regazo y comienza a hacerme un masaje.

—Mañana te compras unas zapatillas de Minnie y asunto arreglado.

Sigue masajeando mis pies enérgicamente y me doy cuenta de que, en todo el tiempo que llevamos juntos, es la primera vez que lo hace. Recuerdo que durante el embarazo de Lucía, cuando mis pies no cabían en ningún zapato, me llegó incluso a decir que le daban repelús y no me los podía tocar. Ver para creer.

—¿Te gusta?

—Mmmm. —Cierro los ojos y no oigo nada más. Sergio toma mi respuesta como afirmativa, porque su masaje va subiendo por mi pierna. Pero lo que parece un intento de ser sexy y atento a mí me está dejando como un bloque de hielo. No es que no valore su esfuerzo, pero no sé si estoy preparada para tanta atención. Necesito volver a centrarme en esta relación, volver a tener la confianza que hemos perdido. Volver a empezar.

Muevo mi pierna lo más delicadamente posible y me siento en el borde de la cama.

—Me voy a poner el pijama. No puedo más.

—Claro. —Aunque su cara de decepción dice bastante más.

El día siguiente está lleno de sorpresas. No solo para Lucía, que disfruta de lo que ve a cada paso. Sergio parece haberse contagiado del espíritu de Disney. Cuando suena el despertador para avisarnos de la hora del desayuno, aparece con una caja de zapatos decorada con dibujos de la película de Cenicienta. Dentro hay unas zapatillas de deporte transparentes, como si fuese el mítico zapato de cristal modernizado.

—Zapatos para mis princesas —anuncia muy serio. Le da a Lucía un par idéntico de niña, que se prueba embelesada. Y yo, todavía sorprendida por los detalles de mi todavía marido, no puedo dejar de pensar si es posible que alguien cambie tanto de la noche a la mañana.

Durante el resto del día, mientras Lucía está entretenida asistiendo a varios espectáculos, Sergio enlaza su mano con la mía y me sonrío tímidamente. Intento relajarme y llevarlo con naturalidad, pero no puedo evitar sentirme tensa.

—Había pensado que podríamos alargar el viaje y visitar París.

—No he pedido más días en el trabajo.

—¿Y no puedes llamar? Con un día más podríamos ver lo más importante y cenar en algún bistró a la luz de las velas...

—Te olvidas de Lucía —susurro, para que la niña no nos oiga—. No creo

que le seduzca la idea de patearnos París y menos de una cena romántica... A no ser que cambies el bistró por una hamburguesería con parque de bolas.

—Tienes razón. Lo dejaremos para más adelante. Podemos hacer una escapada tú y yo solos.

Y no sé, pero lo de «solos» creo que no me hace tanta ilusión como debiera. Y más cuando, fortuitamente, nos encontramos con un espectáculo de *Star Wars* y me acuerdo de alguien de quien no sé si me tengo que acordar. Porque no debo. Porque las comparaciones son odiosas y en ese momento, abstraída por el magnífico show que estoy presenciando, solo tengo ganas de llamarle y emocionarme con él.

Aquella noche, Lucía cae rendida como la noche anterior, pero esta vez casi no cena. Aprovechamos para pedir un tentempié para llevarnos a la habitación. Sergio se queda esperando el pedido mientras yo subo a Lucía. Mientras llega, me doy una ducha que me deja como nueva, a pesar de la paliza que llevamos encima.

Me quedo anonadada cuando salgo del baño. Sergio ha colocado la cena en el suelo de la habitación y está buscando cojines.

—Ven. Vamos a hacer un picnic.

Me lleva de la mano hasta mi sitio y saca de la nada unas copas y una botella de champagne.

—¿Y eso?

—Un extra en el menú. Ya que no podemos pasar por París, al menos disfrutemos de una cena mágica —dice, guiñándome un ojo, mientras brindamos.

Nos bebemos la botella de casi dos tragos. Después de un día agotador, resulta relajante notar cómo los músculos se van destensando con las ácidas burbujas. Sergio pide otra botella.

—Hagamos un brindis —dice, mirándome a los ojos—. Por todos los momentos del mundo como éste... Juntos.

Cuando nuestras copas chocan, no puedo evitar sentir vergüenza. No sé

cómo actuar en un momento como éste. Es como si fuera nuestra primera cita, como si estuviéramos conociéndonos de nuevo. Como si la vida nos diese la oportunidad de reescribir nuestra vida.

Hacemos el amor en absoluto silencio, metidos debajo del edredón, con sumo cuidado para no despertar a Lucía. Y mientras Sergio me acaricia, me besa y trata de darme un placer que no acabo de obtener, finjo que todo va bien de nuevo, que todo esto es la culminación ideal de un día perfecto y que me muero por sus besos. Aunque sea mentira. Aunque ya no sienta nada. Aunque esté otra vez metida en un bucle del que no sé salir. Porque ya no puedo hacer otra cosa.

\*\*\*

El viaje de vuelta resulta ser desastroso como no recuerdo otro. El cansancio de estos días, unido a un retraso del avión de casi dos horas por mal tiempo, vuelven a Lucía una niña irascible y tirana que protesta por todo. Sergio no está mucho mejor. Se queja de los precios de la comida del aeropuerto, de los tiempos de espera, de la supuesta poca cordialidad del personal de la aerolínea e incluso de la cara que ponemos nosotras por aguantar sus protestas. Ha vuelto el Sergio de siempre y, ante mi sorpresa, me doy cuenta de que lo estaba esperando.

Cuando llegamos a casa, no sé si me puede más el cansancio físico o el mental. Me cuesta casi una hora dormir a Lucía, que no quiere ir al colegio mañana. Al fin vuelvo al salón. Sergio me da un beso y baja la mano por mi espalda.

— ¿Nos vamos a la cama? —me susurra con voz sensual.

Y eso hacemos. Media hora después, cuando Sergio se queda profundamente dormido, me deshago de su abrazo y me vuelvo al sofá. Algo está mal. Algo me está taladrando el pecho, ahogándome poco a poco. Algo no funciona en todo este cuento de hadas que nos hemos querido crear. Porque todo es falso.

Porque los monstruos del armario no han muerto, solo han desaparecido, pero pueden estar acechando debajo de la cama. Ese miedo me va a acompañar todo el tiempo que pase junto a Sergio y no estoy segura de querer aguantarlo.

Repaso mentalmente el viaje, intentando encontrar la trampa, revisando todos sus gestos, todas las conversaciones. Y no encuentro el error. O quizá sí. Quizá el único error no venga de Sergio. Me siento desleal, me he fallado, estoy siendo infiel a lo que realmente pienso y deseo hacer. Y para mí, que ya he vivido otra infidelidad, ésta es quizá la peor de todas.

\*\*\*

Sergio me llama a media mañana.

— ¿Comemos juntos?

—Claro, pero hoy no saldré hasta un poco más tarde.

—No hay problema. Te paso a buscar y después de comer pasamos a recoger juntos a Lucía.

— ¿No tienes que trabajar por la tarde?

—Me la he pedido libre. Necesito descansar un poco más. Estoy realmente agotado.

Sé que esta es la ocasión que necesito. Quiero hablar con Sergio en un sitio neutral, contarle mis miedos, que me diga quizá que no debo tener dudas. Quedo con él en la puerta del trabajo y me paso el resto de la mañana ensayando lo que le voy a decir. Por un momento pienso en llamar a Sofía, pero no sabría ni por dónde empezar. Y sé que no es una buena idea. Ella no es precisamente imparcial con este tema y sé que, aunque después de nuestras discusiones va a intentar ser comedida, no va a poder evitar hablar mal de Sergio. Y no es lo que necesito ahora que tengo este lío en la cabeza.

Sergio está esperándome cuando salgo. Le observo a cierta distancia y recuerdo como me sentía cuando empecé a salir con él. El corazón se me salía del pecho al acudir a nuestras citas. Pero nada de eso aparece en mi pecho ni

en mi mente ahora. Solo esa sensación de ahogo, que no mejora cuando me subo al asiento del copiloto y me siento secuestrada.

— ¿Qué tal el día? —me pregunta mientras aparca al lado del restaurante. Se ha pasado todo el camino hasta aquí hablando con un compañero con el manos libres. Y para mí, que otras veces la misma situación me ha molestado sobremanera, ha sido más una liberación que otra cosa.

—Tranquilo, la verdad. —Me encojo de hombros. No tengo un trabajo precisamente apasionante y una vez que salgo, no necesito hablar de ello.

—Qué suerte. —Sergio suspira y sonríe cansado—. Yo llevo una mañana de locos.

Hacemos el pedido de la comida. Sergio me anima a pedir carne a la piedra, que sabe que me encanta, pero pido una simple ensalada templada de langostinos. No tengo hambre. Jugueteo con la comida, cambiándola de sitio en el plato, en silencio, hasta que Sergio llega a su límite de aguante.

— ¿No está buena?

—No tengo hambre.

El maldito nudo que me oprime la garganta y el corazón me está produciendo un dolor de estómago tal que hasta tengo ganas de vomitar.

—Si quieres pedimos otra cosa.

—No tengo hambre, de verdad.

—Tienes que comer algo. Aquí tienen postres muy buenos...

—Sergio, no es eso. —Trago saliva e intento armarme de un valor que no sé si tengo—. Vamos a hablar.

Por una vez en la vida, Sergio me escucha de principio a fin sin interrupciones, no sé si porque no entiende nada de lo que le estoy diciendo o porque cada una de las palabras que salen de mi boca le hacen pensar que tengo algo de razón y que él, en el fondo, piensa igual. Ahora mismo no me importan los motivos. Suspiro aliviada cuando termino. El nudo parece haberse aflojado considerablemente.

—Ana... No sé qué decir.

—No espero que digas nada. Aún no. —Bebo un poco de agua para tomar aliento—. Piensa en todo lo que te he dicho. Y si después de pensarlo detenidamente crees con sinceridad que es buena idea volver, lo intentaré. De corazón. Pero piénsalo con detenimiento.

Sergio se convierte desde ese momento en un autómeta. Pide la cuenta y abandonamos juntos el restaurante, cada uno en su mundo. Recogemos a Lucía y volvemos juntos a casa.

—Quiero salir un rato a correr —me comenta, mientras preparo la merienda a Lucía— Lo necesito.

—Claro. Ve.

Sergio se queda un momento frente a mí, mirándome fijamente, muy concentrado, como si estuviese estudiando cada uno de mis rasgos. Antes de irse, se acerca y me besa en la frente.

—Vuelvo pronto.

Pero no lo hace. Y no esperaba menos. A su vuelta, Lucía está a punto de acostarse. Se va con ella a la cama con la promesa de contarle un cuento muy largo de princesas y hadas, como le gustan a ella. Lucía duda unos momentos, pero cuando me mira, asiento con la cabeza y sonrío, animándola. Sé que a los dos les hará bien este rato juntos.

Veinte minutos después, oigo a Sergio salir de la habitación de Lucía.

—Ya se ha dormido —me dice, con una mezcla de sorpresa y orgullo por haberlo conseguido—. Me voy a dar una ducha.

—Haré algo de cena.

—Ligero, por favor. No tengo hambre.

En el fondo, la cena es una excusa para retrasar esa conversación que tenemos pendiente. Revolvemos la comida en nuestros platos, sin decir ni una palabra. Sustituyo el agua habitual por una botella de vino. Sergio me mira sorprendido, pero asiento en silencio cuando le ofrezco.

— ¿Qué tal habéis pasado la tarde? —me pregunta, no sé si porque no sabe qué decir o en un intento de ganar algo de tiempo.

—Bien. Hemos estado dibujando. ¿Y tú?

Sergio evita mirarme. Se encoge de hombros, con la vista clavada en la copa.

—He estado pensando.

Suspiro. Quizá es esta una de las conversaciones más difíciles de mi vida. Y eso que últimamente he tenido más de una.

—Me gustaría saber tu opinión. —Suelto, en un alarde valentía, al ver que él no dice nada más.

—Mi opinión... —Sergio se frota el puente de la nariz y cierra los ojos—. Después de lo que me has dicho, no sé qué pensar, Ana. —Cuando abre los ojos, los tiene llenos de lágrimas—. Yo... sé que la cagué, cariño. Sé que solo fue culpa mía, que me cargué tu confianza, que destruí todo lo que teníamos... Por eso no me había atrevido a contártelo, porque sabía que te destrozaría. Y nunca he querido hacerte daño. —Me coge una mano y le dejo hacer. Algo que hace un mes me habría horrorizado, ahora me parece la cosa más natural del mundo—. Cuando salí por esa puerta estaba dispuesto a empezar una nueva vida con otra persona... Pero no pude. Saber que os había dejado aquí me estaba matando. Y quizá confundí el amor con otra cosa, porque nada de lo que había allí fuera podía compararse a lo que dejé aquí dentro.

Asiento en silencio, sin poder evitar sentirme triste. Si hubiese escuchado todo esto aquél día que se marchó, quizá no estaríamos donde estamos ahora.

—Sé que te hice mucho daño con todo lo que te dije. Me dejé llevar por mi egoísmo. Por eso pensaba que no me dabas lo que yo merecía, que no intentabas acercarte a mí...

—Y no te lo daba, Sergio. Tenías razón.

—No, yo... Cuando te llamé sosa...

—Quizá tenías razón, no lo sé. —Bebo un poco de vino y noto como calienta mi garganta—. Yo nunca te podré dar lo que necesitas, porque quizá buscamos cosas distintas.

—Pero estos últimos días...

—Estos últimos días, Sergio, han acabado siendo un teatro donde tú y yo hemos actuado como si no hubiese pasado nada. Y sí ha pasado. Todo.

—Lo sé, y por eso me estoy sincerando...

—No solo ha pasado «eso» —le corto—. Yo también he vivido otra realidad durante este tiempo. Y aunque los primeros días estaba tan destrozada que no podía ni salir de casa, el resto del tiempo me he preocupado por sobrevivir. Al principio por Lucía, pero luego, principalmente, por mí misma.

—No sabes cuánto me duele lo que has tenido que pasar...

—Pues, ¿sabes? Creo que, después de todo, y de una manera irónica, ha valido la pena. Porque he pasado de sentirme una doña nadie a aprender que todas las mujeres podemos ser sexys, misteriosas, graciosas y provocadoras.

—Tú no eres una doña nadie.

—Ahora lo sé. Pero lo era, claro que lo era. Me sentía completamente eclipsada por ti. —Sergio intenta hablar de nuevo, pero le hago un gesto para que no me interrumpa—. Nunca fue culpa tuya. Era solo culpa mía porque allí, parapetada tras de ti, todo era mucho más fácil. Lo que no sabía era lo que me estaba perdiendo.

Sergio bebe de su copa en silencio y sirve más vino en las copas.

—¿Tú crees firmemente en lo que me has dicho? —dice, casi murmurando.

—Sí, lo creo.

Se masajea las sienes, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y Lucía? No quiero hacerle daño de nuevo.

—Si nos empeñamos en hacerlo bien, ella lo llevará también como algo natural.

—Pero quizá deberíamos posponerlo para cuando sea un poco más mayor...

—Sergio, por favor. —Cojo su mano y le miro a los ojos—. Piensa por un momento que no tuviésemos a Lucía, que nunca hubiésemos tenido hijos. ¿De verdad habrías seguido conmigo tantos años?

Sergio no dice nada, pero después de mirarnos unos segundos, una lágrima resbala por su mejilla derecha.

—Te mereces toda la felicidad del mundo —me dice sin moverse.

—Y tú.

—No, yo no la merezco.

—Bueno, quizá no tanta...Una pizca de felicidad, al menos.

Le sonrío tristemente. Sergio acaricia mis mejillas con sus pulgares y me besa suavemente en los labios. Y yo me abrazo a él aspirando su olor, deshaciendo todos los nudos que me tenían atada a una vida que no era para mí. Ni para nadie.

—Anda, vámonos a dormir.

\*\*\*

@jmcfly: Tenemos una peli pendiente

@AnaïsAnaïs: Jajajaja. Tienes razón

Releo una vez más la triste y breve conversación y solo puedo llegar a una conclusión: soy tonta. Pero de remate, vamos. Lo que no sé es por qué no me pongo un cartel en la frente que lo anuncie, para que la gente lo sepa de antemano y no se lleve la sorpresa.

Llevo semanas intentando reunir el valor suficiente para escribir a Jero, pero no he sido capaz. Y cuando, como por arte de magia, recibo un mensaje suyo en Instagram, solo se me ocurre contestar esa chorrada. De coña, vamos.

Espero hasta la hora de comer, rezando para recibir otra mísera frase, pero nada. No hay ni rastro de Jero. Así que, a las cinco, cuando ya me he destrozado las uñas de los pulgares, decido coger la sartén por el mango. Porque estoy más que harta de esperar cosas de la gente que no sé si se van a hacer. Así que, con los dedos temblorosos de uñas mordidas, escribo un «¿Cuándo?» y le doy a enviar. Breve y conciso. No lleva a error. Más bien va al grano, a la cuestión. Tal cual. Como la mujer adulta que soy.

Son las diez de la noche. Las diez. Y me cago en la mujer adulta que soy y en

todas las demás ideas absurdas que se alinearon en mi cabeza para darme a entender que era muy buena idea mandarle eso a Jero. Porque no me ha respondido. Y han pasado cinco horas. Ni más ni menos.

Estoy al borde del colapso. He mirado el móvil cada dos minutos a lo largo de la tarde, lo he desbloqueado mil veces, me he metido en Instagram para ver si funcionaba correctamente y he vuelto a reiniciar el móvil, por si no funcionaban bien los datos. Qué desesperación. Me alegro secretamente de haber pasado la adolescencia sin estos trastos, porque estoy segura de que no habría podido aprobar ni una asignatura con algo tan peligroso como esto. Pero, ¿es tan difícil contestar a esa pregunta? Intento ponerme en el lugar de Jero y pensar en las razones, sensatas, por supuesto, que le hayan podido hacer posponer la respuesta: trabajo, se quedó sin batería o sin cobertura, ha tenido alguna urgencia (espero que esa no), está enfermo y drogado en la cama, ha perdido el móvil, está secuestrado, se ha ido a vivir a una cueva... Pero luego pienso en que tiene varias cuentas en Instagram, un blog y al menos una cuenta más en todas las redes sociales que existen, y... No sé, todas las excusas que pueda pensar para disculparle se me hacen vagas. No quiere contestarme. Y punto. Y cuanto antes me haga a la idea, mejor. Pero, ¿y entonces? ¿Para qué me ha mandado el primer mensaje? Que digo yo, nadie le ha obligado, y si me lo ha mandado será por algo, me imagino. No creo que sea puramente informativo...

Oh, por Dios. Me he convertido oficialmente en una psicópata de la tecnología.

Después de hablar brevemente con su padre, Lucía se acuesta en mi cama y se duerme en menos de dos minutos. Me preparo algo ligero de cena y al final acabo comiendo palomitas como si no hubiera mañana. Pero lo necesito. Eso o destrozarme las uñas que me quedan, y no me acordaba de lo doloroso que era.

Me he auto castigado y he dejado el móvil sobre la encimera de la cocina. No puedo seguir como toda la tarde. Trato de concentrarme en alguna película,

pero acabo viendo un programa de reportajes de investigación en el que hay tantos cortes publicitarios que pierdo el hilo en un momento.

Tengo que ir a la cocina. Me he acabado todas las palomitas en tiempo record y he olvidado traer algo de beber. No lo he hecho aposta, lo juro. Simplemente se me olvidó. Pero lo soluciono en un segundo. Una carrerita al frigorífico y vuelvo a hacer nido en el sofá.

Pero claro, no lo puedo evitar. Mis pies parecen seguir sus propios impulsos y me llevan hasta quedar frente a mi móvil, que he dejado boca abajo en un gesto de rebeldía. Y de cabreo total.

Solo una vez. Solo lo miraré una vez y si no tengo nada, lo dejo ahí de nuevo y no lo cojo hasta mañana. Vale, quizá hasta mañana no, porque lo necesito para poner el despertador. Pero no lo miraré más. En serio.

¡!!

Me ha contestado. Me ha contestado. Me ha contestado. Me ha contestado.

Hace media hora. Cuando estaba autocompadeciéndome en el sofá, poniéndome como una cerda.

@jmcfly: El viernes?

Madre mía. Dos palabras. Dos palabras comunes, que he podido decir más de un billón de veces en mi vida. Y sin embargo, me hacen más feliz que ganar la lotería. Hasta que me acuerdo.

@AnaïsAnaïs: El viernes tengo a Lucía.

Medio minuto después y menos mal, porque ni mi corazón ni mis uñas habrían aguantado horas de espera, Jero vuelve a escribir.

@jmcfly: Y yo a Noah.

Fiesta de pijamas?

No sé qué contestar. Es evidente que me apetece mucho y parece que a él también, pero no sé si es buena idea lo de Lucía. O sí. No tengo ni idea. No sé

de qué va este rollo, ni si se trata solo de una peli con un amigo.

Tardo en contestar. Valoro los pros y los contras. He sido yo quien le ha mandado el mensaje, pero es cierto que me imaginaba... otro tipo de plan. Aunque quizá lo de los niños no sea tan mala idea, porque al fin y al cabo se conocen, y puede ser una buena cosa para romper el hielo.

@AnaïsAnaïs: Por mí perfecto. Pero en mi casa.

Lo que sí que sé que no es buena idea es aparecer en casa de Jero. Es inevitable que Nel se dé cuenta y no quiero que se meta en mi vida. Al menos no en este asunto, porque aún me siento molesta por sus burlas.

@jmcfly: Me parece muy buena idea  
Llevaré las palomitas

@AnaïsAnaïs: Yo pongo el helado

Y así se queda la historia. Me apetece mucho seguir hablando con Jero, pero no sé qué más decirle que no me haga quedar como una idiota. Intercambiamos los teléfonos y me voy a la cama más contenta y nerviosa que un niño en la noche de reyes.

\*\*\*

La semana se hace eterna. El jueves, Sergio vuelve de su viaje y hablamos con Lucía. La niña solo asiente y nos mira, sin pronunciarse al respecto. Es imposible saber lo que piensa. Me gustaría entrar en su cabecita y poder entender todo esto bajo su inocente visión.

—...He alquilado un piso a dos manzanas de aquí, así que podrás venir siempre que quieras, y estaré al lado para cuando me necesites.

—¿Y tendré una habitación para mí?

—Claro que sí, cariño. Si quieres podemos ir juntos a comprar los muebles.

—Mmmm... No, mejor no. Me los enseñas en la tablet y ya vas tú a

comprarlos.

Sergio y yo estallamos en carcajadas y Lucía nos mira como si fuésemos unos inmaduros.

—Vale. Así lo haremos.

Nos quedamos los dos con ella, contándole los nuevos planes, hasta que se queda dormida, enlazada a nuestras manos.

—¿Quieres cenar algo?

—No. Debería irme ya.

Asiento en silencio y comienzo a recoger los juguetes que Lucía ha dejado esparcidos por el salón.

—¿Vas al nuevo piso?

—Voy a casa de mi madre. —Ante mi sorpresa, Sergio comienza a reír—. Vaya cara que pones... Mira, otra cosa de la que te has librado.

—¿Cómo? —digo sin entender.

—Que sea tu suegra. —Me suelta sin dejar de reír.

—Sergio, yo...

—Tranquila, tranquila, que lo entiendo. Mi madre es una mujer difícil. Y para que lo diga yo...

—No sé si es difícil. Lo que sí que sé es que yo nunca le gusté —comento.

Sergio tiene razón. Por una parte, dentro de la tristeza que produce una situación así, es una liberación no tener que aguantar más las miradas reprobatorias de su madre. —Y ya que estamos, ¿por qué nunca le he gustado? Que yo sepa, no he hecho nada, al menos conscientemente, para ofenderla.

—No es que no le gustes. Es que yo le gusto más. —Sonrío al escuchar la respuesta—. Mi madre es así de protectora conmigo desde siempre, no es por ti. De hecho, te aprecia, aunque tenga una forma complicada de demostrarlo. Cuando le conté lo que había pasado, lo más bonito que me llamó fue imbécil. Y me dijo que había perdido una gran mujer.

—Vaya. Eso sí que no me lo esperaba.

—Ya ves. Al final, todo el mundo tiene su corazoncito.

Sergio recoge algunas cosas que le faltaban por llevarse y las amontona en la puerta.

—Pues creo que ya está.

Asiento, mirando el montón de trastos.

—¿Puedo darte un abrazo?

—Claro que sí.

Nos abrazamos en silencio, únicamente roto por un suspiro que se me escapa.

—Adiós, Anaïs.

—Adiós, Sergio.

\*\*\*

SOFÍA: Te apetece un café esta tarde?

Podríamos llevar a los niños a algún sitio

ANAÏS: No puedo

Lucía tiene un cumple

Me fastidia tremendamente tener que mentir a Sofía, pero no quiero contarle cuáles son mis planes para esta tarde. Apenas hemos hablado después del viaje, y ni siquiera le he contado lo de Sergio. Prefiero que así sea de momento. Aún no he aterrizado en mi nueva vida, pero me siento bien con el rumbo que estoy tomando. Y con las decisiones que he asumido unilateralmente, sin depender de un Consejo de Sabias para decidir qué paso dar a continuación.

Esta mañana he informado a Lucía de nuestros planes para la tarde y no cabe en sí de felicidad. Adora a Noah y, aunque le ha extrañado que la tía Nel y el tío Jorge no vengan con él, sabe perfectamente quien es Jero. Y eso me tranquiliza. No sería capaz de meter un desconocido en casa con mi hija presente, por mucho que me apetezca.

Cuando llegamos a casa, Lucía se empeña en ayudarme a hacer palomitas y entre las dos montamos un picnic de lo más apetecible.

—¿Crees que le gustará a Noah? —pregunta emocionada.

—Seguro que sí, pero hay que tener cuidado para que no se atragante. Todavía es muy pequeño.

En ese momento suena el timbre y Lucía trota feliz hacia la puerta.

—¡Es Noah, es Noah!

—Hola —digo, sin poder evitar sonrojarme. La imagen de Jero con el cochecito de Noah es más que adorable.

Lucía se tira a darles besos a los dos y baila a su alrededor.

—Vaya, no nos suelen dar estos recibimientos.

—Pasad, pasad. —Me echo a un lado para que puedan entrar y observo la gran mochila que lleva— ¿Te has traído también la tele?

—Jajajaja, graciosa. —Se despoja de todo lo que lleva y saca a Noah del cochecito, que comienza a corretear detrás de mi hija—. He traído de todo. Nunca se sabe con los niños.

Jero abre su mochila y, por un momento, parece Papá Noel. Le da regalos a los niños, pone un kilo de chuches y gusanitos sobre la mesa, además de tres bolsas más de palomitas.

—¿Sabes que el azúcar excita a los niños? Si quieres que veamos la peli, tendrán que dormirse en algún momento...

—He pensado en todo. Son sin azúcar y cien por cien zumo natural de frutas.

—Vaya, estás muy preparado, sí.

Jero sonrío tímidamente y me ofrece una. Están tan deliciosas que en media hora hemos acabado entre los cuatro con las existencias. A las ocho y media, cuando Noah empieza a tener sueño, preparo la cena a los niños. Lucía está encantada con su pequeño invitado, y disfruta pinchando para él pequeños trozos de tortilla.

—¿Quieres darle tú el biberón?

—¿Puedo? —pregunta emocionada.

—Claro. —Caliento la leche de Noah y, cuando ya está en pijama y metido en el cochecito, Lucía se sienta paciente a su lado y le ayuda a sujetar el biberón, mientras le canta bajito una canción de *Frozen*[39].

—Es una niña encantadora.

—Noah le vuelve loca.

Miramos emocionados cómo Noah sonríe y va cerrando los ojitos, agarrado a la manita de Lucía. Cuando está a punto de dormirse, el móvil de Jero suena y, con un gesto de disculpa, se marcha a la cocina a hablar por teléfono.

Aprovecho para coger a Lucía en brazos y mover el cochecito del niño, mientras canto a dúo con mi hija. Noah se queda dormido enseguida.

—Cariño, tienes que irte a la cama — susurro a mi hija para no despertar a Noah.

—Yo quiero dormir con él... —protesta sin ganas.

—Haremos una cosa: le llevamos a tu habitación para que durmáis juntos y así nos avisas si se despierta.

—Vale, mamá. Estaré atenta.

La llevo en brazos hasta el baño. Cuando llegamos a la cama no para de bostezar.

—¿Y Noah?

—Ahora le traigo, impaciente.

Jero me ayuda a maniobrar el cochecito por la casa, hasta que lo situamos junto a la cama de Lucía, que se ha quedado profundamente dormida. La tapo hasta la barbilla, enciendo el quitamiedos[40] y conecto el intercomunicador que teníamos cuando Lucía era un bebé.

—Vaya, tú sí que estás en todo —comenta Jero al salir de la habitación.

—Me imaginaba que no querrían separarse para dormir. Están mejor juntos y aunque Lucía no se suele despertar tampoco... Bueno, por si acaso.

Nos vamos al salón en silencio. Y es entonces cuando me entra el pánico. Con los niños despiertos, aún tenía una excusa para centrarme en algo que no fuera él y su conversación. Pero ahora solo quedamos nosotros. Y lo estoy

deseando, pero creo que ninguno de los dos somos muy hábiles en este tipo de situaciones.

—¿Qué quieres beber?

—¿Tienes cerveza?

—Claro. —Voy a la cocina con Jero siguiendo mis pasos y abro dos botellines helados. —¿Quieres vaso?

—No, gracias. —Me suelta una sonrisa vergonzosa que me dan ganas de comérmelo a besos—. Me gusta más a morro. —Le da un trago largo sin dejar de mirarme.

—Es como está mejor.

Le miro y me sonrío de nuevo. Y yo le sonrío a él y me bebo un trago, porque no sé qué decir. Parecemos tontos, desde luego.

—Bueno...¿vamos? —pregunta Jero, señalando hacia el salón.

—Claro, espera. —Cojo cuatro botellines más y los meto en una cubitera que ya tenía preparada—. No me pienso ni mover cuando empieza la peli.

—Bien pensado. —Jero coge la cubitera y la lleva hasta el salón. Ponemos el DVD y nos acoplamos en el sofá, quizá más lejos de lo que me habría gustado, con una colección de mandos.

—¿Quieres una manta?

—Sí, sí, dame todo el pack.

Ponemos el cubo de palomitas entre los dos. Me encantan estas películas, y normalmente disfruto muchísimo viéndolas, aunque me las sepa de memoria. Pero esta vez es diferente. Aunque Jero se muestra tan entusiasmado como la primera vez, e intercambiamos comentarios en las escenas más emocionantes, debo reconocer que no me estoy enterando de nada de la película, porque mi cerebro está totalmente concentrado en no mirarle. Muevo la mano para coger palomitas y eso es aún peor. Nuestras manos coinciden dentro del cubo y un chispazo recorre mi brazo. No puedo evitar mirarle. Él se limita a dejar su mano sobre la mía más tiempo de lo establecido y me mira a los ojos. Y los dos, como muñecos de resorte, apartamos la mirada de golpe. Menudo par.

Para cuando aparecen los créditos finales yo ya estoy en un estado de nervios que no puedo aguantar. Le miro de nuevo, sonriendo como una tonta, y él corresponde a mi sonrisa con otra deslumbrante, que me hace temblar las rodillas a pesar de estar sentada.

—Hola —me dice.

—Hola —le digo.

—Me ha gustado.

—¿La peli? —Me río sin poder evitarlo—. Ya me imagino...

—No tengo ni idea de qué película me hablas —me corta, intensificando su mirada—. Me has gustado...Tú. —Se acerca a mí y, pegado a mi oído, susurra con voz ronca—. Todo el tiempo tú.

Me besa suavemente la comisura de la boca, sin desviar la mirada de mis ojos. Y no lo puedo evitar. Suspiro y abro un poco mis labios, rezando para que no se detenga. Jero juguetea, rozando nuestras bocas, acariciando mi rostro mientras nuestra respiración es cada vez más agitada. Hundo mis dedos entre su pelo y cierro los ojos, abandonándome entre sus brazos, que me acunan suavemente.

—Llevo semanas deseando hacer esto.

—Pues no te detengas, por favor.

Jero acaricia mis labios con sus dedos pulgares, aprisionando mi rostro entre sus manos y me besa. Me besa de verdad. Y yo me preparo para vivir la noche que los dos nos merecemos.

## CAPÍTULO XVI

### SOFÍA

—Me voy ya, mamá.

—Vale, cariño. —Mi madre me da un beso y me acompaña hacia la puerta

—. ¿Vienes antes de la cena?

—Supongo que no, ya sabes cómo son estas cosas...

—No te preocupes, tú pásatelo bien y avísame cuando vengas. Si se te hace tarde, déjalos a dormir.

Beso a mi madre y le doy un abrazo que le deja sorprendida. Odio mentirle. Pero sé que si le cuento la verdad de lo que voy a hacer puede que no lo entienda. Y no la juzgaría por ello.

Los encuentros son cada vez más frecuentes. Al principio solo se trataba de un experimento, de algo que necesitaba para descubrir si podía volver a sentir atracción y activar mi deseo sexual. Pero se nos está yendo de las manos. Esta semana es la tercera vez que nos vemos en el hotel y, aunque cuando me marcho ya estoy deseando volver, quizá deberíamos plantearnos si hay algo enfermizo en todo esto.

JASON: Ya estoy aquí. Ansioso.

En cuanto el taxi me deja en la puerta, corro al ascensor. Me retoco el maquillaje frente al espejo y ensayo mi sonrisa sensual. Quién me iba a decir a mí que algún día acudiría a una cita clandestina vistiendo únicamente lencería

provocativa debajo de mi abrigo. Si mi madre se hubiera enterado le habría dado un ataque, parecido al que ha estado a punto de sufrir el pobre taxista que me ha traído cuando ha sido testigo, por el espejo retrovisor, de cómo me he deshecho hábilmente de mi vestido en el asiento de atrás.

Llamo a la puerta y oigo sus pasos seguros. En cuanto cierra detrás de mí, me desato el cinturón y le muestro mi modelito. No habla. Solo me mira con ojos hambrientos y me lleva hasta la cama. Allí, deja resbalar el abrigo hasta el suelo y toda mi piel queda expuesta a su mirada.

—Estaba loco por verte...

Devoro su boca ferozmente, pegando mi pecho a sus pectorales, sintiendo su piel caliente contra mi pecho. Me desabrocha hábilmente el corpiño de encaje y me acaricia ansioso, lame mis pezones y comienza a bajar con su boca hacia mi vientre, arrancándome gemidos de placer. Cuando las rodillas comienzan a temblarme me tumba sobre la cama y, sin esperar un segundo, me arranca la parte inferior del conjunto y entra en mí con un rugido ronco que me excita al máximo. Y así, mordiendo su cuello, dejando escapar gemidos de placer en cada embestida, tengo la seguridad de que ésta es la locura más acertada que he hecho en mi vida.

\*\*\*

—Mañana te tienes que quedar con los niños —le digo a Toni el jueves, durante la cena.

—Vale. ¿Planes nuevos? —No puede evitar decir, fingiendo desinterés.

—Cloe nos va a enseñar su vestido de novia. Ya es la última prueba.

—¿Has hablado con Anaïs?

Niego con la cabeza. La verdad es que me avergüenza reconocerlo, pero desde que tuvimos aquella charla después de su viaje, casi no hemos vuelto a hablar. No por falta de ganas, sino por respetar ese maldito espacio para tomar sus propias decisiones que prometí darle.

—Bueno, pues noche de chicas.

—La verdad es que no sé si me apetece. No creo que me líe mucho.

Toni se acerca a mí y me da un abrazo cariñoso.

—Anda, mujer, si seguro que luego lo pasáis genial, como siempre. Además, yo creo que ya os hace falta una charla de amigas...

—Pues como sea como la última...

Pero Toni tiene razón. Ya es hora de que nos volvamos a juntar y todo vuelva a ser como antes, o al menos más relajado que las últimas veces. Al menos, si no es por nosotras, deberíamos hacerlo por Cloe, porque no quiero que su boda se convierta en un culebrón. Que bastante tiene ya ella con lo que le toca.

En la puerta de la tienda me encuentro con la madre de Cloe, que me saluda efusivamente.

—¡Sofía! Cuánto tiempo sin verte. ¿Cómo estás?

—Pues muy bien. Estoy deseando ver a Cloe.

—Espero que os guste, le hace mucha ilusión que lo veáis... A mí, desde luego, me parece ideal.

—Poco le hace falta a tu hija para estar ideal...

A nuestra charla se une la hermana de Cloe, que viene de aparcar. Entramos juntas y nos encontramos con una novia desencajada.

—¡Mamá! —Se abraza a su madre hecha un manojo de nervios.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Ay, mamá...—Cloe se separa de su madre y baja la voz. —Pues lo de siempre, que acaba de llegar Cruella<sup>[41]</sup> y dice que si no llega a ser por su hijo no se entera de que tenía que venir.

—Pero, ¿tú la habías invitado? —pregunta Bea, la hermana de Cloe, confundida.

—¡Pues claro que no! —Cloe cierra los puños, crispada e impotente. —Hoy solo quería estar con la gente que me quiere... Voy a matar a Caleb, de verdad.

—Bueno, bueno, cariño. —Su madre intenta calmarla—. No es para tanto. Cuando vea el vestido se irá y ya está. Así se queda tranquila.

—¿Tranquila? —Cloe suelta una carcajada desquiciada—. Esa... señora no va a estar tranquila en toda su vida. Parece mentira que aún no la conozcas...

Mientras Cloe se desahoga, llegan Anaïs, Nel y Annie, que se ponen al día del problema en cuestión de segundos.

—Tranquila —dice Nel, resuelta. —No creo que con nosotras aquí se atreva a decir nada inconveniente.

Cloe se ríe a carcajadas, presa del pánico.

—No sabéis a lo que os enfrentáis. Hacedme caso.

En cuanto veo a la madre de Caleb, temo como ella que va a ser una tarde intensa. La buena señora nos mira de arriba abajo con desdén y murmura.

—Tenemos un problema con la puntualidad, chicas...

Nel le echa una mirada hostil, pero ella, que parece la heredera de Mordor<sup>[42]</sup>, ni se inmuta. Oigo resoplar a Cloe a mi espalda. Me presento, lo más educada que puedo, y las demás hacen lo mismo, a pesar de las miradas despreciativas de la buena mujer. La madre y la hermana de Cloe se ponen a hablar con ella y, aunque en ningún momento deja de fruncir el ceño, parece algo más relajada. Al menos tolera a alguien de esta sala.

Cloe se marcha con las chicas de la tienda a probarse su vestido y Nel, Sofía, Annie y yo nos quedamos en segundo plano, esquivando como podemos las miradas de fuego de la gran suegra.

—Cloe se quedaba corta —murmura Nel, visiblemente sorprendida de encontrar a alguien que sobreviva a sus miradas mortales—. Menuda harpía.

—Al menos parece llevarse bien con la familia de Cloe —comenta Annie.

—Por la cuenta que le trae —digo, sin poder dejar de mirarla—. De todas formas, no me imagino a nadie que le pueda caer mal.

—Desde luego. Siempre ha sido un amor.

Y tanto que lo es. Hasta nos quedamos sorprendidas cuando, con un comentario, consigue sacarle una media sonrisa a la estricta mujer.

—Ya está todo preparado. —La dueña de la tienda nos hace pasar a una sala del interior. Nos sentamos en unos sofás en tono melocotón y nos sirven unas

copas de cava—. Espero que os guste tanto como a nosotras. La novia está muy nerviosa por saber vuestra opinión.

Cuando Cloe aparece por la puerta... no puedo evitar emocionarme. Y creo que no soy la única, a juzgar por los ojos brillantes de las demás. La belleza natural de mi amiga se ve acentuada por el maravilloso vestido que luce con tanta gracia. Da unos pasos inseguros y se sitúa frente a nosotras, sin poder evitar sonrojarse.

—¡Decid lo que sea, por favor, que me va a dar algo!

—Cariño, estás preciosa... —La madre de Cloe se levanta y le coge las manos, emocionada—. Es una maravilla de vestido. Ha quedado perfecto.

Su hermana también corre a su lado y las tres se abrazan. Miro de reojo a Nel y veo que está haciendo un esfuerzo sobrehumano por no ponerse a llorar. Cuando Bea y su madre dan una vuelta alrededor de Cloe, para admirar el vestido, ella mira a Nel directamente.

—¿Y...? ¿Qué te parece?

—Ay, Cloe...—Nel se acerca y la abraza—. Es imposible estar más guapa. Pareces una princesa.

—¿En serio te gusta? —dice Cloe, visiblemente emocionada.

—¿Cuántas cursiladas tengo que decir para que me creas? Es una preciosidad de vestido y te queda como un guante. Caleb va a alucinar cuando te vea.

Observo los movimientos de la madre del susodicho. Juraría que se le ha escapado una sonrisa, pero enseguida recupera su gesto adusto.

—¿Isabel?

Tiemblo cuando se levanta del sofá y la contempla a cierta distancia.

—Resulta elegante —dice escuetamente, asintiendo con la cabeza. Cloe suspira ruidosamente, aliviada—. Y te queda bien.

—¿Bien? —susurra Anaïs a mi lado—. Esta mujer es menos expresiva que un gato de porcelana.

Nos tapamos la boca para que no se nos escape la risa, pero ella, como

buena bruja, se da la vuelta y nos reprende con la mirada.

—¿Decíais algo? —nos pregunta, maliciosa.

—Perdone la interrupción, pero es que eso de que le queda bien... —Suelta Anaïs, mientras todas la miramos con la boca abierta—. Es quedarse bastante corta. Cloe siempre ha sido guapísima, pero me parece que tanto el modelo que ha elegido como los complementos son acertadísimos. No he visto una novia más guapa en mi vida.

—Ya... —Isabel la mira como si le aburriese—. Solo pensaba que quizá quedaría mejor si se recogiese el pelo en un moño italiano... Ya sabes, cariño, me gustan las cosas impolutas...

Cloe sonrío de medio lado, algo que le ha contagiado Caleb desde que están juntos. Pero lo que él utiliza para parecer el canalla que no es, en ella significa «Ok, vete a la mierda».

—Lo sé, Isabel, ya lo creo. Y sabes que te agradezco siempre los consejos que me das... pero el pelo es mi seña de identidad y no quiero llevar recogidos con los que no esté cómoda. Lo quiero así. Y sé que a tu hijo le encantará, porque esta trenza es un símbolo de nuestra unión.

Estoy a punto de aplaudir, pero me contengo, sobre todo por respeto a la familia de Cloe. Porque en lo que respecta a la madre de Caleb, cuanto más alejado tengamos a ese mal bicho, mejor.

—Pues entonces no hay nada más que hablar, ¿no? —dice la mujer, que ante todo no parece querer perder los papeles, porque se sabe en minoría—. Me alegro de que ya lo tengas todo claro.

—Gracias por venir, Isabel. Tu opinión también es importante.

—A ti por dejarme estar aquí. Me ha hecho mucha ilusión poder verlo.

Isabel se despide de todas nosotras después de nuestro brindis, alegando que tiene otro compromiso. En cuanto la madre de Cloe la acompaña hasta la puerta y desaparecen de nuestra vista, todas respiramos aliviadas.

—¡Madre mía! Pensé que no se iba nunca...

—¡Joder! —murmura Nel, aún mirando hacia la puerta—. Te doy mi pésame,

amiga. Es mucho peor de lo que me contabas.

—No lo sabes tú bien...

—Y, por cierto, vaya valor que tienes, nena —dice Nel, mirando con admiración a Anaïs—. Parece que últimamente eres adiestradora de pit bull.

—Me parece un comentario irónico más de Nel, pero, cuando la miro, veo que sonrío y le guiña un ojo a Anaïs.

—Es que no podía más. Lo que no sé es como vosotras os habéis podido aguantar calladitas.

—Porque no somos tan delicadas como tú —digo y Nel me enseña su dedo pulgar en señal de aprobación—. Y se habría armado aquí una que al final nos quedamos sin boda.

—O sin suegra.

Nos reímos de ella y soltamos la tensión que hemos acumulado en el poco tiempo que hemos compartido con la complicada mujer. Cloe se despide de su madre y de su hermana en la puerta de la tienda. A pesar de nuestras protestas, tienen planes y no pueden quedarse más.

—Bueno, ¿y qué os apetece hacer?

Nel mira a Cloe como si estuviese loca.

—Pues de primeras, tomarme una caña para digerir a la madre que parió a Caleb. O mejor dos. Y después... Comer algo insano y lleno de carbohidratos, si no es mucha molestia.

—Que sean dos.

—¡Ah, no, de eso nada! —Cloe nos mira horrorizada—. Quedan solo tres semanas para mi boda. ¡Tres! Y tengo que meteré en ese vestido como sea. Así que de comida basura nada de nada, monada. Pero la caña te la acepto encantada. O incluso algo más fuerte.

Nos vamos a un restaurante que Cloe conoce y donde, al parecer, tienen especialidades de comida sana pero muy sabrosa. Algo que a Nel no acaba de encajarle, pero que acepta sin rechistar por Cloe.

Anaïs no lleva coche, así que insisto en que me acompañe.

—Pero, ¿para qué vamos a mover todos los coches? —protesta. Pero las demás ya se han repartido y se alejan, dejándonos espacio.

—Prometo no preguntarte nada —le digo, algo molesta por su actitud.

Anaïs sube al coche a regañadientes y no dice nada.

—¿Qué te ha parecido lo de la madre de Caleb?

—Pufff... es un horror, pero las he conocido peores...

Y no dice nada más. Resisto la tentación de preguntarle algo más y pongo la radio. Pero, ante mi sorpresa, Anaïs comienza a hablar de todo un poco y, aunque nada se acerca a ningún tema sentimental, parece que se siente de nuevo cómoda conmigo. Y con eso me tiene que valer. De momento.

—Es aquí —me dice, consultando la ubicación en el móvil.

—Wowww, qué nivel.

El restaurante que ha sugerido Cloe tiene pinta de ser carísimo aunque, claro, a mi me lo parecen casi todos. Dejo mi modesto coche a un aparcacoches muy joven, que ni siquiera parpadea cuando le doy las llaves y vamos en busca de las demás.

—¿En qué momento las cañas se nos han ido tanto de las manos? Porque no creo venir vestida para la ocasión —murmura Annie, mirando alucinada el restaurante.

Cloe saluda al encargado, que nos lleva a una pequeña carpa del jardín trasero. Allí han montado una mesa preciosa y un camarero ya nos está esperando con unas copas de cerveza bien frías.

—No me matéis, pero después de la sorpresa de la despedida, y de lo mucho que he podido contar siempre con vosotras, quería invitaros. Consideradlo una pre boda. Paga Caleb.

Brindamos por Caleb y por la madre que le parió, en sentido literal. La comida está buenísima y probamos de todos los platos, disfrutando cada bocado. A la hora de los postres volvemos a ser las mismas de siempre. Hasta veo que Anaïs y Nel se intercambian varios guiños y hablan animadamente.

—Bueno, pues después de hoy, creo que ya está todo preparado. —Suspira

Cloe, sonriendo—. No veo la hora de casarme y terminar con este lío. Si lo llego a saber, nos fugamos a las Vegas.

—Tal y como es tu suegra, os deshereda.

—Pues mira, un problema menos. No he conocido una mujer más crítica en toda mi vida.

—¿Ha participado mucho en la organización? —pregunta Annie, con cara de susto.

—Lo ha intentado con todas sus fuerzas y me ha costado más de un disgusto con ella. Y con Caleb. Pero yo creo que al final se ha dado cuenta de que soy una cabezota y no hay nada que hacer conmigo.

—¡Un brindis por eso! —grita Nel, que ya lleva unas copas de más.

—Me voy al baño pero ya —dice Cloe, con cara de angustia—. Tanto brindis, tanto brindis...

Nel y yo también nos apuntamos a la excursión. Nos reímos de la cara de la gente que espera mesa cuando nos ve pasar como un rayo y bajar las escaleras de dos en dos.

—Deben de pensar que nos hemos ido sin pagar. —Nel y Cloe, que no se aguantan más, entran las primeras y yo espero junto a los lavabos—. No tendrías que haberte tomado tanta molestia, si nosotras somos más de bar de barrio...

Cloe sale con cara de alivio y me da un beso en la mejilla.

—Me apetecía y ya está. ¿No te lo estás pasando bien?

—Pues claro, eso ni se pregunta. —Entro al baño que Cloe ha dejado libre—. Es un detallazo.

Cierro la puerta y oigo como Nel sale del otro lado, y las carcajadas de las dos por algo que se han contado y no llego a entender. Cuando salgo, Cloe está haciéndose de nuevo la trenza y Nel se retoca el maquillaje.

—¿Tienes pintalabios, Sof?

—Solo cacao.

—¿Solo cacao? —Nel me mira extrañada a través del espejo—. Ni que

tuviéramos seis años...

—Desde luego que no. Cuando teníais seis años erais bastante más educadas.

Las tres nos quedamos heladas mirando a la figura que se recorta en la puerta. Porque quien hace su entrada triunfal no es otra que la insoportable Alice.

—Bueno, ¿qué? ¿No saludáis? —Intenta hacerse la simpática, pero es una actriz pésima—. Aunque sea por los viejos tiempos.

—Por los viejos tiempos tu puta madre —dice Cloe con todo el rencor del mundo. Jamás la había oído hablar así.

—Perdona, Alice, no sabíamos que en este restaurante celebraban hoy el día de puertas abiertas de malas amigas y zorriones. —Nel la mira con asco y se dirige a nosotras dos—. Vámonos, chicas, que esta escupe veneno.

—Cada una demuestra cómo es con sus palabras... —dice sonriente.

—No me hagas demostrarte quien soy porque te llevas un bofetón con la mano abierta, y creo que no va a ser el primero...

Consigo parar a Nel, que va directa hacia ella.

—No vale la pena, Nel.

—Desde luego... —Alice nos mira de arriba abajo, con su cara de náusea eterna—. Cada año que pasa sois más vulgares...

Ante nuestra sorpresa, Nel se echa a reír.

—Mira, bonita, ya te gustaría a ti ser tan vulgar como nosotras y, sobre todo, tenernos como amigas... ¿Has encontrado ya a otras a quien engañar? Porque se te ve el plumero y no creo que te aguante nadie... Payasa. —Escupe Nel.

Cloe y yo la seguimos fuera del baño, mientras Alice suelta improperios nada amistosos. ¡Y luego las vulgares somos nosotras!

## CAPÍTULO XVII

### ANAÏS

—**P**ero, ¿se puede saber qué os pasa?

Cloe, Nel y Sofia llegan con la cara desencajada y hablando todas a la vez.

—¡¡Vale!! Una por una, por favor, que no nos enteramos...

—Alice —me corta Sofia.

—¡¡¿¿Queeé??!!

—Alice. Como lo oyes. —Cloe aún está más demacrada que a primera hora de la tarde. Se va hacia la mesa y se bebe de un trago la primera copa que pillá. —¿La desgraciada ésta me va a dejar en paz algún día? Porque hoy es lo último que me faltaba, la verdad.

—No me lo puedo creer...

—¿Es la Alice que yo me imagino? —pregunta Annie. La miramos extrañadas, hasta que recordamos que ella no estaba aquél fin de semana.

—Sí, hija, sí, no había más sitios en todo Madrid.

Cloe se sienta y se sirve de una botella de agua, negando con la cabeza.

—¿Os ha dicho algo?

—Qué cosas tienes... —Sofia resopla, enfadada—. Como que puede cerrar su gran boca.

—Pues mira, aparte de que no sé por qué razón peregrina pensaba que la íbamos a saludar como si nada, nos ha llamado vulgares y maleducadas así, a la cara. —Nel aprieta los puños y la mandíbula—. Y porque iba con ellas,

porque si no se traga la lengua y se envenena.

—¡Joder! —Tengo tan mal recuerdo de Alice que hasta la suegra de Cloe, a su lado, me parece una santa—. No puedo entender ni cómo se ha atrevido a hablaros.

—Pues porque en el fondo sabe de sobra que no somos tan malas personas como ella.

—Es que siempre tiene que venir a amargarnos. Es una puta manipuladora de pacotilla... —Se lamenta Cloe.

—¡De eso nada, monada! —Una desconocida Annie nos desconcierta con su grito—. Yo no la conozco, ni ganas que tengo, pero no nos va a amargar el día. —Coge la primera botella que encuentra y sirve unos chupitos improvisados con unas copas de agua—. Vamos a brindar por nosotras, chicas, que no se diga.

Y brindamos. Claro que brindamos. Por todas las crueldades que nos ha hecho la pécora de Alice, como si estuviéramos purificando nuestra vida y con cada trago, con cada brindis, nos sentimos más ligeras, más nosotras, porque recordamos que, tanto en las alegrías como en las adversidades, permanecemos unidas.

Dos horas después, cuando salimos del restaurante, bastante achispadas, pero más felices que unas pascuas, localizamos a Alice en una de las mesas del comedor, manteniendo un monólogo con un chico joven que le mira el escote con cara de aburrimento.

—Mira, es esa.

—¿La Barbie boca buzón que tiene cara de ajo y las tetas en el cuello?

—La misma. —Nel se ríe a carcajada limpia—. Yo no la podría haber descrito mejor.

Alice se gira hacia donde estamos atraída por nuestras risas y Annie, sin cortarse un pelo, le saca la lengua y exhibe su dedo corazón. Y esa cara de mala leche en la dulce de Annie nos provoca un ataque de risa de los que hacen época y corrobora que hemos hecho un buen fichaje con la mujer de

Robert.

—Vamos, chicas, a ver si podemos pedir un taxi —dice Nel, y salimos lo más dignamente que nos permiten nuestras piernas.

\*\*\*

—Sergio, perdona las horas, sé que te aviso con poco tiempo, pero, ¿podrías pasar a recoger a Lucía?

—Ehhh... Dame un momento. —Le oigo cuchichear con alguien cercano y enseguida vuelve al teléfono—. Vale, pero tendré que decirle a mi madre que venga y se quede con ella en casa. Tengo una reunión a última hora de la tarde.

—Gracias... No sabes el favor que me haces...

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien, pero no recordaba que tenía cita con el ginecólogo...

La excusa funciona a la perfección, como pasaba cuando aún vivíamos juntos. Sergio siente verdadera aprensión a los ginecólogos y todo lo que se le parezca desde el embarazo de Lucía, y es nombrárselo y acepta cualquier condición con tal de cambiar de tema.

—Vale, llama a casa cuando salgas.

Le doy las gracias de nuevo escuetamente y cuelgo antes de que me pille la mentira. Me da rabia tener que esconderle cosas ahora que parece que todo va tan bien, pero sé que no lo entendería. Me he apuntado a un curso de fotografía profesional online, y esta tarde son las únicas horas de tutoría de este mes. Me siento torpe aún con la cámara, pero tengo tantas preguntas, tantas ideas y sobre todo, tanta ilusión, que solo quiero aprender más y más. Jero fue el que me animó a probar suerte y es el más crítico con todas mis fotografías. Y eso me hace querer ser mucho mejor. Este proyecto se ha convertido en esa parcela solo mía que necesitaba ubicar en mi vida, y estoy dispuesta a vivirla al máximo.

Salgo de la tutoría en las nubes. Ha sido mucho mejor de lo que me

esperaba. El tutor que me han asignado ha podido resolver todas mis dudas, y se ha quedado encantado con las muestras que le he llevado. Escribo un mensaje a Sergio para asegurarle que en un rato iré a buscar a la niña y me dirijo a su casa con energías renovadas.

—Hola, Anaïs. —Lola, mi ya exsuegra, me abre la puerta del piso de Sergio—. Pasa, por favor.

Miro a mi alrededor con curiosidad, mientras la sigo a través de un corto pasillo hasta el salón. El piso es un poco antiguo, pero parece que ha sido reformado hace poco. Lucía está en el salón, jugando con una muñeca que le compró Sergio la semana pasada.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—¡Hola, mami! —Corre a darme un beso y enseguida vuelve a sus juegos—. Emma está comiendo.

—Muy bien, cariño, pero nos tenemos que ir a casa.

—Jooo... Déjame darle de cenar, no quiero que duerma mal.

—Te la puedes llevar a casa si quieres, sabes que papá te deja. Así podréis dormir juntas.

—No, no. Emma se tiene que quedar aquí —dice la niña, frunciendo el ceño—. Vive con papá.

—Bueeeeno... —digo, consultando la hora en el reloj—. Cinco minutos más y nos vamos.

Lucía parece barajar la opción de seguir protestando, pero al final acepta el trato.

—¿Quieres tomar algo mientras tanto? —Me ofrece Lola, ante mi asombro.

—No, muchas gracias, de verdad, pero tengo un poco de prisa.

—Ven, te daré todo lo del colegio.

Acompaño a Lola a la habitación que Sergio ha preparado para Lucía. No me sorprende encontrar unos muebles muy parecidos a los que tiene en casa. Sergio vio con ella diferentes tiendas online, pero a Lucía siempre le gustaban las mismas cosas, así que pensamos que estaría más cómoda si todo se parecía

a su casa. Y parece que está funcionando, porque la veo completamente adaptada.

—Aquí tienes. —Me da la mochila y el abrigo, además del saltador.

—Gracias.

Tras unos incómodos segundos de silencio, en los que Lola me escruta con la mirada, decido romper el hielo con lo primero que se me ocurre.

—¿Cómo estás?

—Bien, bien, hija. —Me coge una mano y me da una palmadita cariñosa que me deja alucinada—. A ti también te veo bien.

—Bueno, hago lo que puedo.

Lola sonrío tristemente.

—Siento lo que te ha hecho mi hijo.

—Bueno, Lola, eso ya pasó —digo, sin querer justificar a Sergio—. Lo importante es el bienestar de Lucía.

—Pero lo que hizo estuvo muy mal, y lo va a pagar toda la vida.

—No hay que exagerar. La gente se divorcia todos los días.

Me sorprende el duro tono con el que habla de su hijo.

—Igual que su padre, igualito que él. —Sigue hablando la buena señora, como si yo ni existiera—. Desgraciarse la vida, eso es lo que ha hecho. Igual que hizo su padre con nosotros.

No digo nada. Para mí, esta información es nueva, aunque siempre intuí que su padre era una persona bastante diferente a lo que me habían contado.

—¡Lucía, nos vamos ya! —grito, con ganas de salir de allí cuanto antes. Pero Lola no me suelta la mano. Parece totalmente inmersa en su mundo, recordando cosas del pasado que, a juzgar por su cara, no deben de ser muy agradables.

—Lola —la llamo, en un intento de sacarla de su ensoñación—. Tenemos que irnos.

—Perdona, hija, perdona —dice, soltando mi mano con desgana—. Claro que sí, vamos.

Lucía no se resiste mucho. Su abuela se pone de mi parte, por primera vez en su vida, y la convence para que deje la muñeca en la cama, con la promesa de que la cuidará hasta que llegue su padre. En la puerta, cuando nos despedimos, Lola vuelve a sorprenderme dándome un abrazo.

—Cuídate, hija.

—Lo haré. Cuídate tú también.

Lola asiente con la cabeza y exhibe una sonrisa franca y sincera que no recuerdo haberle visto nunca.

—Me alegro de verte tan feliz.

Aún estoy sorprendida con lo que ha pasado con Lola más tarde, cuando Jero llega a casa. Lucía ya está dormida, y nos refugiamos en el salón sin hacer ruido. Jero me abraza y me besa durante un rato, hasta que se separa sonriente.

—Hueles genial...

—Será que alguien me ha regalado un perfume nuevo que me encanta... —Le vuelvo a besar, porque es un vicio que últimamente me puedo permitir—. ¿Has cenado?

—No, he salido directo. ¿Y tú?

—Te estaba esperando. ¿Quieres tortilla? La hice ayer.

—¿Puedo fiarme? —Le doy un codazo cariñoso, mientras ríe a carcajadas. Le regaño para que no haga ruido mientras vamos a la cocina—. Se me quemó la cena la primera vez, pero eso fue porque estaba nerviosa... —digo, recordando la noche en que se me ocurrió invitarle a cenar.

—¿Ya no te pongo nerviosa? —murmura, deslizando sus manos por mi cintura.

—Jero, que me despistas...

Volvemos a besarnos, esta vez de forma más intensa.

—Si no fuese porque me muero de hambre y esa tortilla huele muy bien... —susurra a mi oído Jero, dándome mordisquitos en el cuello—. Te devoraría a ti primero.

No puedo evitar sonrojarme. Las cosas van tan bien con él que me parece

estar soñando. Después de aquella noche en la que rompimos el hielo, apenas nos hemos separado. Es como si lo natural fuese estar juntos, como si fuese algo que teníamos que haber hecho hace mucho tiempo. Las horas que pasamos separados, casi todas por trabajo y por los niños, nos dedicamos a mandarnos mensajitos como adolescentes. Muy frecuentemente. Y todas esas pequeñas tonterías, que a otras podrían parecerles memeces, a mí me alegran el corazón cada vez que vibra mi móvil.

—¿Qué planes tienes para el fin de semana? —pregunta Jero, comiéndose trozos de tortilla de dos en dos.

—Pues en principio tenía a Lucía, pero es muy posible que Sergio se la lleve el sábado porque es el cumpleaños de uno de sus sobrinos... ¿Alguna sugerencia?

—Hay una exposición de fotografía a la que me gustaría llevarte.

—Ah, pues genial. En cuanto Sergio se la lleve podemos ir.

Esa es una de las condiciones que hemos pactado. Aquella noche que vimos la película fue fantástica, pero no pensamos en las preguntas que habría después. Tras unos días, Lucía empezó a interesarse por saber dónde habría dormido Jero y si volvería pronto. Y de momento no queremos que los niños se confundan viéndonos juntos.

—Y también me gustaría... —Jero me mira como un niño pequeño que va a pedir algo especial—. Presentarte a mis amigos.

—¡¡Ufff!! —Suspiro, aliviada—. Pensaba que me ibas a decir que querías que conociese a tus padres.

—Eso también. —Se ríe ante mi cara de terror—. Pero más adelante. De momento, me conformo con que conozcas a Carlos y a Alberto. Y a sus mujeres, si te parece bien.

—Claro que me parece bien. —Entrelazo mis dedos con los suyos—. He oído hablar tanto de ellos que lo estoy deseando.

—Te encantarán, ya lo verás.

Asiento con la cabeza, sonriendo, aunque me invade un sentimiento de

tristeza al momento, del que Jero se percata.

—¿Qué te pasa, Ana?

—Nada. Es solo que... —Jero me acaricia la mano, dándome ánimos para que se lo cuente—. Me encantaría hacer lo mismo, que todo fuera más normal, presentarte a mis amigos desde cero... Ya sabes. A lo mejor es una tontería...

—No. No lo es. Siento que las cosas sean tan complicadas en ese aspecto, pero... Ya lo haremos, Ana. Puedo esperar el tiempo que haga falta.

—Lo sé, pero aún así... —Le miro a los ojos y tengo unas ganas inmensas de abrazarle—. No te pienses que te estoy escondiendo. Solo quiero que esto sea nuestro, que nos demos la oportunidad de conocernos sin nadie más que nos haga dudar.

—Lo sé. Yo tampoco quiero que nos juzguen antes de tiempo. Estamos muy bien así, ¿no?

Claro que lo estamos. Me dan ganas de confesarle que nunca, ni en los primeros años, sentí una conexión tan grande ni me sentí tan querida y comprendida por Sergio. Pero no quiero asustarle. No quiero que piense que estoy tan segura de mis sentimientos por él. Que estoy convencida que este cosquilleo en el estómago ha llegado para quedarse, que él es exactamente lo que quiero y espero merecer. Que estoy enamorada. Porque eso es lo más sincero que podría decirle ahora mismo.

\*\*\*

Sofía me sorprende el viernes esperándome a la salida del trabajo. La localizo antes de cruzar las puertas de cristal, en guardia, mirando a todo el que sale del edificio.

—¿Sofía?!

—¡Ana! —Sofía corre a abrazarme y, a pesar de mi sorpresa, me dejo hacer y se lo devuelvo.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás ben?

—Sí, lo estoy. Solo... —Sofía me mira un tanto avergonzada—. Solo quería verte. ¿Podemos tomar algo y hablar un rato?

—Pues... —He quedado con Jero por la tarde y había pensado darme una ducha antes de ir a recoger a Lucía. Pero cuando veo la expresión de Sofía, sé que no me puedo negar—. Claro. Pero si no te importa, prefiero ir a algún sitio cerca del cole.

—Claro.

Echamos a andar calle abajo, sin decir ni media palabra. Recorremos a buen paso las cinco manzanas que separan mi trabajo del barrio del colegio y la llevo directamente a la cafetería que descubrí con Clara.

—Madre mía, están que te mueres... —dice, tomándose el cuarto bocadito de nata—. ¿Seguro que no quieres?

—Acabo de comer —digo, dándole vueltas a mi infusión—. ¿Hoy no vas a por los niños?

—No, Toni tiene el día libre y se los lleva a ver a sus padres.

De nuevo, pasamos unos incómodos minutos en silencio.

—Sof, me encanta que hayas venido, de verdad. Hace mucho que no quedábamos solas...

—Ya. Ya lo sé —me corta Sofía, con un gesto de disculpa—. Pero te estás preguntando a qué viene todo esto así, sin venir a cuento.

—Pues sí, un poco sí.

—Mira, Ana, la semana que viene es la boda de Cloe. Y no quiero que haya ningún malentendido ni secreto entre nosotras.

Trago saliva. Ahora mismo no sé de qué me está hablando y empiezo a temer que por lo de secretos se refiera a los míos.

—Sé que debería habértelo contado, pero como últimamente no hablamos tan a menudo... —Me mira con una sonrisa triste. Creo que me estoy perdiendo—. Quería contarte lo de Jason.

—Sof, no me tienes que contar nada si no quieres. —Suspiro aliviada. Ya no me acordaba del lío que se trae entre manos, pero reconozco que no me gusta,

y lo que menos quiero ahora es enfadarme con ella.

—Es que quiero. Quiero que lo entiendas.

—Sof. —Intento medir mis palabras para no hacerle daño—. Eres libre de hacer lo que quieras, pero si me pides opinión sobre este tema no puedo ser objetiva. Tienes que entender que no quiera ser cómplice de una infidelidad, por razones obvias.

—¡Es precisamente por eso por lo que quiero explicarte! —Ante mi sorpresa, Sofía comienza a reírse—. Creo que ha sido culpa mía, pero lo has entendido todo mal.

—¿Ah, sí? Pues explícame, porque me he perdido. —Su risa me saca de quicio—. Tienes una familia, un marido que te quiere, que es buena persona y que está siempre ahí... No sé exactamente hasta dónde llega tu relación con ese tal Jason, pero aunque solo sea por mensajes, estás siendo desleal con Toni, Sofía. Estás jugando con fuego.

—Espera. —Sofía saca su móvil del bolso y busca algo—. Mira.

Da la vuelta al móvil y me enseña la pantalla.

—Genial. ¿Y qué?

—¿Sabes quién es?

—Sí. El tío ese que sale en películas de acción.

—¿Sabes cómo se llama?

—Pues mira, hija, ahora mismo no caigo, pero es que no estoy yo muy puesta en ese tipo de pelis. —No sé de qué va todo esto, pero me da la impresión de que a Lucía se le está yendo la cabeza por momentos—. ¿Es muy importante eso ahora?

—No lo sabes tú bien... —me dice, con aire soñador—. Se llama Jason. Jason Statham<sup>[43]</sup>.

Y, ante mi total asombro, y dos cafés más, mi amiga del alma me cuenta la historia más surrealista que he oído nunca, que, viniendo de cualquier otra persona sería absolutamente inverosímil, pero que me creo ciegamente viniendo de ella. Cuando acaba, casi sin aliento, suspira, agotada.

—¿Y los niños?

—En casa de mis padres, de mis suegros... —Se encoge de hombros, avergonzada—. La verdad es que últimamente se nos está yendo de las manos y en cuanto tenemos algún momento... ejem... ya sabes...

Me río. A carcajadas. Como no me pasaba desde hace mucho tiempo. Se me saltan las lágrimas de la risa, me río a mandíbula batiente, a carcajada limpia. La gente nos mira, curiosa y risueña, y Sofía espera paciente a que termine.

—Bueno, vale ya, ¿no?

Le hago un gesto con la mano para que espere un momento e intento serenarme, secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—Entonces, ¿ese es el famoso Jason?

—¿No te lo crees?

—Mira, mira...—Intento no volver a empezar con la risa, porque no sé si podré parar esta vez. —Me lo cuenta otra persona y no me creo ni palabra. Pero de ti... Aunque quiero que sepas que cada año te superas. ¿Cambiaste su nombre en la agenda?

—Bueno... Queríamos que fuese de lo más real...

Se me escapa una carcajada y le hago un gesto de disculpa.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—¿Y qué quieres, que así de sopetón te cuente que estoy teniendo una aventura con mi marido y de repente le hemos cogido gusto a esto de follar a escondidas por todos los rincones?! —La señora que se sienta en la mesa de al lado nuestro está a punto de ahogarse con su croissant—. ¿Que tengo un amante bandido, que le he encontrado «morbete» a mi marido y jugamos a disfrazarnos y cambiarnos de identidad?

—Hombre... Eso, resumido y un poco más bajito, me habría valido, sí.

Sofía se da cuenta de que se está enterando todo el mundo y se sonroja.

—Qué vergüenza...

—De eso nada. —digo, sonriéndole. —No hay tanta gente que pueda hacer eso con su relación. Me alegro mucho por vosotros.

—Ay, Ana... No te puedes imaginar lo que hemos cambiado los dos... Desde que empecé a leer aquél libro empecé a tener esas ideas y, la verdad, debería agradecersele a Lorena... Qué tontos hemos sido estos últimos años...

—Bueno, lo importante es que seguís juntos y sois felices.

No puedo resistirlo más. Me levanto y abrazo a Sofía, y reímos juntas como antes.

—¿Y tú, amiga? —me pregunta, como cayendo de repente—. ¿Eres feliz?

—Lo soy, sí. No te puedes imaginar cuánto.

—Entonces... Supongo que es lo que importa. Ya sabes que Sergio no es santo de mi devoción, y menos aún después de lo que te ha hecho pasar, pero si tú crees que merece esta oportunidad, con eso me vale. Nadie mejor que tú sabe donde puede ir esa relación. Perdóname. Ahora lo entiendo mucho mejor.

Suspiro y sonrío a Sofía.

—Creo que a mí también me faltan algunas cosas por aclararte...

\*\*\*

—Ana... —Carola me da un abrazo de oso cuando ya estamos en la puerta—. Ha sido un placer, de verdad.

—Lo mismo digo —contesto, sonriendo a aquella mujer maternal y cercana—. Me lo he pasado muy bien, gracias por todo.

—Gracias a ti por cuidarnos al niño. —Alberto le hace a Jero un placaje cariñoso—. A la siguiente te apuntas, ¿no?

—Por supuesto. —Me despido de todos los amigos de Jero entre risas y bromas. Son de esa gente que, a los cinco minutos de llegar, ya parece que los conoces de toda la vida.

Les saludo con la mano desde el asiento del copiloto cuando salimos de su parcela.

—¿Qué?! —pregunto a Jero, que me mira divertido.

—Sabía que les ibas a gustar, pero voy a tener hasta celos, vaya. Casi te

prefieren a ti.

—¡Anda, tonto! Pensé que pasaba algo.

—Y pasa, claro que pasa. Aquí pasa algo... —dice canturreando, feliz.

—¿Ah, sí?

—Claro. ¿No te has dado cuenta?

—¿De qué?

—De que estoy... hipnotizado contigo.

No puedo evitar sonrojarme. Jero también lo hace y, aunque no me mira y tiene la vista fija en la carretera mientras esboza una sonrisa, entiendo lo que dice, porque es justo lo que me pasa a mí también. Porque es mi amigo, mi compañero friki de sesiones interminables de cine, porque me hace sentir cómoda, a gusto conmigo misma y relajada, porque me da mi espacio... Y porque, aunque llevemos poco tiempo, tengo el palpito de que vamos por muy buen camino.

—¿Qué haces mañana?

—¿Algo... Contigo? —dice, mirándome de reojo.

—¿Lo que yo quiera? —pregunto, coqueta.

—¿Me tengo que empezar a asustar?

—Si quieres... —digo riéndome—. Pero estoy casi segura de que te encantará.

—¿Sí? ¿No puedes darme alguna pista?

—Va a ser un día importante que recordarás siempre.

—Estoy empezando a tener miedo...

—Tranquilo. No será peligroso.

«O eso espero», pienso, aunque creo que es algo que tenemos que hacer. Que tengo que hacer. Por nosotros.

\*\*\*

No puedo pegar ojo en toda la noche. Dejo a Jero dormido profundamente en

la cama y me voy al salón. Estoy nerviosa y expectante por lo que ocurrirá al día siguiente. Y muerta de miedo. Por fin he encontrado a alguien con quien he llenado ese agujero negro de intimidad que me faltaba y no quiero que nada salga mal. Antes, cuando aún estaba despierto, hemos pasado dos horas hablando de nada en concreto, contándonos anécdotas divertidas, pensando en las películas que aún no hemos visto juntos... Jamás había encontrado a nadie con quien todo fluya como lo hace con él, y si de algo estoy segura es de que debo luchar para conservarlo. Porque, ahora que he conocido lo que es la felicidad completa, no estoy dispuesta a renunciar a ella por nada.

Jero se levanta poco después de las diez y me mira divertido y somnoliento mientras trasteo por la cocina.

—¿Y todo esto? —Dice, abrazándome por la espalda.

—Es parte de tu día especial. —Le muestro el plato con orgullo. —Tortitas.

Me abstengo de contarle que he tenido que tirar más de media docena para que alguna me quedase en condiciones. Una tiene su orgullo.

—Mmmm... Buenísimas —farfulla con media tortita ya en la boca—. Como tú.

Nos sentamos a la mesa de la cocina y damos buena cuenta de ellas, acompañándolas de nata, sirope de chocolate y fresas.

—¿No me puedes dar una pista?

—Ni hablar —digo, negando con la cabeza.

—Dime al menos si me tengo que poner guapo...

—Tú siempre estás guapo. —Le doy un beso que me sabe a chocolate y café—. Pero sí, deberías arreglarte un poco para la ocasión...

—Pues no tengo ya mucho arreglo...

—Mira, vamos a hacer una cosa. —Me levanto y me siento en su regazo. Jero me acaricia la espalda y, por un momento, pienso en mandar todos los planes a la mierda y quedarme con él sin salir de la cama y del sofá en todo el día. Pero no puedo. Tiene que ser hoy—. Vamos a refrescarnos, nos vestimos y nos vamos por ahí, a la exposición o a donde quieras. Después podríamos

comer algo ligero y reponer fuerzas para la tarde...

—Suenan bien... Quiero saber más... —susurra, dándome besos en el cuello que me producen placenteros escalofríos.

—...Y después... Deberías pasarte por tu casa para ponerte más guapo aún de lo que eres.

—¿En serio tengo que hacerlo? No me apetece nada, nada, separarme de ti.

—No seas tonto... Será solo un ratito... Luego te iré a buscar a casa.

—¿A casa? ¿Y Nel?

—Ni se enterará. Será como un secuestro exprés.

—A lo mejor me encuentras tan irresistible que no podemos salir...

—A lo mejor lo estoy yo...

—Ahora mismo lo estás... Y mucho...

Pasamos de los planes que he organizado para esta mañana, porque lo único que nos apetece es deshacer un poco más la cama. Y cuando llega la hora de refrescarnos... Decidimos que un baño juntos puede resultar más sugerente. Y a pesar de que no es tan cómodo, ni tan romántico, ni tan nada de lo que parece en las películas, no cambio ese montón de besos y risas por la mejor escena de sexo del mundo. Porque lo mejor de todo esto es la compañía.

—Vamos, vamos, vamos... —Le meto prisa a Jero para que se marche a su casa.

—¿Y si cambiamos los planes? —dice, poniendo pucheros—. Siempre podemos hacerlos otro día...

—No me lías...

—Te esperaré impaciente... —dice con una sonrisa, antes de desaparecer tras las puertas del ascensor.

\*\*\*

ANAÏS: Vais a quedar al final?

NEL: Cloe se ha venido a comer

CLOE: Yes

SOFÍA: Me paso en un rato

Estoy donde mis suegros

ANAÏS: Ok

Os veo luego entonces

Esto, al menos, está saliendo como esperaba. Por un momento he tenido miedo de que se chafaran los planes, o la esperanza de que así lo hicieran para dejarlo pasar. Pero ya está todo en marcha...

Consigo peinarme como Jorge me ha recomendado. Debo reconocer que desde que me dedico algún tiempo a mi aspecto, todo me parece más fácil, incluso hoy, cuando no hago más que temblar. Me decido por unos vaqueros pitillo y un jersey que me compré hace poco, que me deja el hombro al aire. El conjunto me parece ideal para la ocasión, aunque aún me parece increíble cambiar tanto con dos simples prendas. Añado un colgante recuerdo de Mykonos y unos botines de tacón que me sientan de maravilla. Me maquillo levemente y sonrío nerviosa ante el espejo. Me gusto. Y sé que a Jero le gustará. Y espero que también le guste mi declaración de intenciones.

Para cuando estoy llegando a casa de Nel parezco un flan. Hay muchos puntos flacos en mi plan, y precisamente ahora tengo que sufrir uno de ellos. Solo hay una forma de acceder a estas casas unifamiliares sin pasar por la puerta principal. Y no es un trabajo fácil. Aparco en la calle perpendicular, lo suficientemente lejos para que mi coche ni se imagine lo que voy a hacer y me meto campo a través, entre maleza y restos de las obras de la siguiente fase de la urbanización. Me arrepiento al momento de haber tenido esa idea. Los botines resbalan por la tierra y se me clavan en los pies. Si llego sin un esguince o algo peor, será un milagro.

Por fin estoy cerca del jardín trasero de Nel. Puedo oír las voces de las chicas y los ladridos de Thor, que anuncian mi presencia.

—¿Nel?!

—¿Anaïs?!

—¡Jorge! ¿Me abres, porfa?

Oigo la verja abrirse, y Thor se cuela para intentar lamarme la cara.

—¡Thor, quita! — Jorge le da un manotazo a tiempo para que no enganche sus patas en mi jersey nuevo. Me da la mano para rescatarme del infernal descampado, sin dejar de reírse—. ¿Sabes que tenemos una puerta como Dios manda? Solo tienes que llamar al timbre...

—Jajajaja, gracioso.

Me guiña un ojo y me deja pasar, sin preguntarme nada más.

—¡Ana! —Nel viene hacia mí, sorprendida—. ¿De dónde sales tú?

—Debería decir que de la selva... —comento, sacudiéndome los botines y los pantalones, que están hechos un asco. Adiós al poco glamour que me quedaba.

—¿Te ha dejado tirada el coche?

—No, lo he dejado un poco más lejos.

—No cobramos por aparcar en la entrada. —Bromea Nel, con cara de extrañeza.

Cloe me mira sin saber qué decir y Sofía disimula, pero Jorge... Diría que algo se huele.

—He venido así porque antes quería hablar con vosotros.

—¿Antes de qué? ¿Qué pasa?

Ahora que todos me miran, no sé ni por dónde empezar, ni si me sentiré capaz. Jorge abre una botella de Coronita y me la tiende.

—Igual la necesitas.

—Igual sí.

—¿Nos vas a contar qué pasa o lo vamos a tener que adivinar?

—Jero —dice Cloe, mirándome alucinada.

—¿Jero? —Nel mira hacia la puerta y parece que ha caído del guindo—. ¿Por qué no quieres que te vea?

—Él y yo... —Le doy un trago a la cerveza helada—. Nos estamos conociendo.

Nel me mira inexpresiva.

—¿Y por eso tienes que venir como si fueras de un comando especial?

Jorge me rodea los hombros con su brazo cariñosamente.

—¿Y Julen? —pregunta Cloe, confundida.

—Dejadla hablar, chicas. Creo que tiene algo más que contarnos—. Las corta Jorge, dándome ánimos.

—La verdad es que sí. —Miro a Sofía, que me sonrío cariñosamente, y sé que, pase lo que pase con Nel, me sentiré arropada.

—El caso es... Bueno, la verdad es que cuando Sergio y yo nos separamos me sentí como una mierda y Julen me ayudó a encontrarme mejor... En muchos aspectos. Pero como le dije a Nel y a Sofía aquel día, siempre hemos tenido bien claro que había unos límites muy definidos y que no nos íbamos a complicar más allá de todo eso.

—Pero, ¿tú no habías vuelto con Sergio?

—No. Me fui de viaje con él y con Lucía. Era lo que tenía que hacer, Nel. Sé que no estabas de acuerdo, y no te niego que a mí me habría pasado lo mismo en tu lugar, pero tenía que quemar el último cartucho y saber si era capaz de perdonar. Y lo he sido. —Trago saliva ruidosamente—. Le he perdonado. Sé que nunca os ha gustado y puede que tuvierais razón, que no era para mí. Ahora me doy cuenta de que yo tampoco era para él. Porque necesito otras cosas que él sería incapaz de darme. Pero es el padre de mi hija, y eso siempre será importante en mi vida.

—Y después le toca a Jero —dice Nel con voz monótona, como si la estuviese aburriendo.

—Y después le toca a Jero no, Nel. Es mucho más que eso.

Nel hace un mohín y se cruza de brazos.

—Os enrollasteis el día que os pillé, ¿verdad?

—No. Aunque parezca que mi trayectoria últimamente es de ir de flor en flor, no fue así con él.

—¿En qué te pilló? —pregunta Cloe, interesada.

—El primer fin de semana que Lucía se fue con Sergio estaba destrozada. Nel me sugirió que viniese a verla y, aunque al principio le dije que no era necesario al final me pudo el vacío y decidí huir de mi casa para no sentirme tan sola. Fue un error venir sin avisar porque Nel no estaba, pero afortunadamente Jero me invitó a quedarme en su casa a esperar. Y ahí le descubrí, pero no pasó nada. Solo disfrutamos de un poco de compañía y descubrimos que teníamos muchas cosas en común. —Miro a Nel, que sigue con cara de pocos amigos—. Lo que a ti te hizo tanta gracia, porque los dos somos muy raritos.

—¿Por qué son raritos? —dice Jorge, levantando una ceja.

—Les encanta *Regreso al Futuro*.

—¡Es verdad! Para ti era Michael J. Fox, para Sofía Patrick Swayze, para Nel Tom Cruise y para mí los Goonies... —dice Cloe, entusiasmada.

—¿Todos los Goonies? —Jorge se ríe del comentario.

—Brad<sup>[44]</sup> —dice Cloe soñadora—. Siempre quise ser Andy y que me dijeran que era una Goonie.

—Vaya tela... —Jorge pone los ojos en blanco—. Perdona, Ana, sigue.

—Bueno, pues eso, que cuando me fui a Euro Disney no dejaba de pensar que algo marchaba realmente mal, a pesar de los esfuerzos de Sergio, y que no podía sacrificarme así, aunque fuese por Lucía... Y... Os sonará friki, o extraño, o yo que sé, pero cuando vi el espectáculo de *Star Wars* me acordé tanto de Jero, de cómo me hizo sentir, de lo a gusto que estuve con él... que me di cuenta de que al menos necesitaba intentarlo. O quedarme libre por si él estaba interesado, porque creo que nunca me habría atrevido a dar el primer paso. Ya sabéis que siempre me ha gustado la fotografía, así que me apunté a un curso, como él mismo me animó a hacerlo, y he ido colgando todos mis proyectos en Instagram, porque era la única forma de contacto que teníamos. Así a lo mejor se acordaba un poco de mí. Y... —Hago una pausa para coger aire—. Sé que suena precipitado, pero un día me escribió para quedar y fue tan fantástico, tan dulce y tan auténtico que me di cuenta de que quería mucho

más de él. —Miro a Nel, que me observa de forma extraña—. Nel, sé que quizá esto es un lío, que me podría haber buscado a otro que no tuviese nada que ver contigo pero... lo siento, eso no se elige.

—Ay, Ana... —murmura Cloe, con lágrimas en los ojos.

—Si he entrado por la puerta de atrás como una fugitiva es porque no quería que supiera que estoy aquí. Sé que es una situación rara, pero ayer me presentó a sus mejores amigos y me sentí como en casa. Pero me di cuenta de que para que esta relación marche bien desde el principio, no puedo empezar con mentiras ni escondiéndome. Y quería de todo corazón compartirla con vosotros.

Jorge es el primero que se acerca y me abraza.

—Me alegro por los dos, Ana. Jero es un buen tío, y espero que todo os salga bien.

—Anita... —Cloe se levanta y me da un beso emocionada—. Me alegro por ti. Este es el mejor regalo de boda que me podías hacer. ¿Eres feliz?

—Mucho —digo, sin poder evitar sonrojarme.

—Pues eso es lo más importante para nosotros.

—Quería pedirte un favor, Cloe —le digo, cogiéndole las manos y luchando para no emocionarme.

—Lo que quieras.

—Cuando el otro día me llegó el vestido de la boda a casa... Verás, me lo probé para que Jero lo viese y... no sé, creo que le noté triste, porque en el fondo, aunque no forme parte de esto, sé que seguramente le encantaría venir...

—¿Quieres que sea tu pareja?

—Sí, por favor, si no es mucho problema.

—Por mí, ninguno.

—¿Y las mesas?

—Ay, las mesas dices... —Me abraza riendo—. He cambiado tantas veces de sitio a la gente que he estado a punto de quitar las mesas y celebrar un

cóctel. Además, había guardado un sitio para Sergio, por si al final salía bien...

—¿En serio? Para mí sería perfecto.

—Será un placer que nos acompañe.

Sofía se acerca y me abraza sin decir palabra. Ha sido idea suya sincerarme con ellas ahora y, la verdad, tenía razón en que necesitaba hacerlo. Me he quitado un peso de encima. Me siento mucho más libre, porque hacer mi vida sin esconderme no tiene precio. Y eso es un alivio.

—¿Nel? —Me doy cuenta de que ella aún no ha dicho ni una palabra y eso me preocupa—. ¿Tú qué dices?

—Anaïs... —Me da mucho miedo su seria expresión—. Siento haberme reído ese día, pero no era de vosotros, era de la situación. —Asiento en silencio, aceptando sus disculpas—. A lo mejor en esos momentos no os podía imaginar juntos, pero si lo pienso fríamente, sé que hacéis buena pareja. Y me alegro por vosotros, de verdad.

Sonrío, emocionándome por las palabras de Nel.

—Pero Ana, lo que más me preocupa de todo esto es Noah. Y Lucía, ya de paso.

—Nel, ellos solo han estado presentes una vez y aún no éramos nada. De momento preferimos que los niños se queden al margen de todo esto. Nunca pondría en riesgo los sentimientos de Lucía y sabes que a Noah le quiero como a un hijo...

—Dios mío... Vas a ser su madrastra... —dice, poniendo una mueca de burla.

—Oye, oye, oye... No adelantemos acontecimientos...

Nel se ríe, y yo por fin respiro.

—No te lo tomes a mal, pero si pongo mis caras típicas quiero que sepas que no es por vosotros, es que me tengo que acostumbrar a la situación.

—Entonces no sé si te va a apetecer lo que te quería proponer...

Nel levanta la ceja, interrogante.

—¿Le puedo invitar a vuestra casa para hacerlo oficial?

\*\*\*

Jorge me ayuda a salir, no sin esfuerzo, por el intrincado camino que he tomado para llegar.

—Tú lo sabías, ¿no?

Intenta poner cara de sorprendido, pero cuando le miro no puede evitar sonreír de medio lado.

—Seguro no, pero me olí algo cuando Nel me contó que os había visto juntos.

—Y dale... ¡Que no nos liamos esa noche!

—No es eso... —Jorge se ríe, empujándome cariñosamente—. Es que desde ese día empecé a notarle distinto, no sé. Está más contento, más en las nubes... Y con más cara de tonto de lo habitual.

—¡Oye!

Jorge se ríe a carcajadas.

—Tú estás engañando a Nel. Eres amigo de Jero, reconócelo.

—Que no, qué manía... Bueno, igual un poco sí... —Levanto una ceja y él se limita a poner cara de niño bueno—. Vaaale, lo reconozco. ¿Qué quieres? No es que aquí haya mucha gente con la que relacionarse...

—Jero es un tipo fantástico, admítelo.

—Tampoco te pases —me dice con una sonrisa.

Llegamos al coche y Jorge me mira esperanzado.

—¿Me llevas hasta la puerta? No me apetece volver por ahí...

—Anda, sube...

Se baja un poco antes de que lleguemos.

—Tranquila, calmaré a las fieras para que se porten bien con el chaval.

—Más te vale, porque si no se acabarán tus escapadas para tomar cerveza y ver películas de Stallone.

—¿Cómo sabes tú eso?

—No lo sabía seguro, pero algo me olía... —digo, imitándole. Jorge me hace una mueca de burla y sale del coche oyendo mis carcajadas.

\*\*\*

—¿Y bien? —Jero hace el payaso delante de mí en la puerta de su casa, desfilando como en una pasarela—. ¿Estoy lo suficientemente guapo para tus súper planes?

Sonrío como una boba. Está guapísimo con sus chinos color arena y su camisa azul. Se cuelga teatralmente una cazadora al hombro y me besa dulcemente en los labios.

—¿Ya me puedes decir dónde vamos?

—Adivina —le digo coqueta.

—¿Al teatro?

Niego con la cabeza.

—¿A cenar a un sitio estupendo?

—Lo siento, pero no.

—¿A tu casa, a ver si estamos igual de guapos sin ropa?

—Frío, frío.

—Por favor, no me digas que es ballet... —Resopla ruidosamente y a mí me entra la risa—. A mi madre le encanta, pero yo, sinceramente, no puedo aguantar más de diez minutos despierto.

—Ni te acercas —digo, riéndome.

—Me rindo. Suéltalo.

—Ven. —Le cojo de la mano y le llevo hasta la verja de la calle. Me tiembla la mano de los nervios. A pesar de haber pasado con nota la primera parte del plan, aún queda la que más me importa. Jero me mira interrogante cuando salimos a la calle.

—¿No cogemos el coche?

—No, aún no.

—¿Aún no?

Miro hacia casa de Nel y Jorge y le miro a él de nuevo.

—Pero... —Me mira tiernamente a los ojos, mientras me abraza por la cintura—. ¿Qué has hecho, loca?

—Lo que tenía que hacer. —Le acaricio la cara, bordeando su barba de tres días y le beso suavemente—. Quiero que esto sea de verdad, Jero, aunque llevemos poco tiempo. Detrás de esa puerta está gran parte de mi vida y probablemente lo más importante de la tuya. Quiero que cuando la cruces de mi mano, empieces a formar parte de mi mundo por completo. Porque es ahí donde te quiero. En todo lo que tengo.

Jero me besa. Y yo le beso a él. Y como pasa en la adolescencia, cuando todo es nuevo y mágico, el mundo desaparece a nuestro alrededor y solo existimos nosotros. Al fin nosotros.

—¿Entramos?

Jero me sonrío tiernamente y me rodea los hombros con su brazo.

—Lo estaba deseando...

## EPÍLOGO

CLOE

—¿Qué haces? ¿No te acuerdas? Aún quedan unos kilómetros para llegar al hotel...

—Necesito un descanso, cariño.

—¿Un descanso? —Miro a Caleb como si fuera extraterrestre—. ¿Tú sabes el lío que tenemos hoy? Tengo que esperar a mis tíos, vienen las chicas, traen las flores...

—Calla un poco, pesadita, y mira al frente...

Estoy a punto de protestar, pero entonces lo veo. El mar, la pequeña iglesia que me cautivó, el hotel en el que estuvimos por primera vez solos los dos...

—Ohh... Caleb...

Caleb sonrío de medio lado y me coge la mano.

—Entonces, ¿un descansito?

Caminamos por la playa cogidos de la mano, como lo hicimos aquella tarde que nos escapamos de aquel fin de semana infernal.

—Me ha encantado la sorpresa.

—Sabía que te gustaría.

Me cuelgo de su cuello y le doy un beso en los labios.

—Lo que no sé es cómo no hemos parado antes, con la de veces que hemos venido por los preparativos...

—Precisamente por eso. Parece que nos hemos vuelto un poco locos con la

boda.

—Un poco sí, la verdad, pero imagino que les pasa a todos. Las bodas te desbordan.

—Si tú lo dices...

—Oye, no te estarás arrepintiendo, ¿no? —le digo, mirándole a los ojos. Caleb sonrío y unas pequeñas arrugas enmarcan sus ojos verdes.

—¿Cómo podría arrepentirme de nada de lo que haga contigo? Aunque a veces estés un poco loca, aunque me sienta algo abandonado cuando te sientas a escribir y te olvidas del mundo, aunque no te lo diga... Eres lo que siempre he querido.

Me abrazo a él, a la única persona que he odiado y amado con la misma intensidad, al hombre que me ha enseñado que el amor no siempre decepciona. Al amor de mi vida.

—Te quiero, Caleb.

\*\*\*

Nunca se lo confesaré, pero Caleb tiene razón. Cuando he visto la pequeña iglesia frente al mar he tenido ganas de casarme allí con él, con solo nuestros amigos y nuestra familia más cercana como testigos.

Recorro el hotel a solas, recordando el sitio donde nos encontramos de nuevo después de tantos años, la habitación que nos sirvió de refugio para pasar la primera noche juntos, la barra donde hicimos la tregua que nos llevó a querernos más de lo que podíamos imaginar...

—No me digas que vamos a empezar con los tequilas...

Me vuelvo al oír la inconfundible voz de Nel, que me abraza feliz. Tras ella, Noah, Víctor y Jorge, Jero, Lucía y Anaïs, Robert y Annie con la pequeña Cloe y un sonriente Caleb me esperan para pasar juntos la última tarde de mi vida como una mujer soltera. Y entonces me doy cuenta de que da igual que nos hayamos pasado, que haya exceso de peonías, que para pagar al fotógrafo

tengamos que trabajar el resto de nuestras vidas o que el hotel siga teniendo esa cuesta desastrosa para bajar a la playa. Porque al lado de toda esta gente a la que adoro, en la que sé que puedo confiar a ciegas y llenan mi vida de momentos que atesoro para siempre en mi corazón, por excesiva o nimia que sea, será la boda perfecta si es en su compañía.

Porque ocurre que, a veces, es posible que los planes salgan perfectos... ¿O no?

## AGRADECIMIENTOS

Tengo que aprovechar estas líneas para agradecer, como siempre, a mi familia, la infinita paciencia que tienen conmigo. Gracias por aceptar que a veces vivo en ese mundo paralelo que me absorbe, aunque sean horas intempestivas, aunque no sepáis ni de qué va el tema hasta que termino, aunque cuando me preguntáis algo solo conteste con monosílabos.

Gracias, Lola, muchas gracias. Me estás acostumbrando muy mal a darme oportunidades de última hora... Espero que haya valido la pena. Es un placer trabajar contigo, como siempre, porque una persona como tú, que hasta te parece que sonríe en los correos electrónicos... Es impagable. Gracias a Laura Habib por sus comentarios. Da muy buena energía saber que la primera persona que ha leído tu novela se lo ha pasado bien. Y gracias a todo el equipo, porque sin vosotros nada de esto sería posible.

Y por último, pero no menos importante, gracias a ti. Si has llegado hasta esta página, espero haberte sacado alguna sonrisa y hacerte pasar un buen rato. Con eso, para mí, siempre es suficiente.

Si te ha gustado

# Ocurre que a veces

te recomendamos comenzar a leer

## Memorias del corazón

de *Victoria Magno*



—¿Entonces quedamos en esto? —le preguntó Allan, sin dejar de abrazarla

—. ¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura. Mantendremos lo nuestro en secreto o te cortan la cabeza, ¿cómo puedes preguntarme una cosa así?

Los dos rieron antes de unirse en un nuevo beso.

—Allan.

Ambos se giraron al escuchar esa voz. Allan se tensó y frunció el ceño.

—Tanek.

Zarah y Allan se separaron. Zarah, con las mejillas arreboladas y el cabello revuelto, se giró para mirar a Tanek llegar por el camino.

—La ceremonia comenzará dentro de poco —dijo él, sin hacer ninguna mención de lo que había visto—. La princesa debe estar lista.

—Zarah, te acompañaré a casa...

—Creo que ya has estado demasiado cerca de ella por el día de hoy —le dijo Tanek—. Princesa, ¿le molestaría ir sola a sus aposentos? La terraza que da a su habitación no se encuentra lejos de aquí, puedo vigilarla desde este lugar.

—Por supuesto... —Zarah miró a Allan por el rabillo del ojo. Estaba sumamente serio, pero se preocupó de dedicarle una ligera sonrisa.

—Tranquila, ve. Luego hablaremos.

Zarah asintió y se alejó por los jardines, respirando todavía de manera agitada a causa de la conmoción.

¡Allan la había besado! ¡Al fin!

Río como una completa desquiciada mientras recorría el trecho de la terraza hasta llegar a la ventana, y no paró de reír mientras comenzaba a buscar la ropa que se pondría esa noche. Ni siquiera dejó de hacerlo cuando entró al baño y se duchaba. Era un sueño hecho realidad, un maravilloso sueño hecho

realidad...

Cuando terminó de colocarse el vestido tocaron a la puerta.

Controlando la sonrisa que todavía llevaba grabada en los labios, se acercó a la puerta y la abrió, sin detenerse a preguntar quién era.

Fue por eso que se sorprendió bastante al ver a Noelia y Alessandra de pie del otro lado.

—Hola linda, espero no haberte interrumpido —le dijo Noelia.

—No, claro que no —contestó ella, sin dejar de sonreír—. Pasen por favor.

—Sabía que querías ver a alguien, yo estaba nerviosísima antes de mi presentación —le comentó Alessandra—. ¿Cómo te sientes tú?

—Bastante bien, en realidad —contestó Zarah. Lo cierto era que todos los nervios se habían desvanecido después de ese cercano encuentro con Allan.

—Pues esto te va a hacer sentir mejor —le dijo Noelia, poniendo un paquete entre sus manos—. Te lo manda tu madre.

—¿Mamá...? —Una sombra de remordimiento cruzó la mente de Zarah. No había llamado a su madre en todo el día, ¿cómo habrían llegado de su viaje?

—¿Por qué no lo abres, querida? —le pidió Noelia—. Tu madre me dijo que podrías necesitarlo en la noche.

Prácticamente un signo de interrogación se dibujó en el rostro de Zarah. No es que fuera a llegarle el periodo esa noche ni nada, y como si su madre supiera de esas cosas, ¿qué podría ser entonces?

Con esa pregunta en la mente, rasgó el papel para poder abrir la caja.

Una automática sonrisa se dibujó en sus labios al encontrar una taza de aspecto familiar y varios paquetes de chocolate en polvo, junto a una nota escrita con la letra de su madre:

*«En caso de que las pesadillas te acosen,  
y no pueda estar ahí para consolarte.  
Siempre contigo,  
Mamá.»*

Zarah no pudo evitar esbozar una sonrisa, al tiempo que un par de lágrimas rodaban por sus mejillas ante el recuerdo de su madre siempre a su lado cada vez que tenía una pesadilla, agradecida de que recordara hasta el mínimo detalle de su vida.

Miró el interior una vez más, para descubrir el viejo *atrapasueños* que Miranda le había regalado siendo una niña, como una manera de prevenir las pesadillas.

Lo tomó cuidadosamente y lo colocó el objeto su cama.

A su lado, vio la vieja fotografía de su familia. Con mucho cariño la besó, mirándola con dolor por no poder tenerlos a su lado.

—¿Todo bien? —le preguntó tímidamente Noelia, acercándose a ella al notar que no se movía.

—Sí, lo siento... Solo tengo un poco de nostalgia —Ubicó el marco encima del buró, al lado de un extraño aparato redondo.

—Ese es un intercomunicador —se adelantó a explicarle Noelia—. El general le dio uno a tu familia para que se mantuvieran en contacto contigo, ¿por qué no los llamas?

Zarah asintió, recordando el aparato que le había entregado Ruperto a su madre, sintiéndose emocionada ante la idea de poder hablar con su amada familia.

—Es muy sencillo utilizarlo, si quieres te puedo enseñar —Alessandra se acercó al aparato y le dijo en tono claro: — «Llamar a mamá».

En una fracción de segundo el aparato se encendió y, proyectada a través de él, salió la cabeza de su madre, como si fuera un globo flotando en el espacio.

—¡Mamá! —gritó Zarah, casi yéndose de espaldas por la sorpresa.

—¡Zaritah, qué bueno verte! ¡Es increíble que esta cosa funcione tan bien! — exclamó Miranda, tan emocionada como su hija—. Casi podría tocarte, es como tenerte frente a mí en este momento... —Levantó levemente la mano para tocar la pantalla, con los ojos invadidos de lágrimas.

—Mamá no llores o me vas a hacer llorar a mí también... —Zarah quiso

tocar el holograma del rostro de su madre, pero la mano solo atravesó el vacío.

—Tienes razón, querida. Debemos ser fuertes, siempre hemos sabido afrontar las situaciones difíciles y sacarlas a flote —La mujer se secó rápidamente las lágrimas con el dorso de la mano—. Pero dime, hija, ¿cómo te la has pasado? ¿Te divertiste hoy? ¿Qué te obligaron a hacer? ¿Ya tienes amiguitos nuevos? ¿Se han portado bien contigo, verdad? Porque si no, ahora mismo voy para allá y les doy su merecido. No me importa que tan Capadocia sean, tú eres mi hija y nadie va a tratarte mal...

—Mamá, mamá... —Zarah pudo interrumpir por fin aquel interminable monólogo—. Me han tratado muy bien. De hecho, a mi lado están Noelia y Alessandra, una de las chicas del equipo, las dos han sido muy amables y me han ayudado mucho. ¿Puedes verlas? —Alessandra y Noelia sonrieron, saludando con la mano al holograma.

—¡Hola lindas! —las saludó Miranda, aún más emocionada que antes—. ¡Qué lindo volver a verte, Noelia! Estoy preparando las recetas que me diste. Y tú, Alessandra, te agradezco mucho que ayudes a mi bebita, eres una lindura de chica.

—No se preocupe, señora. Yo la cuidaré muy bien... —Alessandra se puso colorada hasta la coronilla.

Se escuchó un estrépito tras Miranda, seguido de varios gritos y voces mezcladas con rápidas imágenes cuando su madre se giró para ver qué sucedía tras ella y la figura de Manolo apareció corriendo desnudo sobre el buró de Zarah.

—¡Manolo, métete a bañar en este instante! —le gritó Miranda, ignorando por un segundo la pantalla frente a ella para salir corriendo detrás de su hijo, provocando que su figura emergiera de la pantalla y atravesara a Zarah.

—¡No mamá, tenemos que cuidar el agua! —gritó Manolo, volviendo a aparecer en escena, desnudo de pies a cabeza—. ¿Qué estás haciendo? —El niño se asomó por la pantalla sin darle tiempo a su madre de contestar, y para

Zarah fue como ver una inmensa cabeza emerger de su buró desbordándose de los límites del holograma, con ojos saltones y deformes, además de una nariz aplastada.

—¿Manolo, eres tú?

Río divertida Zarah.

—¡Zarah! —gritó Manolo, forcejeando para ponerse frente al aparato a pesar de los esfuerzos de su madre para llevarlo fuera de la habitación.

—¡Hágale caso a su madre! —Javier apareció en la escena, separando a Manolo de la pantalla antes de colgárselo a un costado—. ¡Hola, Zarah! ¿Cómo estás? ¿Se han portado bien contigo?...

—No empieces como mamá, Javier. —lo interrumpió antes de que continuara con el interrogatorio—. Todo está bien, me han tratado muy bien y de hecho aquí a mi lado está una amiga, Alessandra, y Noelia.

—¡Noelia, qué gusto verla! ¡Hola, Alessandra! —saludó Javier sin ninguna inhibición, como era su costumbre—. Cuida bien a mi hermanita, ¿quieres? ¡No permitas que ningún patán se le acerque!

—¿¿Zarah?!, ¿¿Es Zarah?! —se escuchó la voz de Maricarmen.

—Sí, estoy hablando con ella —le dijo Javier.

—¡Ya hablaste mucho Javier, déjame hablar con ella! —Apareció Maricarmen en escena, haciendo a un lado a empujones a su hermano.

—¡Hey, yo estaba hablando primero! —peleó Miranda como si fuera otra niña.

—¡Es en serio, Alessandra! ¡Adviérteles que se las verán conmigo! —insistió hasta el último segundo Javier, antes de ser vencido por la fuerza unida de su hermana y su madre, y el peso aún a costas de Manolo.

—¡Hola Zarah! ¿Cómo estás? —El rostro de Maricarmen surgió, tan bello como siempre.

—Bien, muchas gracias...

—¡Zarah, escuché a Zarah! —la voz de Marijó se oyó de repente.

—Llegas tarde, yo estoy hablando con ella... ¡Marijó! —Maricarmen no

pudo decir nada más porque Marijó la mandó lejos de un empujón para poder situarse frente a la pantalla.

—¡Hey, Zarah! ¿Cómo te ha ido al lado de esos extraterrestres?

—¡Marijó, no seas grosera! —le gritó Maricarmen, volviendo a entrar en escena.

—Sí, Marijó. Junto a ella está una chica Capadocia y también Noelia —le susurró Javier, pero demasiado cerca de la pantalla, y las tres mujeres del otro lado escucharon cada palabra.

Zarah sintió que el color se le subía al rostro, al tiempo que le dedicaba a Noelia y Alessandra una sonrisa forzada como disculpa.

—Zarah es una de ellos. Si se va a ofender, empiecen por su propia hermana, ¿no lo creen? —les preguntó Miranda, volviendo a aparecer en la pantalla—. ¿Cariño, recibiste las cosas que te envíe? ¿Necesitas alguna otra cosa?

—No mamá, todo está perfecto. Te agradezco que te acordaras de...

—¡Ya llegué, ayúdenme con las cajas! —se escuchó a lo lejos la voz de su padre.

—¡Zarah, no te vayas! ¡Acaba de regresar tu padre! —le pidió Miranda emocionada, asomándose por la ventana para gritarle a su marido—. ¡Miguel, Zaritah está al teléfono! O bueno, en esa cosa que parece un televisor en tercera dimensión... ¡Solo apúrate!

—¡¿Zarah?! —se escucharon un montón de cosas rompiéndose y enseguida apareció en pantalla el rostro de su padre, y al lado el de Dany, quien observaba con curiosidad las figuras emergentes delante de ella—. ¿Cómo estás, hija? ¿Te han tratado bien...?

—Sí papá, ya me preguntaron todo eso, estoy bien, gracias... —sonrió la chica, observando de reojo como sus hermanos recogían del suelo un montón de objetos rotos que su padre había dejado caer por la prisa—. ¿Cómo has estado tú, papá?

—Bien, bien, cariño. Cualquier cosa que necesites, solo dínoslo, ¿de acuerdo?

—Ya le dije eso, Miguel —le susurró Miranda, a su lado.

—Muchas gracias, los quiero mucho a todos y los extraño tanto...

—También nosotros, pequeña. Contamos los días para que regreses... —  
Unas lágrimas se asomaron por los ojos de sus padres.

—Y es literal, Zarah —apareció en pantalla un calendario con los días restantes marcados para que Zarah regresara a casa —. ¡No puedes atrasarte ni un solo minuto, eh!

—Marijó, baja eso... —rio su padre, asomándose nuevamente por la pantalla—. Dulces sueños, mi princesita. No te olvides de tus viejos que te aman...

—¡Ni de tus hermanos! —agregó Marijó, metiéndose nuevamente en la imagen con Dany en brazos.

—¡Cúidate mucho, mi cielo! —dijo Miranda, mientras los demás se amontonaban en la pantalla para despedirse también.

—¡Te queremos hermanita! —gritó Javier, cargando a Manolo sobre su espalda.

—¡No dejes que nadie te moleste, Zarah! —Maricarmen le guiñó un ojo, haciéndole saber a quién se refería, y conociendo a Raquel, era de esperar que la molestaría en ese sitio.

—¡Tráeme algo Zarah! —pidió Marijó.

—¡También a nosotros! —gritaron al unísono Javier y Manolo.

—¡Ya niños, no agobien a su pobre hermana! —los reprendió Miranda—. Cúidate mucho mi cielo, y no te olvides de llamarnos seguido, queremos estar pendientes de ti

—Claro que no, mamá. Les llamaré todos los días sin demora —Zarah sintió que la voz se le comenzaba a quebrar—. ¡Los quiero mucho a todos!

—¡También nosotros! ¡Adiós, adiós...! —gritaron todos al tiempo que la imagen se desvanecía lentamente.

Zarah miró al vacío donde hacía un segundo había observado a toda su familia, y se secó con tristeza unas lágrimas rebeldes que habían rodado por

sus mejillas.

Alessandra le puso una mano sobre el hombro, sonriéndole amigablemente.

—Llora cuanto quieras, te entiendo completamente y la primera noche es siempre la más difícil. Pero verás que dentro de poco te acostumbrarás a estar aquí.

—Te lo agradezco —asintió Zarah, intentando sonreír.

—No les has comentado de la ceremonia —le dijo Noelia, acercándose lentamente a ellas.

—No, prefiero hacerlo este fin de semana cuando vaya a casa. No quiero abrumarlos con detalles que no puedo contestar ahora. Será mejor que después de que todo haya pasado, les cuente de qué trato, y no en este momento que no entiendo nada de lo que sucederá.

—Me parece una decisión inteligente —convino Noelia—. Ahora vamos a vestirte, linda. Debes usar algo hermoso y muy especial para tu ceremonia de iniciación.

**Ocurre que, a veces... las cosas no salen exactamente como habías planeado.**

**¿Qué sentirías si todo lo que creías seguro en tu vida se desmorona como un castillo de arena?**

**¿Y si eres una persona muy distinta a la que imaginabas?**

**Quizá ya es hora de hacer realidad tus sueños, hasta los que nunca te atreverías a contar a nadie...**



Nel organiza la despedida de soltera de Cloe unas semanas antes de su boda. Anaïs no está muy convencida de encajar en el plan, pero una confesión a escondidas hará que Nel y ella estén mucho más unidas ese fin de semana que en los años que llevan siendo amigas. ¿Realmente está viviendo solo a medias, de puntillas? Puede que aún no sea demasiado tarde para descubrir lo que realmente le hace vibrar y estrenar una Anaïs

completamente renovada...

Sofía, por su parte, está deseando salir de su tediosa rutina. Desde hace un tiempo su humor no es el de antes. Adora a sus hijos, pero le roban todas sus energías. Y respecto a Toni... Algo le dice que, si no intentan cambiar las cosas, no tendrán mucho futuro juntos. Mientras él sueña con volver a su adorado sofá, ella tiene ganas de salir, hacer cosas nuevas, desmadrarse un poco... ¿Debería buscarse a alguien interesante con quien pasar el rato? ¿O plantearle un ultimátum a Toni? Quizá todo sea cuestión de abrir un poco la mente y buscar inspiración en métodos poco frecuentes y muy... picantes...

Como en *El que faltaba* y *Si yo te contara*, Cloe, Nel, Sofía y Anaïs pasarán por situaciones imprevistas en las que, una vez más, pondrán a prueba su eterna amistad. ¿Lograrán seguir siendo una piña? Lo que sí es seguro, es que las risas, con ellas, siempre están aseguradas...

**Mayte Pascual** (Abril 1979) nació en Madrid, donde vive actualmente junto a su marido y sus dos hijos. Estudió periodismo y realización de televisión. Aunque ha trabajado en varios sectores, siente predilección por la edición de video, otra forma de escribir historias, pero con imágenes, trabajo que compagina con la corrección de textos. Ávida escritora y devoradora de libros, descubrió su amor por la escritura ya de niña, cuando las historias que leía no eran suficientes y los libros le duraban un suspiro.

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2018, Mayte Pascual

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-026-4

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Índice

OCURRE QUE A VECES

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE MAYTE PASCUAL

CRÉDITOS

NOTAS

- [1] Bruce Wayne, también llamado Bruno Díaz en Hispanoamérica, es un filántropo millonario, presidente de Empresas Wayne. En secreto, encarna a Batman, un superhéroe que defiende a la ciudad Gotham.
- [2] Sissi Emperatriz: Isabel de Baviera. Fue emperatriz de Austria (1854-1898) y reina consorte de Hungría (1867-1898). Dotada de una gran belleza física, se caracterizó por ser una persona rebelde, culta y demasiado avanzada a su época. Fue asesinada el 10 de septiembre de 1898 por el anarquista Luigi Lucheni.
- [3] Posado a lo Pataky: forma de posar, de espaldas a la cámara y mirando por encima del hombro al objetivo, que puso de moda la actriz y modelo española Elsa Pataky.
- [4] Bo Derek: actriz y modelo estadounidense considerada sex symbol tras protagonizar la película de los ochenta *10, la mujer perfecta*.
- [5] Riesgo Bourbonx: juego de palabras. Cóctel imaginario. El nombre hace honor al personaje Riesgo Boudreaux de la película *Blanco Humano* (1993), al que da vida Jean-Claude Van Damme.
- [6] Amy Winehouse: cantante y compositora británica destacada por sus mezclas de géneros musicales como el jazz, el soul y el ska. Fue considerada un icono por su peculiar estilo inspirado en los años 50 y 60, sus «ojos de gatos» delineados y sus innumerables tatuajes.
- [7] Darko: nombre de origen serbio. Significa ‘regalo’, ‘don’. Popularizado como apellido en la película *Donnie Darko*.
- [8] Torrente: personaje de ficción interpretado por el actor Santiago Segura, también director de la saga. José Luis Torrente encarna al anti policía,

machista, zafio, corrupto, franquista...

- [9] *Resacón en Las Vegas*: película dirigida por Todd Phillips que narra con humor las surrealistas aventuras y desventuras de un grupo de amigos que celebran una despedida de soltero en Las Vegas.
- [10] *e-park*: aplicación de móvil que permite pagar el estacionamiento regulado de algunas ciudades españolas sin tener que acudir al parquímetro.
- [11] Medusa: gorgona, monstruo, descrita en la mitología griega como una mujer alada con serpientes por pelo. Convertía en piedra a aquellos que la miraban a los ojos.
- [12] *Mary Poppins*: película musical de Disney, basada en las novelas de PL Travers, *Niñera mágica*.
- [13] Flautista de Hamelín: protagonista de la clásica fábula alemana. Consiguió que la plaga de ratas de Hamelín desapareciese gracias a su mágica melodía. Las ratas le siguieron hechizadas hasta el río, donde perecieron.
- [14] Maléfica: malvada bruja y villana de la versión de Disney de *La Bella Durmiente*.
- [15] Bimi: hortaliza surgida en Japón. Es un híbrido natural entre el brócoli y un tipo de col oriental llamada Kai-lan.
- [16] *helma y Louis: road movie* de 1991 dirigida por Ridley Scott con Susan Sarandon y Geena Davis como protagonistas.
- [17] Gremlin: criatura mitológica de naturaleza malévola, popular en la tradición de países de habla inglesa. Término popularizado por la película de S. Spielberg de 1984.
- [18] Sol y Sombra: coctel tradicional y muy popular en algunas regiones de España. Se obtiene mezclando partes iguales de brandy (sombra) y de anís dulce (sol).
- [19] En *El que faltaba*, el primer libro de la serie, se cuenta la historia de Caleb y Cloe, su amor-odio de la adolescencia.
- [20] *Dirty Dancing*: película romántica de 1987 con números de baile,

interpretada por Patrick Swayze y Jennifer Grey.

- [21] *Stranger Things*: serie estadounidense de ciencia ficción coproducida y distribuida por la plataforma Netflix. Protagonizada por una pandilla de adolescentes, es un claro homenaje al cine de los ochenta, con referencias a películas de éxito de aquella época.
- [22] Parchís: grupo musical infantil de mediados de los ochenta muy popular en España y Latinoamérica. Entre sus éxitos, su versión de *Cumpleaños feliz* aún se convirtió en un clásico.
- [23] Alice: antigua amiga del grupo y antagonista de la novela *El que faltaba*, primera de la serie *Una para todas*. Intentó seducir a Caleb y se descubrió ella misma en una mala jugada de la adolescencia.
- [24] *I will survive*: canción de 1979 interpretada por la cantante Gloria Gaynor.
- [25] Pepito Grillo: amigo de Pinocho en la versión de Disney. Representa a la conciencia.
- [26] Marty McFly: protagonista de la trilogía de películas *Regreso al Futuro*, interpretada por Michael J. Fox.
- [27] Jennifer Jane Parker: novia de Marty McFly en la trilogía *Regreso al Futuro*.
- [28] Doc: apodo del doctor Emmett Lathrop Brown, personaje de ficción de la trilogía *Regreso al Futuro*. Papel interpretado por el actor Christopher Lloyd.
- [29] Cosmopolitan: cóctel a base de vodka, triple seco, zumo de arándanos y zumo de lima recién exprimido. También llamado Cosmo, se popularizó gracias a la serie *Sex and the City*.
- [30] Mark Lenders: personaje del manga «Captain Tsubasa», creado por Yōichi Takahashi. La historia, centrada en el fútbol, se conoció en España por el nombre de *Campeones*.
- [31] Backstreet Boys: banda estadounidense masculina de pop que alcanzó el éxito en los noventa.

- [32] Rocky: referencia a la primera película de la saga interpretada por Sylvester Stallone, en la que Rocky Balboa sube los escalones frontales del Museo de Arte de Filadelfia (*Rocky steps*) al ritmo de la canción *Gonna fly now*.
- [33] Big Mac: tipo de hamburguesa clásica de la cadena de hamburgueserías Mc Donald's.
- [34] Gallinejas y entresijos: casquería, plato popular casi exclusivo de Madrid. Las gallinejas clásicas son trozos del intestino delgado y un trozo de mesenterio (entresijo) de cordero lechal frito.
- [35] *Toy Story*: película infantil de animación (1995) producida por Walt Disney Pictures y Pixar.
- [36] *La niñera mágica* es una película de comedia y fantasía, adaptada de la serie de libros *Nurse Matilda* por la actriz Emma Thompson, que es también el personaje principal de la película, Nancy McPhee.
- [37] *Cocktail*: película de 1988 protagonizada por Tom Cruise.
- [38] Caganer: figura típica de Cataluña para el Belén de Navidad. Se sitúa normalmente escondida en el nacimiento, ya que está haciendo sus necesidades agachado.
- [39] *Frozen*: película de animación de la factoría Disney.
- [40] Quitamiedos: luz nocturna, tenue y pequeña que se les pone a los niños en la habitación para evitar el miedo a la oscuridad.
- [41] Cruella: Cruella de Vil es la villana de la novela *101 Dálmatas* y de su adaptación al cine por la factoría Disney.
- [42] Mordor: reino oscuro, país imaginario perteneciente al mundo de J. R. R. Tolkien, donde se desarrollan parte de sus novelas *El señor de los anillos* y *El Silmarillion*.
- [43] Jason Statham: actor británico especializado en el género de acción. Ha sido encasillado en numerosas ocasiones como antihéroe.
- [44] Brad: personaje de la película *Los Goonies* interpretado por Josh Brolin.